

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN LUIS POTOSÍ
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

Venezuela en diseminación
Narrativas de una migración en busca de seguridad
(2002-2023)

TESIS
PARA OBTENER EL GRADO DE
DOCTORA EN
ESTUDIOS LATINOAMERICANOS EN TERRITORIO,
SOCIEDAD Y CULTURA

Presenta: Eleonora Pérez Gavidia

Comité tutelar:

Director: Dr. José Domingo Carrillo Padilla
Asesor: Dr. Daniel Solís Domínguez
Asesora: Dra. Blanca Susana Vega Martínez



**ESTUDIOS LATINOAMERICANOS EN
TERRITORIO, SOCIEDAD Y CULTURA**



CONAHCYT
CONSEJO NACIONAL DE HUMANIDADES
CIENCIAS Y TECNOLOGÍAS



Trabajo final de grado
para optar por el título de Doctora
en Estudios Latinoamericanos en Territorio, Sociedad y Cultura

Venezuela en diseminación
Narrativas de una migración en busca de seguridad
(2002-2023)

Mtra. Eleonora Pérez Gavidia

Matrícula: A337738

No. CVU 1108547

Comité tutelar:

Director: Dr. José Domingo Carrillo Padilla

Asesora: Dra. Susana Vega

Asesor: Dr. Daniel Solís

San Luis Potosí, México

2021/2025

Dedicatoria

Para todas aquellas personas que nos fuimos de Venezuela sin querer, queriendo...

*“Tu hogar no es donde naciste;
El hogar es donde todos tus intentos de escapar cesan”
Naguib Mahfouz*

Agradecimientos

A México lindo, querido y profundo, por la hospitalidad y los retos.
A mis padres, por la paciencia y el amor insistente y resistente.
A San Luis Potosí, por su desierto fecundo.
A mi hermana y su familia, por el apoyo.
A los Feberwee, por la abducción.
A Noyola, por restablecerme.
Al Conahcyt, por el financiamiento.
A Garrinzon y Zair, por la clave segura.
A CLACSO, por los excelsos cursos en línea.
A la ULA, por una formación humana de calidad.
A la UASLP, por la oportunidad de defender mis ideas.
A Yanett Segovia, por la orientación asertiva en el aprendizaje.
A mi Comité Tutelar, por el sustento y las sugerencias pertinentes.
A los inigualables profesores que he tenido, por su huella imborrable.
A las Sras. Margarita, Yolanda, Raquelito y la China por mostrarme la fe.
A todas las personas que respondieron a mi solicitud de colaboración.
A Sci-Hub y Librería Génesis, por el libre acceso a la información.
A Javier Rodríguez, por los excelentes contactos proporcionados.
A Carolina Corao por el asesoramiento y la plática coterránea.
A la Dra. Oresta y el Dr. Valente por ser acuciosos sinodales.
A Victoria, Adrián y Antequera por sus afinaciones finales.
A Mérida, por amamantarme con sus aguas y montañas.
A Venezuela, por la cálida sensibilidad impregnada.
A mis verdaderas amigas, por la contención.
A Tomás, por la luz de la motivación.
A mí misma, por no claudicar.
A Maga, por adoptarnos.
A Dios, por todo.

Resumen

Dejar el lugar de origen temporal o definitivamente para establecerse en otra ciudad, país o región no es algo nuevo para la humanidad, la cual se ha movilizó por el globo en aras de encontrar condiciones materiales, ambientales y sociales favorables para desarrollo. Como lo señaló el filósofo José Manuel Briceño Guerrero (2003), lo característico del hombre es que migra, por eso lo llamó *homo migrans*. En este sentido, los venezolanos no constituyen una excepción. En las dos últimas décadas, Venezuela ha pasado de ser un país receptor de migrantes a uno de expulsión. La presente investigación procura interpretar las condiciones y el sentido de la emigración venezolana del siglo XXI, mediante las narrativas de sus actores y la categoría de *Seguridad Humana*. Lo anterior con base en un esquema de codificación convencional y dirigido, apoyado en la herramienta de análisis cualitativo *Atlas.ti 24*. Los resultados arrojaron categorías y temáticas que coinciden con las diferentes dimensiones de la Seguridad Humana. Dicha noción comprende un conjunto de criterios para evaluar situaciones y condiciones que atenten contra la supervivencia, los medios de vida y la integridad humana. Estas amenazas pueden provenir de diversas áreas, entre ellas: la económica, la política, la comunitaria, la de salud, la de vivienda, la ambiental, la personal y la alimentaria. A las anteriores se propone agregar la espacio-territorial. De esta manera, la diseminación venezolana responde a un déficit de estos componentes, por lo que la migración se presenta como una acción volitiva en busca de seguridad.

Palabras clave: migración, Venezuela, condiciones, Seguridad Humana, narrativas.

Summary

Leaving one's place of origin temporarily or permanently to settle in another city, country, or region is not something new for humanity, which has moved across the globe in search of favorable material, environmental, and social conditions for development. As philosopher José Manuel Briceño Guerrero (2003) pointed out, what characterizes humans is their migration, which is why he referred to them as *homo migrans*. In this sense, Venezuelans are no exception. In the past two decades, Venezuela has shifted from being a country that receives migrants to one that expels them. This research seeks to interpret the conditions and meaning of Venezuelan emigration in the 21st century, through the narratives of its actors and the category of Human Security. The above is based on a conventional and directed coding scheme, supported by the qualitative analysis tool *Atlas.ti 24*. The results revealed categories and themes that align with the different dimensions of Human Security. This concept includes a set of criteria to evaluate situations and conditions that threaten survival, livelihoods, and human integrity. These threats may arise from various areas, including: economic, political, community, health, housing, environmental, personal, and food security. The addition of the space-territorial dimension is proposed. In this way, the Venezuelan diaspora responds to a deficit of these components, with migration presenting itself as a volitional action in search of security.

Keywords: migration, Venezuela, conditions, Human Security, narratives.

Índice de contenido

Dedicatoria	2
Agradecimientos	3
Resumen.....	4
Summary	5
Índice de contenido	6
Índice de figuras.....	8
Índice de tablas	8
Estructura del texto	9
Introducción	10
La migración	11
La migración en América Latina.....	13
La migración venezolana	15
Estado de la cuestión.....	19
Antecedentes	23
Planteamiento del problema.....	30
Preguntas de investigación.....	34
Justificación	35
Objetivos	38
General	38
Específicos	38
Marco teórico conceptual.....	38
La Seguridad	41
La <i>Seguridad Humana</i>	44
La Inseguridad espacio-territorial	49

El Insilio	56
Hipótesis	61
Metodología	61
Devenir metodológico	66
Muestra	69
Capítulo I. Las migraciones venezolanas en contexto	75
Historia de una salida	75
Reflexiones.....	96
Capítulo II. Narrativas de inseguridad	101
Categorías emergentes.....	101
Experiencias fragmentadas.....	109
Inseguridades diagnosticadas.	132
Recapitulación.....	140
Capítulo III. Migración en primera persona	141
Mujer frontera	142
Rememorando	162
Anotaciones finales.....	163
La migración venezolana como búsqueda de seguridad.	163
La disemiNación	168
El plebiscito cotidiano.....	170
Prospectiva	171
Fuentes narrativas	174
Referencias bibliográficas.....	179

Índice de figuras

1. Evolución del flujo migratorio venezolano hacia América Latina en el período 2018-2023.	188
2. Distribución de la población venezolana en los principales países receptores de la región ...	199
3. Pirámide de Maslow	42
4. Ojos de Hugo Chávez	87
5. Factores de expulsión y atracción.....	106
6. Polaridades del territorio asociadas a las distintas dimensiones de la (in)seguridad.....	135

Índice de tablas

1. Tipos de inseguridad y sus posibles causas profundas.....	48
2. Propuesta de un nuevo tipo de inseguridad.....	50
3. Datos sobre la muestra	74
4. Categorías obtenidas manualmente	102
5. Categorías arrojadas por <i>Atlas.ti 24</i>	132
6. Categorías asociadas por temáticas.....	1323
7. Datos numéricos arrojados por <i>Atlas.ti 24</i>	1328
8. Frecuencia de los tipos de inseguridad identificados.....	132

Estructura del texto

Inicialmente, el texto presenta los apartados básicos de un proyecto de investigación: una introducción al tema, el estado de la cuestión, los antecedentes, el planteamiento del problema, las preguntas de investigación, la justificación, los objetivos, el marco teórico-conceptual, la hipótesis, la metodología y las características de la muestra. Esto con la finalidad de ordenar la información correspondiente y ubicarla de manera precisa.

Luego, la presentación del *corpus* y el desarrollo de la argumentación están organizados en tres capítulos, a saber:

En el primer capítulo se despliega el contexto histórico de la migración venezolana del siglo XXI, detallando los hitos importantes así como los hechos vinculantes. Es un capítulo histórico elaborado con base en una revisión documental –análisis bibliográfico de fuentes secundarias como publicaciones periódicas, artículos de revista y libros– perfilada a partir de un enfoque cualitativo.

El segundo capítulo es de carácter dialógico, en él se condensan las colaboraciones de 40 personas que quisieron narrar de manera oral o escrita sus experiencias en torno al fenómeno estudiado. Las mismas se presentan mediante fragmentos extraídos de cada una de las narraciones para darle cabida a la intersubjetividad y a la polifonía, evidenciando un conjunto de datos empíricos para cimentar la interpretación. Es importante señalar que los temas comunes se identificaron a partir de la relevancia para los participantes mediante un análisis del discurso convencional. Asimismo, para triangular los datos, reducir los sesgos e incrementar la fiabilidad de la investigación se utilizó la herramienta de análisis de datos cualitativos *Atlas.ti 24*. A partir de los datos arrojados por la misma se hizo un análisis del discurso dirigido.

El tercer capítulo, consta de su una narrativa en primera persona como método complementario y producto de la investigación, mediante la cual quien investiga pretende dilucidar sobre la genealogía de su propia experiencia migratoria. Asimismo, se busca presentar la tesis de la investigación que consiste en interpretar a la inseguridad espacio-territorial como último detonante de la decisión de migrar.

Finalmente, a manera de cierre se construyen unos apartados donde en algunos casos se retoman los puntos más importantes que se han tocado a lo largo del recorrido investigativo y, en otros, se agregan ideas que surgieron en la relectura de este documento.

Introducción

La migración humana es un fenómeno social que se ha analizado desde diversas perspectivas como: la política, la social, la cultural, la demográfica e incluso desde el ámbito jurídico, ya que migrar es un derecho humano universal, como lo son el derecho a la vida, a la propiedad privada, a la salud y la libertad de expresión, entre otros (Llamas, 2016). Por tanto, el deber ser de la comunidad internacional es garantizar con acciones concretas su ejercicio.

Sin embargo, antes que defender el derecho a migrar se debería garantizar el derecho a permanecer y pertenecer (Varela, 2013; Rosen *et al.*, 2023). Esto es, salvaguardar las condiciones de existencia de las personas mediante la promoción de una vida plena y digna en donde han nacido o elegido radicarse. Así, éstas tendrían la libertad de decidir entre irse o quedarse en aquel lugar que han constituido como su hogar. Debido a ello una verdadera política migratoria debiera empezar por actuar sobre las causas que impulsan o coaccionan la movilidad (Llamas, 2016).

Tal como sugiere el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), las soluciones para promover el *derecho a no migrar* están vinculadas íntimamente con cuestiones de seguridad (PNUD, 2011). Esto es así, porque “tanto migrantes como refugiados lo son porque ven cuestionada su seguridad personal” (Abad, 2020, s/n). Dentro de su espacio circundante las personas deberían encontrar condiciones propicias para desenvolverse y ejercer su ciudadanía, además de formas de generar ingresos suficientes para garantizar las condiciones mínimas de subsistencia, así como atención y respeto a sus derechos humanos.

El Estado, “con el monopolio de la violencia y de la definición de la legalidad” (Fernandes, 2017, p. 452), juega un papel crucial como principal responsable de proveer y mantener la seguridad colectiva a través de un marco normativo común, además de estar obligado a generar un ambiente de bienestar para las personas que habitan bajo su jurisdicción. Por tanto debe evitar las amenazas desde el punto de vista económico, alimentario, sanitario, ambiental, personal, comunitario y político. Se podría decir que en la carencia e intersección de estos factores se encuentra el origen de los diferentes desplazamientos dentro o a través de las fronteras nacionales.

Desde esta perspectiva, ninguna persona migra sin un motivo de peso que la impulse a ello, por tanto entender las causas de la movilidad es preponderante, sobre todo cuando esto ocurre de manera masiva. Frecuentemente, cuando sobrevienen fenómenos migratorios de grandes magnitudes se deben a eventos naturales catastróficos o a situaciones provocadas por grupos hegemónicos que atentan contra la dignidad, libertades y medios de vida de otras personas.

Debido a la diversidad de aspectos desde donde pueden ser analizadas las migraciones, la presente investigación pretende vincularlas a la noción de *Seguridad Humana*. Esta categoría se presenta como una herramienta útil para evaluar y comprender la multidimensionalidad de factores que generan y permiten la reproducción de entornos que propician la violación de los derechos humanos (Comisión de Derechos Humanos de la Ciudad de México [CDHCM], 2015) y se configuran como contextos de expulsión de población, tal es el caso de la crisis sociopolítica de la República Bolivariana de Venezuela durante el transcurso del siglo XXI.

Por consiguiente, esta tesis procura: interpretar las condiciones y el sentido de la migración venezolana del siglo XXI, mediante las narrativas de sus actores y la categoría de *Seguridad humana*. Esto a través de a) conocer las condiciones de la migración venezolana del siglo XXI, mediante la descripción de los hechos recientes; b) analizar las narrativas de los actores de la migración venezolana del siglo XXI, mediante la categoría de *Seguridad Humana*; y c) comprender el sentido de la inseguridad espacio-territorial presente en la migración venezolana del siglo XXI, mediante una narrativa autoetnográfica.

De esta manera, se hace uso del método cualitativo para abordar la migración venezolana desde una perspectiva de (in)Seguridad Humana y sobre la base de las experiencias de sus actores.

La migración

La migración es un fenómeno complejo el cual abarca diferentes subprocesos y configura un vasto campo de análisis sociológico que se encuadra dentro de un concepto más amplio, el de la movilidad. Dentro de la noción de movilidad cabe distinguir la movilidad física y la movilidad social; refiriéndose, esta última, al cambio de estatus de una persona o grupo, dentro de su sociedad (Micolta, 2005). En cuanto a la movilidad física —donde se ubica el hecho migratorio a estudiar— es evidente que implica un desplazamiento territorial. Dicho traslado ha caracterizado a la humanidad desde sus inicios como especie o al menos desde períodos históricos para los que hay algún tipo de dato arqueológico (Iosifides, 2016).

En la actualidad, una de las definiciones más aceptada de la migración es la que refiere al cambio de residencia que implica el traspaso de límites geográficos o administrativos debidamente definidos. Si el límite que se cruza es de carácter internacional —una frontera entre países—, la migración se denomina *migración internacional*. En cambio, si el límite atravesado corresponde a una demarcación reconocida dentro de un país —sud-divisiones administrativas—, la migración

se denomina *migración interna* (Comisión Económica Para América Latina [CEPAL, 2023]). Las migraciones internas son aquellos movimientos de población que ocurren al interior de un mismo país, es decir, los desplazamientos que acontecen entre municipios, estados, provincias, condados, distritos o regiones (Ramírez, 1992).

Sin Estado —específicamente, sin el componente territorial del mismo y sus confines— no hay migrantes, pues estos existen con relación a franquear las fronteras de un país para establecerse en él, temporal o permanentemente (Sayad, 2010). Así pues, puede entreverse que la migración es un fenómeno enmarcado bajo la lógica del Estado-Nación, por lo que el concepto se relaciona con un territorio delimitado, una población relativamente constante organizada bajo algún tipo de gobierno y que se aglutina en torno a una identidad cultural común. Estas precisiones hacen que su medición y análisis sea posible, por lo que se han establecido diferentes tipologías con base en la escala geográfica, las causas, el período de tiempo, la edad de los sujetos, el grado de libertad con que se toma la decisión, su origen y destino, entre otras (CEPAL, 2023).

De acuerdo a los sujetos de decisión, las migraciones se presentan como espontáneas y dirigidas (las cuales son voluntarias); y forzosas, que como su nombre lo indica se dan de forma forzada (involuntarias). Las migraciones espontáneas son aquellas en las que el migrante decide voluntariamente abandonar su lugar de origen, sin mediación institucional alguna o sin verse forzado a ello. Estas se observan especialmente en aquellas personas cuyo móvil y motivación principal es de tipo económico. Es decir, tienen suficiente capital para movilizarse, mudarse y/o establecerse en otro país sin inconvenientes de la permisología legal requerida. Se podría decir que un porcentaje mínimo de la población mundial puede migrar de esta manera. En cuanto a las migraciones dirigidas, el migrante tiene la voluntad de emigrar, pero es instado por una agencia favorecedora del desplazamiento; por ejemplo, una empresa trasnacional que contrata a una persona para trabajar en un país diferente al natal. Por su parte, las migraciones forzosas o forzadas son aquellas en las que el migrante no decide libremente el momento de su desplazamiento, su traslado o su destino, ya que se ve obligado a abandonar su lugar de origen porque su medio de sustento o incluso su vida misma están en riesgo (Micolta, 2005).

Con respecto a las causas que las motivan, las migraciones pueden ser ecológicas, políticas o económicas (Blanco, 2000). Las migraciones ecológicas o ambientales, generalmente son causadas por catástrofes naturales o situaciones adversas del hábitat. Tal y como expresa la Oficina Regional para Centroamérica, Norteamérica y El Caribe, estas migraciones representan una

maniobra fundamental de supervivencia frente a los procesos de degradación del entorno, por lo que deben considerarse bajo la óptica de adaptación a los cambios climáticos. Por su parte, los migrantes económicos son persona que habiendo dejado su lugar de residencia o domicilio habitual buscan mejorar su nivel de vida, en un país distinto al de origen. Asimismo, se aplica a las personas que se movilizan por un trabajo temporal, lo cual ha proliferado mucho últimamente (Organización Internacional para las Migraciones [OIM], 2006). Y, por último, las migraciones políticas incluyen todos los movimientos originados por intolerancia nacionalista, intransigencias religiosas o situaciones sociales conflictivas, como persecuciones de carácter ideológico o étnico y guerras, dando lugar a los desplazados, exiliados, asilados o refugiados (Micolta, 2005). Este espectro de figuras tiene en común la *inconveniencia* y su experiencia resulta de algún grado de expulsión de su territorio, política, jurídica o económicamente hablando (Nail, 2015).

La migración no sólo es dinámica por el movimiento geográfico de individuos que implica, sino porque constantemente cambian las fuerzas sociales, económicas, culturales y políticas que impulsan a tomar la decisión de migrar (Guardia, 2007). Y, aunque se reconoce que las fuerzas que la gobiernan son algo regulares, cuando los flujos migratorios son el resultado de eventos tales como: conflictos civiles, cambios en el régimen político, decisiones gubernamentales arbitrarias o guerra internacional, el fenómeno se vuelve impredecible. Si embargo, se ha demostrado que diferentes conflictos sociales dan lugar a tipos específicos de flujos migratorios y que los patrones de conflicto están íntimamente relacionados a condiciones económicas y políticas, no sólo en los países de donde éstos se originan, sino también en el mundo en general (Zolberg *et al.*, 1989).

Cabe destacar que, la migración como cuestión de orden público nunca antes había ocupado una posición tan prominente, por lo que está presente en las agendas públicas de muchos gobiernos (Gutiérrez *et al.*, 2020). No es posible entender la sociedad actual sin comprender la movilidad humana, así como los sistemas y dispositivos creados por los Estados para controlarla (Hernández y Campos-Delgado, 2023). De hecho, se considera el signo de los tiempos modernos (Castles y Miller, 2004).

La migración en América Latina

En América Latina, tal vez más que en cualquier otra región del mundo, las migraciones forman parte de su matriz constitutiva como sociedad, desde los tiempos de la conquista y colonización hasta la actual era de la globalización y migraciones transnacionales (Hernández y

Campos-Delgado, 2023). En los últimos años, Latinoamérica ha cobrado relevancia como lugar de tránsito y destino de importantes flujos migratorios los cuales se caracterizan por ser cada vez más complejos y responder a una pluralidad de causas, además de tener una composición mixta (Grupo Articulador Regional del Plan de Acción de Brasil [GARPAB], 2018).

La *migración mixta* hace referencia a dos aspectos: la motivación mixta del migrante y la composición mixta de los flujos. Para el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), una migración mixta es aquella donde se evidencian movimientos en los que se desplazan juntos —por los mismos caminos (rutas) y/o usando los mismos *facilitadores*— personas con distintos perfiles socioeconómicos, académicos, ocupacionales, políticos y religiosos que comparten la misma condición de vulnerabilidad y que aplican como *refugiados* debido a la situación que motivó la salida de su país de origen (Ghosh, 2018).

Por facilitadores se entiende “los coyotes, polleros o traficantes/contrabandistas de personas quienes ayudan a uno o más migrantes a cruzar fronteras y territorios de manera irregular a cambio de una determinada cantidad de dinero” (Torre, 2020, p. 53). En la Declaración de Cartagena de 1984 se recomienda el uso de la definición de “refugiado” ya que contiene los elementos de la Convención de Ginebra de 1951 y el Protocolo de 1967, que consideran a las personas que han huido de sus países porque su vida, seguridad o libertad han sido amenazadas por la violencia generalizada, la agresión extranjera, los conflictos internos, la violación masiva de los derechos humanos u otras circunstancias que hayan perturbado gravemente el orden público (Freier, 2018).

Un factor determinante de la migración en América Latina ha sido la violencia social resultante de los cambios políticos y de la instalación de regímenes autoritarios. Tanto así, que quizás sea la causa que más ha influido en el origen de los movimientos. En la mayoría de los casos, se puede ubicar algún acontecimiento inicial que contribuyó a la expulsión de la población de forma violenta y estos exilios generaron, luego, redes y vínculos que contribuyeron al crecimiento de la emigración. De ello se desprende la dificultad para clasificar a los migrantes, ya que con frecuencia ambos núcleos causales aparecen entrelazados (Castles, 2000).

Por otro lado, existen diferentes diásporas latinoamericanas y caribeñas las cuales se han consolidado entre Estados Unidos y Europa, aun cuando sus gobiernos han redoblado las formas de control fronterizo y endurecido las políticas migratorias, lo cual limita cada vez más el derecho a la libre movilidad y al refugio. Por ejemplo, la externalización de la frontera de Estados Unidos

en el continente ya no sólo se expresa en México y Centroamérica, sino también en Sudamérica. Así, la disuasión se perfila con el surgimiento de rutas inhóspitas, la inmovilización temporal en espacios de frontera, el confinamiento en centros de detención, así como los limbos jurídicos; todo lo cual configuran prácticas que se han instalado en los países latinoamericanos (Ceja *et al.*, 2021).

De acuerdo a lo anterior, la región de Latinoamérica y el Caribe está experimentando cambios significativos en sus patrones migratorios. De ser espacios exclusivamente emisores de migrantes durante el siglo XX, los países de la región se han convertido en receptores de migrantes intrarregionales y globales, además de consolidarse como lugares de tránsito hacia otros destinos. Las trayectorias y estrategias de la población migrante muestran la articulación y consolidación de corredores migratorios —como el Corredor Migratorio del Oeste, en América del Sur— y la existencia de cambios en las trayectorias de tránsito y retornos en el corredor migratorio entre América Central-México y los Estados Unidos (Pedone e Hinojosa, 2022).

Según el informe *Tendencias migratorias en las Américas* de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) (2023), en la actualidad entre los protagonistas destacados dentro de estos grandes movimientos se encuentran: los haitianos, los cubanos, los nicaragüenses y los ecuatorianos quienes —como titula Néstor García Canclini una de sus obras— son *Latinoamericanos buscando lugar en este siglo*. No obstante, la crisis de Venezuela es la que ha generado el mayor desplazamiento de la región.

La migración venezolana

*“Elegir irse es elegirse”
Anónimo.*

Al hablar sobre migración venezolana en el presente —años 2023-2024, cuando se está escribiendo este texto—, se hace referencia al fenómeno de la emigración de venezolanos durante las dos primeras décadas del siglo XXI. Y, aunque no existe otro movimiento migratorio remarcable con relación a la Venezuela contemporánea, habría que enfatizar el uso explícito de la partícula prefijada, para sentar con claridad que se hace referencia a la (e)migración de venezolanos fuera de los límites demarcados de su territorio nacional hacia otros países y no a la inmigración de personas para asentarse dentro de éste.

En Venezuela, no se tienen fuentes estadísticas nacionales que permitan realizar alguna aproximación a la cuantificación de la emigración internacional de los nacidos en el país debido a

que los censos de población no han considerado la investigación de la emigración internacional. Este tema se indagó por primera vez en la Encuesta Demográfica de Venezuela 2010-2011 (ENDEVE), pero sus resultado todavía no han sido publicados. Por otro lado ya no se elaboran estadísticas de conocimiento público a partir del registro de entradas y salidas, lo que permitía dar cuenta de los movimientos migratorios hacia el exterior (Freitez, 2011b).

Sin embargo, por cifras emitidas por los distintos organizaciones internacionales y países del mundo, se conoce que anterior a lo que se podría denominar con la crisis migratoria del siglo XXI, el principal destino de los venezolanos era los Estados Unidos de América. Esto se puede deducir de estudios como el Proyecto IMILA (Investigación de la Migración Internacional en Latinoamérica) del Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE) de la CEPAL, el cual registró en su Encuesta de Comunidades Americanas 2005-2007 que había una tendencia progresiva del flujo de venezolanos que eran admitidos como inmigrantes por el país del norte (Freitez, 2011b).

Asimismo, hasta el año 2000 España se posicionaba como el segundo de los destinos elegidos con más frecuencia por los venezolanos. Ello se debía a las facilidades vinculadas con las afinidades culturales y lingüísticas, pero también a los nexos consanguíneos y el reconocimiento de la nacionalidad a descendientes, así como las redes establecida a partir de la inmigración española en Venezuela. Aunque no se puede asegurar la motivación, se cree asocia al hecho de recuperar la ciudadanía de sus antepasados, lo que trae como consecuencia que esas personas no se cuenten en las estadísticas migratorias (Freitez, 2011b).

Por su parte, Portugal también figuraban entre los países escogidos por los venezolanos para migrar por las mismas condiciones que lo hacían a España, por lo que se constituyó para fines de siglo pasado como la segunda corriente latinoamericana más numerosa que habitaba en el país lusitano. Y, en cuanto a los nativos de Venezuela que residían en Italia, al comienzo del siglo XXI, las estadísticas muestran un aumento sostenido. Por la misma época Australia y Canadá comienzan a aparecer como destinos para los venezolanos (Freitez, 2011b).

Esta migración, al igual que la migración de retorno de los inmigrantes europeos y del Cono Sur que habían arribado a Venezuela previamente, era una reacción frente al contexto de recesión económica, descomposición social y deterioro institucional que comenzó en la década de los 80 y que se acentuó en la década de los 90 (Freitez, 2011b). Según Mateo y Ledezma “cuando se comparan las respuestas entre los que viajaron antes de 1997 y los que viajaron después de 1998,

en los primeros la motivación es personal, aunque relacionada con factores sociales y culturales, en los segundos, la motivación personal refuerza una insatisfacción económica, social y política” (Mateo y Ledezma, 2006, p. 254)

En la actualidad, el flujo migratorio venezolano es el más notorio y acelerado en la región latinoamericana. Actualmente, es la población que más circulación tiene en los dos principales corredores migratorios en América del Sur, tanto por el Este como por el Oeste. Aun cuando, a partir de la pandemia de la COVID-19, se han generado retornos forzosos y voluntarios, como señala el *Centre for Migration Studies (CMS)*¹ (Acosta, 2020).

Esta migración se ha caracterizado —más allá de su incremento exponencial— por los cambios vertiginosos en sus estrategias y trayectorias debidos tanto al deterioro constante de las condiciones de vida en el lugar de origen como a las condiciones sociales, jurídicas, laborales y políticas que se han encontrado en los diferentes lugares de destino. La juventud es la que ha asumido el rol de ser el primer eslabón de las cadenas migratorias y sobre quien recae el cuidado y envío de remesas para sus hogares, los cuales se han convertido en transnacionales (Pedone e Hinojosa, 2022).

Para el 3 de junio de 2024, se estimaba que 7.774.494 personas venezolanas estaban diseminadas por el globo². Lo anterior convierte a Venezuela en una de las principales fuentes de migrantes vulnerables del mundo contemporáneo. La enorme magnitud de la migración irregular resalta la necesidad de encarar las causas multidimensionales del desplazamiento. Sin embargo, la opacidad en el manejo de las estadísticas oficiales dentro del país no ha contribuido a que se cuente con cifras emitidas por el propio gobierno sobre los venezolanos en el exterior, por tanto no existe un consenso en cuanto a la cantidad de la población que ha salido. De esta manera, el estatus y otras características de los flujos migratorios depende del registro que los países receptores hagan de ellos. “Dichas prácticas de restringir el acceso a la información demográfica es una característica de sistemas de corte totalitario” (Freitez *et al.*, 2020, p. 5).

¹ El Centro de Estudios Migratorios de Nueva York (CMS) es un *think tank* y un instituto educativo dedicado al estudio de la migración internacional, a la promoción del entendimiento entre inmigrantes y comunidades receptoras, y a políticas públicas que salvaguarden la dignidad y los derechos de los migrantes y refugiados. <https://cmsny.org/>

² Esto según la *Plataforma de Coordinación Interagencial para Refugiados y Migrantes*, conformada por más de 200 organizaciones (incluyendo Agencias ONU, sociedad civil, organizaciones religiosas y ONGs, entre otras) que sistematizan y coordinan el *Plan de Respuesta para Refugiados y Migrantes de Venezuela* en 17 países de América Latina y el Caribe para apoyar las necesidades de las personas refugiadas y migrantes de Venezuela y las comunidades de acogida en América Latina y el Caribe. <https://www.r4v.info/es>

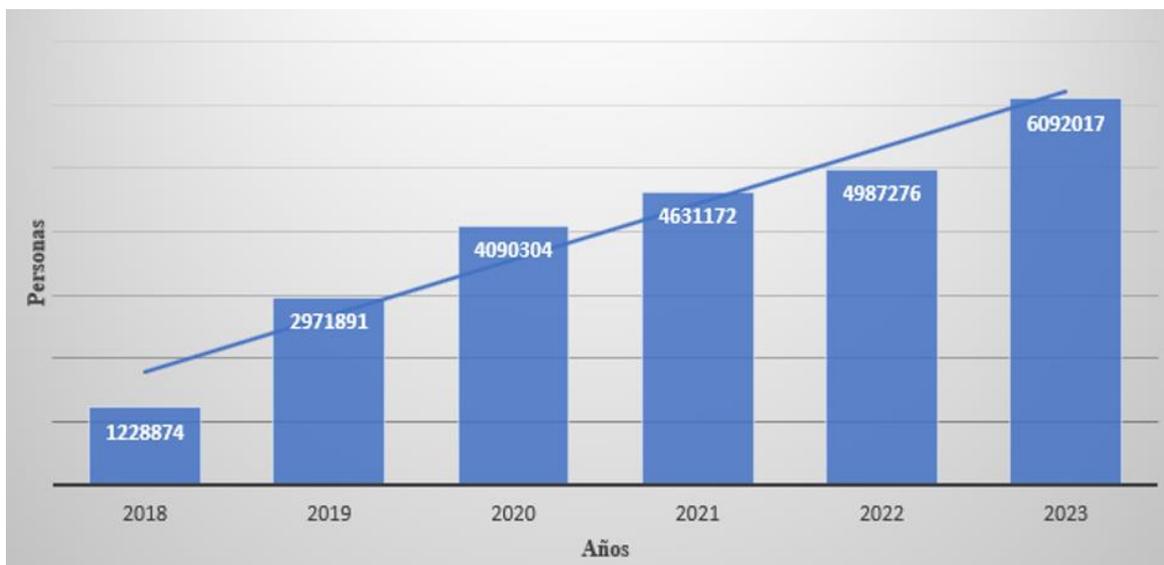
A este respecto, el Sistema de las Naciones Unidas, a través del Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de las Naciones Unidas (DAES-ONU), ha realizado importantes esfuerzos para que los países colaboren con la producción de información y estadísticas migratorias, visto que la intensidad de la movilidad de la población venezolana demanda respuestas por parte de los gobiernos de los países receptores, así como de las organizaciones que brindan ayuda humanitaria a migrantes y refugiados venezolanos (Freitez *et al.*, 2020).

En ese sentido, vale destacar el esfuerzo de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) que, desde el año 2017, ha utilizado diversos instrumentos para monitorear la movilidad de los venezolanos. Asimismo, en el año 2020, surgió otra iniciativa llamada *Datos migratorios en América del Sur*, incluida en el *Portal de Datos Mundiales sobre la Migración*, la cual es coordinada entre el Centro de Análisis de Datos Mundiales sobre la Migración y la Oficina Regional de la OIM para América del Sur (Freitez *et al.*, 2020)

A continuación, se presentan las Figura 1 y Figura 2 donde se puede visualizar la evolución del proceso migratorio venezolano de los últimos años, así como su distribución en la región latinoamericana.

Figura 1

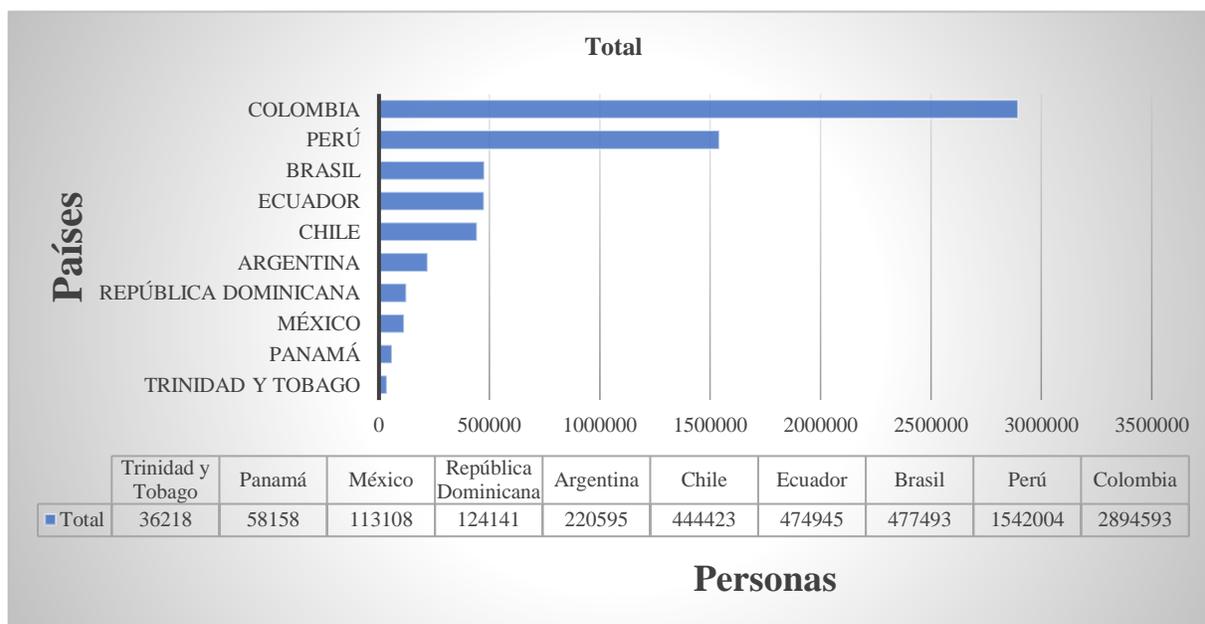
Evolución del flujo migratorio venezolano hacia América Latina en el período 2018-2023



Fuente: elaboración propia a partir de datos provenientes de la Plataforma de Coordinación Interagencial para Refugiados y Migrantes de Venezuela (R4V) <https://www.r4v.info/es/refugiadosymigrantes>

Figura 2

Distribución de la población venezolana en los principales países receptores de la región



Fuente: Elaboración propia a partir de datos provenientes de la Plataforma de Coordinación Interagencial para Refugiados y Migrantes (R4V) <https://www.r4v.info/es/refugiadosymigrantes>.

Estado de la cuestión

Uno de los principales problemas que desafía al estudio de las migraciones es la ausencia de un *corpus* teórico único que abarque el conocimiento suficiente como para comprender el fenómeno en su complejidad. Y, aun cuando el conocimiento sobre las migraciones internacionales progresó considerablemente desde la segunda mitad del siglo XX —especialmente en su último tercio— no existe una teoría general de las migraciones, ni un modelo único, como tampoco una metodología exclusiva para aprehenderlas. Por el contrario, existe una gran pluralidad de teorías, así como una amplia gama de enfoques que abordan las migraciones desde marcos y perspectivas distintas que incluso dan resultados contrapuestos. Además, muchas de estas orientaciones conciben la movilidad como consecuencia de leyes macroeconómicas, estructurales e impersonales y al emigrante como un sujeto pasivo que se ve sometido a dichas leyes ajenas a su voluntad (García, 2003).

Ahora bien, la revisión de las teorías explicativas sobre las migraciones debe empezar por los trabajos pioneros, tales como: *Las leyes de las migraciones* (1889) de Ernst-George Ravenstein, el cual sentó las bases para la reflexión sobre el fenómeno en cuestión y para uno de los modelos

explicativos de las migraciones: el de *pull and push factors* (Arango, 2003). Dicho modelo está basado en el artículo de Margaret Jarman Hagood y Louis J. Ducoffen (1946): *Some Measurement and Research Problems Arising from Sociological Aspects of a Full Employment Policy*. En él se enfatizan las fuerzas sociales autónomas que podían influir en la movilidad de los seres humanos (Bruzzone, [s/f]) y según la balanza entre estos factores es que se determina la decisión de emigrar (García, 2003). Con respecto al país de origen, éstos tienen una implicación negativa ya que se refieren a la incapacidad del entorno de satisfacer las necesidades del migrante potencial. Y, con respecto al lugar de destino tiene implicaciones positivas, visto en términos de una mejoría de la situación del individuo en caso de ocurrir la movilidad (Gutiérrez, 2011).

Otra obra central que intentó explicar los movimientos migratorios a través de la conformación de redes fue *The polish peasant in Europe and America* (1918-1920), de William Thompson y Florian Znaniecki, quienes fueron pioneros en traer el enfoque biográfico y las historias de vida dentro de la investigación social. Asimismo, el aporte de Everett Lee: *A theory of migration* (1965) complementa la teoría de *pull and push* con factores personales como la percepción, la inteligencia, los contactos personales o la información. Sin embargo, ninguno de estos trabajos llega más allá de ser un marco conceptual (Arango, 2003).

Es por ello que, para intentar dar cuenta de una realidad que se complejiza cada día más, se han adaptado y modificado algunos marcos teóricos elaborados con otros objetivos, pero que han hecho importantes aportaciones para la comprensión del fenómeno migratorio. Sin embargo, estos también han tenido sus limitantes. Entre ellos:

1. La teoría económica neoclásica:

Hasta la fecha, es la teoría más influyente y se deriva del versátil paradigma neoclásico. Su aplicación a este terreno es muy adecuada ya que se basa en principios tan conocidos como la elección racional, la maximización de la utilidad, los rendimientos netos esperados, la movilidad de factores y las diferencias salariales. Este paradigma combina la perspectiva micro de la adopción de decisiones individuales con la perspectiva macro de los determinantes estructurales. Es decir, la migración se presenta como una respuesta frente a la desigualdad en la distribución de los factores de producción: la tierra, el trabajo y el capital (Arango, 2003). Según esto:

Las migraciones son el resultado de decisiones individuales, tomadas por actores racionales que buscan aumentar su bienestar al trasladarse a lugares donde la recompensa por su trabajo es mayor que la que obtienen en su país, en una medida suficientemente alta como para compensar los costes tangibles e intangibles que se derivan del desplazamiento (Arango, 2003, p. 4).

Pero, aunque las disparidades económicas son una condición necesaria para la mayor parte de los flujos migratorios, de ninguna manera son condición suficiente para que éstos se produzcan, por lo que la teoría neoclásica sufrió un declive durante los años setenta principalmente por restarle importancia a los factores sociales, culturales e interpersonales necesariamente influyentes en una decisión tan existencial como la de migrar (Arango, 2003).

Otra deficiencia de la explicación neoclásica de las migraciones es que excluye la dimensión política en una época en la que el sistema internacional ha aumentado exponencialmente el control fronterizo para impedir o dificultar la libre circulación de personas, aun cuando paradójicamente ésta se ha idealizado. No es común que los trabajadores se muevan, libre y espontáneamente, guiados por la búsqueda de sus intereses y la maximización de su utilidad. Esto es la excepción (Arango, 2003).

2. La nueva economía de las migraciones laborales:

Este enfoque entiende la migración como una estrategia familiar de diversificación de ingresos. El emigrante abandona la comunidad de origen para enviar remesas trabajando en una sociedad donde los salarios son más elevados, pero no planea quedarse allí de modo permanente. El objetivo de la emigración es ahorrar para retornar y alcanzar un mayor prestigio y estatus social en la comunidad de origen. En la sociedad de acogida la situación del inmigrante no es placentera, hasta el punto de ser traumática. Este marco teórico utiliza dos conceptos centrales: privación y satisfacción. El retorno se contempla como una prueba del éxito del proyecto migratorio. El migrante no regresará voluntariamente si a su llegada no puede acceder a más bienes y servicios de los que disfrutaba antes de emigrar o si no puede escalar peldaños en la escala social (Izcara, 2013).

3. La teoría de los mercados de trabajo duales:

Sostiene que la migración surge de las demandas laborales intrínsecas de la sociedad industrial moderna. Su defensor más contundente ha sido Michael J. Piore quien argumentaba que la migración internacional es causada por la demanda permanente de mano de obra inmigrante la cual es inherente a la estructura de las naciones desarrolladas y economías avanzadas. Según él, la inmigración no es causada por factores de expulsión en los países de origen —bajos salarios o alto desempleo—, sino por los factores de atracción en los países receptores —una necesidad crónica e inevitable de fuerza de trabajo extranjera— (Massey *et al.*, 1993).

4. La teoría del sistema mundial:

Basada en el trabajo de Immanuel Wallerstein, los orígenes de la migración internacional se vinculan con la estructura del mercado mundo que se ha desarrollado y ampliado desde el siglo XVI, en la que la penetración de las relaciones económicas capitalistas en las sociedades periféricas y no capitalistas crean una población móvil propensa a migrar al extranjero. Así, la migración es una consecuencia natural de la perturbaciones y dislocaciones que inevitablemente ocurren en el proceso de desarrollo capitalista. A medida que éste se expande los empresarios buscan en los países pobres de la periferia del mundo tierras, materias primas, mano de obra y nuevos mercados de consumo, como una forma de administración colonial (Massey *et al.*, 1993).

5. Las redes migratorias o teoría del capital social:

Sostiene que tanto en la comunidad de origen como en la de destino, los migrantes acceden a una serie de redes sociales que influyen en la decisión de retornar o permanecer. La existencia de lazos —de parentesco, amistad, trabajo— pueden reducir los costos, elevar los beneficios y mitigar los riesgos del desplazamiento. En la sociedad receptora el inmigrante establece nuevas relaciones sociales y familiares que en su momento valorará junto a las que dejó en su tierra (Micolta, 2005). Por esto se le conoce, además, como teoría del capital social, ya que son los recursos asociados a la posesión de una red duradera de relaciones o derivados de la pertenencia a un grupo lo que posibilita y fortalece la decisión de movilizarse (Izcara, 2013).

6. El análisis de sistemas aplicado a las migraciones:

Los sistemas migratorios son campos definidos por la asociación relativamente estable de una serie de países receptores con un número determinado de regiones de origen. Tales asociaciones no son mero resultado de las corrientes migratorias, sino que se ven reforzadas por conexiones y vínculos de distinta naturaleza. Por ejemplo, un grado relativo de homogeneidad estructural, la contigüidad o proximidad geográficas, la similitud de políticas migratorias y la pertenencia común a organizaciones supranacionales (Arango, 2003).

7. La causación acumulativa:

Se refiere a la tendencia de la migración a perpetuarse en el tiempo, sin tener en cuenta las condiciones que la provocaron inicialmente. Desde el plano individual, cada momento de la experiencia migratoria altera las motivaciones y las percepciones de tal manera que estimula la permanencia. Esto es, aunque la migración haya comenzado como una estrategia a corto plazo, con el tiempo la experiencia migratoria se hace mayor. Este tipo de vivencias conlleva al

establecimiento de una cantidad considerable de vínculos sociales y económicos con el país de destino y por ello una propensión al asentamiento. Esta perspectiva interpreta los movimientos migratorios desde un punto de vista esencialmente dinámico (Micolta, 2005).

8. La teoría transnacional:

El transnacionalismo constituye la última etapa de desarrollo de las redes migratorias. A medida que las redes maduran generan una infraestructura social permanente que facilita el asentamiento en la sociedad de destino sin que se rompan los lazos con la comunidad de origen, lo que permite a los migrantes enraizarse en la sociedad de acogida al mismo tiempo que mantienen los lazos con sus lugares de origen. Entonces, el migrante no es ni el retornado, ni el que se va para siempre. Esta teoría subraya la permanencia de los procesos migratorios “porque el transmigrante se asienta de modo estable en la sociedad de acogida, pero este asentamiento aparece conformado por redes de relaciones que le conectan al terruño” (Izcarra, 2013, p. 42).

Esta sucinta aproximación al aparato teórico de las migraciones demuestra la incapacidad de cualquiera de las teorías de dar una explicación completa y satisfactoria de un fenómeno tan complejo y diverso. Debido a ello, los autores apuestan por la complementariedad de las aportaciones de cada uno de los enfoques como forma de construir un marco explicativo lo más completo posible que incorpore una variedad de perspectivas, niveles y supuestos (Massey *et al.*, 1993; García, 2003). No obstante, hay que considerar que, como dice Alejandro Portes (1996), todas estas teorías están basadas en un mundo dividido en naciones delimitadas por fronteras y la migración está concebida como un evento que tiene lugar entre entidades contenidas por sus correspondientes límites, por lo que no se puede dejar de considerar las particularidades de cada caso.

Antecedentes

Anteriormente, en Venezuela la emigración era un fenómeno que se presentaba de manera muy esporádica, pues los venezolanos consideraban que su nivel de vida futuro no estaba en riesgo (Guardia, 2007; Koechlin y Eguren, 2018). Pero, hoy día, debido a que ha alcanzado dimensiones inéditas —tanto para la propia nación, como para la región latinoamericana—, ha sido calificada como *crisis humanitaria compleja*, término que se aplica —en el contexto global— a la emigración masiva de personas que se ven forzadas a salir de su país —por desastres naturales, condiciones precarias o pobreza, conflictos bélicos o interétnicos, entre otros— en aras de garantizar la

sobrevivencia propia y la de sus familiares (Freitez *et al.*, 2020). Por cuanto, la producción académica sobre el fenómeno ha repuntado al respecto.

No obstante, surge la imprecisión si estamos ante una “fuga de venezolanos durante la Revolución Bolivariana” (Guardia, 2007) u “otra crisis inminente” (Páez y Vivas, 2017). Los observadores y estudiosos del tema se han preguntado si “es una diáspora la emigración masiva de venezolanos” (Cañizalez, 2018a) o “un éxodo” (Ávila, 2018). Se discute en definirlo “entre el exilio y la emigración” (Koechlin y Eguren, 2018), aunque algunos apuntan “hacia una nueva comprensión de la migración forzada” (Botia, 2019), ya que por las características que presenta se perfila como una “crisis de desplazamiento” (Freier, 2018). Lo cierto es que, en el intento de “sistematización de la investigación sobre la migración venezolana desde el contexto de origen” (Freitez, A. *et al.*, 2020), se hace sustancial considerar la “narrativa de la emigración venezolana en el siglo XXI” (Carreño, 2020) así como los “efectos colaterales regionales de la crisis venezolana” (Álvarez *et al.*, 2022) para dar “una respuesta regional a la crisis migratoria y humanitaria venezolana” (Pradel, 2020), en el contexto de las “nuevas movilidades en América Latina” (Gandini *et al.*, 2019).

Hasta ahora, las aproximaciones al fenómeno migratorio venezolano han sido realizadas a través de categorías como las de “emigración intelectual” (De la Vega, 2003; De la Vega y Vargas, 2014); “migraciones” (Álvarez, 2006; Rivas, 2011; Requena y Caputo; 2016); “movilidad y emigración” (De la Vega, 2005); “fuga de venezolanos” (Guardia, 2007); “diáspora de conocimiento” (De la Vega, 2008); “emigración” (Freitez, 2011; Freitez, 2011b; De la Vega y Vargas 2017; Acosta *et al.*, 2019); “diáspora de talento” (Kerdel, 2000); “desarraigo” (Rivas, 2011); “emigración masiva” (Cañizalez, 2018a); “éxodo” (Ávila, 2018; Koechlin y Eguren; 2018); “migración forzada” (Freitez, 2019); “crisis migratoria” (Camilleri y Hampson, 2019); “crisis humanitaria” (Freitez, 2019; Osorio y Phélan, 2019; Pradel, 2020); “migración mixta” (Vargas, 2018); “diáspora” (Carreño, 2013; Parra, 2017; Páez y Vivas, 2017; Páez, 2019; Botia, 2019; García y Restrepo, 2019) y “diáspora en construcción” (Padilla y López, 2021).

Lo anterior, más que un juego de palabras, es un intento por demostrar la proliferación de las perspectivas a la hora de abordar el tema. Y, la variedad sigue en aumento. Hasta ahora, existen algunas coincidencias con respecto a la perspectiva y aproximación al tema, así como en cuanto a la descripción y explicación del contexto social, económico y político venezolano que pudieran haber incidido en la reciente emigración internacional. Algunas de ellas, se consideran valiosas

por sus objetivos, otras por la metodología, muchas contienen datos empíricos importantes y otras tienen un enfoque teórico interesante. Por supuesto, todas aportaron referencias bibliográficas al respecto. Por consiguiente, se presentan las que se consideran más pertinentes para la presente investigación, ordenadas desde los más recientes a los más antiguas.

El libro: *La migración vista desde la experiencia venezolana* (2023), coordinado por Omar Astorga y Carlos Kohn, recoge las memorias de un Coloquio Internacional entre las que destaca *El destierro como categoría para pensar la migración venezolana* de Saúl Hernández Rosales, quien propone dos etapas del fenómeno. La primera, caracterizada por un contexto en donde se construye un “otro absoluto” quien no pertenece al pueblo, incitando a lo que él llama un *destierro simbólico*, una expulsión de la comunidad imaginada (Anderson, 1991). Y, en una segunda etapa se produce el *destierro cívico*, caracterizado por la negación de la ciudadanía para aquellos que no están con el régimen. Por último, el autor describe el destierro material o *desnacionalización*, que opera desde el 2013.

En el capítulo titulado: *Éxodo y retorno de migrantes venezolanos. Realidades y paradojas*, Anitza Freitez (2023) interpreta la evolución de la migración venezolana a la luz del marco analítico propuesto por Albert Hirschman, en su libro *Exit, voice and Loyalty*, según el cual hay tres respuestas (salida, voz y lealtad) que pueden adoptar los ciudadanos cuando su bienestar es amenazado. Freitez analiza cada una de ellas y las identifica con el caso venezolano. Además, señala algunos hitos del cambio económico, social y político que desencadenaron y socavaron la crisis en Venezuela.

En el artículo: *Aproximación al estudio de la violencia estructural, la emigración forzada y el modelo político venezolano* (2022), Emilio Osorio y Mauricio Phélan indagan sobre el modelo del Socialismo del Siglo XXI y cómo este incrementó la violencia institucional y política en Venezuela, lo cual explica la masiva emigración internacional durante los últimos veinte años. Utilizan como marco conceptual la teoría *push-pull* y la Tipología de la Migración de William Petersen (1958), que caracteriza a la migración forzada por ser impulsada por el Estado. Además, los autores utilizaron las ideas de Johan Galtung sobre la violencia visible e invisible para sustentar la relación entre la violencia y el éxodo masivo internacional.

El trabajo: *Conformación de la venezolanidad en la migración: Una aproximación vivencial* de Steven F. González y Erly J. Ruiz (2022), los autores hacen una exploración cualitativa de la venezolanidad en la migración en la que abordan aspectos relacionados a las

significaciones culturales, la pertenencia, movilidad y desarraigo. Además, le dan una lectura al gentilicio venezolano de la mano de autores como a Geertz, Anderson, Maffesolli, Schutz, Austin, Becker, Nietzsche y Gergen. Su trabajo empírico se centra en los relatos de vida de dos mujeres migrantes que viven en Cali, desde el 2018.

En la tesis *¿Hacia una gobernanza regional migratoria? Desarrollos ante la diáspora venezolana en Latinoamérica (2015-2021)*, Jonathan Palatz Cedeño (2022) busca evidenciar los factores que han contribuido a agudizar la crisis dentro del país, así como las razones que han generado el éxodo venezolano reunidas en categorías como: factores políticos, económicos, sociales y jurídicos. Entre los factores de expulsión que el autor identifica están: la violencia, la inseguridad, la crisis económica, la persecución política y el colapso de los servicios básicos. El trabajo cuenta con una cantidad de datos e información cuantitativa importante.

En el libro: *Orquídeas al viento. Las nuevas generaciones de venezolanos y venezolanas en los procesos migratorios 2014-2020*, el autor Luis Bonilla-Molina (2021) habla sobre las causas de la emigración venezolana en general y la juvenil en particular, ocurrida en el periodo 2014-2020, analizando tres en particular: el permanente asedio de las fuerzas imperialistas contra la Revolución Bolivariana, la marcha del proceso bolivariano y la cultura del rentismo. Para ello, muestra interesantes datos empíricos cualitativos.

En la investigación de carácter documental: *Venezuela 1936 – 2021: Movilidad Internacional, Institucionalidad y Renta Petrolera en tres contextos*, Emilio Osorio, Mauricio Phélan y Carlos Viso (2021) explican los cambios en el patrón migratorio mediante las variables de los ingresos petroleros y la pérdida de la institucionalidad de Venezuela. A partir de la situación de crisis política, económica, y humanitaria construyen tres contextos significativos y seis momentos migratorios como recurso metodológico que ayuda a visualizar la historia del país y su conversión de un país receptor de migrantes a uno expulsor.

El informe: *Algunas hipótesis sobre los factores que inciden en la emigración venezolana* (2020), es un esfuerzo colectivo a cargo de Luis Navas Mora donde organiza teórica y metodológicamente el problema de la emigración venezolana en torno a una línea de tiempo dividida en tres períodos. El primer período entre 1983 y 1999, el segundo período entre 1999 y 2013 y el tercer período entre 2013 y 2019. La diferencia con otros estudios es que el primer período inicia mucho antes de la Revolución Bolivariana. Y, se analizan un gran número de factores coadyuvantes del fenómeno de manera exhaustiva.

El artículo: *Migración y refugio en Venezuela 1998-2020. Dos miradas de una tragedia*, de Mauricio Phélan y Emilio Osorio (2020), evalúa la intervención del gobierno para explicar la movilidad externa venezolana durante las últimas dos décadas (1998–2020). Los autores utilizaron documentos, comunicados de prensa y la consulta a 17 informantes clave para evaluar si, como afirma William Petersen, algunos regímenes tienen y usan el poder político para activar la migración. A partir de argumentos y sus correspondientes premisas, exponen la posición del gobierno bolivariano y la visión alternativa.

En una publicación titulada: *Sistematización de la investigación sobre la migración venezolana desde el contexto de origen* (2020), Anitza Freitez, Luis Lauriño y Manuel Delgado hacen el esfuerzo de reunir la producción académica efectuada desde Venezuela o por investigadores nacionales en el exterior en torno al inédito fenómeno migratorio. Adicionalmente, intentan hacer un llamado de atención sobre las precisiones conceptuales y metodológicas a la hora de usar el stock, los flujos, los saldos migratorios de algunas fuentes, o incluso de elaborar estimaciones propias. Por otro lado, en una de las secciones del texto dimensionan el proceso migratorio teniendo en cuenta los factores que provocaron el éxodo de millones de venezolanos que buscaron garantizar su sobrevivencia.

En su artículo: *¿Migración venezolana un problema para Latinoamérica? Un análisis a través de la historia y sus determinantes*, Luis Eduardo Peñafiel Chang (2020) analiza los factores económicos y no económicos que indujeron la migración venezolana durante el periodo 1991-2018, a través de la metodología de Mínimos Cuadrados Ordinarios (MCO) mediante la cual encuentra que un incremento en la brecha de tasa del crecimiento del Producto Interno Bruto (PIB) y la tasa de participación de la fuerza laboral promedio de América Latina, en contraste con los datos de Venezuela, generan un incentivo para tomar la decisión de buscar mejores condiciones fuera del país.

La investigación: *Aproximación al proceso migratorio venezolano en el siglo XXI* (2019), de Manuel Felipe García Arias y Jair Eduardo Restrepo Pineda, tiene como objetivo realizar una revisión documental sobre la producción académica y científica que del proceso migratorio venezolano se ha generado a partir del año 2000 y hasta la fecha, bajo un análisis documental de fuentes secundarias. El estudio evidencia que la dinámica migratoria latinoamericana es compleja y recorre las diferentes teorías que tratan de explicarla a través de variables como: la transición demográfica, la globalización de los medios de comunicación, la dependencia cultural y las redes

familiares. Además, señalan los diferentes estímulos para migrar. El análisis de la emigración venezolana lo enfocan hacia la edificación de un “territorio otro” como un lugar oportuno para la controversia de las identidades nacionales y para la escritura de las relaciones entre sujetos migrantes y sus entornos socioculturales.

En el libro: *Después de la llegada: migración (forzada) de personas venezolanas*, Cécile Blouin (2019) reflexiona con base en las cifras existentes sobre este flujo acerca de los motivos estructurales que lo ocasionan. También discute la categoría de “migración forzada” con la que abre el debate sobre la categorización en temas migratorios, con el fin de incentivar las investigaciones en el contexto venezolano.

Por otro lado, Germán Vargas Guillén, Enrique V. Muñoz Pérez, Sandra Viviana Gómez Rubio, Camilo David Cárdenas y Bayron Hernán Giral Ospina (2019), editan un texto titulado: *Aproximación a una fenomenología de la migración*, a partir de un taller sobre el método fenomenológico en una universidad venezolana, el cual tuvo como objetivo compartir las vivencias sobre la migración a partir de una pregunta fundamental: ¿cómo viven la migración los que se quedan en Venezuela? lo cual resulta muy interesante pues los que se quedan también se ven afectados por la migración de los que se van, tema que es silenciado o poco visibilizado.

En el artículo: *Venezuela: de la bonanza económica a la crisis humanitaria. La opacidad de la migración venezolana 1999 – 2019*, Emilio Osorio y Mauricio Phélan (2019) analizan el proceso internacional de movilidad humana venezolana y los cambios en su patrón migratorio, utilizando tres momentos históricos como recurso metodológico, lo cual permite relacionar los cambios económicos, políticos y sociales ocurridos en el país con los principales hitos migratorios de la población venezolana.

En el trabajo exploratorio y cualitativo: *Percepciones sobre la migración venezolana: causas, España como destino, expectativas de retorno*, Tomás Castillo Castro y Mercedes Reguant (2017) describen las características del escenario sobre el cual se han desarrollado los flujos migratorios en el siglo XXI, para contrastarlas con las respuestas de las entrevistas que realizaron, a manera de comprender sus motivaciones. La investigación arrojó como primera causa la inseguridad personal y jurídica, pero también señala situación económica, los altos niveles de inflación y la escasez de productos de primera necesidad y medicamentos; así como el decadente acceso a servicios como la electricidad, agua, entre otros. Todo ello derivado del fracasado modelo político aplicado por el gobierno chavista a partir de 1999.

De esta misma manera, la investigación de exploración de Tomás Páez (2015) *La voz de la diáspora venezolana*; el texto de Arellano, A. (2018) *Florecer lejos de casa*, así como el de la Encuesta Nacional de Condiciones de Vida (ENCOVI) levantada anualmente desde 2014, han sido medulares para corroborar el carácter forzado de la migración venezolana contemporánea.

En el 2014, Emilio Osorio publica un artículo titulado: *La emigración venezolana internacional reciente (1999-2011)*, en donde toma como referencia a algunos autores reconocidos para analizar, describir y explicar los hechos del contexto social, económico y político venezolano que pudieran haber incidido en la emigración internacional de su población, inicialmente difícil de cuantificar por cuanto no existen fuentes de datos oficiales publicadas en el país.

En su investigación sobre: *La emigración de Venezuela durante la última década*, Anitza Freitez (2011b) tiene como propósito examinar, a través de indicadores socioeconómicos, el contexto político, económico y social que sirvió de escenario para que se desencadenara la emigración de venezolanos, destacando la paradoja entre la bonanza de ingresos petroleros más cuantioso y prolongada registrada y la cuantiosa emigración debido a problemas fundamentales como la sobrevivencia cotidiana y las oportunidades de desarrollo personal y profesional. La autora destaca la pérdida económica que significa esa migración para el país.

En el artículo: *Fuga de venezolanos durante la revolución bolivariana (1998-2007)*, Inés Guardia (2007) utiliza algunos postulados del enfoque político y antropológico para el estudio de las identidades y procesos de integración, y los aplica a diferentes grupos de oposición venezolanos residentes en Estados Unidos, sobre los cuales la autora hace un inventario. Esta investigación reconoce que es una migración por motivos políticos que inicia en 1999, tras la victoria electoral de Chávez, lo que la lleva a pensar que de variar las condiciones políticas y económicas del país es probable que un alto porcentaje de aquellos que emigraron regresen, según sus propias declaraciones.

Luego de este balance bibliográfico, se quiere dejar sentado que la contribución de esta investigación está en el hecho de comprender, desde la noción de Seguridad Humana, el sentido de la emigración de venezolanos durante el siglo XXI. El enfoque de la Seguridad Humana tiene un valor analítico particular ya que busca evaluar la intersección entre la desposesión y la vulnerabilidad de las personas, por lo que alude a las condiciones emocionales y existenciales de las mismas (Gasper y Sinatti, 2016). Además, de incluir las circunstancias psicosociales, motivaciones e interpretaciones de los sujetos sobre su realidad. Por otro lado, se dejan al

descubierto los factores que pudieran explicar la sensación de inseguridad. Es por ello que se comparten las propias narrativas de los actores para ofrecer la oportunidad a quien lea de corroborar o refutar la tesis. Incluso, de construir su propio argumento.

Planteamiento del problema

*“En mi propio país estoy en una tierra lejana”
François Villon*

En sentido filosófico, las causas forman parte de la teleología de los actos humanos. La causa es todo principio por el cual algo pasa del no ser al ser. Ésta se distingue entre causa eficiente o agente por el cual se obra; causa material que vendrían a ser las condiciones externas que producen un cambio; causa final o resultado previsto en el obrar; y, causa impulsiva o motivo, el cual es el factor psicológico de libre apreciación que mueve a la causa eficiente. Así, los actos humanos se componen de motivos y resultados. En primer lugar se escoge un fin práctico y después se elige el medio para lograrlo. De ello derivan una serie de conceptos y teorías entre las que se encuentra la *teoría subjetiva* que relaciona la causa con la voluntad del sujeto, suponiendo que la voluntad se dirige a un fin y se determina por motivo o representaciones de los hechos que impulsan psicológicamente a obrar. Entonces, la causa es el fin. Y, los motivos completan la voluntad (Carretero, s/n).

Según esto, más que una búsqueda positivista sustentada en el uso de métodos cuantitativos y técnicas rigurosas para recopilar y analizar datos sobre las causas del fenómeno, lo que se pretende es interpretar las condiciones y el sentido de la migración venezolana del siglo XXI, sus motivos profundos y el fin práctico. El motivo como la causa psicológica que conduce al acto. El fin práctico sería el resultado previsto. Entonces, se persigue revelar las circunstancias que condujeron a los venezolanos a tomar la decisión de migrar con el fin de satisfacer sus necesidades. Esto, tomando en consideración que “normalmente un acto tiene más de una motivación” (Maslow, 1943, p. 3). No obstante, este trabajo está lejos de asumir un enfoque excesivamente individualista y clínico porque es evidente que las relaciones sociales influyen en el comportamiento, los pensamientos y sentimientos de un grupo de personas por igual.

Como lo señalan Pineda y Ávila (2019), una cantidad importante de migrantes internacionales tienen como motivación la aspiración personal y familiar, la búsqueda de oportunidades de crecimiento académico y laboral, la prosperidad económica, así como, la afinidad

y el interés por la diversidad cultural. Pero, la realidad éstos no son la mayoría. Las grandes proporciones de migrantes del mundo abandonan sus tierras como consecuencia de desastres naturales, procesos bélicos, altos niveles de conflictividad política y social, violencia, persecuciones, masacres, violación de los Derechos Humanos, la incertidumbre e inestabilidad económica y social, la desigualdad, la pauperización de la vida, la enfermedad, la pobreza crítica y el hambre colectiva (p. 61). Es por ello que, Alan Simmons (1991) apunta que “los patrones migratorios tienden a estar íntimamente vinculados con los procesos sociales, económicos, ecológicos y políticos de la sociedad en la que aparecen” (p. 10).

En general, la atención de los estudios académicos en torno a la migración se ha centrado en la vulnerabilidad de las personas durante sus desplazamientos, en la dimensión de los flujos y la adaptación e inserción en sus lugares de destino. Asimismo, las investigaciones se han enfocado en las características sociodemográficas de esos migrantes, las políticas públicas en los países de destino y la coordinación internacional para atender la diversidad, la estigmatización y la victimización por el tráfico y trata humana. Pero pocas veces se habla de los sujetos involucrados y de las situaciones que viven y vulneran a estas personas al interior de sus países de origen, las cuales los motiva a salir, los expulsan. Esto es particularmente interesante en gobiernos con regímenes de corte autoritario, donde la migración se convierte en una válvula para alivianar las presiones al interior, ya que esas personas llegan a representar las deficiencias sociales y políticas que el propio régimen intenta ocultar (Ramírez, 2020).

De ahí que, una de las relaciones importantes entre democracia y migración es la que se establece cuando la democracia es ineficiente o su índice de calidad ha disminuido considerablemente. El factor de expulsión conviene en gran medida a los gobiernos que presentan una incapacidad para responder y atender las demandas de la población. A partir de diversos estudios sobre flujos migratorios se puede deducir que una disminución en la calidad democrática produce una expulsión de nacionales hacia el exterior. El caso de Cuba y de Venezuela son ilustrativos, en este aspecto (Ramírez, 2020).

El desplazamiento venezolano se ha caracterizado por tener situaciones muy heterogéneas de partida, entre las que se encuentran: el exilio político, el asilado, el refugiado, los migrantes económicos y una gama de personas que, ante situaciones económicas y sociales extremas, relatan “el desierto subjetivo, la pura falta de horizonte o el diferencial según el cual otros territorios prometen más que el propio” (Colectivo Situaciones en Mezzadra, 2005, p. 16). Además hay que

resaltar que es un movimiento Sur-Sur que se está dando en toda América Latina, donde ya no predomina la búsqueda del Norte como lugar de destino, lo cual podría estar hablando de una afectación en la calidad democrática en los países de origen (Barreda, 2011), pero también de la externalización de las fronteras de los países del Norte global, quienes implementan políticas para mantener a distancia a los solicitantes de asilo y así evitar que lleguen a sus territorios mediante la gestión de terceros países considerados de tránsito.

“Estas políticas de *control a distancia* parten tanto de formas de presión contra particulares —sobre todo las empresas de transporte— como de acuerdos internacionales, regionales o binacionales para garantizar el bloqueo” (París, 2022, p. 102). Las diversas formas de cooperación para la externalización de los controles fronterizos suponen, para los países periféricos, ganancias políticas o apoyos económicos para el desarrollo y para la militarización. Es decir, la externalización de las fronteras no sólo debe ser analizada como una imposición neocolonial, sino que debe ser observada también en función de intereses estratégicos de los países del Sur Global. Un ejemplo de ello, es el caso de la *Iniciativa Mérida*, que implicó inyecciones millonarias asignadas por el Congreso estadounidense para las agencias militares y policíacas en México, a cambio de que éste frenara los flujos de centroamericanos y otros migrantes hacia su territorio (París, 2022).

Desde el 2006, la Unidad de Inteligencia de la revista británica *The Economist*, ha otorgado una estimación sobre la salud democrática del mundo —representado por 167 Estados—. Esto mediante cuatro categorías, a saber: democracia plena, democracia deficiente, régimen híbrido y régimen autoritario. Según la última edición publicada, *The Democracy Index 2022 Report*, Venezuela ha sido clasificada entre los regímenes autoritarios con una valoración entre 2,00 y 2,99 puntos; siendo la mayor puntuación 10,00 puntos para las democracias plenas³.

Con relación a lo anterior, Sandro Mezzadra (2005) afirma que “la movilidad en sí misma es un proceso que tenemos que indagar en su significado político, en el sentido que siempre tiene que ver con condiciones de coacción y con una búsqueda de libertad” (p. 15). Es así que, la noción de “fuga” que él mismo propone parece indicar la condición negativa del sitio que, precisamente,

³ De acuerdo con Bermúdez (2024) una posible crítica a esta publicación periódica de *The Economist* es cómo la medición está imbuida en la influencia ideológica de EUA. Si se observa el mapa que se presenta en tal documento, es evidente que los regímenes que tiene una buena relación con el bloque hegemónico occidental son mejor evaluados. “Cabe preguntarse sobre la posibilidad de que -cambiando el origen de la medición- quizás los resultados también tendrían una variación significativa” (s/n).

produce dicha huida. Esa negatividad —que mueve a la fuga o es inherente a ella— no tiene porqué convertirse en una excusa para desarrollar un discurso victimizante. La migración puede ser vista con cierta positividad, como una oportunidad de cambio (Mezzadra, 2005).

Sin embargo, esto no exime de revisar y diagnosticar las situaciones que la determinan, sobre todo cuando se presenta con una magnitud tal y bajo condiciones que vulneran la integridad de las personas. Hay que tratar de poner en el centro de la discusión la tensión entre la realidad de la opresión y la búsqueda de libertad y seguridad, lo cual es un rasgo característico de muchas experiencias migratorias. “Está claro que es distinto irse de un sistema muy opresivo a irse de un medio desértico (...) Irse de una situación de desestructuración social significa al mismo tiempo tratar de construir una vida de una manera diferente” (Mezzadra, 2005, p. 18).

Generalmente, cuando se habla del Estado-nación las personas imaginan un territorio que funciona con homogeneidad, equilibrio e integración; con cierta tranquilidad y seguridad interna que las élites nacionales buscan y, a veces, la logran. Así, pareciera que las diferencias son de alguna manera asimiladas, destruidas o asignadas a enclaves demarcados por fronteras tan nítidas que permiten a la nación reconocer las diferencias, al mismo tiempo que se reafirma la uniformidad del resto. Sin embargo, y debido quizás a nuevas fuerzas globales transnacionales, se ha fortalecido la opinión de que “los Estados-nación pueden no ser siempre las unidades más efectivas o legítimas de organización” (Tölölyan, 1991, p. 4).

De hecho, los procesos institucionales que tienen lugar en la mayoría de los países, siguen basándose fundamentalmente en identidades y antagonismos identitarios, así como en sospechas y temores sustanciales ante otras colectividades (Sheffer, 2013). Y, esto pasa no sólo con el otro lejano, aquel que traspasa las fronteras para insertarse, sino que pasa cuando sociedades se dividen, se enfrentan al interior y surge un otro cercano. Entonces, el problema ya no es simplemente la *mismidad* de la nación como opuesta a la alteridad de otras naciones, sino que nos enfrentamos con la nación escindida dentro de sí misma, desarticulada por la heterogeneidad o, más bien, por la rivalidad dentro de su población. Y, es ahí cuando las narrativas de afiliación nacional pierden su eficacia simbólica y se proyecta con agresividad sobre la *otredad*, no ya hacia afuera, sino al interior del espacio liminar nacional, por lo que el esfuerzo constante de integrar a los individuos en la totalidad política sucumbe ante el conflicto (Bhabha, 1994).

Si por algo se caracteriza la situación del migrante es que se vuelve otro con respecto al suelo extraño que lo acoge, pero también y principalmente, con respecto a los de su suelo natal.

Así, la emigración contiene una fractura en su estructura, ya sea que ésta se produzca antes o después del desplazamiento. Ahora bien, “¿está implicada, y hasta dónde, la voluntad en el despliegue de esta ruptura?” (Vargas *et al.*, 2019, p. 41). En el caso de Venezuela se sospecha que la pugna por el poder y control del territorio al interior de su sociedad, incita a la población a migrar. En palabras de Ernst Renan, su deseo de vivir juntos cesó (Trejo, 2013).

Durante el Renacimiento, el conflicto abierto o tácito entre las personas de la misma sociedad —lo que Jean Delumeau (1991) llamó *vecindad hostil* en su obra *El miedo en Occidente*— fue producto de las migraciones las cuales resquebrajaron el feudo con la introducción de un otro lejano que se instaló dentro de los límites considerados propios, por lo que la otredad pasó a estar dentro del ámbito de la misma sociedad.

En Venezuela hubo un proceso de producción de la otredad al interior del país el cual ocasionó la hostilidad entre la población. Así, el sentimiento de rechazo por el *otro* percibido como enemigo, desfavoreció a un sector de la población al punto de no poder conseguir reivindicaciones (Olivieri, 2017). Como consecuencia, la polarización y lucha entre las clases degeneró en un “canibalismo político” (Aguilar, 2024) y una prolongada crisis económica que cercenó las oportunidades de crecimiento y desarrollo para muchas personas quienes se vieron en la necesidad de migrar, alentadas por un pulsión de liberación de las condiciones que les vulneraban.

Preguntas de investigación

A la luz de los planteamientos anteriores resulta curioso indagar sobre este flujo mixto que abandona el territorio venezolano. De ahí las interrogantes:

¿Cuáles son las principales condiciones que hicieron de Venezuela un contexto de expulsión durante el siglo XXI? ¿Qué motivó la migración venezolana en las primeras dos décadas del siglo XX? ¿Por qué una parte significativa de la población venezolana ha abandonado el territorio nacional? ¿Qué cambios políticos, sociales y culturales que han acaecido en la Venezuela contemporánea? ¿Cómo han incidido éstos en el patrón migratorio venezolano? ¿Qué buscan los venezolanos al migrar? ¿Dónde radica su motivación? ¿Qué produjo el vaciamiento del territorio, la pérdida de unidad nacional y el sentido de pertenencia? ¿Cuál es el sentido de esta movilización? ¿Cuál es el común denominador de esas (in)movilidades?

Debido a que el fenómeno ha dado lugar a diferentes procesos que son concebidos unitariamente bajo la noción de migración, sería importante distinguir su sentido subjetivo y

colectivo, para comprender a fondo las distintas experiencias. Por ello, conviene acudir a la noción de Seguridad Humana en la medida en que tanto migrantes como refugiados lo son porque ven cuestionada su seguridad (Abad, 2020). Esto es, tanto las personas que migran de manera irregular como aquellos que cumplen con la permisología necesaria para movilizarse lo hacen porque los embargan sentimientos de inseguridad e incertidumbre.

Justificación

Últimamente, se ha recuperado y reivindicado el rol del *espacio* en el análisis de las problemáticas sociales. Esto es debido a la imposibilidad de separar las acciones humanas de su entorno, pero también a la conflictividad que ha surgido como consecuencia de las transformaciones y dinámicas que imprimen en él los grupos humanos que lo ocupan. Una de los fenómenos socio-espaciales que se ha destacado en los últimos tiempos es la migración. En este sentido, la presente investigación es pertinente para disciplinas tales como: la geografía, la sociología, la antropología, la psicología y la historia, entre otras.

De acuerdo con Sandro Mezzadra, la razón por la que el tema de la migración es tan importante en la actualidad es porque la investigación sobre este tema permite observar la redefinición de la geografía global desde el punto de vista de las personas que la viven como experiencia social concreta en su ejercicio del derecho de fuga (Mezzadra, 2005). La presente propuesta parte de estudiar el fenómeno de diseminación de los venezolanos desde las condiciones del país de origen, con lo que se quiere resaltar que si la migración se ve como problema no es adecuado buscar la solución en los síntomas. En todo caso, hay que atender las causas de su expulsión y analizar las condiciones productoras de esas subjetividades marcadas por las contingencias, desplazamientos y genealogías de despojo (Cho, 2007).

Lo previo remite a que la situación idónea de una investigación es cuando quien demanda la investigación es la propia población, como lo es la presente investigación ya que es de interés personal y profesional de quien investiga comprender el fenómeno vivido en carne propia y esto lo hace de la mano de relatos de sus connacionales para contrastarlos entre sí y poder ubicar sus puntos comunes. De esta manera, el acercamiento al fenómeno está basado en una perspectiva actancial; esto es, de los actores que intervienen en él. No debe hablarse, entonces, del objeto de investigación, sino del sujeto que quiere comprenderse a sí mismo, ya que es quien realmente está preocupado por la situación (Colectivo Ioé en Checa, 2002, p. 20-21). Asimismo, el generar

conocimiento a partir de las narrativas y las experiencias de los mismos sujetos de estudio, se presenta como una oportunidad de ejercer y fortalecer la conciencia metódica y epistemológica dentro de la producción de las Antropologías del Sur.

En cuanto a la investigación narrativa, es prudente resaltar que ésta no cuenta con fronteras rígidamente definidas por lo que muchas veces es adjetivada como *híbrida*, calificativo que en algunos casos es usado de manera peyorativa, pero también y por el contrario se emplea para ofrecer una idea de la riqueza que pueden contener los textos, producto de la investigación, que se valen de elementos provenientes de una amplia gama de disciplinas que no sólo se reducen a la literatura (Blanco, 2012b). De hecho, sus proponentes y practicantes consideran a la investigación narrativa, epistemológicamente hablando, como una manera diferente de conocer el mundo. Por lo mismo, algunos autores afirman que este tipo de investigación así como los criterios bajo los cuales puede evaluarse un trabajo de esta clase, están también en construcción. Sin embargo, están adquiriendo una importante presencia en las ciencias sociales (Blanco, 2017).

Otro elemento a destacar es la contribución al componente de la reflexividad que si bien ha tenido un papel significativo dentro de la autoetnografía angloparlante no ha sido muy utilizada en los países de habla hispana, por lo que su difusión e incorporación a programas doctorales de calidad, sería un importante aporte para la actualización e innovación de los estudios cualitativos.

Por otra parte, el trabajo es producto del diálogo intersubjetivo por lo que es un aporte a nuevas lecturas e interpretaciones de problemas prefijados por procedimientos *monológicos* (Velasco y Díaz, 2006). Las figuras de los migrantes emergen y coexisten en relación con sitios específicos de expulsión y movilidad. En este sentido, su análisis es específicamente político e histórico (Nail, 2015). “Los testimonios de los migrantes, sus visiones, aspiraciones y experiencias vividas también constituyen una importante fuente de información para profundizar en el inconcluso estudio del proceso migratorio venezolano” (Osorio, 2014, p. 239-240).

Los investigadores del caso venezolano han identificado una de las razones por la que la migración venezolana del siglo XXI es atípica en el contexto de América Latina. Ésta es que ostenta la mayor pérdida per cápita de capital intelectual en la región, lo cual alude a la pérdida de futuros profesionales, conocida como éxodo masivo de competencias (De la Vega y Vargas, 2014; Freitez *et al.*, 2020). De no revertirse esta situación pronto, tendrá consecuencias lamentables para el desarrollo del país a todo nivel: científico, tecnológico, educativo, político y ético, las cuales repercutirán en la región latinoamericana.

La crisis migratoria de Venezuela, como otras que están ocurriendo conjuntamente en la región, son una oportunidad para poner nuevamente al centro el tema de la integración latinoamericana, puesto que una manera humana de gestionar con rostro humano estas situaciones, es a través de procesos de inserción y asimilación de los migrantes en condiciones de vulnerabilidad. Es decir, dinámicas de integración desde abajo. Y, ya que la tendencia de los desplazamientos indica una direccionalidad Sur-Sur, ésta ha emergido como un tema clave para investigadores y profesionales de la migración debido a que las estadísticas socioeconómicas han demostrado el impacto progresivo que esa movilidad hemisférica tiene dentro de la configuración geopolítica, económica y el cambio social mundial (Chikanda & Crush, 2014).

Otro aporte sustancial de esta investigación es el reconocimiento de que toda subjetividad migratoria es política. No sólo porque los dispositivos de control de la población son consecuencia de un mundo organizado en Estados nacionales y todas las etapas del proceso migratorio implican la evaluación de autoridades y políticas públicas, tanto en los gobiernos de expulsión, como el de tránsito y el de recepción. Pero también, porque el hombre como especie es un animal político (*zoon politikon*) que busca vivir bien y cumplir con una finalidad (*telos*) natural que se da sólo en la medida en que vive moral y discursivamente en el marco de una comunidad política. Por tanto, si para recuperar su sentido de pertenencia a una comunidad ha de migrar, está justificado existencialmente que cambie de ciudad-Estado (*polis*) hasta que se sienta identificado o al menos virtuoso, útil, respetado dentro de la sociedad que habita (Firenze, 2020).

Al mismo tiempo, el hecho de tomar en cuenta la (in)movilidad existencial agrega una dimensión importante a la literatura de estudios migratorios, los cuales se han preocupado abrumadoramente por la (in)movilidad territorial en los últimos años (Pettit y Ruijtenberg, 2019).

Por último, en vista de que hay ciertas limitaciones, por cuanto “no existen estadísticas nacionales que permitan convalidar el volumen real y condiciones específicas de esta migración, se recurre y justifica el uso de la imaginación sociológica” (Osorio y Phélan, 2019, p. 243). La imaginación sociológica accede a comprender un escenario histórico de manera más amplia en cuanto a su significado para la vida interior y para la trayectoria exterior de la diversidad de individuos que lo componen. De esta manera, permite captar la historia, la biografía y la relación entre ambas dentro de la sociedad (Wright, 1959, p 17-18).

Objetivos

General

Interpretar las condiciones y el sentido de la emigración venezolana del siglo XXI, mediante las narrativas de sus actores y la categoría de *Seguridad Humana*.

Específicos

1) Conocer las condiciones de la migración venezolana del siglo XXI, mediante la descripción de los hechos recientes.

2) Analizar las narrativas de los actores de la migración venezolana del siglo XXI, mediante la categoría de *Seguridad Humana*.

3) Comprender el sentido de la inseguridad espacio-territorial presente en la migración venezolana del siglo XXI, mediante una narrativa autoetnográfica.

Marco teórico conceptual

“Nadie pone a sus hijos en una patera, salvo que el agua sea más segura que la tierra”

Warsan Shire

Primeramente, la definición terminológica es muy importante ya que las distintas acepciones pueden determinar el campo de estudio al que pertenece el fenómeno migratorio (Herrera, 2006). Con respecto al caso venezolano, no existe un consenso sobre qué lugar ocupa dentro de los estudios migratorios aún (Heredia y Battistessa, 2018). Se pudiera considerar la posibilidad de adjudicarlo a la peculiar condición de “diáspora transnacional” (Lie, 1995), debido a que “las comunidades transnacionales son producto de la agitación y confrontación, creando poblaciones en focos alejados del lugar que se había constituido como su hogar” (Al-Ali & Koser, 2002, p. 2). En este sentido, la diáspora debe entenderse como una condición de subjetividad y no como un objeto de análisis, comprendiendo —ante todo— que es una condición subjetiva marcada por las genealogías de desposesión, que surge de procesos profundamente subjetivos de pérdidas que no siempre pueden ser articuladas y que tienen que ver con el ejercicio del poder (Cho, 2007).

No obstante, el uso del término *diáspora* causa resquemores entre algunos académicos que, como Robin Cohen (1997), piensan que hay que observar los flujos migratorios por un período de tiempo suficiente, antes de que cualquier comunidad pueda ser descrita como tal (Mancera, 2016).

En lo que respecta a este trabajo resulta inoperante el debate sobre si el caso venezolano, puede o no llamarse así. Pero, se quiere resaltar que aunque la migración venezolana cumpla con

el *leitmotiv* de toda diáspora, el cual es el desarraigo violento (Cohen, 2015) y la condición de despojo (Cho, 2007) no se ha podido constatar una articulación sustancial y consolidada como colectivo organizado en el *espacio de diáspora* (Brah, 2011); hecho que constituye otro de los principios básicos discriminantes para ser subsumido bajo esta condición.

Originalmente, el término *diseminación* proviene de la botánica y refiere una estrategia a la que recurren las plantas con el fin de reproducirse y garantizar su supervivencia. Justamente, en este trabajo se utiliza el término como una maniobra que implementan los venezolanos que se sienten excluidos e inseguros frente a los cambios acaecidos en el país, los cuales han afectado significativamente sus sentimientos de arraigo y pertenencia al territorio nacional. Por ende, la disgregación es un medio para poder sobrevivir no sólo materialmente, sino simbólicamente.

El fenómeno migratorio venezolano se da en el marco de la transformación del Estado. Por lo que Margarita López Maya (2005) en su libro *Protesta y Cultura en Venezuela*, enfatiza el carácter cultural de la protesta en Venezuela, suponiendo que ésta se inspira y legitima en un marco de acción colectiva, no ya de un individuo sino de un movimiento social que tiene un factor de cohesión y consenso social, pero también denota el conflicto y disenso. De esta manera, “la protesta no es un brote de irracionalidad caótica, sino una forma de la acción racional” (López, 2005, p 36-37). Por tanto, aplicado a este estudio y según lo expuesto, se podría considerar que la migración masiva venezolana es una acción de protesta ante las condiciones del país.

En la misma línea, la tesis de Sandro Mezzadra coincide en cuanto a que comprende el desplazamiento como una *fuga* o como ejercicio de un derecho humano que conduce a interpretar al migrante como un sujeto subversivo. La fuga describe el movimiento subjetivo del migrante al vaciar de contenido al poder al que se enfrenta mediante su huida. Con la categoría de fuga, Mezzadra pretende remarcar la dimensión subjetiva de los procesos migratorios, es decir, aquella que resalta la naturaleza específica del movimiento social, de manera que no se pueda reducir a procesos determinados por causas objetivas como la económica o la demográficas. Esto no equivale a ignorar las causas objetivas del origen de la migración, ni tampoco significa olvidar el modo en que su condición está profundamente caracterizada por circunstancias de privación material, por procesos de dominación y explotación, además de por dinámicas específicas de exclusión y de estigmatización (Granado, 2012).

Así, desde la perspectiva de la *Autonomía de las Migraciones* se reconoce la acción de los migrantes como desobediencias, como huida individual o colectiva para reivindicar el derecho a

una “vida vivible” (Varela, 2019, p. 103) y los intérpretes de lo social pueden poner bajo sospecha el relato que se oficializa en torno a los países de los que provienen los migrantes (Varela, 2019).

Por otra parte, se considera el aporte de Ghassan Hage (2005; 2009) con respecto a la movilidad existencial⁴ y al estancamiento. A partir de estas nociones, se interpreta la emigración de venezolanos fuera de su territorio como una estrategia para escapar de la *muerte social* (Vigh, 2021, p. 241). Se trata de una fuga de una “muerte en vida” representada por la ausencia de la posibilidad de una vida digna (Varela, 2019, p. 103).

De acuerdo a la investigación de Des Gasper y Giulia Sinatti sobre la migración en el marco de la Seguridad Humana, mediante esta noción no sólo se quiere interpretar aquellos parámetros que se refieren exclusivamente a la seguridad personal, sino los términos para lograr desarrollar un proyecto de vida individual y familiar, así como la garantía de aspectos de la cotidianidad como un puesto laboral, un salario estable, una seguridad médica preventiva, calidad de los servicios públicos, cierta cohesión y confianza en las relaciones sociales, un tejido social consolidado sobre el cual se pueda conseguir un nivel de bienestar social e individual prósperos y productivos. Bajo este enfoque se busca proteger a las personas de amenazas críticas que afecten su supervivencia, sus medios de vida y su dignidad (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo [PNUD], 2012).

Por último, al estudiar el tema de las migraciones es crucial abordarlas desde las nociones de *espacio, territorio y territorialidad*, ya que se tratan de conceptos de gran utilidad para comprender las identidades sociales territorializadas, pero también para encuadrar adecuadamente los fenómenos de arraigo, apego y pertenencia, así como los de la movilidad internacional (Giménez, 2001).

En ese sentido, luego de revisar las narrativas de los colaboradores y las categorías emergentes que sustentan empíricamente este trabajo, se propone la categoría de Seguridad

⁴ El concepto de movilidad existencial ha sido tomado del académico libanés-australiano Ghassan Hage y presupone una forma de movilidad imaginaria, una sensación de que uno va hacia algún lugar, que la vida es viable. Este movimiento imaginario es un intento de evitar su opuesto; esto es la percepción de inmovilidad existencial, una sensación de estancamiento, lo que él ha llamado *stuckedness*. Este estancamiento es experimentado por personas que se encuentran imbuidas en condiciones sociales e históricas de crisis permanente, las cuales han normalizado. Y, en lugar de querer salir a cualquier precio, piensan que es una situación inevitable, un estado patológico que hay que soportar, como una prueba de resistencia. Por lo que más allá de accionar un cambio, se espera a que pase dentro de un estado de inercia. La movilidad existencial sería una metáfora al bienestar y realización personal que desea alcanzar alguien en su existencia. Por tanto, la gente que participa en la forma física de movilidad que llamamos migración es porque buscan una movilidad existencial (Hage, 2009).

Humana y la noción de *(in)seguridad espacio-territorial* para interpretar el fenómeno migratorio de los venezolanos durante el siglo XXI.

La Seguridad

Según Real Academia de la lengua Española, la seguridad es la ausencia de peligro, de duda, de inestabilidad e incertidumbre, así como la presencia de amparo, de confianza, credibilidad o tranquilidad. Es la garantía de que algo sucederá o se hará de un modo determinado. Por su parte, la acepción derivada de seguridad ciudadana indica que ésta es una situación de tranquilidad pública y de libre ejercicio de los derechos individuales, cuya protección efectiva se encomienda a las fuerzas de orden público⁵.

Los términos "seguridad" e "inseguridad" han sido adoptados por muchos científicos del comportamiento y profesionales afines, quienes los utilizan ampliamente. Aparecen principalmente en la literatura de psicología social y temas análogos provenientes del campo de la sociología, la psiquiatría, la psicología clínica y el trabajo social. Estos conceptos se utilizan para referirse a sentimientos que se infieren a partir de algunas de sus supuestas causas y efectos. Las primeras se conciben comúnmente como amenazas externas repentinas o persistentes, insuficiencias o enfermedades físicas, frustraciones, creencias, neurosis y cosas similares; y los últimos incluyen ansiedad, incertidumbre, prejuicios, conducta agresiva y búsqueda de poder (Cameron y McCormick, 1954).

Para Cameron y McCormick (1954) la literatura concerniente al tema de la seguridad puede clasificarse en categorías generales y no exclusivas, entre las que se destacan: 1) la búsqueda de seguridad como un impulso básico o como un objetivo; 2) la inseguridad como respuesta emocional ante amenazas externas repentinas y 3) la inseguridad debido a una situación externa amenazadora relativamente constante. Esta clasificación es simplemente para saber, por un lado, cuál es el índice aceptable de seguridad o inseguridad y, por otro, conocer las condiciones para la aparición de un comportamiento resultante. Además, esta categorización podría ser de utilidad para predecir o controlar de manera confiable una conducta específica en torno a la (in)seguridad.

En función de los postulados del psicólogo estadounidense Abraham Maslow expuestos en su célebre obra: Teoría de la motivación humana (1943), la seguridad ocupa el segundo lugar entre las necesidades básicas del ser humano. Según el autor, los seres humanos organizan sus

⁵ Extraído de la versión en línea (<https://dle.rae.es/seguridad>)

necesidades mediante una jerarquía que conforme se satisfacen las más básicas, se desarrollan necesidades y deseos más elevados. Tradicionalmente, esta jerarquía de las necesidades humanas se ha representado mediante una gráfica que se dio a conocer como la *Pirámide de Maslow*. Dicha pirámide contiene cinco escalafones que van desde las necesidades fisiológicas, la seguridad y la afiliación, hasta el reconocimiento y la autorrealización. Mientras que las tres primeras son necesidades básicas que se valoran por su carencia y privación, las dos últimas son necesidades superiores concernientes al desarrollo del potencial del ser humano.

Figura 3

Pirámide de Maslow



Fuente: elaboración propia con base en el modelo difundido y en la lectura de la *Teoría de la Motivación Humana*.

Las necesidades que se toman como punto de partida son los llamados impulsos fisiológicos que son las más potentes de todas, lo que significa que la privación de estas impedirá el desarrollo de otras. Si todas las necesidades están insatisfechas y el organismo está dominado por las necesidades fisiológicas, las demás necesidades se vuelven inexistentes o quedan relegadas a un segundo plano (Maslow, 1943).

Pero, si las necesidades fisiológicas están relativamente satisfechas, entonces surge un nuevo conjunto de necesidades que se pueden categorizar a grandes rasgos como necesidades de seguridad. Entre las necesidades de seguridad se pueden considerar: la estabilidad, la protección,

la ausencia de miedo, de ansiedad y de caos. También la necesidad de una estructura, de un orden, de leyes y de ciertos límites, no sólo en su visión del presente, sino también de los valores del futuro (Maslow, 1991).

El organismo también puede estar totalmente dominado por los mecanismos de búsqueda de seguridad, ya que ésta sirve como criterio organizador de la conducta, de manera que recluta el intelecto y otras capacidades del organismo a su servicio, convirtiéndolas en herramientas para buscar seguridad. Un hombre, en este estado, puede caracterizarse por vivir sólo para encontrar su seguridad (Maslow, 1943).

Otros aspectos relacionados con el intento de buscar seguridad y estabilidad se reflejan en la preferencia por lo conocido en lugar de lo desconocido. Asimismo, la tendencia a organizar el universo y a los hombres que lo componen en una especie de sistema coherente, un todo significativo, también está motivado por la búsqueda de seguridad (Maslow, 1943).

Para Maslow:

Las necesidades de seguridad pueden volverse perentorias en la esfera social siempre que existan verdaderas amenazas contra el orden, la ley o la autoridad de la sociedad. Se puede esperar, de la mayoría de los seres humanos, que la amenaza de caos o de nihilismo produzca una regresión de cualquiera de las necesidades superiores hacia las necesidades de seguridad predominantes. La reacción más común, en estos casos, es la más fácil aceptación de una dictadura o de un gobierno militar. Esto tiende a ser verdad para todos los seres humanos, incluidos los sanos, puesto que también éstos tenderán a reaccionar ante el peligro con un retroceso realista al nivel de la necesidad de seguridad, y se prepararán para defenderse. Pero esto resulta más cierto en las personas que viven al borde de la seguridad. En particular, les perturban las amenazas a la autoridad, a la legalidad y a los representantes de la ley (Maslow, 1991, p. 28).

Luego, si tanto las necesidades fisiológicas como las de seguridad están bien satisfechas, surgirán las necesidades de pertenencia, estima y autorrealización. El sentimiento o sentido de pertenencia, la sensación de formar parte de un grupo, el identificarse con las metas y valores de otros, la aceptación o el hecho de tener un lugar en el mundo también son necesidades básicas humanas. Por ello, su satisfacción contribuye al bienestar individual y social. En ese sentido, cualquier análisis de las relaciones humanas demostrará que la necesidad de sentirse seguro y la necesidad de pertenecer se pueden satisfacer sólo interpersonalmente (Maslow, 1991). Esto ratifica la naturaleza social del ser humano.

No obstante, las necesidades son sólo una clase de determinantes del comportamiento, también hay que considerar el componente biológico, el cultural y el circunstancial.

La Seguridad Humana

La palabra seguridad proviene etimológicamente del latín *sine cura* —sin cuidado, sin preocupación—, lo que comprende que todo ser humano debería poder desenvolverse sin inquietudes, reduciendo al mínimo los daños, carencias, necesidades, sufrimientos y temores que pudieran aquejarlo y hacerlo sentir inseguros (Rodríguez, 2005). Sobre la base de esto se creó el concepto de *Seguridad Humana*.

El origen de la expresión *Seguridad Humana* es dudoso y ha sido disputado. Por un lado, se le atribuye a Lincoln Chen, un antiguo investigador del *Harvard Center for Population and Development Studies*. Por otro lado, se afirma que el término fue acuñado por Johan Galtung y sus colaboradores. De cualquier manera, está claro que fue su adopción por parte de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) lo que produjo su extensión.

Conforme a ello, el Informe sobre Desarrollo Humano del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) de 1994, titulado *Nuevas dimensiones de la Seguridad Humana*, señala que la seguridad está muy conectada con aspectos objetivos y amenazas crónicas como: el hambre, la enfermedad y la represión; así como la protección contra perturbaciones de escala personal, local, nacional y mundial. Pero a la par, implica componentes subjetivos como son la sensación de libertad respecto al miedo y a la necesidad (Rodríguez, 2005). Conviene subrayar que esta noción no es de naturaleza defensiva como lo son las de seguridad nacional, territorial o pública. Por el contrario, reivindica el carácter universal de las condiciones vitales para cualquier persona (CDHDF, 2015).

Es así que, el desarrollo del concepto ha sido producto del incremento de contextos sociales desiguales y de la transición de un enfoque centrado en el control social del Estado hacia una visión en función a la protección de las personas. Como resultado, la seguridad además de ser ausencia de violencia, implica un proceso de ampliación de las libertades, capacidades y por consiguiente del bienestar y desarrollo integral de los seres humanos y sus comunidades (CDHDF, 2015).

Desde el inicio de la vida en comunidad la seguridad ha sido una preocupación fundamental de los seres humanos. Tal es su importancia que para algunas corrientes legales y filosóficas como el contractualismo, la seguridad es el gran objetivo que empuja a los hombres a pactar para salir del estado de naturaleza y constituir una sociedad política bajo un Estado (Rojas y Álvarez, 2012).

Durante la Guerra Fría predominó la noción de seguridad nacional con énfasis en las dimensiones militares-estatales. El conflicto entre Estados Unidos y la Unión Soviética ocupaba

la atención de las estrategias de seguridad e incidía en otros conflictos regionales. Al concluir la Guerra Fría, en 1989, se produjo un cambio en el carácter de los conflictos y las amenazas, por lo que muchos conflictos emergen dentro de los países más que entre ellos (PNUD, 1994).

Actualmente, la mayoría de los conflictos son de carácter intra-estatal, debido a que en muchos países es el propio Estado el que representa la mayor amenaza para sus ciudadanos, relegando los conflictos armados con otros Estados. Es por ello que se ha promovido la adopción de un concepto más integral que englobe todos los aspectos de la Seguridad Humana y que respondan a interrogantes como: ¿tienen las personas suficientes alimentos y poder adquisitivo para alimentarse ellos y a sus familias? ¿Cuentan con un empleo y una seguridad social? ¿Estarán seguros sus barrios y viviendas respecto a la delincuencia? ¿Es el Estado bajo el cual se encuentran represivo? ¿Serán víctimas de violencia en razón de su género? ¿Serán objeto de persecución y amenazas por su identidad? (PNUD, 1994).

A partir de la creciente universalización y promoción de los valores y derechos contenidos en la *Declaración Universal de los Derechos Humanos*, firmada al concluir la Segunda Guerra Mundial, ha ido aumentando la tendencia hacia el reconocimiento pleno del individuo como sujeto de derecho. Debido a ello, el orden internacional ya no se limita a la ausencia de guerras, sino también a promover los derechos de los ciudadanos, su bienestar y su libertad. Por ende, la noción de *Seguridad Humana* destaca que, para la mayoría de las personas, el sentimiento de inseguridad se focaliza en las preocupaciones de la vida cotidiana.

Dicho esto, la Seguridad Humana se centra en las personas y las comunidades e incluye amenazas que no siempre se han calificado como tales, como por ejemplo: los desastres naturales, las crisis alimentarias, la inseguridad ciudadana, la falta de vivienda o de acceso a la salud pública, entre otras. Su consecución abarca la protección de la persona y su potenciación, brindándole los medios para desarrollarse por sí misma.

Entre los pilares de la Seguridad Humana están: a) la ausencia de necesidades, miedos y riesgos por pobreza, enfermedades, hambre, desempleo y accidentes; b) la seguridad para vivir con dignidad en un Estado con leyes equitativas que se apliquen y que propicien el bienestar de todos los ciudadanos, que fomentan la participación y la equidad de género y privilegian la resolución pacífica de conflictos. Esto con base en que la pobreza y desigualdad provocan mayor conflictividad social y son un caldo de cultivo para la violencia en todas sus formas. Además, los

países que poseen una institucionalidad débil frecuentemente se ven afectados por altos índices de corrupción, altos índices de impunidad y la consecuente erosión del Estados de Derecho.

El *Informe de Desarrollo Humano del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo* propone ocho dimensiones principales para la medición de la Seguridad Humana, estas son: la seguridad económica, la seguridad alimentaria, la seguridad en materia de salud, la seguridad de vivienda, la seguridad ambiental, la seguridad personal, la seguridad de la comunidad y la seguridad política. Cabe destacar que, los incrementos en la seguridad de una dimensión no eliminan necesariamente los problemas de seguridad en las otras. Por el contrario, el déficit de seguridad en un área afecta directamente a las otras, ya que a menudo están relacionadas; son interdependientes (Rojas y Álvarez, 2012, p. 18).

En ese sentido, los diferentes tipos de seguridad se definen con relación a componentes de la vida cotidiana, por ejemplo:

- La seguridad económica: requiere un ingreso básico asegurado generalmente como resultado de un trabajo productivo o, como último recurso por algún sistema de seguridad financiado por fondos públicos.
- La seguridad política: Implica la necesidad de que las personas puedan vivir en una sociedad que respete sus Derechos Humanos en el marco de un Estado democrático y constitucional de derecho que evite cualquier forma de represión.
- La seguridad de la comunidad (o social): Se deriva de la pertenencia de una persona a un grupo, una familia, una comunidad, una organización, un grupo cultural o étnico que brinde identidad y un conjunto de valores que den seguridad.
- La seguridad alimentaria: significa que en todo momento todas las personas tengan acceso físico y económico a los alimentos básicos. Implica no sólo que haya suficiente alimento sino que se tenga acceso inmediato a éste; es decir, que se tenga derecho al alimento.
- La seguridad en materia de salud: exige que todas las personas tengan un nivel óptimo de salud y acceso a los servicios básicos que la garanticen.
- La seguridad de vivienda: implica las posibilidades de acceso a viviendas dignas y asequibles.
- La seguridad ambiental: requiere que se evite por todos los medios posibles la generación de amenazas al medio ambiente, ya sea de carácter local o global.

- La seguridad personal: es aquella que se requiere frente a la violencia física. Puede verse transgredida por amenazas del propio Estado, de otros Estados, de otros grupos de población, entre individuos o pandillas, contra las mujeres, contra niños y niñas por su vulnerabilidad y dependencia, y contra la propia persona (CDHDF, 2015).

Más que un modelo teórico preciso, la clasificación previa permite ubicar conceptos pertinentes para la investigación, ya que la perspectiva analítica de la Seguridad Humana es un marco de trabajo para orientar la atención hacia algunos elementos esenciales y otros totalmente opcionales para comprender la intersección entre de factores estructurales y contingentes que generan vulnerabilidades u oportunidades en la vida de la gente común (Gasper y Sinatti, 2016).

Desde su concepción, el enfoque de la Seguridad Humana ha sido aplicado para la elaboración y ejecución de políticas públicas, así como para poner en marcha intervenciones en las comunidades, ya sea para paliar situaciones de inseguridad y vulnerabilidad o para tomar acciones preventivas. Pero también, con miras a identificar las causas profundas de las vulnerabilidades. Es así como lo ha tomado esta investigación, como marco para comprender cómo las condiciones de inseguridad influyen en la vida de las personas hasta el punto de erigirse como motivos decisivos para migrar.

Una de las particularidades de la Seguridad Humana es que se percibe más fácilmente en su ausencia que en su presencia. Es decir que, las cuestiones de seguridad se divisan con mayor claridad con relación a la inseguridad y se conectan con emociones como el miedo y la incertidumbre. Por ende, la Seguridad Humana puede ser planteada como un conjunto de criterios (objetivos y subjetivos) para evaluar situaciones donde la integridad de las personas se vea comprometida, además de ayudar a desentrañar las características y condiciones en torno a las vulnerabilidades.

En concordancia con lo anterior, en la siguiente tabla se presentan las principales dimensiones de inseguridad con sus respectivos ejemplos de situaciones en las que se producen.

Tabla 1

Tipos de inseguridad y sus posibles causas profundas

Dimensión	Ejemplo
Inseguridad económica	Pobreza persistente, desempleo, falta de oportunidades económicas, inflación.
Inseguridad alimentaria	Hambrunas, escasez, subida repentina del precio de los alimentos.
Inseguridad en salud	epidemias, enfermedades infecciosas, desnutrición, malas condiciones de salubridad, falta de acceso a la atención médica.
Inseguridad ambiental	Degradación ambiental, agotamiento de recursos, desastres naturales, contaminación.
Inseguridad de la vivienda	Insuficiencia de viviendas asequibles, condiciones de vida inseguras y políticas de vivienda discriminatorias o desiguales.
Inseguridad personal	Violencia física en todas sus formas, delitos, violencia doméstica.
Inseguridad comunitaria	Tensiones interétnicas, religiosas y otras similares, tensiones relacionadas con la identidad, terrorismo.
Inseguridad política	Represión, violación de derechos humanos y ausencia del estado de derecho y de justicia.

Fuente: Fondo fiduciario de las Naciones Unidas para la Seguridad Humana (FFNUSH).

Los escenarios de inseguridad arriba mencionadas son algunas de las circunstancias que se intentan reconocer mediante la aplicación de la noción de Seguridad Humana, lo cual denota que su proyección apunta hacia el desarrollo de las personas, a una vida digna y no a la *securitización* de los Estados. Entonces, la Seguridad Humana se preocupa por la forma en que la gente vive en sociedad, le atañe la libertad con la que puede ejercer la ciudadanía, le concierne el grado de acceso al mercado laboral y a las oportunidades sociales y se enfoca en la calidad de vida y ausencia de conflictos. En definitiva, la Seguridad Humana se expresa en un niño que no muere, una enfermedad que no se difunde, en un empleo que ofrece condiciones justas, en una tensión por razones identitarias que no llega a la violencia, en la confianza hacia el futuro, en la autonomía de las decisiones individuales, en un disidente que no es silenciado, entre otras (CDHDF México, 2015).

Ahora bien, el concepto de Seguridad Humana ha recibido algunas críticas. Quizás la más repetida es la de que se trata de un concepto demasiado amplio y vago por lo que se corre el peligro de que se vea reducido a una utopía o a una consigna utilizada para la movilización social, difícilmente aplicable en la investigación académica o en la elaboración de políticas concretas. Asimismo, una alarma que no ha pasado desapercibida es el posible uso del término para justificar actuaciones que pueden considerarse una extensión de la agenda tradicional del realismo político,

más que una aproximación genuinamente alternativa a la seguridad. De esta forma, la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) —también conocida como la Alianza Atlántica— ha justificado intervenciones militares de las grandes potencias fuera de sus fronteras, específicamente bombardeos y guerras, invocando la noción de Seguridad Humana; como por ejemplo, la Guerra de Kosovo (1998-1999) y el Conflicto del Sur de Serbia (1999-2001). De esta forma, el concepto de Seguridad Humana puede acabar desempeñando funciones contrapuestas a las inicialmente concebidas (Rodríguez, 2005).

La otra dificultad del concepto viene dada porque su definición debe ser construida a partir de una convención que reúna los intereses del total de los actores para evitar que sean las élites que ostentan el poder las que impongan sus propias concepciones sobre las culturas y creencias de los subalternos. Teniendo en cuenta estas objeciones, no resulta sorprendente que algunos críticos planteen el abandono del concepto y otros argumenten que su delimitación debería ser más precisa y menos ambiciosa. Específicamente, su propuesta se resume en tomar dicho término como una serie de indicadores objetivos que alerten sobre las amenazas a la seguridad de las sociedades, grupos e individuos; como las ambientales, las alimentarias, las sanitarias o las demográficas (Rodríguez, 2005).

En cuanto a estas amenazas, esta investigación se ciñe a la aplicación de la categoría *Seguridad Humana* para analizar e interpretar las narrativas recogidas en la muestra e identificar los factores causales que hicieron de Venezuela un contexto de expulsión por la intersección de inseguridades económicas, políticas, sociales, alimentarias, ambientales, de salud y de vivienda. A las circunstancias anteriores nombradas se propone sumarle un nuevo tipo de inseguridad confeccionado exclusivamente para este trabajo: *la inseguridad espacio-territorial*.

La Inseguridad espacio-territorial

“La realidad requiere que nos coloquemos en el terreno, es decir, en el espacio, lugar donde en definitiva ocurren todos los hechos que por su trascendencia se convierten en hechos de la historia”.
Dante Pascucci

Al indagar sobre las condiciones y factores coadyuvantes de la migración venezolana del siglo XXI se plantea que, cuando las personas perciben incertidumbre en sus espacios habituales o consideran que existen elementos que atentan en contra de su seguridad —en un sentido amplio— dentro de la comunidad en la que habitan, tenderán a movilizarse a lugares más estables que les permitan sustentarse y desarrollarse. Esto no es algo que se reduzca exclusivamente al caso

de la migración venezolana, ya que el fenómeno migratorio en general es con frecuencia causa y efecto de diversas formas de conflicto y eventos ligados a problemas de convivencia dentro de algunas sociedades. Millones de personas buscan trabajo, un hogar, o simplemente un lugar seguro para vivir aunque éste sea lejos de su lugar de nacimiento (Castles y Miller, 2004). Como refiere Yi Fu Tuan (2007), “los seres humanos han buscado con persistencia el entorno ideal” (p. 336).

Lo anterior pone en relieve la trascendencia del componente espacio-territorial, mismo que juega un papel preponderante en la decisión de migrar. En este sentido, y como aporte de esta investigación, se elaboró un novedoso tipo de inseguridad: la *inseguridad espacio-territorial*. Ésta estaría caracterizada, inicialmente, por la precarización o pérdida de seguridad dentro de los espacios cotidianos habituales y la limitación o privación de la capacidad de apropiación y construcción de los mismos. En particular, se consideran las amenazas que afectan los medios materiales de subsistencia, así como la construcción y reproducción activa y participativa de los referentes simbólicos contenidos en el territorio. Según esto, la (in)seguridad espacio-territorial se constituye como una categoría que puede aportar a la comprensión del vínculo emocional de los sujetos con el territorio.

Tabla 2

Propuesta de un nuevo tipo de inseguridad

Dimensión	Ejemplo
Inseguridad espacio-territorial	Precarización territorial de los grupos subalternos, caracterizada por la privación total o parcial de las posibilidades de apropiación de los espacios regulares y necesarios para el desenvolvimiento de las actividades económicas, sociales y culturales.

Fuente: elaboración propia

De modo que, es fundamental recuperar los conceptos de espacio, territorialidad y territorio para encuadrar adecuadamente los fenómenos de desarraigo y desapego, la pérdida del sentimiento de pertenencia y el déficit de seguridad espacio-territorial que se presupone están implicados en la estructura motivacional de las migraciones en general y de la venezolana, en particular.

Por su parte, el espacio es una porción cualquiera de superficie terrestre considerada antecedentemente a toda representación y toda práctica. (Giménez, 2001; 2005).

Mientras que la territorialidad, siguiendo a Carmo (2007), es una práctica o estrategia que implica el ejercicio de apropiación y significación de un espacio por parte de un sujeto o un grupo

social, el cual puede ser activado de forma material y/o simbólica, con el fin de remarcar su pertenencia e imprimir sobre el territorio una forma de representación particular que acentúa la diferencia y permite fortalecer la identidad de una comunidad en la disputa por el reconocimiento (Mansilla y Imilán, 2018).

Y, se entiende por territorio el espacio apropiado por un grupo social para asegurar su reproducción y la satisfacción de sus necesidades vitales que pueden ser materiales o simbólicas (Giménez, 2001; 2005). Otra definición es aquella que lo comprende como una porción de espacio apropiada por las sociedades humanas para desplegar sus actividades productivas, sociales, políticas, culturales y afectivas, a la vez que inscribir en ellas sus estrategias de desarrollo y expresar su identidad mediante la señalización de los lugares significativos (Lecoquierre y Steck, 1999).

El proceso de apropiación sería entonces consubstancial al territorio y está marcado por conflictos que permiten explicar de qué manera el territorio es producido, regulado y protegido según los intereses de los grupos de poder. Es decir que, la territorialidad resulta indisociable del poder, por lo que el territorio se constituye como un objeto de disputa permanente (Giménez, 2001; 2005). Entonces, el territorio es una dimensión del espacio cuando el enfoque se centra en las relaciones de poder (Haesbaert, 2013).

Para Milton Santos (1996), el territorio comprende un proceso de espacialización del poder compuesto por una serie de estrategias que consisten en naturalizar las transformaciones de las relaciones sociales a través de los dispositivos del Estado. De tal modo, el territorio es concebido como un espacio estatal y un producto social. Por su parte, el espacio está formado por un conjunto indisoluble y contradictorio de sistemas de objetos y acciones, los cuales no pueden ser considerados aisladamente, pues es allí donde se construye la historia impulsada por procesos políticos, sociales y culturales.

El territorio, señala Santos (1994), es valorado y cualificado por la presencia humana; es decir que es un producto social, resultado de la creación e interacción de los actores sociales que habitan en él. El territorio en sí mismo es una forma geográfica, pero el uso que se le da al territorio —por medio de objetos y acciones— es lo que lo emplaza como objeto de estudio. Por ello la categoría de análisis correcta para el geógrafo brasileño sería la de *territorio usado*; sinónimo de espacio humano, de espacio habitado, de “ecúmene” (Santos, 1996, p. 37).

Según el antropólogo francés Marc Augé, es posible realizar una lectura de la sociedad a través del espacio, concretamente del entramado de relaciones interpersonales, instituciones, valores, formas de ser y actuar que se despliegan en un lugar específico. Para Augé, los espacios *antropológicos* —como define a los lugares tradicionales—, son esencialmente identitarios, relacionales e históricos. Esto es, que tienen sentido de unidad para aquellas personas que los habitan ya que definen a su grupo cultural y les diferencian del resto. Además, estos espacios constituyen una manera de reunirse, de encontrarse y relacionarse. Y, en última instancia, son espacios simbolizados durante un tiempo considerable. Es por ello que, cuando las referencias históricas y las dinámicas culturales entran en crisis se produce en éstos una nueva cartografía. Incluso, pueden surgir *no lugares* que son espacios no identitarios, ni relacionales, ni históricos; son zonas efímeras, lugares de paso y de anonimato que no generan apego (Augé, 1993).

Así es que, el territorio sólo existe en cuanto es valorado de alguna manera y esto se pondera a partir de dos polaridades. El primer polo lo constituye su función utilitaria, cuando se piensa como una mercancía generadora de renta, una fuente de recursos, un medio de subsistencia. Asimismo, cuando implica el ámbito de jurisdicción del poder, el área geopolíticamente estratégica para el control militar, pero también cuando se concibe como abrigo y zona de refugio. El segundo polo concentra lo relacionado con el carácter simbólico-cultural, como cuando se considera un lugar de inscripción de la historia o de la tradición, como tierra de los antepasados, como un recinto sagrado, repertorio de geosímbolos, reserva ecológica, bien ambiental, patrimonio valorizado o paisaje natural; en fin, como referente de la identidad de un grupo (Giménez, 1996; 2001; 2005).

De manera que, el territorio es apreciado culturalmente bajo una perspectiva simbólica y emocional como distintivo de identidad, espacio de inscripción de un pasado histórico y de una memoria colectiva. Por tanto, no basta con afirmar que el territorio es uno de los elementos constitutivos del Estado-nación, hay que añadir que es el “símbolo metonímico” de la mismísima comunidad nacional. O sea que reproduce formas objetivadas y subjetivadas de la cultura (Giménez, 1996; 2001).

Concretamente, la cultura no puede ser entendida de manera desterritorializada. Las prácticas y bienes culturales, como lo son: las peculiaridades del hábitat, las pautas de comportamiento, las formas de vestimenta, la alimentación, las fiestas y los rituales, incluso el lenguaje, están ligados a espacios determinados por lo que el territorio es apropiado subjetivamente como objeto de representación y de apego, pero sobre todo como símbolo de pertenencia socio-

territorial (Giménez, 1996). De ahí parte el concepto de *Topofilia*, término acuñado Gastón Bachelard y que fue desarrollado por el geógrafo chino-estadounidense Yi-Fu Tuan, el cual designa al lazo afectivo entre las personas y el lugar o el ambiente circundante (Tuan, 2007), mismo que “parece ser una constante antropológica en la relación hombre-medio ambiente que, en cuanto a tal, trasciende las condiciones sociales y los niveles de desarrollo” (Giménez, 1996, p. 24).

Sobre el nivel de desarrollo de las comunidades, el geógrafo Ángel Bassols Batalla (1986) en su libro *La lucha por el espacio social*, demuestra que las causas más frecuentes por las que las poblaciones migran tienen que ver con las condiciones económicas en las que viven, entre las que menciona: la falta de adecuadas y bien remuneradas oportunidades laborales, los trabajos mal pagados y sin prestaciones, los salarios insuficientes o muy precarizados y un claro aumento de la pobreza y la desigualdad.

Para Bassols Batalla, el *espacio social* es siempre el escenario de la lucha de clases en el que vence la más poderosa para luego oprimir o expulsar, cuando menos discriminar a las más débiles. De ahí que, cuando la calidad del mercado laboral no permite alcanzar un equilibrio entre el esfuerzo, las condiciones del trabajo y la retribución, y no se puede visualizar un proyecto de vida a largo plazo, las personas se sientan inseguras en cuanto a que no perciben garantías sobre el futuro (Bassols *et al.*, 1986). En efecto, se generan niveles de incertidumbre que muchas veces no son tolerables. Según lo dicho, se podría afirmar que la percepción de (in)seguridad tiene una incidencia directa en la decisión de migrar.

No obstante, entre los determinantes de la migración, más que motivos económicos o políticos puros, se debe considerar el deterioro general de la imagen de país interiorizada por la población. Si ésta es una imagen favorable de una sociedad abierta, con condiciones favorecedoras para movilidad social y una participación igualitaria, la gente tenderá a arraigarse. Por el contrario, si la imagen es decadente y se perciben pocas oportunidades laborales, sueldos muy bajos y nula o escasa movilidad social, las personas probablemente decidirán buscar otros horizontes. “Más importante que la crisis en sí, el detonante de la emigración es la conciencia de esa crisis” (Filguiera, 1987, p. 11 citado en Moraes, 2008, s/p).

En pocas palabras, aunque el beneficio económico se muestre como el criterio de decisión predominante no es el único a considerar, ya que excluye elementos como la familiaridad con el lugar y las tradiciones, los afectos y cercanía con las personas queridas, el sentido de pertenencia

con respecto a la comunidad y al territorio (Gasper y Sinatti, 2016). Además, cuando la apropiación del espacio se ve amenazada como fuente de sustento, la migración se presenta como estrategia de supervivencia ya que permite el flujo de recursos económicos imposibles de generarse localmente y propicia nuevas formas de participación comunitaria debido a que los miembros ausentes se convierten en miembros virtualmente presentes, lo cual puede traducirse como un alto compromiso con sus comunidades (Gendreau y Giménez, 2002).

En otro orden de ideas, el académico Ghassan Hage ha encontrado en sus investigaciones sobre la migración que las condiciones de crisis e incertidumbre en las que las personas se ven sumidas pueden llegar a proliferar y aumentar la sensación de estancamiento. Bien dicen que las personas se involucran en el tipo de movilidad física que los define como migrantes porque sienten que otro espacio geográfico es una mejor plataforma de lanzamiento para su yo existencial. Es decir, “se mueven físicamente para sentir que están existencialmente en movimiento nuevamente o, al menos, moviéndose mejor” (Hage, 2005, p. 470).

Según esto, las personas asumen la movilidad física porque están deseosas de salir de esa sensación de permanente inseguridad. Es así que, las personas que migran lo hacen porque están buscando un espacio donde sientan que van a algún lugar y no a ninguna parte, o al menos, un espacio donde la calidad de su *movilidad* sea mejor que lo que era en el espacio que están dejando atrás. La mayoría de las veces, lo que se conoce como migración voluntaria, es una incapacidad o una falta de voluntad para soportar o esperar a que pase una crisis (Hage, 2009).

Así pues, la migración internacional es una manera de proteger la identidad y cultura construidas antes de cualquier crisis o cambios significativos. En otras palabras “hay que irse para poder quedarse” (informante citado en Giménez, 2005, p. 22). Esto quiere decir que la desterritorialización física no implica automáticamente la desterritorialización en términos simbólicos, pudiendo incluso significar su defensa. El hecho de salir del territorio puede fomentar una reterritorialización simbólica de la cultura como esfuerzo de recuperar y reconstruir los geosímbolos de la tierra natal en otros espacios. En ese caso, la migración contribuye a revitalizar la cultura y las identidades, dando lugar a la conformación de una comunidad transnacional que vincula a los que se queda con los que se marchan. Así, un proceso disolutivo dentro del territorio nacional puede desembocar en uno integrativo (Giménez, 2005).

De acuerdo con Rogério Haesbaert (2013), la desterritorialización no es sólo el abandono de un territorio, sino también la desposesión y precarización territorial de los grupos subalternos.

Es la fragilización o pérdida de potestad sobre sus territorios habituales lo que eventualmente conllevaría a la decisión de migrar. Ya sea porque el control del territorio está fuera de su alcance o porque está siendo ejercido por otros que les limitan o impiden el acceso, los grupos subalternizados no tienen seguridad de poder desenvolverse libremente por lo que se ven compelidos a reterritorializarse en otros espacios, a reconstruir su territorio. Esto coincide exactamente con lo que se quiere significar al hablar sobre la *inseguridad espacio-territorial*.

La inseguridad espacio-territorial está alentada por procesos sociales que restringen *El Derecho a la ciudad*. Éste es el derecho de todos los individuos a habitar, utilizar, ocupar, producir, transformar, gobernar y disfrutar ciudades, pueblos y asentamientos urbanos justos, inclusivos, seguros, sostenibles y democráticos, definidos como bienes comunes para una vida digna (ONU-Hábitat, 2020).

La expresión *El Derecho a la ciudad*, fue acuñada por el filósofo francés Henry Lefebvre cuando publicó su famosa obra del mismo nombre, en 1968. Allí, Lefebvre asume la tarea de generar y sistematizar la dimensión espacial de las relaciones de poder y de la producción, en la que los actores en pugna se encuentran afanosos por someter tanto los usos ordinarios o excepcionales de la ciudad, como la riqueza de códigos que los organizan. Entonces, en el intento por hegemonizar los espacios percibidos, practicados, vividos o soñados y doblegarlos a sus intereses se elide o expulsa todo lo que se le opone (Delgado, 1997).

La exclusión social no es sino la condición de ciertos sectores que no pueden gozar de ese pleno acceso al espacio público. Según esto, el espacio social se construye, destruye y reconstruye como una estrategia política que configura las maneras de habitar (Delgado, 1997). Aquellos individuos a quienes se les impide el acceso y participación en la construcción y apropiación de los espacios públicos se les está negando la ciudadanía.

La ciudadanía implica el hecho de vivir dentro de cierto orden público que le permita a los ciudadanos el ejercicio de sus derechos y deberes y le de cierta estabilidad y seguridad. La ausencia de esas condiciones se conoce como incivilidad. Según el sociólogo Albert Hunter (1978), la incivilidad es la falta de un comportamiento ciudadano respetuoso hacia las normas de convivencia pública, que no sólo conduce a la inseguridad sino que puede llevar a la ciudadanía a cuestionar la legitimidad y efectividad del Estado para mantener un orden social. Desde modo que, las incivildades pueden poner en duda la idea básica de que como ciudadano se está protegido (Hunter, 1978). Y, las personas deben sentirse seguras ante la percepción de amenazas, ya sean

físicas, psicológicas, emocionales, de exclusión o cualquiera situación que perturbe su desarrollo personal y colectivo (CDHDF, 2015).

Finalmente, la apropiación del espacio público es una acción colectiva ya que es en él donde se emplazan las relaciones sociales, los vínculos entre las personas y de éstas con el territorio, su sustrato físico. La continuidad o interrupción de esta dinámica conllevará a la desterritorialización/reterritorialización. La desterritorialización implica siempre una destrucción y reconstrucción territorial que ocurren de manera simultánea. Por lo tanto, ante la inseguridad y necesidad de construir un nuevo territorio “hay que salir del territorio en el que se está, o *construir allí mismo otro distinto*” (Haesbaert, 2013, p. 13) en una suerte de reacomodo espacial dentro del territorio habitual. Esto último estaría relacionado con el fenómeno del insilio.

El Insilio

“¿De quién es esta casa?
¿Quién mantiene la luz apagada aquí adentro?
Dime ¿A quién pertenece esta casa?
No es mía.
Yo soñé con otra; más dulce, más brillante
Con vista hacia lagos cruzados por botes pintados
De extensos campos como brazos abiertos para mí.
Esta casa es extraña. Su sombra miente.
Pero, dime, ¿por qué mi llave encaja en su cerradura?”

Toni Morrison

A pesar de que no se ubique concretamente quien acuñó la palabra *insilio* se identifica como un neologismo esgrimido por escritores latinoamericanos para referirse a una condición experimentada bajo un régimen dictatorial, caracterizada por el hecho de vivir en una especie de exilio al interior del país que lo padece. Éste alude a una condición de reterritorialización hacia adentro de los espacios íntimos más elementales, como el de la casa habitación. Apunta a la reducción de las relaciones y funciones ciudadanas, a un tipo de migración que no contempla el desplazamiento de un territorio a otro. Es una especie de exilio interior.

El exilio interior, como también se le conoce, es quizás el antecedente más cercano al término *insilio* y fue utilizado por primera vez por el periodista, traductor y escritor español Miguel Salabert Criado en un artículo para el semanario *L' Express*, en la primavera de 1958. Dicho texto trataba sobre la España de Franco y se tituló *L' exil intérieur*.

El insilio hace referencia al estado de aquellas personas que, pese a atravesar situaciones adversas en sus países de origen o residencia, permanecen en ellos absteniéndose de participar en la vida pública, ya que su desempeño se ve mediado por la censura, el retraimiento, el miedo, la apatía o la abulia social. Por tanto, lejos de estar asegurada su integridad física e intelectual, es una estrategia para resguardarse, la cual no siempre garantiza evadir la depresión y el cuestionamiento existencial (Lugo, 2021). Decía el periodista argentino Daniel “Chango” Illanes que el insilio se trata de aquel *estar sin ser* dentro de la propia patria enajenada. No ya exclusivamente en lo socioeconómico sino en el sentido de lo existencial (Illanes, 2006, s/p). De manera que, el insilio “es un irse sin partir, un quedarse sin estar” (Instituto Colombo-alemán para la paz [CAPAZ], 2021).

El mundo entero ha sido escenario del despliegue de sistemas políticos que han sido causantes de movimientos migratorios importantes, de manera que ocasionan fenómenos como el exilio y el ostracismo que implican el abandono del país y, a su vez, condiciones para los que se quedan dentro, como la clandestinidad y el insilio. Por este último han optado muchos intelectuales en el marco de los distintos sistemas políticos de corte autoritario (Ingenschay, 2010, s/p). Por ejemplo, Latinoamérica que ha sido escenario de varios gobiernos represivos, especialmente durante el siglo XX, pero también en lo que va del siglo XXI. Entre estos: Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Ecuador, Paraguay, Perú, República Dominicana, Uruguay, Nicaragua, Cuba y Venezuela.

Entre los países mencionados anteriormente, los últimos tres son casos particulares pues aunque han pretendido defender el carácter progresista de sus gobiernos, los procesos sociales que han impulsado han sido excluyentes a cualquier oposición y crítica, tornándose totalitarios. Pese a que se convocan elecciones, éstas no son consideradas libres. Y, aunque sociológicamente, estos regímenes parecieran no cumplir con los elementos para encajar en la categoría dictadura (sobre todo si se compara a las férreas dictaduras del Cono Sur, como son la de Pinochet en Chile, Videla en Argentina y la de Bordaberry en Uruguay), tampoco se ajustan dentro del concepto de democracia, por lo cual se han definido como sistemas híbridos denominados: democradura o dictablanda. Por otro lado, dichos gobiernos no lograron superar la desigualdad social, de hecho profundizaron la brecha entre las clases. Además, en vez de dejar atrás el estatismo han intensificado el paternalismo de Estado y la burocracia por lo que la situación de Venezuela,

particularmente, ha sido descrita por la investigadora Margarita López Maya (2013) como *Estado descomunal*.

Otras formas en la que se manifiesta la condición de insilio son: la abstención a participar en comicios e instituciones afiliadas al gobierno, la inhibición de emitir opiniones desde posturas políticas disidentes (autocensura), el silenciamiento y represión de las protestas y manifestaciones de descontento, el amedrentamiento y persecución a líderes de la oposición, el abandono de los espacios públicos por personas que no simpatizan con el proceso y el confinamiento de las mismas en sus espacios íntimos por la imposibilidad de mostrar su identidad tal como son. De esta manera, el insilio aparece cuando se pone en ejercicio un movimiento cuyo objetivo es “la depuración del espacio público, una actuación higienizadora” (Delgado, 1997, p. 138).

De ahí que, un insiliado es aquel que ha querido quedarse o alguien que no ha podido marcharse de ese “espacio carcelario” (Gutiérrez, 2005, p. 33) en el que se ha convertido su nación, lo cual obliga a la persona a crear una burbuja que le permite protegerse de los bombardeos del exterior, mismos que le dificultan o prohíben ejercer libremente sus funciones ciudadanas. La elección de insiliarse, si bien aparenta ser voluntaria, se encuentra motivada por el ejercicio de prácticas y mecanismos de control por parte de los regímenes autoritarios y otros estados de excepción en los cuales los derechos humanos, como la libertad de expresión, se ven amenazados. Con todo, es posible que se elija permanecer bajo esa situación para no renunciar a lo que es propio, familiar, afín (Lugo, 2021).

Por tanto, vivir en cautiverio es el rasgo distintivo del insilio. En términos de Paul Ilie (1980), se distinguen dos tipos de exilio; el residente y el diaspórico. Quienes permanecen en el primero, cargan con sentimientos de peligro, angustia y soledad considerados por muchos como vivencias más dolorosas que las que soportan aquellos que optan por la separación territorial (Martínez, 2008, p. 45).

Como se puede observar, son varios los rasgos que se puede estudiar dentro del fenómeno del insilio, pero todos están relacionados al ejercicio de poder político, con la exclusión de aquel individuo que, por una u otra razón, difiera del conjunto. Según Miguel Tudela-Fournet (2020) la aparición del insilio oprime la libertad individual de los miembros de la comunidad y acalla las voces críticas impidiéndoles hablar, inculcando la certeza de que nada va a ocurrir con el sistema imperante, el cual va a perpetuarse y representar una condena a la existencia para aquellos que no existen para los demás. De este modo, “el insilio es un exilio que nos aísla de nuestros semejantes,

rompiendo los lazos sociales que hacen parte de la multitud que nos da sentido” (Tudela– Fournet, 2020, p. 85-86).

Así pues, una de las condiciones principales del insilio es el silencio, un silencio que va más allá del no hablar y del ser mandado a callar. Un insiliado es un silenciado, coercitiva o voluntariamente. No sólo se da un silenciamiento porque no se puede hablar, sino porque no se quiere, ni se debe hacerlo. El insiliado es, también, un invisibilizado porque no debe ser visto por lo que tiene que permanecer oculto aunque no esté escondido. Un insiliado es alguien que debe vivir en un constante estado de camuflaje (Andruetto en Lugo, 2021, p. 33).

Para el investigador español José Ismael Gutiérrez, el insilio implica la prohibición de ejercer libremente las funciones ciudadanas por diversas razones (políticas, intelectuales, sexuales) lo cual termina por enajenar al individuo que lo padece, hundiéndolo en un estado psicológico y existencial de no pertenecer. El autor distingue dos niveles de exilio: el exilio interior (insilio) y el exterior, el cual implica el desplazamiento territorial. Y arguye que —de estas dos dimensiones— una vida en plena libertad pero lejos de la patria es preferible al ambiente asfixiante impuesto por quienes se aferran al poder. Gutiérrez habla específicamente del caso de Cuba que ha sido “diezmada por tantos años de estrecheces económicas y de mensajes devaluados sin eficacia en el presente” (Gutiérrez, 2005, p. 120).

En el caso de Venezuela, la violencia de Estado adquiere diversos matices. Los procesos sociales que se han venido gestando dentro del país han dejado marginados a sectores de la población quienes ya no se sienten representados en los espacios que habitan, lo cual ha generado una forma de desterritorialización. Así pues, algunos escritores venezolanos han plasmado el fenómeno del insilio en sus obras. Por ejemplo, Federico Vegas (2014) en la *Nostalgia esférica* refiere que:

A los venezolanos la nostalgia se nos ha tornado esférica: sentimos tanto dolor de querer marcharnos como el de querer volver y el de haber vuelto. Hablo de una nostalgia esférica y no circular porque, además de ocurrir en la dimensión relativamente plana del ir y venir, opera también en el tiempo... Para sufrir por algo que se ha tenido o vivido y que ahora no se tiene ni se vive, no hace falta recorrer ni un metro de terreno. (Vegas, 2014, p.12)

Por su parte, Manuel D’Hers en su artículo: *Tiempos de crisis, resistencias e infrapolítica en la migración inmóvil venezolana* (2023), se aproxima al fenómeno del insilio a través del concepto de *migración inmóvil* con el que describe justamente el contexto que experimentan aquellos venezolanos que se no se han movilizad de sus lugares de origen pero que se sienten

migrantes. Esta ruptura de la cotidianidad influye en la construcción social de la realidad y es la consecuencia de las transformaciones del entorno que sitúan a los venezolanos en una situación de extrañeza e incertidumbre.

Asimismo, D´Hers reflexiona sobre el hecho de permanecer ya que requiere de una planificación y un esfuerzo que va desde la reorganización de la familia y las labores para la subsistencia hasta enfrentar las ausencias desde un punto de vista material e inmaterial. Este escenario aleja a los migrantes inmóviles de poder participar de forma democrática, lo cual los obliga a desarrollar estrategias de resistencia desde el ejercicio de lo que denomina la “infrapolítica” (D´Hers, 2023).

En palabras del autor:

Que los flujos migratorios de venezolanos hacia afuera del territorio alcancen la cifra de 7 millones en menos de 10 años, sólo se puede explicar debido a la grave y compleja crisis humanitaria. Quien huye, busca dejar de estar sometido a sus dramas. Pero quien se queda, convive diariamente con la inflación, el desabastecimiento, la inseguridad alimentaria severa de los sectores más vulnerables de la población, la violencia y el autoritarismo, las carencias o cortes de servicios básicos y la debilidad de la asistencia sanitaria (D´Hers, 2023, p. 15).

Lo anterior deriva en que la relación de los ciudadanos con su entorno comience a ser distante. De modo que, los lugares donde se desarrolla la vida colectiva resultan ajenos y desiguales, lo que da lugar a procesos de desterritorialización. La apropiación de los espacios públicos se restringe para los individuos y sectores subalternos de la sociedad. De esta forma, existe una relación de exclusión y desigualdad social que termina afectando la ciudadanía (D´Hers, 2023). En situaciones como esta “ se rompe el principio mismo de la libre accesibilidad y uno de los segmentos de lo social decide limitar o impedir el derecho al espacio público a otro, con el que mantiene una relación de antagonismo” (Delgado, 1997, p. 120).

Como señala Adolfo León Grisales Vargas (2012) en su Conferencia: *Poética y hermenéutica del territorio*: “el habitar un territorio es hacerse partícipe de su creación (...) No es por tanto, algo que simplemente está ahí” (p. 1). Además, “el territorio está atravesado siempre, (...), por la alegría del encuentro o por el malestar de la disputa” (Grisales, 2012, p. 5). En el insilio no hay participación en la creación del territorio. Por participación se quiere significar *tomar parte en la construcción del territorio* mediante una interacción activa que incita el *sentirse parte de la comunidad*; es decir, el sentido de pertenencia. La participación genera pertenencia y viceversa (Gendreau y Giménez, 2002).

Hipótesis

Durante el siglo XXI, la nación venezolana se ha visto afectada por diversos cambios económicos, políticos y culturales, los cuales han incidido en todos sus ámbitos, incluso el demográfico, debido a que gran parte de su población ha decidido abandonar el territorio nacional para buscarse la vida en otros países.

Se conjetura que, si la población venezolana se ha diseminado por el mundo, entonces, es debido a un proceso de desterritorialización/reterritorialización que responde a un déficit de *Seguridad Humana*. Esto implica la limitación o privación del acceso a condiciones favorables para el desarrollo y la satisfacción de las necesidades básicas y culturales, así como a la protección de sus derechos y a una vida digna, de acuerdo a los criterios propios de cada persona.

Dicha reterritorialización puede ser traspasando las fronteras internacionales, a través la migración. O, recluyéndose dentro de las fronteras nacionales, resignificando los espacios habituales, mediante del insilio. Ambos fenómenos, migración e insilio, son considerados consecuencias de lo que se ha denominado: *inseguridad espacio-territorial*.

Metodología

“Desde el momento en que aparece la forma narrativa en una conversación y el sujeto la utiliza para examinar el contenido de su experiencia vivida, entonces decimos que se trata de un relato de vida”
Daniel Bertaux

Debido a la multiplicidad de factores operantes y su naturaleza compleja, el fenómeno migratorio requiere de un enfoque multidisciplinar (Gutiérrez, 2011). Más aun, lo pertinente sería hacer un estudio desde la transdisciplinariedad, la cual según Basarab Nicolescu (1996) comprende, “lo que está, a la vez, entre las disciplinas, a través de las diferentes disciplinas y más allá de toda disciplina” (p. 37).

Esta investigación se ha hecho siguiendo el camino de la investigación cualitativa la cual comparten disciplinas como la sociología, la antropología y la geografía cultural y se basa principalmente en las formas en que los actores sociales ven y viven la vida inmersos en sus contextos histórico-culturales. La investigación cualitativa es un método científico que se enfoca en la recolección de los discursos de los sujetos en estudio para luego proceder a su interpretación. Es a partir de este procedimiento que se obtiene, como resultado, el sentido de las prácticas de una determinada cultura. Por ello, los investigadores cualitativos son naturalistas; es decir que estudian

las cosas en sus entornos naturales para comprender los fenómenos bajo la interpretación y los significados que la gente les imprime (Denzin & Lincoln, 2018).

Por el contrario, una epistemología basada exclusivamente en la objetividad desencarna lo vivido por los actores y borra las conexiones entre éstos y la ciencia, sacando los sujetos humanos estudiados de sus contextos. Es por ello que las ciencias humanas, especialmente las interpretativas, se dedican a hacer la interconexión entre el mundo externo —físico, objetivo— y el mundo interno —psíquico, reflexivo—. Es decir, entre la vida, la experiencia y el discurso de la ciencia (Passeggi, 2020).

En las últimas décadas, las ciencias sociales han revalorado significativamente el estudio de las creencias, los valores, las opiniones, el *ethos* personal y colectivo, así como el saber del sentido común y con ello han vuelto a situar, en el campo de la investigación social, la importancia de las llamadas *técnicas de sí* —el relato autobiográfico, las confesiones, los diarios, los epistolarios, las memorias, el testimonio, las historia de vida, entre otras—. Dichas técnicas están arraigadas en la experiencia humana y representan una fuente para reconstruir la vida. Como tales, no son el actuar en sí mismo sino una versión que el actor —desde la evocación— sugiere de su acción pasada. Es por ello que se dice que “la vida se hace al contarla y la memoria se precisa y consolida con la narración” (Juliao, 2021, p. 83). Por tanto, la experiencia vivida y narrada se convierte en la materia prima, en la fuente principal de la investigación cualitativa. Esto es, las palabras son a la investigación cualitativa, lo que los números son a la cuantitativa.

A partir de 1990, la investigación cualitativa tomó un *giro narrativo* que consistió en el traslado de concepciones y herramientas de la lingüística, la semiótica, la hermenéutica y la teoría literaria hacia las ciencias sociales. Así, se pasó de un paradigma lógico, científico y positivista al interés y reivindicación de la importancia de los métodos cualitativos y, específicamente, de las vidas individuales inmersas en sus contextos socio-históricos, de la compleja dimensión subjetiva y de la necesidad de ejercitar la reflexividad (Blanco, 2017). Entonces, la elaboración de textos reflexivos y experimentales se alejó de la intención de producir leyes generales universales y se acercó a lo concreto, lo específico, lo cotidiano y lo individual.

De esta manera, se consideró la propuesta de aplicar nuevas formas de llevar a cabo investigación social en las que la narrativa y la escritura se constituyeran como métodos de investigación y no meramente como una forma final de presentación de resultados. Así, se fue perfilando una modalidad que se nutrió de algunos elementos utilizados en los relatos de vida y

los escritos autobiográficos y que se caracterizó por la intersección disciplinaria (Blanco, 2011). Esta es la investigación narrativa.

El método de la investigación narrativa —como parte de la metodología cualitativa— busca comprender cómo los individuos dan sentido a sus vidas y al mundo que los rodea a través del estudio de sus historias y experiencias que comparten por medio de una narración. Este enfoque permite que los investigadores aprendan más sobre la cultura, la identidad y el estilo de vida de los participantes, porque capta las emociones y creencias de los sujetos de estudio y permite la construcción conjunta de significados profundos entre los participantes y los investigadores, mismos que suelen revelarse a través de sus narrativas, que no tienen que ser exclusivamente orales, también pueden ser materiales escritos, audiovisuales u otros tipos de expresión.

El análisis de datos en la *investigación narrativa* implica identificar los temas, patrones y significado de las historias bajo consideración y comprender cómo se forman las historias y cómo se relacionan con las experiencias y la perspectiva del individuo. Entonces, dicho método se enfoca en los significados que revelan los sujetos que se narran. De ahí que, esta manera de trabajar defiende el enfoque centrado en los actores quienes figuran como participantes activos que producen, reciben e interpretan la información, no como simples categorías sociales incorporadas o destinatarios pasivos de la investigación (Long, 2007).

Así pues, se les dedica especial atención a las colaboraciones de los sujetos de estudio, asignándoles un espacio importante en la redacción por lo que se incluirán fragmentos textuales para que quien lea haga su propia interpretación y también acompañe el proceso de análisis de la investigación. Esto, como estrategia de conocimiento “supone el reconocimiento y la presencia decisiva de aquellos con quienes dialogamos y nos comunicamos. Es por ello que no se siente sólo la presencia de la autora del texto exclusivamente, sino que las voces de las personas con quienes se interactúa ocupan un lugar significativo, en una intención negadora del monólogo” (Segovia *et al.*, 2021). Además, lo anterior se hace con el objetivo de promover otras formas de producir conocimientos y dotar de reconocimiento a los actores los cuales son reiteradamente invisibilizados en los procesos de investigación tradicionales.

A pesar del importante avance y éxito que la investigación sociológica y antropológica han alcanzado, el enfoque interpretativo con frecuencia enfatiza el papel de quien interpreta la información, de manera que se infravalora la capacidad autorreflexiva de los sujetos protagonistas, de los *informantes clave* de la muestra, negando así su potencial e implicación activa en el acto de

interpretar. Es bien sabido que la interpretación más prolija de un fenómeno se construye a partir de las narraciones de las situaciones vividas por las personas implicadas. Desde este punto de partida, todo proceso investigativo lleva implícito una carga de colaboración, por lo que algunos autores insisten en que la investigación siempre es colaborativa (Álvarez y Dietz, 2014).

En la construcción del conocimiento es ineludible subrayar la importancia del lugar de enunciación de quien lleva a cabo la investigación, a manera de reconocer y reivindicar el papel condicionante de la propia subjetividad, la cual está atravesada por específicas experiencias y trayectorias. Esto es a lo que se conoce como “saberes situados” (Haraway, 1991). Igualmente, es importante dar cuenta del carácter prejuicioso de toda comprensión, ya que según Segovia (2023) estamos condenados al prejuicio, el cual no es más que un juicio que se construye con la experiencia de la vida, por lo que el ejercicio que debemos hacer en el acto de conocer es el reconocimiento de éstos, no su negación.

Por tanto, se hace necesario reconocer que este trabajo parte de un lugar de enunciación compuesto por la interseccionalidad de ser mujer, venezolana y migrante; quien además experimentó en carne propia el contexto en el que se desarrolla esta investigación. Y, aunque se podría pensar que esto corrompe la “objetividad” de la investigación, ésta es reforzada por el hecho de mostrar un diálogo intersubjetivo entre quien estudia, las fuentes de información y los datos utilizados (Velasco y Díaz, 2006).

En concordancia con lo anterior, se admite que la elección del tema sobre la migración responde a intereses personales, en aras de entender la propia experiencia migratoria. Y, no fue hasta analizar el contenido de las colaboraciones de manera sistemática, luego de que emergieran las categorías de análisis, que esto tuvo lugar. A partir de las experiencias de otros se pudo comprender la propia experiencia. Al mismo tiempo, la comprensión de esos datos no hubiera sido posible si no hubiera estado inmersa en el contexto. En todo caso, otros hubieran sido los resultados. Es por ello que, como parte de los resultados o productos de esta investigación se presenta la propuesta narrativa de la investigadora, la cual tiene componentes de argumentación autoetnográfica.

En sus inicios, la autoetnografía era concebida como el estudio de un grupo social que quien investigaba consideraba como propio, ya fuera por su ubicación socioeconómica, ocupación laboral o desempeño de alguna actividad específica. En ese primer momento, se buscaba distinguir entre el estudio de un grupo social por uno de sus propios integrantes, de los textos esencialmente

autobiográficos. Luego, autores como Carolyn Ellis, Laurel Richardson y Arthur Bochner, fundadores y activos promotores del género de la autoetnografía, plantearon que esta vertiente no sólo usaba a la escritura como método de investigación sino que exploraba el uso de la primera persona al escribir, además de apropiarse de modos literarios con fines utilitarios y lidiar con las complicaciones de estar ubicado dentro de lo que uno está estudiando. Es así como la autoetnografía amplió su concepción para dar cabida tanto a los relatos personales y autobiográficos como a las experiencias del etnógrafo como investigador —ya sea de manera separada o combinada— (Blanco, 2012a).

Es así que, el distintivo central de la autoetnografía es partir de lo subjetivo para desde ahí lograr comprender el contexto espacio-temporal en el que se vive la experiencia individual. De ahí la frase de Carolyn Ellis, una de sus pioneras, quien la define como “investigación, escritura, historia y método que conectan lo autobiográfico y personal con lo cultural, social y político” (Ellis, 2004, p. xix en Calva, 2019, p. 9).

De este modo, se propugna que “la indagación científica, en mayor o menor medida, se origina en quien investiga” (Calva, 2019, p. 12) y la autorreflexión personal puede funcionar como un recurso analítico. En este caso más que abusar del privilegio de autora, quien escribe considera que su participación aporta un *plus* significativo en el intento de develar las causas profundas de esta migración. El hecho de discurrir entre sus experiencias y las de los *colaboradores* ratifica y complementa el escenario.

La escritura de sí mismo y el autorretrato poseen una especial, abundante y compleja historia en la que sobresale la importancia de hacer memoria, de reconstruir la propia imagen, casi como un ejercicio espiritual y reflexivo que da cuenta de la propia existencia. La comprensión de la sociedad a partir de la subjetividad social supone considerar el punto de vista del individuo en tanto agente activo, es decir actor y autor (Juliao, 2021, p. 82).

De esta manera, se proponen estas narrativas desde dos lugares de enunciación. En primer lugar, el texto invita a leer de primera mano las voces de las personas colaboradoras, quienes relatan de manera generosa su punto de vista sobre los motivos que han impulsado a los venezolanos a abandonar su país. En sí, recuerdan detalles, momentos especialmente significativos de cambio, emociones y acciones; es decir, narran sus experiencias (Kohler, 2008). Por tanto, ésta postura se desarrolla a través de la *investigación narrativa*, específicamente. Y en segundo lugar, quien escribe pretende —mediante su propio relato— que quien lea pueda asomarse al espacio de su interioridad y afectividad como venezolana que fue decidiendo (en gerundio) dejar atrás su

existencial individual, social y cultural para reinventarse, utilizando, así, el método de la *autoetnografía*. Y, “si bien la inmersión creciente en la propia subjetividad es un signo de la cultura contemporánea, adquiere otras connotaciones cuando esa expresión subjetiva se articula de modo declarado y hasta militante al horizonte problemático de lo colectivo” (Arfuch, 2013, p. 13-14).

Devenir metodológico

“El comienzo de la elaboración crítica es la conciencia de lo que realmente se es, es decir, un «conócete a ti mismo» como producto del proceso histórico desarrollado hasta ahora y que ha dejado en ti una infinidad de huellas recibidas, sin beneficio de inventario”.

Antonio Gramsci

Luego de presentar la metodología escogida se considera relevante hacer una travesía por el devenir del diseño metodológico y narrar las adecuaciones de la investigación.

Inicialmente, la propuesta consistió en un etnografía multisituada que buscaba comparar las distintas realidades y procesos de adaptación atravesados por los migrantes venezolanos, en México, Perú y Argentina, específicamente. Esto para evaluar el éxito de su proyecto migratorio. La razón de escoger esta metodología se basó en que las etnografías multisituadas, también llamadas actualmente *transnacionales*, permiten abordar aquellas comunidades que se encuentran dispersas en espacios geográficos separados, pero que permanecen interrelacionadas y vinculadas por algún aspecto significativo.

Lo anterior implicaba desplazarse hacia Perú y Argentina en algún punto de la investigación. Hacia México no era necesario, pues residía ahí desde el 2018. Los respectivos viajes eran factibles porque contaba con contactos en ambos países quienes podían recibirme e introducirme en contextos venezolanos ya asentados. También, había una oportunidad de conseguir un financiamiento para tal fin.

Luego, descarté Argentina y me enfoqué en la posibilidad de hacer un estudio comparativo entre México y Perú. Con este cambio, el objetivo también sufrió modificaciones y me propuse evaluar el alcance de las Organizaciones de la Sociedad Civil (OSC) en la inserción y protección social de los migrantes, así como su eficacia en el abordaje y sensibilización de la población autóctona, a manera de mediar entre ellas y los migrantes para promover su convivencia pacífica. Era un giro que me atraía mucho porque de seguro tendría mucho material empírico disponible ya que tenía una relación cercana con los coordinadores de dos organizaciones encargadas de asistir a los migrantes en ambos países. Sin embargo, dicha proposición fue rechazada por los evaluadores

del seminario de tesis que cursaba en el momento, quienes alegaron que ese proyecto no encajaba con el perfil del programa de posgrado.

Luego, llegó la pandemia COVID19 la cual ocasionó que reformulara la metodología nuevamente debido al confinamiento. En esta ocasión decidí realizar una autoetnografía colaborativa a través de entrevistas emplazadas en la infoesfera; es decir, aprovecharía el recurso digital. Le agregué el prefijo auto porque consideraba que el hecho de que cada persona tuviera que reflexionar sobre su experiencia personal y que toda la muestra pertenecía al contexto propio del objeto de estudio. Sería un estudio de venezolanos, por venezolanos y para venezolanos. Además de que esto me daría la oportunidad de incluir mi propia experiencia como parte del fenómeno y grupo social en estudio.

Debido a que la migración venezolana se ha caracterizado por tener una direccionalidad Sur-Sur, se me hacía atractivo que la muestra estuviera compuesta por venezolanos radicados en los principales países de acogida de la región latinoamericana. Para noviembre del 2021, estos eran: Colombia, Perú, Ecuador, Chile, Brasil, Argentina, Panamá, República Dominicana y México. Consideré entrevistar a 3 personas por país, una conocida y dos desconocidas que aquella me refiriera. En este momento, me planteé incluir a tres personas que permanecieran en Venezuela, por lo que el total de la muestra sería de 30 participantes.

El objetivo de esta nueva propuesta era analizar el fenómeno migratorio de Venezuela durante el siglo XXI —utilizando la categoría *diáspora* como rúbrica—, para caracterizar las diferentes subjetividades emergentes y comprender las distintas dimensiones de su diseminación. Quería que el trabajo dirigiera la mirada hacia las consecuencias de la decisión de migrar. La diversidad de destinos me permitiría demostrar, al menos, uno de sus criterios discriminantes de la condición de diáspora. Sin embargo, había cierta debilidad en el componente temporal hasta ahora alcanzado por la migración venezolana —ya que según algunos expertos de la diáspora el exilio debe mantenerse por varias generaciones antes de ser catalogado como tal—. Otro punto desfavorable era el grado de pertenencia y articulación a un ente con conciencia y poder transnacional, ya que en ese momento parecía no haber una cohesión y organización destacada entre los migrantes quienes reproducían la división ideológica, por lo que era desacertado emplear esta categoría.

En cuanto a la metodología de la autoetnografía colaborativa me surgieron dudas ya que, al profundizar sobre ella, me di cuenta de que la reflexividad y multisubjetividad que yo deseaba

aplicar se acercaba más a una polifonía que a un intercambio sistemático y revisión continua a nivel de la descripción, el análisis y la presentación de los datos. No tenía intenciones de llevar a cabo una coinvestigación, coteorización, ni coautoría por lo que descarté lo colaborativo. No era una cuestión de que no quisiera reconocer el papel trascendental de los *acompañantes epistémicos* (Álvarez, Arribas y Dietz, 2020), sin los cuales no hubiera sido posible avanzar en la investigación. Sino que el carácter colectivo y relacional de la etnografía colaborativa no me parecía viable y pertinente al ser éste un trabajo doctoral que, finalmente, debía defender yo sola.

He de recalcar que reconozco el esfuerzo de narrativización que cada participante realizó, así como de interpretación y búsqueda de significado de sus acciones. En ello se basa su invaluable aporte. Pero el papel de conectar esos significados y encontrar el común denominador para construir una interpretación que arrojara los datos me correspondería a mí, sin ánimo alguno de ejercer una verticalidad.

Algo importante que se mantuvo en esta propuesta fue incluir personas que se encontraran en Venezuela porque eventualmente se deseaba indagar sobre un fenómeno del insilio. Otra cosa que se conservó fue el componente autorreferencial, pues cada *informante* hablaría de su propia experiencia y yo seguía con la intención de incluir mi relato personal. Más allá de cualquier pretensión narcisista, etnocentrista o de individualismo metodológico, lo que quería era poder capitalizar mi experiencia en torno al fenómeno e incluirla como parte del trabajo de campo. Para mí, hubiera sido un desperdicio no utilizar mis vivencias y no reconocer mis prejuicios, los que sería más adecuado llamarlos *postjuicios* porque la valoración emitida sobre los hechos sería *a posteriori*.

Y así, luego de un gran rodeo asumí el carácter narrativo de mi investigación, lo que satisfacía el deseo de escuchar en palabras de otros la interpretación del fenómeno y, al mismo tiempo, me permitiría incluir mi propia narrativa en una suerte autoetnografía terapéutica. Es por eso que el trabajo se fundamentó en esas dos vertientes: la investigación narrativa (*narrative research*), como técnica para comprender la vivencia de las personas a través de los relatos sobre sus experiencias y la autoetnografía (*autoethnography*) como metodología complementaria y producto de la investigación. Como método, la autoetnografía da cabida tanto a los relatos personales y autobiográficos como a las experiencias de quien investiga, ya sea de manera separada o combinada, lo importante es que se sitúen en un mismo contexto sociocultural y que se presenten en una multiplicidad de formas delineadas por la escritura en primera persona. La variedad se

distinguirá dependiendo del énfasis que cada autor desee darle a su texto, en el sentido de que algunos se inclinan más hacia la faceta personal y otros muestran preferencia por el ámbito cultural o el propio proceso de investigación (Blanco, 2012a).

Finalmente, lo que me hizo inclinarme por el enfoque biográfico-narrativo fue que éste brinda la posibilidad a quien investiga de mostrar sus propios sentimientos, reflexiones y significaciones durante todo el proceso de trabajo de campo y en esa misma medida habilita la recuperación de las voces de otros quienes corroboran o complementan los relatos. Entonces, las narrativas, tanto propias como de los sujetos participantes construyen el mundo de vida observado, lo cual es central para interpretar y comprender el fenómeno social en su complejidad. Las narraciones con carácter biográfico y la autoetnografía no se tratan absoluta y exclusivamente del yo; tal vez se traten más bien de “una encarnación deliberada del *nosotros*” (Denzin & Lincoln, 2018, p. 1091). En aras de construir ese *nosotros* se ideó lo que se presenta a continuación.

Muestra

Entre los meses de mayo y septiembre del 2023 se realizó el levantamiento de datos a través una convocatoria para participar en la investigación. Específicamente la intención era recoger narrativas por diversos medios, como: textos, audios, videollamadas o encuentros personales acordados, los cuales se utilizarían como parte de la evidencia y base para la interpretación. La invitación fue difundida por redes sociales, específicamente *WhatsApp*, por lo que el *corpus* fue recolectado mediante una diversidad de registros, lo que dio como resultado que fuera algo arbitrario y azaroso (Arfuch, 2013). Algunas amistades y conocidos rebotaron la invitación con un efecto de bola de nieve y a ella respondieron espontáneamente cuarenta (40) personas por distintos medios.

La invitación decía lo siguiente:

Hola, mi nombre es Eleonora Pérez Gavidia. Estoy llevando a cabo una investigación para obtener un Doctorado en Ciencias Sociales y Humanidades, en la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, México. En esta fase del trabajo estaré recogiendo distintas experiencias de personas venezolanas (en cualquier parte del mundo) acerca del fenómeno de la (e)migración del siglo XXI. Lo que busco es conocer desde dónde lo han vivido (posición geográfica y subjetiva), cuáles son los factores que han impulsado a tanta gente a salir del país (desde su punto de vista), cuál es el significado de esta movilidad y cómo afecta ésta a la nación venezolana.

Aquellas personas que quieran participar lo pueden hacer por WhatsApp/Telegram (52 444 3040282) o a los correos: antropolisocial@gmail.com / a337738@alumnos.uaslp.mx. El formato puede ser a través de un texto de 5 páginas o audios de 15 minutos, como máximo. Puede hacerse de manera anónima, bajo un seudónimo o abiertamente con su nombre, lo cual se debe especificar

al momento de mandar la reflexión, agregando su género, ocupación y edad, para dar contexto. Asimismo, deberán autorizarme a utilizar la información expresamente, a manera de consentimiento informado. Muchas gracias de antemano y saludos cordiales.

Por otra parte, se les solicitó expresamente a cuatro (4) personas su participación, debido que se han desempeñado en labores relacionadas con migrantes venezolanos. Todas las personas enviaron su aporte en línea o mediante algún medio electrónico, como: *WhatsApp*, *Telegram*, o se les hizo una entrevista por *Zoom* o *Google Meet*. A una sola persona se le entrevistó personalmente en la ciudad de Bogotá; misma que fue grabada y transcrita debidamente.

Todas las contribuciones cuentan con soportes de texto o audio y transcripción; constituyen un total de 139 páginas en Times New Roman 12, justificado, márgenes normales, interlineado de 1,5. La extensión de los textos osciló entre media (1/2) página —el más corto— hasta quince (15) páginas —el más desarrollado—, sumando un total de 139 páginas. Las colaboraciones más extensas provienen de la única entrevista en persona (15 pág) y de dos de las entrevistas por videollamadas mediante *GoogleMeet* (8 y 6 páginas), las cuales sobrepasan por varias páginas lo solicitado y se extienden hacia otras temáticas. Especialmente, la entrevista personal y una de las videollamadas se caracterizan por ser las más densas ya que profundizaron sobre varios puntos, además de dar una información clave para leer las demás. Esto se ahondará luego en el texto. No obstante, las colaboraciones que llegaron, o no, a extenderse a las 5 páginas o 15 minutos de audio solicitados, aportan datos muy valiosos presentados de manera sucinta. Es decir, la longitud de la colaboración no denota la calidad de la información.

Por razones éticas, las narrativas se identificaron bajo seudónimos o nombres propios que algunas veces corresponde al nombre real de las personas colaboradoras, pero no se menciona explícitamente cuando es así. En su mayoría, ellas mismas eligieron el pseudónimo bajo el cual identificar su aporte. Se siguió una política de devolución, en el sentido de que se les hizo llegar a cada una de las personas su respectivo aporte transcrito para que lo revisaran, aprobaran o modificaran. Hay que remarcar que su participación fue totalmente voluntaria.

Esto cuanto a la dimensión ideológica-política, hubo varios casos en los que se expresó abiertamente una postura contraria al gobierno. Por otro lado, muchas de las personas que en el pasado fueron partidarias del proceso revolucionario, actualmente no comulgan con la gestión de gobierno, por lo que pudieran ser consideradas disidentes. También, participaron personas que no quisieron posicionarse políticamente hablando en su intervención. Y, hay actores que son críticos tanto al gobierno como a la oposición, por tanto no se identifican con ninguna de las dos

polaridades. Por último, entre los colaboradores sólo dos personas se declararon adeptas al gobierno.

Con algunas de las personas que colaboraron ya se había conversado de manera informal sobre el tema, pero por no contar con el medio para registrar la plática o por no interrumpir el hilo de una conversación fluida y espontánea, se les extendió expresamente la invitación para que ordenaran sus ideas y las compartieran de una manera sistemática según su libre albedrío. La consigna general fue relatar sus experiencias en torno a las causas del fenómeno de la migración venezolana. Fuera de esto, en ningún momento se dio una directriz sobre qué aspectos tocar en sus narrativas. Tampoco se les exaltó sobre alguna connotación en particular. No se aplicó un cuestionario, sólo las preguntas detonadoras que expresamente se realizaron en la invitación. Como dice el lingüista estadounidense William Labov, se dejó de lado la interacción entre narrador y oyente, ya que la narrativa es una relación entre cláusulas más que una relación entre los participantes (Kohler, 1993). En los casos que se tornó hacia una conversación, fueron las personas colaboradoras quienes dirigieron la misma, con el mínimo de intervenciones o interrupciones de parte de la investigadora.

La idea de sugerir un tiempo o extensión para los relatos fue provocar un ejercicio de reflexión para que cada persona se centrara de manera coherente y concisa en el tema. Esto evitaría la tentativa de divagar en historias que salieran de la competencia y objetivos de la investigación. Asimismo, se consideró que tener la oportunidad de madurar lo que se va a relatar permitiría organizar los eventos y establecer lo que se enfatizaría u omitiría en la narrativa, cómo se traman esos acontecimientos y cuál es el significado de dichos hechos. Esta es una diferencia entre la propuesta y las entrevistas cualitativas donde normalmente se lleva a cabo un intercambio de preguntas y respuestas, argumentos y otras formas de discurso (Kohler, 1993). En la mayoría de los casos el lineamiento funcionó como se preveía, pues además de descripciones se obtuvieron interpretaciones.

Entre la muestra hay tres (3) personas que podrían considerarse extranjeras; dos porque tienen otra nacionalidad conjuntamente con la venezolana, y una tercera, quien es una persona de origen estadounidense que ha residido en Venezuela, por casi 30 años. Además, se realizó una entrevista extraordinaria a una persona de nacionalidad cubana, doctora en migración por el Colegio de la Frontera Norte (COLEF), a la que se entrevistó por su experiencia académica y por su propia experiencia personal de migración desde Cuba hasta México, lo cual aporta información

para un futuro trabajo comparativo. Además, se valora su punto de vista en cuanto a que trabaja actualmente con migrantes en calidad de vulnerabilidad, donde participan personas venezolanas.

De manera tal que, la muestra quedó en cuarenta (40) colaboraciones, debido a que cuatro (4) fueron descartadas ya que la temática derivó hacia sus experiencias de tránsito y adaptación, lo cual es muy atrayente pero queda fuera de los intereses expresos de esta investigación. Se espera aprovechar este material en trabajos posteriores. De los cuarenta (40) aportes admitidos: veintitrés (23) son de mujeres, diecisiete (17) son de hombres. Las edades están comprendidas entre treinta y seis (36) y ochenta y cuatro (84) años, de las cuales el 75% (30 personas) eran conocidas o tenía algún grado de vinculación con la investigadora y un 25% (10 personas) no eran conocidas hasta el momento de la participación.

Por lo anterior se podría decir que la investigación se llevó a cabo en una comunidad cerrada y se circunscribe a un entorno familiar. Decía Malinowski que la mejor estrategia para el análisis de los grupos humanos es establecer relaciones sociales con las personas que los integran, de modo que “la información se obtiene por relaciones de confianza, como un don, no como algo obligado” (Velasco y Díaz, 2006, p. 24). En este caso, se debe reconocer que hay una relación cercana con la mayoría. Pero, la proximidad del vínculo se asume como una ventaja y no como algo contraproducente.

Todas las personas que participaron cuentan con un grado de escolaridad, en el menor de los casos bachillerato. La mayoría son personas graduadas en alguna carrera universitaria. Y, si bien su nivel socioeconómico se ha visto afectado en las últimas décadas podrían ubicarse entre la clase media la cual, según el sociólogo estadounidense Eric Olin Wright, es la gente que tiene suficiente educación, recursos culturales y dinero para participar integralmente en un modo de vida que les permite vivir con seguridad por encima del umbral de pobreza (Wright, 2010).

En este sentido, hay que observar que no todos los ciudadanos tienen las mismas necesidades en materia de seguridad. Cada grupo social, tiene una percepción distinta de lo seguro y de lo inseguro. De manera que, lo que para un grupo social suponga inseguridad, para otro pueda ser fútil. Sin embargo, aunque la sensación de seguridad pareciera tener un significado subjetivo para cada persona, la situación dentro del país ha afectado objetivamente a todos los estratos sociales. No ha sido exclusivamente de las clases pudientes. La Seguridad Humana es pertinente para todo el mundo, tanto ricos como pobres. Las amenazas a la seguridad pueden existir en todos los niveles de ingreso y desarrollo de un país. Muchas de ellas son comunes a toda las personas,

como por ejemplo: el desempleo, el delito, el hambre, la contaminación, la desintegración social y las violaciones de los derechos humanos (PNUD, 1994).

Asimismo, es importante mencionar que no todas las personas han migrado de la misma manera. Algunas han migrado de manera regular y otras irregularmente. Esto aplica a la migración venezolana en general, pero también a la muestra. Existe una multiplicidad de circunstancias en las que la gente hace su salida, tránsito y llegada al destino. De manera que no toda la migración ha sido bajo las mismas condiciones.

Se incluyen narrativas de personas que permanecen en Venezuela, porque el fenómeno migratorio les concierne y afecta, directa o indirectamente, ya que es un sector que puede aportar mucha información y que es poco estudiado en las investigaciones sobre migración por el hecho de no desplazarse físicamente. Como dice el investigador holandés Des Gasper (2011) “la migración existencial que produce la migración espacial afecta no solamente a los migrantes espaciales, sino también a las personas que dejan atrás” (p. 270). En ese sentido, todos son migrantes. Asimismo, se quería rastrear el *insilio*, el cual se considera uno de los hallazgos de la investigación. El mismo se evidenció en un 20% de las personas contactadas dentro de Venezuela. Esto es, 3 personas de 14.

Para cerrar la muestra no se aplicó el criterio de saturación, ni ningún otro. Ésta se cerró de manera espontánea porque se detuvo el contacto de más personas para participar.

Los colaboradores expresaron de alguna manera su consentimiento informado, sea que lo hicieran de forma oral o escrita. No obstante, el mismo hecho de responder a la invitación era una forma de consentir sobre que la información sería usada en una investigación académica ya que en el enunciado de la invitación lo expresaba claramente. Su ausencia no sigue un patrón específico, es decir que no se envió un formato común para ser firmado. A cada participante se le compartirá una copia del trabajo una vez finalizado y aprobado por el jurado evaluador. Se espera que las personas puedan obtener algún beneficio del mismo. Sea porque contribuya con las distintas organizaciones de la sociedad civil en las que algunos informantes están involucrados. O ya sea porque la información sirva para producir conocimiento a partir de las reflexiones aquí realizadas. Asimismo, como ya se ha mencionado en otros apartados se persigue una intención terapéutica, al éste ser un espacio de expresión para configurar las experiencias que requieren ser narradas.

A continuación se condensan en una tabla algunos datos sobre la muestra.

Tabla 3
Datos sobre la muestra

Nombre	Edad	Formato del aporte	Hombre	Mujer	Ocupación	País de residencia
Andrés	22 años	audio / WhatsApp	x		Abogado	Venezuela
Lily	43 años	audio/ Telegram		x	Licenciada en literatura	Argentina
Carlos	45 años	audio / WhatsApp	x		Politólogo	Chile
María Carolina	47 años	escrito / correo		x	Administradora de empresa	España
Capo	50 años	escrito / correo	x		Ingeniero	Argentina
Mandarina	43 años	audio / WhatsApp		x	Cocinera	Colombia
Radel	46 años	audio / Telegram	x		Animador digital	Vietnam
Anthony	48 años	audio / WhatsApp	x		Técnico en lácteos	USA
Ely	46 años	audio / Telegram		x	Psicóloga	Colombia
Montañez	50 años	audio / WhatsApp	x		Profesor universitario	Venezuela
Atenea	46 años	video / Zoom		x	Profesora universitaria	Venezuela
Chavela	84 años	escrito / correo		x	Abogada	Venezuela
Beatriz	46 años	audio / WhatsApp		x	Comunicadora social	México
Garrizon	47 años	video / Google Meet	x		Trabajador social	Perú
Isabel	44 años	audio / WhatsApp		x	Videógrafa	Venezuela
Pierina	46 años	escrito / correo		x	Politóloga	España
Betty	45 años	audio / WhatsApp		x	Maestra	Corea del Sur
Ion	53 años	audio / WhatsApp	x		Fotógrafo	Francia
Román	50 años	escrito / correo	x		Escritor	Venezuela
Toño	47 años	escrito / WhatsApp	x		Diseñador gráfico	Venezuela
Kenny	35 años	audio / WhatsApp	x		Comunicador social	Venezuela
José	78 años	escrito / WhatsApp	x		Profesor universitario	Venezuela
Terán	51 años	video / Google Meet	x		Jardinero/agricultor	España
Montserrat	46 años	audio / WhatsApp		x	Locutora	USA
Manuel	46 años	Texto / WhatsApp	x		Comerciante	Aruba
Nico	49 años	audio / WhatsApp		x	Comerciante/agricultora	Venezuela
Osde	47 años	audio / WhatsApp		x	Cocinera	España
Agnes	46 años	video / Google Meet		x	Profesora de yoga	Ecuador
Silva	70 años	audio / WhatsApp	x		Médico naturista	Venezuela
Simón	36 años	video / Google Meet	x		Dirigente político	Colombia
Mar	44 años	Textos / WhatsApp		x	Artesana textil	Venezuela
Graciela	46 años	audio / WhatsApp		x	Analista financiera	España
Lucía	41 años	videollamada / Zoom		x	Psicóloga	Colombia
Abril	43 años	textos / WhatsApp		x	Poeta	Venezuela
Orweliano	59 años	texto / WhatsApp	x		Bibliotecario	Venezuela
Quetzal	44 años	audios / WhatsApp		x	Diseñadora gráfica	Italia
Sagrario	56 años	escrito / WhatsApp		x	Criminóloga	Colombia
Jenny	49 años	escrito / correo			Historiadora del arte	España
Zair	50 años	entrevista personal	x		Abogado	Colombia
Loraine	36 años	audios / WhatsApp		x	Periodista	México

Capítulo I. Las migraciones venezolanas en contexto

“Huid del país donde uno solo ejerce todos los poderes: es un país de esclavos”
Simón Bolívar

El siguiente capítulo tiene como objetivo conocer las condiciones de la migración venezolana del siglo XXI, mediante la descripción de los hechos recientes. Esto, para comprender las condiciones económicas, políticas y sociales dentro de las que se gestaron los factores causales y coadyuvantes de la decisión de migrar.

Historia de una salida

Tradicionalmente, Venezuela era un país receptor de migrantes (Rivas, 2011; Mateo y Ledezma, 2006); en su imaginario se contemplaba el hecho de ser una tierra de acogida de extranjeros, dada la llegada de una cantidad considerable de europeos que, huyendo de la devastación y pobreza causadas por los conflictos bélicos, se asentaron en territorio venezolano (Cañizalez, 2018b). De igual forma, arribaron al país contingentes de individuos y familias desde varios países de la América Latina, a causa de las dictaduras militares, las crisis económicas y las explosiones demográficas (Zavala y Prieto, s/f.).

Durante muchos años, Venezuela —a diferencia de otros países latinoamericanos— fue un país con ausencia de conflictos que presentaba una estabilidad económica y un proceso de modernización, en el cual los inmigrantes tuvieron un rol muy importante. Incluso, durante el siglo XX, el venezolano no migró masivamente, pese a que fueron décadas en las que predominó el autoritarismo como forma de gobierno, representado por dos largas dictaduras: la primera de Juan Vicente Gómez (1908-1935) y la segunda de Marcos Pérez Jiménez —a partir de 1948 como parte de una junta y en el lapso 1952-1958 ejerciendo el poder en solitario— (Cañizalez, 2018b).

En la década de 1920, durante el gobierno de Juan Vicente Gómez, se inició formalmente la actividad petrolera en el país y se comenzaron a realizar movimientos de exploración y explotación enmarcados en una política de Estado, lo cual generó un cambio en el comportamiento demográfico de la población. En estos años se establecieron las primeras compañías extranjeras que impulsaron la llegada masiva de inmigrantes al país. Y, estos cambios en el sector productivo originaron también un movimiento migratorio interno desde las zonas rurales a los centros urbanos, lo que fomentó la necesidad de un mayor desarrollo (Castillo y Reguant, 2017, p. 140).

En la década de 1960, el censo población de Venezuela mostraba que alrededor del 15% de la población era inmigrante, principalmente oriundos de España, Portugal, Italia, así como de origen libanés, sirio y judío. De igual forma, llegaban inmigrantes provenientes de países de América Latina, como: Colombia, Bolivia, Argentina, Perú, Chile, Ecuador, Uruguay y Cuba, quienes venían huyendo de la inflación, la desigualdad económica, la pobreza, así como también de las dictaduras, la guerrilla y los conflictos armados que aquejaban a algunas de estas sociedades. Para entonces, Venezuela ofrecía un clima de estabilidad y progreso que el petróleo proveía, tras haber alcanzado buenos importes en los mercados mundiales (Páez, 2015).

En la década de 1980, se percibió un flujo migratorio de venezolanos hacia el exterior, compuesto —fundamentalmente— por *migrantes calificados*. Esta categoría se atribuye a las personas que al completar una educación de tercer nivel (universitaria), abandonan su país natal para residenciarse en otro, lo que pudiera considerarse una pérdida de talento para el país que los formó. Y, aunque algunos autores afirman que no toda migración calificada implica fuga de talento, para otros, los términos fuga de cerebros, pérdida de talento y migración de profesionales son equivalentes (Requena y Caputo, 2016).

En tal caso, si hubo una emigración de venezolanos calificados, aunque no se cuente con un registro estadístico preciso y haya confusión sobre si esto fue de manera temporal o permanente (De la Vega, 2003; 2014). Lo cierto es que una gran cantidad de venezolanos salieron a estudiar en otros países becados por la Fundación Gran Mariscal de Ayacucho (Fundayacucho) —creada en 1975, bajo el primer gobierno de Carlos Andrés Pérez— y al terminar sus posgrados universitarios regresaron —en la mayoría de los casos— con la finalidad de incorporarse al sector productivo del país, desarrollar grupos académicos y de investigación e innovar en diferentes áreas (Peñafiel, 2020).

No obstante, se dice que el patrón migratorio en Venezuela empezó a cambiar a partir del viernes 18 de febrero de 1983, conocido como el *Viernes Negro*, cuando la moneda nacional —el bolívar— sufrió una abrupta devaluación frente al dólar estadounidense, producto de las políticas económicas impuestas por el gobierno del presidente Luis Herrera Campins (1979-1984). La cotización libre del bolívar frente al dólar que se había mantenido en Bs. 4,30 durante 20 años, se devaluó a 7,50 bolívares por dólar y, la política monetaria estuvo signada por altas tasas de interés, devaluaciones, un alto índice de inflación, controles de cambio y fuga de divisas (Castillo y Reguant, 2017).

A partir de entonces, la emigración comenzó a manifestarse en diferentes oleadas según la capacidad de agencia, ascendencia, poder adquisitivo y nivel educativo de las personas que decidían buscar una mejor forma de vida fuera del país (De la Vega, 2005). En esa época, se fue reduciendo la calidad de vida acostumbrada para algunos y aumentó la inseguridad ciudadana para todos, por lo que se comenzó a observar un proceso de *migración de retorno* por parte de los europeos principalmente, pero también existen evidencias de retorno de migrantes provenientes del Cono Sur (Freitez, 2011a; Freitez *et al.*, 2020).

Además, la frecuencia e intensidad de las protestas estudiantiles comenzaron a evidenciar los crecientes signos de erosión de los mecanismos de resolución de conflictos y mediación de intereses entre el Estado y la sociedad. Así, durante el gobierno de Jaime Lusinchi (1984-1988), los cuestionamientos a los partidos se multiplicaron, las denuncias de corrupción a funcionarios públicos proliferaron y se hacían cada vez más frecuentes y generalizadas las críticas al papel desempeñado por el Estado (López, 2005).

Sin embargo, Venezuela logró mantener un panorama de estabilidad social y económica hasta que el país se adentró en una crisis debido al incremento de la deuda externa y la recesión en la producción nacional que comenzó a manifestarse en la decadencia de los servicios públicos y los índices de desempleo. Esto, aunado a varios escándalos de corrupción, afectaron el comportamiento de la población que empezó a mostrar, abiertamente, su desencanto. Hasta ese momento, la emigración internacional venezolana se reducía a viajes de placer o estudios con retorno y algunos casos esporádicos de emigración permanente, pero que eran desestimables desde el punto de vista estadístico (Castillo y Reguant, 2017, p. 141).

Aun así, los inmigrantes continuaban arribando desde distintos países y con diversos niveles de cualificación. Esta elección obedecía a que todavía se percibía desde el exterior solidez económica, modernidad y una atractiva estabilidad que aportaba la explotación petrolera (De La Vega, 2005; Álvarez, 2006). Pero, no se lograba superar la crisis económica, por lo que se profundizó la inestabilidad política y se incrementaron los índices de pobreza, el desempleo, la deserción escolar y la violencia (De La Vega, 2003; 2014; Freitez y Osorio, 2009).

En 1988, resultó electo por segunda vez Carlos Andrés Pérez. Su primer gobierno había sido entre 1974 a 1979, durante el cual se nacionalizó el petróleo. En esta ocasión, el presidente buscó implementar una política económica de corte liberal para darle apertura a los mercados externos, además de aplicar un programa económico *de choque*. La introducción de este modelo

económico tomó por sorpresa a la sociedad venezolana, ya que su agenda económica no había sido negociada con los demás sectores sociales, ni siquiera dentro de su propio partido. Las respuestas a estas medidas no se hicieron esperar y el 27 y 28 de febrero de 1989 se produjo *El Caracazo*, una serie de disturbios y saqueos en las principales ciudades, sobre todo en Caracas —la capital— y sus ciudades dormitorio. La salida del ejército a la calle para reprimir los desórdenes resultó una medida especialmente severa, lo cual afectó seria e irreversiblemente la estabilidad del recién electo gobierno (Martínez, 2008).

El acoso incesante de la prensa, la escisión dentro del partido Acción Democrática, el resentimiento de las clases populares por la represión de los disturbios y el rechazo de buena parte del sector industrial al haber perdido la protección estatal del mercado interno, enmarcaron un clima general de descontento. Las clases medias, frustradas en sus aspiraciones económicas, no se sentían representadas, ya se habían acostumbrado a ver la política con desprecio y a identificar lo público con los partidos políticos. Las élites políticas tampoco manifestaban particular entusiasmo y adhesión al gobierno, dejando entrever un sentimiento deslegitimación, por lo que el Estado venezolano se encontraba bajo mucho presión y en medio de una delicada fase de reestructuración. Esto, aunado a que estaba preparando un proceso de descentralización administrativa —por primera vez los venezolanos comenzarían a elegir nominalmente a sus autoridades locales más importantes (gobernadores, alcaldes y concejales)— incrementó el disgusto dentro del partido de gobierno y los demás grupos que estaban acostumbrados a repartirse los escaños del poder (Martínez, 2008).

Fue entonces cuando el teniente-coronel del ejército Hugo Chávez Frías, acompañado del llamado *Movimiento Bolivariano Revolucionario 200* (MBR200), organizado desde 1982, impulsó una insurrección militar el 4 de febrero de 1992, misma que fracasó por falta de coordinación entre los diversos componentes golpistas y por la ausencia de apoyo popular. Sin embargo, tras la derrota, le dieron a Chávez la oportunidad de dirigirse al país mediante una cadena de televisión, para pedirle a sus compañeros que se rindieran. El hecho de asumir la responsabilidad del golpe públicamente, en un país en el que nadie parecía asumir la responsabilidad de nada y que identificaba lo militar con el orden, quedó grabado en el imaginario colectivo venezolano y lo catapultó hacia lo que sería su carrera política (Martínez, 2008).

Luego, el 27 de noviembre de 1992 se produjo un nuevo golpe de Estado, a cargo de militares rebeldes que no habían sido descubiertos en la primera intentona. Sin embargo, este golpe

también fracasó ya que, reiteradamente, los problemas de comunicación entre los insurrectos impidieron que fructificaran sus acciones armadas y la gente se quedó en sus casas, contrariamente a lo que esperaban. Algunos de los protagonistas fueron arrestados, pero otros lograron escapar, asilándose en países vecinos (Martínez, 2008).

A partir de esos sucesos, Carlos Andrés Pérez comenzó a ser investigado por supuesto peculado y malversación de fondos de una partida secreta del Ministerio de Relaciones Interiores, lo cual conllevó a un antejuicio de mérito que lo obligó a separarse del cargo, siendo el único presidente de la democracia venezolana que no terminó su mandato constitucional (Trak, 2011). El gobierno provisional que le sustituyó, liderado por Ramón José Velásquez, poco pudo hacer para contener la crisis. Luego de esto, en diciembre de 1993, se celebraron unos comicios electorales donde resultó electo el expresidente Rafael Caldera, cuyo primer gobierno había sido entre 1969-1974. Dicho candidato estuvo respaldado por una coalición que se conoció como *El Chiripero* en vez de por su partido tradicional, el Comité de Organización Política Electoral Independiente (COPEI), que además había fundado, lo cual demuestra el clima de descontento y antipolítica que reinaba en aquel entonces.

El segundo gobierno de Caldera (1994-1999) se enfrentó a serias dificultades exacerbadas por el estallido de una crisis financiera que lo obligó a afrontar quiebras consecutivas del sector bancario y tomar decisiones de tipo monetario para contener el desplome de la economía, sin resultados inmediatos. Lo más complicado para su período fue la inestabilidad de los precios del petróleo, lo que impidió que ejecutara sus principales proyectos de inversión social. De esta manera, el crecimiento económico experimentado en décadas anteriores quedó paralizado, mientras que la inmigración extranjera comenzó a frenarse paulatinamente (Paniagua *et al.*, 2022).

En 1994, año en que ocurrió una debacle financiera con la intervención y cierre de algunos bancos, promovió la desconfianza sobre el futuro de Venezuela e impulsó a muchos venezolanos a emigrar y resguardar sus capitales en el exterior, así como también impulsó a muchos hijos de antiguos inmigrantes europeos a solicitar su pasaporte en las respectivas embajadas de sus ancestros (Castillo y Reguant, 2017). Este dato es importante puesto se comenzaron a tejer redes migratorias que facilitarían la emigración de venezolanos y venezolanas en años posteriores. Los repatriados servirían de apoyo a sus familiares para la emigración desde Venezuela hacia Europa. Y, tales redes siguen funcionando en la actualidad (Navas *et al.*, 2020).

Hasta entonces, el venezolano había tenido un comportamiento de arraigo a su territorio y aunque se observaba una frecuente movilidad —de las clases altas, sobre todo— hacia otros países, el carácter del desplazamiento no era definitivo (Freitez *et al.*, 2020). Las personas solían viajar en calidad de turistas o ir al exterior a estudiar, pero regresaban para incorporarse a la dinámica nacional (Sánchez y Massey, 2014, p. 40). Dejar el país no era una opción. “El apego del venezolano por su tierra era tan marcado que ellos preferían trabajar en el país antes de hacerlo afuera” (Requena y Caputo, 2016, p. 445).

En 1998, después de que el presidente Caldera indultara a Hugo Chávez, éste se presentó a las elecciones de diciembre como el candidato de un partido llamado *Polo patriótico*, corriendo frente a una diversidad de postulantes, entre los cuales el más fuerte era Henrique Salas Römer, del partido *Proyecto Venezuela*. Ninguno de los dos candidatos que punteaban en las encuestas era militante del bipartidismo y Chávez era el aspirante más radical, abiertamente contrario al Pacto de Punto Fijo⁶ por lo que resultó victorioso (Domínguez y Franceschi, 2010)

El 2 de febrero de 1999, Chávez tomó posesión de su cargo y ese mismo día anunció que convocaría a un referéndum para la elección de una Asamblea Nacional Constituyente. El 15 de diciembre de 1999 se realizó tal referéndum para que la ciudadanía expresara su opinión a favor o en contra de la propuesta cuyo propósito era el de incorporar a la población entera en la búsqueda democrática de las soluciones a los grandes problemas nacionales (Aguilar, 2024). El proyecto fue aprobado por amplia mayoría, por lo que se procedió a la elección de los representantes de dicha asamblea. Una vez elegida la Asamblea se dio paso a la redacción de un nuevo texto constitucional, para así crear las bases de la transformación de la República. Inclusive se cambiaría hasta su nombre. Además, se introdujo el carácter unicameral del Poder Legislativo, la reelección presidencial inmediata, la asignación de territorios específicos, mayores derechos a las etnias indígenas y se otorgó una ley habilitante para que el presidente promulgara leyes (Domínguez y Franceschi, 2010). Asimismo, se formuló el Plan de Desarrollo Económico y Social de la Nación para el lapso 2001 – 2007, con un horizonte temporal hasta el año 2021 (Phélan y Osorio, 2020).

Un elemento importante de la nueva Constitución de 1999 fue la redefinición del papel de las Fuerzas Armadas. El estamento militar fue dotado con un nuevo estado civil ya que los militares

⁶ El Pacto de Punto Fijo fue un acuerdo de gobernabilidad firmado por los principales partidos políticos venezolanos en el año de 1958, el cual tenía como objetivo proporcionarle estabilidad del sistema democrático naciente, mediante la participación equitativa de los diferentes actores.

activos recibieron el derecho a votar —el cual estaba prohibido en la anterior Carta Magna—, tal y como corresponde a los ciudadanos. Este cambio fue un reflejo directo del profundo militarismo que se avecinaba y de la convicción de Chávez sobre que los militares amparaban las mejores virtudes de la nación. Por otro lado, la autoridad del presidente como “Comandante en jefe” fue consolidada al excluir al parlamento de las decisiones sobre las promociones militares; decisiones que quedaban del todo en sus manos (Peeler, 2007)

El 13 de noviembre del 2001, Chávez dictó 49 leyes mediante facultades habilitantes otorgadas por la nueva Asamblea Nacional, las cuales están publicadas en Gaceta Oficial No. 37.077. Estos decretos, constituyeron el detonante para que se iniciara un reclamo generalizado, fundamentalmente por la Ley de Tierras, Ley de Hidrocarburos y la Ley de Pesca, lo cual movilizó a todo el país mediante una serie de marchas que exigían la renuncia del Presidente. Las protestas estuvieron encabezadas por la Confederación de Trabajadores de Venezuela (CTV) y la Federación Venezolana de Cámaras de Comercio y Producción (FEDECAMARAS) (Salazar, 2015).

A partir de ese momento la vida política, económica y social del país se vio envuelta en graves conflictos, múltiples marchas y concentraciones para protestar en contra de los cambios que estaban ocurriendo. De esta manera, se fue configurando un escenario en donde se estimulaba constantemente la decisión de emigrar (Sánchez, 2011). Con la implementación del proyecto revolucionario liderado por el comandante Hugo Rafael Chávez Frías, se quebró el sistema populista de conciliación de las élites de los gobiernos anteriores, para pasar a un pacto cívico-militar que fue ocupando el poder de manera hegemónica.

La Revolución Bolivariana produjo un cambio radical que afectó la nación entera y una de sus consecuencias más evidentes fue el antagonismo político y el alto índice de conflictividad en las relaciones sociales a todo nivel, quedando atrás la ilusión de muchos ciudadanos que apostaron por la renovación y saneamiento del sistema político (Freitez *et al.*, 2020). En este sentido, se puede afirmar que la llegada de Chávez al poder contribuyó con la migración de algunos venezolanos que hasta ese momento habían sido privilegiados económicamente, ya que su gestión gubernamental incrementó —en los ciudadanos de clase media y alta, inicialmente— un sentimiento de amenaza en cuanto a la seguridad e integridad de sus intereses, por lo muchos optaron por irse hacia otros países (Guardia, 2007).

Tal era el nivel de conflictividad que se comenzaron a implementar una serie de paros nacionales como medida de oposición al gobierno. El lunes 2 de diciembre de 2002, se inició el cuarto paro cívico nacional convocado en el lapso de un año, el cual pareció alcanzar cierto éxito. Los principales centros comerciales, la mayoría de las franquicias de comida rápida, la casi totalidad de los establecimientos comerciales ubicados en el este de la ciudad de Caracas y en los vecindarios de clase media alta de las principales ciudades venezolanas, así como una fracción importante de las grandes industrias del sector privado del país, acogieron el llamado al paro. Sin embargo, el paro estuvo lejos de tener la fuerza y solidez suficiente como para poner al gobierno en jaque ya que otros sectores de la población lo desoyeron, entre ellos: el transporte público, el comercio minorista, casi todas las actividades ordinarias del centro y oeste de Caracas, así como el interior del país, quienes continuaron con sus labores habituales (Lander, 2004).

En los días subsiguientes, tres buques petroleros se paralizaron, fondeados por su tripulación, en pleno canal de navegación del Lago de Maracaibo, en una manifestación decidida de participación y apoyo al paro cívico. Con esta acción se hizo evidente que un buen número del personal de la industria petrolera, con capacidad real de perturbar su normal funcionamiento, apoyaba el paro cívico y que el asunto iba en serio. Sólo que pronosticaron, erróneamente, que de pararse Petróleos de Venezuela (PDVSA) el país colapsaría en una semana, desencadenando la salida del gobierno. La finalización del paro nunca fue formalmente decreta, pero se fue flexibilizando gradualmente sin conseguir su objetivo (Lander, 2004).

El paro petrolero trajo como consecuencia la expulsión de unos 20.000 trabajadores de Petróleos de Venezuela (PDVSA), de los cuales una parte importante emigraron para reubicarse en las industrias petroleras de Brasil, Colombia, México, Canadá y Estados Unidos, así como en diversos países del Medio Oriente (Cañizalez, 2018b). Sin embargo, este proceso de emigración de personas asociadas al campo petrolero no fue del todo inmediato, se fue desarrollando en medio de medidas de presión por parte del gobierno, lo que terminó por afectar su manutención personal y familiar, pero también disminuyó el capital humano en un área del conocimiento tan importante para el país como es la industria petrolera (Vargas, 2018). Paralelamente, se produjo la salida de empresarios y profesionales de diversos rubros, con alto nivel de calificación y con recursos para la inversión, afectados por la implantación de medidas sobre la propiedad privada, por lo que esta migración quedó asociada con la vulneración del Estado de Derecho (Phélan y Osorio, 2020).

Aunado a esto, la Asamblea Nacional había implementado, a principios del 2003, el control de cambio de divisas mediante la Comisión de Administración de Moneda Extranjera (CADIVI), en un intento de limitar la fuga de capitales y redistribuir la renta petrolera. Cada venezolano tenía derecho a solicitar un cierto cupo de compra de divisas para comerciar o viajar, de manera que quienes tenían el capital comenzaron a comprarle el cupo a quien no podía o no quería utilizarlo. Fue una época donde muchos venezolanos salieron del país para “raspar” su tarjeta de crédito con la que el gobierno les daba acceso a las divisas. “Personas que nunca habían salido del país, visitaron islas del Caribe, América Latina y Europa, sintiendo que la ciudadanía se ejercía a punta de tarjeta de crédito” (Hernández, 2023, p. 106). Muchos salían en viajes *express* para traerle las divisas a inversores que le pagaban su viaje y estadía y que les compraban las divisas sobrantes en efectivo a precio oficial y así obtenían ganancias con el diferencial cambiario. Es decir, se produjo un mercado paralelo de divisas, apoyado en viajes al exterior. Esto tuvo como una de sus consecuencias que la gente comenzara a hacer un entramado de negocios ilícitos que incrementaron la inflación y la corrupción. Pero, también incentivó de alguna manera la migración, pues muchos venezolanos que no habían salido nunca del país, ni aspiraban a hacerlo, vieron y conocieron otras realidades; se les abrió el mundo (Phélan y Osorio, 2020).

En febrero del 2003, la oposición llamó a una recolección de firmas para solicitar un referéndum revocatorio del mandato de Chávez, lo que se dio a conocer como *El firmazo*. El referéndum se llevó a cabo en agosto del 2004 y los resultados fueron favorables al presidente Chávez, por lo que no fue revocado. Ese inventario de nombres de personas que solicitaban que fuera revocado el mandatario, figuraron en una lista conocida como *la lista de Tascón* (posteriormente *lista de Maisanta*) que se transformó en una herramienta de persecución y exclusión (Castillo y Reguant, 2017; Freitez, 2023). A partir de entonces, muchos jóvenes y emprendedores se vieron afectados por el desempleo o por la percepción de la falta o escasez de oportunidades laborales, lo cual incrementó su sensación de inseguridad y los hizo considerar a la migración como salida.

A pesar de que los resultados de las elecciones tranquilizaron los conflictos internos del país el diálogo constructivo entre los grupos políticos no se propició, más bien se instauró una suerte de “polarización congelada” y se reconoció que la sociedad estaba cansada del conflicto y la constante agitación de ambas partes del mismo. Por tanto, “no se avanzó en la solución de los complejos problemas del país, sino que se aquietaron momentáneamente” (Mainhold, 2007, p. 12).

En el 2004, Venezuela experimentó un crecimiento del Producto Interno Bruto (PIB) debido al aumento de los precios internacionales del crudo, por lo que Chávez comenzó a crear *Las misiones*, un conjunto de programas de ayuda social para darle acceso a la mayor parte de la población a la renta petrolera, con lo que simbólicamente quería darle una gota de petróleo para cada venezolano. La inversión social se hizo notar en los campos educativos, alimenticios, de salud y de vivienda, por lo que lograron incrementar la calidad de vida de los ciudadanos con más bajos recursos, al menos por un corto lapso.

Luego, el 4 diciembre del 2005, se celebraron las elecciones parlamentarias, frente a las cuales la oposición llamó a la abstención, como medida de protesta frente a la falta de transparencia y equidad del proceso electoral. En consecuencia, los partidos del gobierno obtuvieron todos los curules de la Asamblea Nacional (Osorio, Phélan y Viso, 2021). Los resultados de estos comicios dieron a la alianza chavista el control absoluto del parlamento nacional además de demostrar el cansancio de los electores mediante un abstencionismo del 75% del electorado. El éxito del casi un 90% de los votos a favor de la alianza gubernamental cerró, una vez más, las posibilidades del diálogo entre las fuerzas políticas (Mainhold, 2007). Esto reforzó la base para la radicalización de la Revolución Bolivariana, pero también acrecentó la desesperanza de los segmentos sociales que resentían las políticas públicas del gobierno.

En este período, las motivaciones para migrar siguen estando asociadas a las condiciones del contexto social y económico, la inseguridad personal y jurídica, la falta de oportunidades laborales y el poco poder adquisitivo (Vargas, 2018). También hay que decir que una de las características del primer gobierno de Chávez fue el desprecio hacia los sectores ricos, de clase media, de clase profesional e intelectual en Venezuela. “Los profesionales universitarios empezaron a ser vistos por el grupo de afectos a Chávez como privilegiados, poco preocupados por el país y por sus compatriotas pobres” (Freites, 2008, p. 88); “una descalificación que se extendía desde el discurso político hacia la meritocracia, argumento determinante entre muchos venezolanos para tomar la decisión de salir del país” (Vargas, 2018, p. 104).

Hay que considerar que el flujo de venezolanos que emigraba se incrementaba considerablemente justo cuando el país recibía extraordinarios ingresos producto de la actividad petrolera. Pero, es que en esa etapa se produjeron importantes cambios estructurales de carácter político y social, de acuerdo a lo establecido en la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela del año 1999. También se observó el cierre de un alto número de empresas industriales

y agroindustriales lo cual contribuyó significativamente a debilitar el espíritu inversionista y empresarial (Osorio, 2014, p. 233).

En diciembre del 2006, se celebraron otras elecciones en las que Chávez fue reelecto con una amplia mayoría de votos (62,8% de los votos), con lo cual se hizo inminente la consolidación de su proyecto político, el socialismo del siglo XXI. Dicho proyecto es una ampliación de la democracia participativa, según Heinz Dieterich Steffan, su principal teórico (Vargas, 2018). Esto marcó un hito en el hecho migratorio ya que desde ese mismo día anunció abiertamente, a través de una serie de declaraciones oficiales, sus intenciones sobre la construcción de un modelo socialista endógeno, la decisión de la conformación de un Partido Único Socialista en Venezuela (PSUV), la pretensión de reformar la constitución para establecer la reelección indefinida y la no renovación de la señal uno de los principales canales de televisión (Radio Caracas Televisión, RCTV), entre otras medidas (Cañizalez, 2018b).

El tema de la reelección indefinida se resolvió el 15 de febrero del 2009 cuando se celebró un cuarto referéndum popular, por iniciativa del mismo Presidente de la República, quien estaba impedido para postularse nuevamente como candidato por la Constitución del 1999. Una vez más el resultado de la consulta fue favorable a Chávez, pero nuevamente con un corto margen de diferencia (SI: 54,85%) (NO: 45,14%) y en medio de una abstención del 29,67% (Salazar, 2015).

Hasta ese momento, el fenómeno migratorio venezolano se encontraba en una primera fase, la cual había comenzado en el momento en que Chávez asumió el poder. Este período se caracterizó por la salida de personas de clase media-alta, empresarios y estudiantes, quienes escogían a Estados Unidos y países de Europa como principales destinos. Si bien ese grupo de venezolanos decidió radicarse en otro país, la emigración fue muy reducida. La cantidad de ciudadanos venezolanos viviendo en el exterior solo aumentó de 378.000 a 521.000 personas (Freitez, 2011a).

Las causas de esta emigración fueron las tensiones políticas y sociales, exacerbadas por la creciente inseguridad y nacionalización de varias industrias del país (Páez y Vivas, 2017). Dicha inseguridad no se trataba tan solo de una percepción, ya que siete de las principales ciudades de Venezuela: Caracas, Maturín, Ciudad Guayana, Valencia, Barquisimeto, Cumaná y Barcelona figuraban entre las 50 más peligrosas del mundo, según el informe del 2016 del Consejo Ciudadano para la Seguridad Pública y Justicia Penal (CCSPJP) de México (Cisneros, 2017).

Durante el periodo 2005-2010, se hicieron sentir innumerables protestas organizadas entre las que destacan las del movimiento estudiantil, en el 2007, que concentró las voces de protesta en contra de la reforma constitucional propuesta por Chávez, quien no fue tolerante con la disidencia, violando reiteradamente los derechos de expresión y manifestación de grupos de ciudadanos no alineados con sus ideas. Frente al control del aparato del Estado y la disponibilidad de cuantiosos recursos económicos, los espacios de negociación se fueron cerrando y se incrementaron la censura, la intolerancia y la persecución (Freitez, 2023).

Luego, en el año 2012 se inició una segunda fase del fenómeno migratorio caracterizada por la crisis económica, el aumento de la represión política y la escasez de alimentos, combustible y medicinas. A partir de esa fecha, los perfiles socioeconómicos de los migrantes y sus destinos se diversificaron, ya que emigraron personas de diferentes estratos sociales y los venezolanos comenzaron a establecerse en países de la región, como Colombia, Panamá y República Dominicana (Acosta *et al.*, 2019). Sin embargo, la cantidad de emigrantes continuó siendo bastante moderada; las solicitudes de asilo de venezolanos en todo el mundo pasaron de 505 a 4.820 entre 2012 y 2014 (Páez y Vivas, 2017)

En octubre del 2012, Chávez vuelve a ser reelegido como presidente, mientras se encontraba en un proceso de recuperación y tratamiento para combatir un cáncer de colon. Su estado de salud en lo sucesivo fue determinante para el futuro político de Venezuela y manejado con discrecionalidad por el gobierno, hasta el anuncio de su muerte en marzo de 2013, tras lo cual se convocaron una nuevas elecciones para abril de ese año, que dieron como ganador al candidato oficialista Nicolás Maduro para el período 2013-2019, con 50,5% de los votos (Salazar, 2015). Este resultado fue muy cuestionado por un grupo importante de la población debido al estrecho margen de diferencia (1.49 puntos) frente a su contrincante Henrique Capriles Radonski (Peñañiel, 2020).

Es importante resaltar que estas elecciones extraordinarias significaron una modificación en el voto chavista en cuanto a que no fue masivo, pese a que el Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV) había diseñado especialmente “una nueva boleta electoral que incluía a los ojos del extinto presidente Hugo Chávez como estrategia de presión simbólica encaminada a generar la idea entre los votantes de que el Comandante Chávez “observa su traición” en caso de cambiar el voto en favor de la oposición” (Cruz, 2020, p. 136). Esto es un perfecto ejemplo del intento de hacer a Chávez omnipresente, omnisciente y omnipotente, aun después de su muerte.

Figura 4*Ojos de Hugo Chávez*

A partir del 2013, Venezuela se sumerge en un proceso de contracción económica sin precedentes, la hiperinflación llevó a que gran parte de la población alcanzara niveles de pobreza impensables al destruir su capacidad adquisitiva, por lo que la inseguridad alimentaria incrementó y se extendió a muchos hogares. Paralelamente, hubo un severo deterioro en todos los servicios públicos, además de una progresiva desinstitucionalización y pérdida de libertades democráticas (Freitez *et al.*, 2020, p. 2).

En el año 2014, los precios del petróleo experimentaron la caída abrupta del 60% de su valor. En ese contexto, la crisis migratoria alcanzó una cúspide y en palabras de Saúl Hernández (2023) “de ser un destierro simbólico y cívico pasó a ser un destierro humanitario” (p. 108). Esto porque la expulsión ya no fue exclusivamente del imaginario nacional y del sector que se oponía al proyecto bolivariano, sino que ya no discriminó en vulnerar los derechos de la población en general. Por otro lado, siguieron en aumento los presos políticos y los rumores de torturas. A partir de este momento los espacios de realización económica, política y cultural existentes se desolaron (Hernández, 2023).

En el 2015, se llevan a cabo las elecciones legislativas cuyos resultados fueron ampliamente adversos a las fuerzas políticas del oficialismo, quienes perdieron la mayoría parlamentaria, por lo que sintieron amenazado su ejercicio hegemónico del poder. Frente a este escenario, la directiva saliente de la Asamblea Nacional decidió renovar la composición del Tribunal Supremo de Justicia (TSJ) sin cumplir con los requisitos de ley para el nombramiento de nuevos magistrados. El nuevo TSJ entró en funcionamiento y dejó sin representatividad a uno de los estados —Amazonas—, al desconocer los resultados favorables para sectores políticos opuestos

al régimen de Maduro por un supuesto fraude electoral nunca demostrado. Además, el TSJ declaró en desacato a esta Asamblea Nacional, una condición no establecida en el marco jurídico. Con ello, la desalojó de sus funciones contraloras del Poder Ejecutivo. Adicionalmente, el Consejo Nacional Electoral impidió que se realizara un referendo revocatorio del mandato del presidente Maduro, aun cuando en la Constitución de 1999 se había incorporado la figura del Referéndum en las diversas modalidades: Consultivo, Aprobatorio, Abrogatorio y Revocatorio (Aguilar, 2024). Y, se lanzó la convocatoria para conformar una nueva Asamblea Constituyente en forma fraudulenta. Estas y otras medidas continuaron resquebraron las bases del sistema democrático venezolano y del Estado de Derecho, generándose por lo demás un clima de inseguridad jurídica y aumentando la persecución política y la conflictividad social, al mismo tiempo que incidieron en la disminución de la calidad de vida de la población (Koechlin y Eguren, 2018).

La administración de Nicolás Maduro está signada por la instauración de lo que se dio a conocer como *Estado Comunal*, el cual tiene como ideal prescindir de todo principio democrático liberal. Esto genera conflictos de poder en los territorios, con las gobernaciones e inclusive con células del Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV). Y, demuestra que la teoría es una cosa y la práctica otra, pues al momento de las comunas reclaman para sí el autogobierno el gobierno central debe ceder parcialmente su poder. No hay experiencias históricas donde quienes detentan el poder lo cedan mansamente (Osorio y Phélan, 2019).

Es bien sabido que Chávez contó con el respaldo de elevados ingresos provenientes de la renta petrolera, los cuales repartió discrecionalmente. Sin embargo, uno de los riesgos de los liderazgos personalistas, como el del presidente Chávez, es que crea una suerte de *hiperliderazgo* que termina derribándose en ausencia de su líder. Así, la creciente polarización política marcó una evolución hacia formas autoritarias durante el gobierno de Nicolás Maduro, bajo quien se acentuaron los procesos de verticalización del lazo social y se fue desactivando el protagonismo popular, con el agravante de un contexto económico recesivo (Arconada *et al.*, 2017; Freitez, 2023). La administración de Maduro trajo consigo la inflación, el desempleo, el desabastecimiento, la acentuación de la inseguridad personal y altas tasas de criminalidad. Asimismo, se produjo un deterioro constante de todas las variables macroeconómicas como consecuencia de los abultados déficits públicos, la expansión desenfrenada de los agregados monetarios, el acoso continuo y desmantelamiento del sector productivo (Levy, 2018).

En consonancia con lo anterior, es remarcable la diferencia en la cantidad de migrantes entre el gobierno de Chávez y Maduro. En principio, esto puede deberse a que Nicolás Maduro no tiene la misma capacidad para insertar en el imaginario nacional realidades diferentes a las materializadas a través de sus discursos, por lo que se crea una dicotomía entre lo presentado por el control estatal y la vivenciado por las masas. Con un discurso belicoso y de exclusión, el gobierno ha intentado desviar la atención sobre la rendición de cuentas hacia sus ciudadanos (Ramírez, 2020).

Maduro inició su primer periodo presidencial enfrentando una menor disponibilidad de divisas debido al descenso en los precios del petróleo lo que significó una disminución de las importaciones.

se estima que al día de hoy las reservas probadas están por sobre los 64.000 millones de barriles, no obstante esa riqueza, la industria petrolera se encuentra en el peor momento de su historia, su producción ha caído de un promedio de 3.500.000 barriles diarios producidos en el año 1988, a menos de 700.000 barriles por día en el año 2020, y no por una decisión del Estado orientada a dejar de ser monoprodutores y extractivistas, sino por otras razones que conciernen a un estatismo desvinculado, sin políticas públicas alternativas, ineficiente y excesivamente burocratizado (Aguilar, 2024, p. 26).

Esto, aunado a la reducción de la producción nacional de otros rubros, generó una gran escasez de productos básicos, particularmente de alimentos y medicinas, así como también una merma en los niveles de consumo, al tiempo que se fue conformando un contexto de alta inflación que fue acabando por completo con los logros transitorios de los programas de desarrollo social que había implementado Chávez (Freitez, 2023).

Así pues, se inicia la tercera y última fase del proceso migratorio que, según Páez y Vivas (2017), se extiende hasta la actualidad. La cantidad de emigrantes se ha incrementado considerablemente debido a la precariedad y la escasas posibilidades de una vida de calidad dentro de Venezuela (Ojeda, 2020). La violencia y el crimen organizado han ido aumentando rápidamente. Además, existe una creciente inflación y escasez de productos básicos, riesgo de desnutrición, inseguridad, represión política y social, entre otros (Acosta *et al.*, 2019). Los perfiles de los migrantes han presentado variaciones significativas y ha crecido el número de venezolanos con vulnerabilidad socioeconómica, por lo que los países destinos son ahora aquellos que se encuentran geográficamente más cerca, pues son de más fácil acceso (Páez y Vivas, 2017). Efectivamente, entre los años 2015 y 2019, la población venezolana en Colombia se incrementó de 48.714 a 1.630.90323 (OIM, 2019).

Entre los años 2014 y 2017 se produjeron manifestaciones en casi todo el territorio, debido al creciente descontento por los acontecimientos políticos y por las condiciones económicas, lo cual deja numerosos muertos, en su mayoría jóvenes. Este tipo de protestas se conocieron como *guarimbas* y se caracterizaban por la colocación de barricadas que servían de límites de una supuesta protección para las zonas que se consideraban de oposición. Algunas duraban meses y cortaban el paso de vehículos y peatones. Continuamente se producían detonaciones y cacerolazos y el cierre de las calles y avenidas llegaron a afectar la convivencia y el estilo de vida pues no había una circulación normal de transporte público, además de sentirse una constante inseguridad.

En el marco de estas manifestaciones y como medida de censura, el gobierno cerró más de setenta medios de comunicación nacionales e internacionales. Además, los ingresos del 80% de los hogares era insuficiente para cubrir la canasta alimentaria, por lo que padecían de inseguridad alimentaria (Gandini *et al.*, 2019, p. 9). El sistema de salud a nivel nacional estaba a punto de colapso y la escasez de medicamentos era severa. Todos los servicios públicos del país se encontraban en un creciente deterioro, como resultado de falta de mantenimiento, controles de calidad, negligencia y corrupción (Osorio y Phélan, 2019).

Para el 2016, la economía de Venezuela fue considerada la más miserable en el mundo, contando con una inflación de siete cifras. Esta afirmación se encuentra basada en *These Are the World's Most Miserable Economies of Bloomberg* (Índice de Miseria de Bloomberg), en el cual Venezuela encabezó la clasificación. Este índice se obtiene sumando la tasa de desempleo y la inflación (Palatz, 2022; Castillo y Reguant, 2017).

Durante el 2017, según el *Informe del Observatorio Venezolano de Violencia*, los índices de violencia delincriminal aumentaron considerablemente, expresándose en homicidios, robos, extorsión y secuestros. Durante ese año la vida cotidiana de los ciudadanos se alteró todavía más, restringiéndose las libertades personales y el ejercicio de los derechos, por el temor de las personas a ser unas potenciales víctimas tanto del delito, como del abuso policial. Nuevas formas de violencia adquirieron relevancia, tanto por el incremento de su magnitud, como por las novedosas razones que las originaron e impulsaron. Ante la escasez de bienes de consumo básico, también se evidenció un crecimiento de la violencia interciudadana por la agresividad expresada en la competencia por adquirir dichos bienes y por el surgimiento de modalidades del delito asociadas a la captación de la renta económica derivada de su control y comercialización. De igual modo, se pudo observar un incremento de la violencia doméstica derivada de las situaciones de hambre

que se presentaron en los hogares, además de un incremento notable de la violencia del Estado, tanto en el uso desproporcionado y extrajudicial de la fuerza para el castigo y control del delito, como en el uso ilegítimo de la fuerza para la represión de la protesta social y política de los ciudadanos (Palatz, 2022).

Por otro lado, el reporte de la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos (ACNUDH) estableció que al 31 de julio de 2017, el Ministerio Público se encontraba investigando 124 muertes en el contexto de las manifestaciones. Dicho ente determinó que las fuerzas de seguridad, principalmente la Guardia Nacional Bolivariana, eran presuntamente los responsables de al menos 46 de esas muertes, por lo que el resto de las pérdidas humanas pueden ser atribuidas a las actividades de estos grupos antigubernamentales y de los “grupos de choque” de simpatizantes del gobierno conocidos como colectivos motorizados de los que destacan los *Tupamaros* (Cruz, 2020, p. 146).

A partir de ese mismo año, se desató un proceso hiperinflacionario que conllevó a graves problemas de desabastecimiento y racionamiento de múltiples productos básicos y de medicamentos, superando el 80 %. Es decir, 8 de cada 10 productos básicos no se hallaban en los supermercados, con base en datos obtenidos del Ministerio de Alimentación de Venezuela. Esta situación acarreó que los venezolanos se vieran en la necesidad de acudir al mercado negro para comprar productos provenientes de Colombia a precios que superaban hasta 100 veces el valor regulado por el Gobierno, causando que existieran 3.7 millones de personas subalimentadas (Palatz, 2022).

En el 2018, el Laboratorio Internacional de Migraciones (LIM), unidad adscrita a la Universidad Simón Bolívar (USB), informaba que un aproximado a 2.500.000 venezolanos (8,3 % de la población) residían fuera del país. Estas estimaciones se realizaron a partir de los números oficiales que arrojaban las oficinas de migración de diversos países e instituciones internacionales, como el Banco Mundial (BM) o la Organización Internacional para las Migraciones (OIM).

Para el cierre del año 2018 los economistas venezolanos calcularon una tasa de inflación de 1.698.488,2% (Venezuela..., 2019), dicho dato supondría que una familia de 5 miembros necesite de 63,8 salarios mínimos para poder hacer frente a los gastos de la canasta básica para subsistir (De León, 2019). En el año 2018 el 87% de las familias se encuentran en situación de pobreza extrema (España; Ponce, 2018) y al año siguiente, se estimó que el desempleo alcanzó el 44.3% según el informe de Perspectivas Económicas Mundiales (Desempleo..., 2019). En un paisaje económicamente crítico como el relatado, se asume un “episodio de inseguridad alimentaria severa” (Raffalli, 2017) lo que ha generado como consecuencia que un 64% de los venezolanos tenga en promedio 11 kilos de menos en su peso corporal para el año 2017 (Serbint, 2018) y que

sólo un 22% de los niños menores de 5 años mantienen un estado nutricional estable (Cáritas Venezuela, 2017) (D'Hers, 2023, p. 3).

De la misma manera, los datos de la Encuesta de Condiciones de Vida (ENCOVI) revelan que, para el 2018, 91% de la población venezolana vivía bajo condiciones de pobreza, 50 puntos porcentuales más que en 2014 donde su incidencia era ya muy elevada (41%). A partir de las estas evidencias, se puede sostener que el éxodo de venezolanos obedece a razones de sobrevivencia por la inseguridad alimentaria, la escasez de medicinas y oportunidades de empleo; así como por procesos de hiperinflación y la falta de institucionalidad, que hacen que la población salga en busca de refugio y seguridad (Osorio y Phélan, 2019).

Venezuela se había convertido en un país de emigración, a juzgar por las cifras de venezolanos salían de manera forzada para suplir sus necesidades fundamentales en el exterior. La pérdida de la institucionalidad democrática y la destrucción del sistema productivo nacional contribuyeron a la escalada del fenómeno migratorio a un nivel inesperado y sin igual. En esos años se fueron configurando nuevas rutas migratorias en las que los países latinoamericanos capitalizaron la mayor parte del flujo, convirtiéndose en el refugio de muchos venezolanos que demandaban protección (Freitez, 2018; 2019; Freitez *et al.*, 2020; Osorio y Phélan, 2019).

Así, la migración llegó a transversalizar todo el espectro social de Venezuela; la composición de los flujos cambió de manera radical. El éxodo dejó de ser exclusivo de la clase privilegiada, los científicos y los profesionales —quienes lo habían encabezado— y se fueron incorporando personas de escasos recursos y alta vulnerabilidad que escapaban de las difíciles condiciones de vida. La mayoría son jóvenes y adultos no escolarizados, provenientes de las zonas menos urbanizadas —incluso campesinos— que se desplazan por vía terrestre y es un éxodo Sur-Sur que se concentra en países latinoamericanos, en especial Colombia, Perú, Brasil y Ecuador. Gente con muchas precariedades que forma caravanas como estrategia para enfrentar la búsqueda de un destino en donde poder ganarse la vida con dignidad (Freitez *et al.*, 2020; (Osorio, Phélan y Viso, 2021, p. 68)

El Estado venezolano, en especial durante los últimos cinco años, actuó por omisión, porque a través de sus instituciones, debió velar por el cumplimiento de los derechos fundamentales y de las condiciones humanas básicas de sus ciudadanos, porque un Estado que no garantice estos derechos y esas condiciones está condenando a un pueblo a sucumbir o a buscar en otros países, lo que el suyo no le procura (Phélan y Osorio, 2020, p. 21).

Los movimientos de migración provenientes de Venezuela siguieron creciendo por lo que, en septiembre del 2018, los representantes de once gobiernos latinoamericanos se reunieron para

acordar y llevar adelante una estrategia regional frente a la situación de alta movilidad de personas venezolanas en la región, la llamada *Crisis de refugiados y migrantes venezolanos*. Esta iniciativa dio lugar a diversas reuniones y compromisos entre países de América Latina para coordinar una respuesta frente a la crisis y fue nombrada como el Proceso de Quito (Biondini *et al.*, 2023, p. 213).

En el 2019, se produjeron una serie de apagones de luz, los cuales dejaron a gran parte del país sin servicio de electricidad por varios días consecutivos y en reiterados períodos. Esta situación afectó a la población gravemente no sólo por el hecho de interrumpir sus labores y modo de vida considerablemente, sino por la manera con la que eran manejadas las diferentes crisis. El gobierno las atribuía y sigue atribuyendo a supuestos sabotajes. Sin embargo, el servicio no falla en algunos estados del país con la misma frecuencia que lo hace en otros. Por ejemplo, en la capital hay un servicio continuo o al menos presenta pocas fallas en comparación con el interior del país, donde las bajas son una constante. Esto particularmente desalentó a la población a permanecer en el país en esas condiciones.

Según el Balance Preliminar de las Economías de América Latina y el Caribe, para el 2019, el PIB de la economía venezolana se redujo un 25,5%, lo que supuso una contracción acumulada del 62,2% respecto del nivel de 2013. Además, se mantuvo el proceso hiperinflacionario que se inició en noviembre de 2017, por lo que para septiembre de ese mismo año la tasa de inflación fue del 39.113%. También se agudizaron las medidas de restricción externas que enfrenta la economía venezolana, por lo que las exportaciones petroleras descendieron un 36% con respecto a 2018, limitado acceso a mercados financieros internacionales. Por otro lado, las autoridades venezolanas continuaron el proceso de desmontaje del control de cambio y se pasó a un sistema de mayor flexibilidad, lo que significó una depreciación mayor que el 4.900% del tipo de cambio oficial. Para el momento, se calculaba que la caída en la actividad petrolera, la escasa disponibilidad del combustible en el mercado interno, la decadencia del sector eléctrico, el descenso del PIB y la inflación se prolongarían (CEPAL, 2019)

Para apalea esta situación el gobierno inició un proceso de flexibilización económica con una serie de medidas que propiciaron una mejora en el consumo y en el empleo. Esta recuperación económica comenzó cuando se le autorizó la compra y venta de dólares a las entidades financieras a través de *mesas de cambio*, una figura que marcó el fin del régimen de control de cambio y lo que, sucesivamente, significó una apertura y flexibilización para el sector privado. Además, se

implementó la venta de gasolina a precios internacionales –en divisas– y a precio subsidiados –en bolívares–. Otro efecto de esta flexibilización ha sido la ampliación de servicios de libre ejercicio y actividades informales en cobro en divisas; además se observa un lento proceso de privatización de empresas expropiadas, señales que producen en la población una sensación de recuperación, sobre todo en comparación con los tres años anteriores de confrontación y desabastecimiento (Phélan y Osorio, 2022).

Hasta comienzos de 2020, con base a cifras de OIM/ACNUR, se estimaba que habían salido de Venezuela más de cinco millones de personas entre migrantes, refugiados y solicitantes de asilo. El flujo de esa movilidad se mantuvo durante el Covid-19. Uno de estos efectos de la pandemia fue truncar los proyectos personales y familiares de cientos de miles de migrantes que procuraban rehacer sus vidas en diferentes países de acogida, por lo que muchos venezolanos que se habían movilizad o hacia países del subcontinente se vieron de pronto a la deriva, confinados, sin empleo, sin casa y sin protección social. Los que pudieron buscaron mecanismos de sobrevivencia en la solidaridad, bien de ayudas oficiales o privadas. Otros, tomaron la decisión de regresar hacia Venezuela por diferentes medios, pero especialmente por vía terrestre, caminando, en transportes públicos y/o privados (Osorio y Phélan, 2020, p. 120).

Por otra parte, el Gobierno Bolivariano activó, como política de Estado, un programa para la repatriación de los venezolanos llamado *Plan Vuelta a la Patria*, en el que el Ministerio del Poder Popular para Relaciones Exteriores, en coordinación con las embajadas de Venezuela en Perú, Ecuador, Brasil, Colombia, Argentina, Chile —entre otros países—, ofreció un puente aéreo para el retorno voluntario de connacionales. Para febrero del 2020, más de cien mil venezolanos se habían registrado para la posibilidad de repatriarse. Sin embargo, las cifras de los que efectivamente lo hicieron no llega a la quinta fracción. Según el último boletín actualizado al 10 de febrero de 2020, previo a la pandemia de COVID-19, se había reportado la realización de 96 vuelos que habían movilizad o a 17.522 personas procedentes de nueve países latinoamericanos, cifras que se pueden corroborar en el portal del *Plan Vuelta a la Patria*⁷.

Desde el 2001 hasta el 2021 bajo los gobiernos de Hugo Chávez y Nicolás Maduro, se han llevado a cabo 3 reconversiones monetarias y se han restituido 5 veces el cono monetario, lo que se traduce en la eliminación de un total de 14 ceros del valor nominal de la moneda, como parte de las políticas económicas frente a la (hiper)inflación. La implementación de la primera reconversión monetaria se dictó bajo la vigencia de una de las varias Leyes Habilitantes que la Asamblea

⁷ Cfr. <https://mppre.gob.ve/plan-vuelta-a-la-patria/>

Nacional aprobadas a favor del entonces presidente Chávez en Gaceta Oficial n° 38.638 del 6 de marzo de 2007, dando lugar al “bolívar fuerte” (Venezuela, 2007). La segunda reconversión fue dictada por Nicolás Maduro mediante el Decreto Presidencial n° 3.332, publicado en la Gaceta Oficial n° 41.366 del 22 de marzo de 2018 (Venezuela, 2018), dando lugar al “bolívar soberano” (cf. Abadi; García, 2018). Y finalmente se lleva a cabo el Decreto Presidencial n° 4.553 publicado en la Gaceta Oficial n° 42.185 con fecha 6 de agosto de 2021 (Venezuela, 2021), dando lugar al “bolívar digital” (Urrego, 2021 en D’Hers, 2023, p. 17).

La presidencia de Maduro no ha podido desarrollar la expansión del poder popular a través de las *Misiones Socialistas*, así como tampoco el autogobierno en poblaciones y territorios instituidos como comunas para alcanzar la organización del estado propuesto. Este escenario contradictorio entre el discurso político oral y escrito descentralizador y la acción centralizadora, ha propiciado nuevas tensiones sociales y políticas que deslegitiman el gobierno que lo que ha hecho es imponer la intervención militar en los asuntos de la administración pública y generar restricciones en la participación política de la sociedad civil, además de crear un clima de coerción para el ejercicio del poder político, así como violentado derechos democráticos y civiles (Paniagua *et al.*, 2022, p. 116-117).

Durante el período post pandemia se ha mantenido la emigración desde Venezuela, aunque la dirección ha cambiado ya que los flujos se dirigen al norte del continente, empleando como ruta la selva del Darién. Este nuevo flujo tiene dos procedencias según las estadísticas del Instituto Nacional de Migración de México (INM). Una gran parte proviene directamente de Venezuela y un 20% lo conforman venezolanos que vienen de otros países. La mayor parte son varones jóvenes, pero muchos viajan acompañados de mujeres y niños, quienes atraviesan las fronteras de los países de Centroamérica con la finalidad de llegar a la frontera con los Estados Unidos y entregarse a las autoridades de ese país y solicitar asilo político o refugio (Ramírez, 2023, p. 28).

En el 2022, el gobierno venezolano lanzó una campaña llamada *Venezuela se arregló* que se vio reflejada en sus redes sociales, comunicados y discursos oficiales. Esto fue una construcción que tuvo sustento gracias a que la liberalización del tipo de cambio y la suspensión de aranceles de importación permitió que los anaqueles se abastecieran (aunque los productos fueran inaccesibles). Asimismo proliferaron negocios de varios tipos, bodegones de productos importados y restaurantes de lujo, el mercado automovilístico se expandió y los eventos sociales se dispararon con fulgor, por lo que se fue modificando poco a poco el imaginario que se había asentado sobre una Venezuela arruinada (Rojas y Ángel, 2023).

La realidad es que mucha gente ha regresado al país de manera temporal, después de una larga ausencia. Esto es debido a que existen otras condiciones socioeconómicas en las que destaca una dolarización *de facto*. Esta dolarización informal es una consecuencia de los intereses de las élites políticas ante la necesidad de hacer circular las riquezas como parte del lavado de dinero de las actividades extractivistas ilícitas, así como también guarda relación con el envío de remesas, el cual ha crecido sostenida y exponencialmente (D'Hers, 2023). Para el cierre del año 2021, se estimó que las remesas enviadas por los migrantes a sus familiares y amigos pudieron haber alcanzado US\$ 3.500 millones, monto que equivale al 5 por ciento del PIB de Venezuela, aproximadamente (Phélan y Osorio, 2022)

De acuerdo con la investigadora Anitza Freitez, no se vaticina una considerable migración de retorno a Venezuela, pese a las mejoras económicas, debido a que las personas que tienen ya varios años afuera sopesan el costo de regresar a un país en el que aún perciben incertidumbre. Hasta ahora, sólo han contabilizado el regreso de 6% de los migrantes que han salido hasta ahora, según la Encuesta Nacional de Condiciones de Vida (ENCOVI, 2023).

El 28 de julio de 2024, se celebraron unos comisiones presidenciales en los que el gobierno se proclamó electo en un clima de poca credibilidad, lo que nuevamente desató protestas, represión, encarcelamiento y el ciclo pernicioso que tantas veces se ha repetido, lo que ha inyectado una carga de desesperanza y frustración a la población que esperaba un cambio. Bajo estas circunstancias sólo se puede vaticinar un nuevo flujo de personas que abandonaran el país con miras a encontrar un futuro más prometedor en otros espacios.

Reflexiones

Venezuela ha atravesado una larga crisis caracterizada por diversos factores, entre los que se puede apreciar la inestabilidad económica y democrática, una fuerte conflictividad política y social, el desabastecimiento, los bajos salarios, la incertidumbre, los índices de pobreza, la falta de servicios públicos y la inseguridad a todo nivel, lo cual ha deteriorado la calidad de vida en general.

A partir de la consolidación del proyecto político llamado Revolución Bolivariana, se alteraron importantes referentes históricos y simbólicos, el imaginario y las representaciones sociales, la identidad y el sentido de pertenencia, así como el modo de vida y de sustento a los que estaba acostumbrada la población venezolana. Al mismo tiempo, ocurrieron procesos de extrañamiento y enfrentamiento que conllevaron a que buena parte de los venezolanos

experimentaran desacuerdos ideológicos, división social y disociación emocional, lo que promovió el desarraigo y la desidentificación con el territorio y el proyecto nacional. Este proceso estuvo acompañado por una restructuración del Estado y una nueva configuración de la economía venezolana, lo cual desestabilizó el funcionamiento del aparato productivo y los índices macroeconómicos, como el producto interno bruto, la inflación, las reservas internacionales, etc. De igual manera, los índices microeconómicos se vieron afectados, sobre todo los proyectos de inversión y la perspectiva de cara al futuro. Y, aun cuando el proyecto bolivariano logró visibilizar algunas problemáticas y sectores anteriormente ignorados, las políticas públicas han sido insuficientes para satisfacer de manera eficiente las necesidades de la población.

En palabras de los estudiosos del tema, la acentuada polarización y la insuficiente voluntad política para negociar y encaminar al país hacia un clima de paz y buena convivencia conllevó a la contracción de la actividad económica (Sánchez, 2011; Freitez, 2023), la incertidumbre (Sánchez y Massey, 2014), el temor por las limitaciones en el ejercicio de los derechos ciudadanos, la libertad política, el menoscabo de intereses económicos, el desempleo, la hiperinflación sin precedentes, la devaluación monetaria y el control de cambio de divisas (Guardia, 2007), la caída del producto interno bruto (PIB), los altos índices de escasez de medicamentos, la escasez de alimentos y el alto costo de la canasta alimentaria familiar, el aumento de la pobreza y la vertiginosa pauperización de las condiciones de vida, la pérdida de beneficios laborales, la pulverización de los salarios de la clase trabajadora y las severas restricciones a la oferta laboral en el país (CEPAL, 2018), la desaparición de la capacidad de consumo de la población, el incremento en el número de personas subalimentadas, las dificultades para acceder al dinero en efectivo, el progresivo colapso de los servicios públicos como salud, electricidad, agua potable, gas, transporte público, telecomunicaciones, la merma de derechos civiles y políticos ha profundizado y agudizado las desigualdades, así como formas de discriminación y violencia que ya existían en la sociedad venezolana (Pineda y Ávila, 2019) configuraron un escenario regido por factores de expulsión (Freitez *et al.*, 2020) por lo que ciertos sectores de la población decidieron abandonar el país en busca de destinos en América Latina, pero también en otros países del mundo (Pineda y Ávila, 2019). Toda esta situación descrita anteriormente reúne las principales causas de salida; sin embargo, ello no debe hacernos perder de vista los elementos simbólicos (Gandini *et al.*, 2019).

Los flujos de migrantes venezolanos que dejaron el país antes del 2016 estaban caracterizados por su alto nivel educativo, la mayoría había completado sus estudios universitarios. Este primer flujo temía por su seguridad personal y la de sus familiares. Pero, luego de esas fechas, con la intensificación de la crisis, al éxodo se fueron incorporando personas con menor capital educativo (ENCOVI, 2023). Si antes era una fuga de cerebros, después del período 2016-2018, pasó a ser una fuga de estómagos pues la inseguridad alimentaria se erigió como una de las principales motivaciones para la movilización. Entonces, las primeras oleadas migratorias abandonaron el país para proteger sus capitales, su nivel de vida y resguardar sus necesidades de afiliación, reconocimiento y autorrealización. Pero, a medida que se agudiza la crisis comienzan a migrar los estratos más bajos y la migración pasa a ser una búsqueda de satisfacción de las necesidades más básicas y primarias, como lo son las fisiológicas y las de seguridad.

Ciertamente, la búsqueda de seguridad no es un fenómeno que atañe exclusivamente a la población de Venezuela, la crisis y la incertidumbre a nivel político, económico y social, son rasgos actuales y persistentes de la América Latina, los cuales gradualmente se han instalado en sus sociedades. Los distintos períodos de vida republicana no han sido suficientes para que los países latinoamericanos construyan una autonomía sostenible que les asegure cierta estabilidad para la consecución de un futuro prometedor. Las transiciones hacia la democracia han sido intermitentes e insuficientes, por lo que los procesos han estado acompañados de un malestar ciudadano derivado de los insatisfactorios resultados producidos. La realidad es que las desigualdades de los distintos países de la región imponen a sus poblaciones una vida cargada de precariedades a todo nivel. De ahí que, la migración nacional y —sobre todo— la internacional se vislumbre como una posible salida de las difíciles condiciones que viven la mayoría de grupos sociales (Bokser, 2017).

Sobre lo anterior, la socióloga ecuatoriana Gioconda Herrera comenta:

(...) hay que señalar que en las causas de los desplazamientos convergen cada vez más factores económicos con motivos relacionados con la violencia social, con la búsqueda de seguridad humana, con el colapso de servicios públicos y, en general, con un sentido de desprotección y desesperanza frente al futuro inmediato. Haití, Venezuela y Honduras comparten profundas crisis multidimensionales de reproducción de la vida, en las cuales están implicados factores económicos, sociales, ecológicos y políticos que conducen a pensar que estamos frente a procesos estructurales más cercanos a la migración forzada (Herrera, 2021, p. 107).

También, se debe considerar que una vez iniciados los procesos migratorios se desata una dinámica en la que las redes afectivas compuestas por familiares y/o amistades cercanas contribuyen con que la emigración continúe, en caso de que las condiciones de expulsión se

mantengan o agudicen. Además, las cadenas migratorias y las redes de apoyo se constituyen en un elemento facilitador e, inclusive, incentivador de la migración (Massey & España, 1987). Sobre todo en sociedades donde los vínculos relacionales son parte fundamental del modo de vida, como lo es la venezolana. De hecho, la migración con fines de reagrupación familiar es uno de las razones por las que la migración se ha mantenido e incrementado, aun cuando las condiciones del país parecen estar mejorando.

A partir del 2018, en el continente ha surgido una nueva manera de migrar por los distintos corredores de la región: las caravanas. La migración en caravanas se caracteriza por ser grupos espontáneos de personas que se desplazan a pie y se van constituyendo como colectivo. Esto resulta una manera más económica y segura de migrar, debido a que no se pagan coyotes o intermediarios y la visibilidad de migrar en grupos grandes aporta protección frente a la delincuencia y amenazas frente al crimen organizado como los maras o el narcotráfico. Asimismo, las caravanas tienen la ventaja de contar con una herramienta digital de las redes sociales mediante las cuales pueden organizarse y comunicarse para la generación de diversas estrategias en las distintas rutas y, además, tienen la atención que les otorga los medios de comunicación que registran con interés su tránsito (Gandini, 2020).

Otra novedad es la consolidación del paso a través de la selva del Darién, utilizado por las personas que aspiran llegar en condiciones irregulares hacia Norteamérica, específicamente a los Estados Unidos. El Darién es un territorio inhóspito que conecta a Colombia con Panamá y que se ha transformado en una ruta migratoria atravesada diariamente por miles de personas. Se caracteriza por la peligrosidad del camino debida a sus propias características orográficas y naturales, así como a las situaciones de violencia ya que es un territorio controlado por grupos delictivos que se aprovechan de la vulnerabilidad de los que lo transeúntes (Gandini, 2024).

Conjuntamente, la migración se ha diversificado y adquirido un rostro femenino debido a que las mujeres dejaron de ser vistas como acompañantes y asumieron un rol independiente, por lo que también aumentó la migración infantil. Desafortunadamente, ésta última se ha identificado de manera solitaria, sin adultos que los acompañen. Cada vez más, mujeres, personas de distintas edades y distintos niveles de cualificación se han ido sumando en esta empresa (Lozano-Ascencio y Gandini, 2010). Además, éstas movilidades no son permanente, sino que van transitando por varios destinos y temporalidades dependiendo de las condiciones que los lugares les ofrezcan.

Por su parte, la pandemia del COVID-19 tuvo un efecto pernicioso sobre las (in)movilidades ya que exacerbó las desigualdades y la xenofobia ya existentes en las sociedades latinoamericanas, alimentada muchas veces por las propias políticas de los Estados que respondieron con políticas nacionalistas, mismas que tendieron a excluir a la población migrante. Fenómenos como el racismo institucional en los sistemas de salud, así como procesos de estigmatización de la población migrante como una amenaza al empleo de los autóctonos y como portadores del coronavirus no se hicieron esperar (Herrera, 2021). Asimismo, las tensiones en fronteras causaron incidentes lamentables por las quemas de campamentos y pertenencias de los migrantes, eventos que no sólo causaron pérdidas materiales, sino humanas. Entre los casos emblemáticos están los de Ciudad Juárez, en México e Iquique, en Chile.

Durante esa época, se registró el retorno de migrantes de distintas nacionalidades a sus ciudades y pueblos de origen. Los motivos generalmente se vincularon a la pérdida de trabajos, medios de subsistencia y/o vivienda, pero también se debió a la búsqueda de protección frente al contagio en sus antiguos hogares. Con la interrupción de la circulación de medios de transporte, este regreso se hizo muchas veces a pie y se vio obligado a enfrentar a la militarización de las fronteras, a la peligrosidad de los pasos irregulares y a la inclemencia climática. En el caso de Venezuela, el gobierno habilitó vuelos de retorno voluntario para aquellos migrantes varados en varios países, como Argentina. Pero, al levantarse las restricciones de la pandemia, se activaron los flujos migratorios desde varios territorios latinoamericanos, pero esta vez claramente dirigidos hacia los Estados Unidos y acompañados por migrantes provenientes de otras partes del Sur Global.

En este contexto, la migración venezolana se ha desarrollado dentro de una dinámica regional en donde prevalecen discursivamente acuerdos de convivencia, apertura y solidaridad, aunque éstos no siempre se lleven a la práctica, por lo que no escapa de procesos de hostilidad, exclusión, criminalización y securitización de las fronteras.

Capítulo II. Narrativas de inseguridad

“La necesidad de afrontar la inseguridad de la vida cotidiana puede surgir de muchas maneras. Por ejemplo, cuando se sufren graves privaciones debido al persistente abandono de los derechos sociales y económicos de forma crónica, que hablan del fracaso de la gobernanza involucrada en hacer provisiones para estas necesidades vitales”
Amartya Sen

Este capítulo, tiene como objetivo analizar las narrativas de los actores de la migración venezolana del siglo XXI. Esto, mediante un análisis de contenido convencional y, luego, un análisis de contenido dirigido. El análisis de contenido convencional es aquel que sigue un esquema de codificación inicial que se desarrolla a partir de los datos obtenidos. Y, el análisis de contenido dirigido es aquel esquema de codificación a partir de supuestos preexistentes. Para este último, se utilizaron las tipologías preliminares de la *Seguridad Humana* como códigos para discernir los contenidos significativos, a lo que se le sumó la propuesta de la inseguridad espacio-territorial. Para una mayor fiabilidad se hizo uso del *software* de análisis cualitativo *Atlas.ti 24*, con miras a triangular y contrastar los resultados manuales con los arrojados por el programa. Los apartados de este capítulo conforman los pasos que se siguieron para la generación del conocimiento.

Categorías emergentes

En una primera lectura de las experiencias narradas, se evidenciaron claramente algunas categorías que se agruparon por temáticas, con el fin de ordenar las ideas en torno a las posibles causas de la emigración venezolana. Este esquema de codificación inicial se desarrolló a partir de datos obtenidos manualmente; es decir, no se utilizó ningún recurso tecnológico para ello. A partir de un análisis de contenido convencional, se reconocieron las propias definiciones que los sujetos otorgan a su realidad y el significado que ellos mismos les imprimen a sus experiencias (Shettini y Cortazzo, 2015).

A continuación, se presentan una tabla con las categorías emergentes a las cuales se intentó agruparlas por afinidad.

Tabla 4

Categorías obtenidas manualmente

Categorías manuales
Economía, inflación, pobreza, devaluación, crisis, salarios, miseria, trabajo
Servicios públicos, luz, agua, gas, internet, salud, necesidades básicas, transporte
Sueños, proyecto de vida, futuro, oportunidades, estancamiento, desesperanza, hijos
Educación, profesión, deserción escolar, valores, normas
Política, instituciones, leyes, justicia, represión, violencia, DDHH, corrupción, ideología
Agobio, cansancio, emociones, miedo, bienestar, frustración, decepción, depresión
Inseguridad personal, inestabilidad, incertidumbre, inseguridad, crimen, robos
Juventud, modo de vida, moda, aventura, novedad, libertad, esperanza, rabia
Sentido de pertenencia, ciudadanía, convivencia, familia, tradiciones, arraigo
Deterioro social, aislamiento, enemistad, expropiaciones, despojo, persecución
Desnutrición, hambre, escasez, alimentación, enfermedades, exclusión
Minería, explotación, ambiente, petróleo, narcotráfico, delincuencia, estrés

Fuente: Elaboración propia

Conjuntamente, se recurrió a la herramienta de análisis cualitativo *Atlas.ti 24*, de manera que se corroboraron algunas de esas categorías. Este *software* tiene la opción de asistir en la codificación. Ergo, las categorías que siguen son un producto automatizado.

Tabla 5

Categorías arrojadas por Atlas.ti 24

Categorías automatizadas
Insatisfacción, injusticia, Chávez, apego al lugar, expulsión
Incertidumbre, inseguridad, inestabilidad, futuro incierto, riesgo, peligro, amenaza, caos
Preocupación económica, dificultades económicas, inseguridad económica,
Inflación, políticas económicas, pobreza, necesidades básicas insatisfechas, miseria,
Devaluación monetaria, crisis económica, adversidad económica, inseguridad financiera
Angustia, sensación de desamparo, miedo, desesperanza, frustración, precariedad
Malestar político, corrupción, falta de división de poderes, represión, política, guerra,
Violación de derechos, persecución, pérdida de libertades, autoritarismo, descontento
Abuso de poder, desinstitucionalización, polarización, desilusión, inconformidad,
Carencia, falta de salud pública, vulnerabilidad, muerte, totalitarismo, desconcierto,
Inseguridad alimentaria, escasez de alimentos, desabastecimiento, desnutrición
Deterioro social, destrucción moral, inseguridad social, división social, conflictos de clase
Búsqueda de bienestar, vínculo social, sentimiento de pertenencia, desarraigo,
Inestabilidad laboral, inseguridad personal, salud preventiva, fuga, sacrificio, rabia,
Huida, sobrevivencia, calidad de vida, decadencia, pérdida de identidad, arbitrariedad,

Fuente: Elaboración propia

Al observar los resultados obtenidos por ambos medios, tanto manual como automatizadamente, se observó que coincidían en temáticas notablemente parecidas a partir de las cuales se procedió a agruparlas.

Tabla 6

Categorías asociadas por temáticas

Temática	Categorías asociadas
Económica	Miseria, pobreza persistente, inflación, desempleo, inestabilidad laboral, falta de oportunidades laborales y derechos económicos, crisis, poder adquisitivo, calidad de vida, medios de sustento, sueldo insuficiente, preocupación económica, dificultades económicas, inseguridad económica, estrés financiero, políticas económicas, pobreza, necesidades básicas insatisfechas, precariedad, devaluación monetaria, crisis económica, adversidad económica, inseguridad financiera, carencia, trabajo, profesión.
Política	Política, inseguridad jurídica, leyes instituciones, justicia, represión, violencia, DDHH, corrupción, ideología, malestar político, falta de división de poderes, guerra, injusticia, violación de derechos, persecución, pérdida de libertades, autoritarismo, descontento político, abuso de poder, desinstitucionalización, polarización, desilusión, inconformidad, insatisfacción, expropiaciones, exclusión, persecución, despojo, narcotráfico, ideología, Chávez.
Social	Sentido de pertenencia, ciudadanía, convivencia, familia, tradiciones, arraigo, deterioro social, aislamiento, enemistad, deterioro social, destrucción moral, inseguridad social, división social, conflictos de clase, vínculo social, desarraigo, apego al lugar, valores, normas, modo de vida, hijos, educación, deserción escolar.
Personal	Inseguridad personal, inestabilidad, seguridad, delincuencia, crimen, robos, delincuencia, secuestro.

Alimentaria	Hambre, hambrunas, escasez, subida repentina del precio de los alimentos, inseguridad alimentaria, desabastecimiento, desnutrición.
Salud	Enfermedades, falta de salud pública, mala atención médica, vulnerabilidad, muerte, salud preventiva.
Ambiental	Minería, explotación de minas, ambiente, petróleo, desastre ambiental, tráfico de materiales energéticos, tráfico de oro.
Vivienda	Servicios públicos, luz, agua, gas, internet, transporte, gasolina, apagón.
Emocional	Apego al lugar, incertidumbre, inestabilidad, inseguridad, estrés, angustia, desamparo, miedo, cansancio, agotamiento, desesperanza, libertad, aislamiento, frustración, agobio, estancamiento, sacrificio, búsqueda de bienestar, desilusión, odio, inconformidad, aislamiento, depresión, rabia, despojo, riesgo, peligro, vulnerabilidad, sentido de pertenencia.
Otras	Huida, fuga, sobrevivencia, juventud, moda, aventura, novedad, libertad, sueños, proyecto de vida, futuro.

Fuente: Elaboración propia

Después de un tratamiento de la información anteriormente representado, se reveló una noción que integra muy bien las categorías y temáticas que se evidenciaron en el microanálisis. Esta es la de *Seguridad Humana*⁸.

Para dar con esta categoría se consideró la manera enfática en la que dos personas de la muestra se refirieron a la seguridad (y a su carencia); no ya a la seguridad personal, sino la seguridad en un sentido más holístico. Ambas personas tienen la particularidad de trabajar directamente con migrantes venezolanos en Colombia y Perú, los cuales son los dos principales destinos de la migración venezolana del siglo XXI. Por ello, se asumió que la percepción y opinión que ellos se han formado, a través de años de labor continua con los sujetos de estudio, tenía una validez considerable al ser objetiva, empírica y analítica. Sus aportes dieron la clave para leer las demás colaboraciones. En el apartado correspondiente se podrán leer sus palabras textuales.

⁸ Esto sin ánimos de hacer de esta investigación un trabajo de corte normativo, es decir; de ninguna manera se apunta a indicar un deber ser. Dicha categoría se consideró adecuada porque permitió que la base empírica mostrara los supuestos.

Luego, en algún punto de la indagación se tropezó con la noción de *Seguridad Humana* en el trabajo de Des Gasper y Giulia Sinatti (2016) titulado: *Una investigación sobre migración en el marco de la Seguridad Humana* en donde los investigadores afirman que “la migración es una búsqueda de seguridad y a la vez un acto que expone a una persona a nuevos tipos de inseguridad, en especial a los migrantes internacionales” (Gasper y Sinatti, 2016, p. 19). Sus reflexiones —así como la de numerosos estudios migratorios— están enfocadas en las necesidades y los derechos básicos de los migrantes, su desplazamiento, ingreso, legalización e integración en sus respectivos países de acogida, así como en las políticas migratorias y gobernanza, régimen de protección social e incluso la inseguridad percibida por las poblaciones de los países receptores con respecto a los inmigrantes. Esto, sin embargo, difería con uno de los interés de este estudio que, como se ha mencionado anteriormente, es conocer las condiciones que hacen de los países de origen constituirse como contextos de expulsión.

Por otro lado, la mención insistente de la palabra incertidumbre en muchas de las narrativas, dirigió la mirada hacia la inseguridad como motivo, lo que fue respaldado por la percepción de Freitez (2011b) cuando menciona que “el clima de convivencia en el país se ha visto alterado por la conflictividad política y los problemas relacionados con la falta de seguridad en su sentido más amplio” (p. 14).

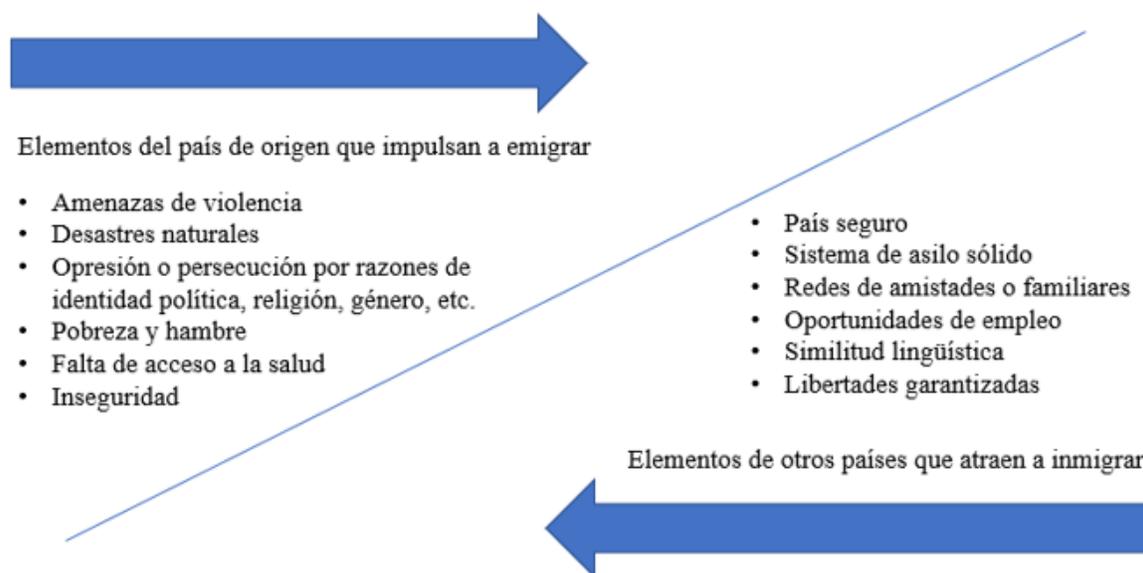
Otro aliciente fue el *Informe sobre la Movilidad Humana Venezolana de 2018*, donde se expone que entre las causas que alegan los migrantes están: “el derecho a la vida, libertad, seguridad, alimentación, salud, a vivir una vida digna y tener sosiego” (Bermúdez *et al.*, 2018, p.16). Asimismo, este estudio indica que “un 83% ha emigrado buscando ambientes más seguros” (Aliaga, 2021, p. 69).

Además, la propia experiencia de quien escribe aportó un peso determinante sobre la decisión de ver los datos a través del lente de la inseguridad, ya que personalmente había vivido una situación de incertidumbre crónica a lo largo de varios años, dentro de Venezuela. Esto particularmente, hacía que la crisis fuera insostenible. El no saber a ciencia cierta qué iba a pasar, qué iba a comer, si las escuelas trabajarían, si habría transporte público, si cerrarían las calles, si habría protestas, si los precios de los productos serían los mismos a lo largo del día, si habría luz o agua, si faltaría el gas, si las detonaciones nocturnas permitirían dormir. La inseguridad se había transformado en una constante; en un estilo de vida.

Y finalmente, la participación en un curso virtual de la Organización Panamericana de la Salud (OPS), titulado *Seguridad Humana, Salud y Migración en las Américas*, fortaleció las conjeturas al presentar, como parte de su contenido, una gráfica basada en el clásico modelo de los factores de atracción y repulsión (*pull and push factors*) —explicado en el apartado del Estado de la cuestión—, en las que se nombraban varias de las tipologías de la (in)Seguridad Humana como factores de expulsión.

Figura 5

Factores de expulsión y atracción



Nota: elaboración propia sobre la base de datos extraídos del Curso de Seguridad Humana, salud y migración en las Américas de la Organización Panamericana de la Salud (OPS). En: <https://campus.paho.org/es/curso/seguridad-salud-migracion>

Cabe resaltar que los migrantes a menudo están motivados por una mezcla de factores de expulsión y atracción. Aunque, según Arango (1985), “la posición más sensata es la que sostiene que los factores de expulsión determinan la génesis de las migraciones y los factores de atracción su distribución entre los distintos destinos potenciales” (p.16)

Es así que el enfoque de la Seguridad Humana coincidía en varios aspectos con los hallazgos de la investigación, por lo que la (in)seguridad podía erigirse como un eje o común denominador. Por ejemplo, la inestabilidad laboral ocasiona la inseguridad de percibir un salario

de manera regular; la polarización ocasiona inseguridad a la hora de querer posicionarse políticamente; el desabastecimiento puede conllevar a la inseguridad alimentaria; la explotación de minas de níquel y el Arco minero puede ocasionar desastres naturales y ecocidio por lo que las personas sentirían riesgo e inseguridad de vivir en las cercanías⁹, la desesperanza está vinculada a la incertidumbre con relación a un mejor futuro, entre otras situaciones.

No obstante, a pesar de que la bibliografía sobre la Seguridad Humana hable de factores subjetivos, sus principales dimensiones (económica, política, comunitaria, alimentaria, ambiental, de salud y de vivienda) no mencionan la inseguridad emocional. Posiblemente esto se deba a que no es de tan fácil medición. O quizás, pudiera estar considerada dentro la inseguridad comunitaria dado que ésta abarca las tensiones sociales que dan cuenta de conflictos y falta de cohesión, lo cual implica la emotividad y sus fluctuaciones. Pero, no se menciona el abanico de emociones y afectos de manera explícita.

Por el contrario, los sentimientos y la afectividad si se manifestaron con claridad en los datos, tanto manual como automatizados. Se evidenciaron variables subjetivas como: el sentido de pertenencia y el vínculo emocional con el lugar, el descontento político, el estrés y el deseo de superación, muchos de los cuales fueron clasificados, en un primer momento, bajo la categoría de inseguridad social/comunitaria. Asimismo, se registraron otras emociones y valores. Por ejemplo: la rabia, el odio, la enemistad, la decepción, la voluntad, el respeto, la frustración, la nostalgia y otras. Esto es relevante porque estas emociones de tendencia negativa pueden producir desafección, desarraigo y hasta desprecio por el territorio, lo que el geógrafo Yi-Fu Tuan llamó *topofobia*, que es la relación de rechazo y desapego hacia los lugares, una sensación negativa que pasa por la inseguridad y puede llegar hasta el temor (Tuan, 2007).

A partir de lo anterior surgió la inquietud de profundizar en estos elementos subjetivos. Y, aun cuando esta investigación se ha declarado abiertamente cualitativa, se quiso incluir unos datos numéricos que la herramienta de *Atlas.ti 24* proporciona. De manera que se presentan ordenados en la tabla siguiente:

⁹ La explotación de las minas de níquel y de oro ya han provocado desastres en algunas localidades del país, los cuales han evidenciado, por demás, la falta de planes para hacerle frente a emergencias de este tipo. Asimismo, el Arco minero del Orinoco ha desplazado a algunas etnias habitantes del territorio venezolano hacia territorio brasileño y colombiano. Al respecto, existen diversas publicaciones, artículos, noticias, libros y e-books al respecto, tales como: *Warao Janoko Emo: una década da diáspora dos indígenas refugiados venezolanos para o Brasil*, producido por Carlos Alberto Marinho Cirino, Carmen Lúcia Silva Lima y Jenny González Muñoz, en el 2024.

Tabla 7

Datos numéricos arrojados por Atlas.ti

Variable	Frecuencia
Sentido de pertenencia a la comunidad y al lugar	201
Emociones	160
Dificultades económicas	152
Contexto político	140
Crisis social	132
Inseguridad personal	68

Fuente: realización propia

Lo antedicho indica que el contexto sociopolítico, las dificultades económicas, los cambios sociales y la inseguridad personal —en menor grado— son factores determinantes. Igualmente, el sentido de pertenencia a la comunidad y el vínculo emocional con el territorio son valorados de una manera significativa. Por lo tanto, a la hora de contrastar la sumatoria de elementos subjetivos y la totalidad de los elementos objetivos ambos parecen tener la misma importancia.

El sentido de pertenencia y apego al lugar reflejan el deseo y necesidad de ser parte de una determinada sociedad. Además aluden a la vinculación afectiva con el territorio. Estos elementos dependerán del grado de identificación, las posibilidades de participación y apropiación, el reforzamiento de sentimientos y emociones aglutinantes que le den continuidad y sentido a la construcción y reproducción de este vínculo. Otros elementos esenciales para desarrollar un sentido de pertenencia son: la experiencia de sentirse valorado, necesitado y aceptado por otras personas, así como la percepción por parte de los individuos de que sus características son similares o complementan las de los otros miembros de la comunidad. De ahí que la carencia del componente identitario empuje a las personas a buscar su satisfacción otros contextos.

Según lo que desarrolló Abraham Maslow (1943) en su *Teoría de la Motivación Humana*, las necesidades de pertenencia surgen una vez que se han satisfecho las necesidades de seguridad y protección. Por ello, cuando estas necesidades no son atendidas, las relaciones sociales tienden a fragmentarse, los lazos afectivos se desintegran y los sentimientos de afiliación dejan de ser prioritarios. Esto puede llevar a las personas a un estado de desmotivación, desesperanza y tristeza. Es por ello que el Maslow describió la pertenencia como una de las necesidades humanas básicas.

El sentido de pertenencia no sólo se limita a la necesidad de ser aceptado por otros, sino que también está intrínsecamente relacionado con la identidad y el bienestar emocional. La conexión e identificación con otros proporciona un marco de apoyo que es vital para el desarrollo

psicosocial. Cuando las personas sienten que pertenecen a una comunidad o grupo, experimentan necesidades de un nivel superior, como son: la de reconocimiento y autorrealización. En caso contrario, al no estar compensadas las necesidades de pertenencia el individuo “retrocede” al estadio anterior: el de las necesidades de seguridad. Y, en caso de que estas tampoco sean satisfechas, el sujeto estará sometido a los imperativos de las necesidades fisiológicas.

Es por ello que al no tener la certeza de poder cubrir sus necesidades fisiológicas, ni sentirse seguros dentro su territorio, las personas se sienten vulnerables o amenazadas por las contingencias o carencias, lo cual afecta su apego al lugar y sentido de pertenencia, por lo que la reterritorialización surge como medida de supervivencia y es ejercida mediante la migración o el insilio.

Experiencias fragmentadas

“Contamos historias porque finalmente las vidas humanas necesitan y merecen ser contadas”.
Paul Ricoeur

En aras de ser coherente con la metodología de la investigación narrativa, se consideró importante colocar el aporte empírico y subjetivo de este estudio, como base para la comprensión del fenómeno en cuestión. Por ello, se ha reservado un espacio significativo para compartir las voces de las experiencias vividas, lo que permite consolidar el sustento de las afirmaciones y categorías propuestas. Además, “toda historia es lectura de segundo o tercer orden, a menos que sea narrada por su propios actores” (Rojas, 2018, p. 439).

Así, se presentan fragmentos de las experiencias de aquellas personas venezolanas que han vivido o sido afectadas por la migración venezolana durante el siglo XXI. Cada uno de ellos, ya en sí mismos son significantes porque aportan algo sustancial para la comprensión del fenómeno y es mediante ese diálogo —*dia* en diálogo no significa *dos*, sino *a través*—, que se comunica el dato etnográfico. Lo que se traduce en que sus expresiones pueden hablar por sí mismas (Tedlock, 1987).

Estos fragmentos son producto del análisis de contenido dirigido. Posiblemente, se hubieran podido desglosar por temáticas, pero en la mayor parte de ellos se entremezclan varias tipos de inseguridades, por lo que se presentan según lo dicho por cada persona.

Otra razón de peso para incluir directamente las narrativas es el cuestionamiento ético sobre la autoría y la interpretación persuasiva, lo cual se busca resolver mediante la presentación de la

materia prima como estrategia discursiva. De lo que se trata es de intervenir lo menos posible en la autorreflexión que hacen las personas que colaboraron con la investigación. De igual manera, que quien lee puede validar o refutar la interpretación que hace la investigadora sobre las experiencias compartidas. Por lo tanto, se procede a incluirlas.

Andrés, un joven de 22 años, recién graduado de abogado, en vísperas de emigrar, reflexiona sobre la difícil situación económica en su país, la cual ha llevado a muchos jóvenes a abandonar sus estudios y buscar un futuro mejor en el extranjero. A pesar de su deseo de quedarse y contribuir con su país, ha considerado emigrar para poder progresar y crecer como persona. Aunque le preocupa dejar atrás a su familia y enfrentar los desafíos de partir, ve la migración como una decisión necesaria para su bienestar y futuro. Él menciona que vivir en Venezuela:

Es vivir en un país donde no hay seguridad jurídica, si trabajas y ahorras, ese ahorro te va alcanzar para poco menos de dos o tres meses porque te lo consumes rápido o simplemente la inflación te lo consume y te quedas en nada. Hay cero seguridad, cero derechos humanos. Lo más básico, derechos básicos: como el agua, la electricidad. Mi bienestar está en juego.

En su relato se percibe cómo la inseguridad jurídica —que se podría traducir como inseguridad política— la cual expresamente nombra, aunada a la inseguridad económica (inflación) y la inseguridad de vivienda (al no contar regularmente con los servicios básicos) generan un clima de inseguridad generalizada y de incertidumbre. Asimismo, manifiesta la imposibilidad de vivir de su profesión:

Cualquier persona de mi edad, en una Venezuela diferente, estuviese saltando en un pie de alegría por estar recién graduado y por poder ejercer lo que estudió con amor y vocación, pero la realidad del venezolano es que no puede vivir acá de amor, ni mucho menos de vocación.

La seguridad económica requiere un ingreso básico como resultado de un trabajo productivo o, como último recurso, de algún sistema de seguridad social que asista en caso de ser requerido. Muchos habitantes se sienten inseguros porque resulta cada vez más difícil obtener y conservar un empleo y las probabilidades de que los jóvenes estén desempleados son mayores.

De esta manera, su experiencia refleja la inseguridad económica representada por la dificultad para ejercer su carrera y conseguir oportunidades de trabajo bien remunerados y estables. Esta situación se convierte en una de las principales motivaciones que impulsan a los venezolanos a migrar, ya que no confían en la posibilidad de ascender socialmente.

Por otra parte, Lily, mujer de 43 años, licenciada en Literatura Hispanoamericana, quien vive en Buenos Aires desde el 2019, relata su experiencia migratoria debido a la crisis económica en su país. Salir de Venezuela implicó enfrentar trámites burocráticos y dificultades para poder

irse con sus documentos en regla y así acceder a mejores oportunidades laborales. Ella condensa la situación de inseguridad que sentía en esta expresión: “*Aquel lugar al que pertenecía no estaba, no me cobijaba*”.

Así, sugiere que la afectación al sentido de pertenencia es producto de la inseguridad comunitaria y también la vincula con la inseguridad espacio-territorial.

Por lo general, el individuo obtiene seguridad mediante su participación en un grupo, una familia, una comunidad o una organización que le brinde una identidad cultural y un conjunto de valores. Contrariamente, las tensiones sociales limitan el acceso a espacios de encuentro, lo que exacerba la rivalidad y el conflicto.

Según la experiencia de Carlos, hombre de 45 años, politólogo, residente de Chile desde el 2008, quien migró por razones académicas en una época anterior a la crisis actual, pero que trabajó durante 10 años con migrantes venezolanos, notó un aumento exponencial de migrantes venezolanos desde 2017, principalmente por razones económicas y políticas. Comenta que muchos llegaban sin documentos, por lo que enfrentaban dificultades legales. Él observa que:

Todos estos años fueron de mucha migración venezolana, por razones más que nada económicas, el sueldo no le alcanzaba para nada y muchos decidieron migrar porque el dinero se les hacía nada allá (...) Personas que migraron porque no tenían con qué comer. Dicen que la plata no les alcanzaba, que no podían vivir bien en Venezuela, así que preferían migrar.

En su relato se distingue la inseguridad económica y alimentaria de las personas que, al no contar con un salario estable, se sienten inseguras de cubrir sus necesidades básicas. Más adelante, menciona la incertidumbre que percibe la gente a nivel político, así como la inseguridad con respecto a la propiedad privada y los bienes, en general:

También muchas personas comentan que los políticos, la corrupción, la inexistencia de la división de los poderes públicos... Entonces, muchas personas cansadas decidieron migrar (...) las políticas económicas que se fueron implementando... el hecho de expropiar tantas empresas hizo que el país se viniera abajo, porque las tomó el gobierno pero no las puso a valer como corresponde.

En ese contexto, la política ejerce un peso importante en la decisión de migrar. Asimismo, debido a que su familia pertenece a una comunidad campesina de Los Andes venezolanos conoce desde adentro el abandono del campo y la realidad de los agricultores quienes:

Han dejado las tierras tiradas (...) No tienen cómo sacar las cosechas de la montaña porque a veces muchas están faldas arriba, en la montaña lejana, no hay gasolina y no pueden sacarla y no saben qué hacer con eso. Muchas cosechas se están perdiendo. La gente no está sembrando las tierras.

A estas personas la migración se les presenta una oportunidad de sentirse seguros en otros países ya que, como comenta Carlos: *“hacen cualquier otra cosa, son jardineros, hacen aseo, trabajan en centros comerciales, pero están tranquilos”*.

En el fragmento anterior, se expresa claramente que las personas migran en búsqueda de “las certezas económicas mínimas que aseguren el sustento cotidiano y básico para ellos y para sus familias” (Varela, 2013, p. 45). De igual forma, el hecho de sentir que la tierra ya no es un recurso que les provea hace referencia a la inseguridad espacio-territorial, en su polo material.

Por otro lado, María Carolina, mujer de 47 años, administradora de empresas, residente de España desde el 2019, involucrada desde joven en la vida política del país, decidió buscar un futuro mejor para su familia debido a la crisis económica, la escasez de productos, la inseguridad y la falta de oportunidades. Describe el dolor de dejar su tierra pero también la esperanza de un nuevo comienzo en Madrid. Ella relata la inseguridad que sentía sobre un futuro provechoso, por lo que:

Extendíamos la escapada, siempre con la esperanza del cambio, pero no sucedió” (...) “entendí que Venezuela, muy a mi pesar, no era el sitio donde yo quería estar con mi familia y ver crecer a mi hijo. No quería que mi hijo le tocara vivir una Venezuela en decadencia, en un proceso de implosión, en un proceso de autodestrucción.

Ella identifica varios tipos de inseguridad, incluyendo la política, la educativa, la personal y la sanitaria. De igual modo, sus índices de percepción negativa empiezan a generar imaginarios de desconfianza e inseguridad (Mape y Avendaño, 2016):

(...) la difícil situación política, no contar con un sistema educativo de calidad en donde las minorías puedan obtener los mismos derechos de superación y preparación (...) Poder contar con un sistema de sanidad pública (...) el derecho a la salud y a la vida. La inseguridad también ha sido un factor preocupante, entre los años 2010 y 2020, se vio reflejada en un incremento desmesurado en secuestros, altas tasas de criminalidad y delincuencia generalizada en todo el país. El derecho a la libertad plena para poder andar tranquilo en cualquier lugar sin tener miedo a ser atacado, robado, violado por algún delincuente.

Asimismo, Capo, hombre de 50 años, ingeniero, quien emigró a Argentina en el 2018 en busca de mejores oportunidades, describe la experiencia de ser inmigrante y adaptarse a un nuevo país, luchar por sobrevivir y dejar atrás la situación difícil de Venezuela caracterizada por la corrupción y la crisis económica. A pesar de tener éxito en el extranjero, siente un profundo pesar por no poder ayudar a su país natal y se lamenta por las dificultades que enfrentan los venezolanos. En su contribución señala la inseguridad en sus distintos niveles (política, económica, alimentaria, personal, comunitaria) y las precarias condiciones de vida que el país ofrecía para él:

Una sociedad corrupta, violenta, en donde la calidad de vida jamás fue considerada por los políticos. Un país con ciudades horribles, llenas de miseria, con infraestructuras decadentes (...)

trabajar por un miserable salario que no te permitía ni comprar un kilo de pan. El poco estilo de vida que esa sociedad te permitía llevar, ya no era posible. Miseria y delincuencia por todos lados (...) sin esperanza de una vida normal. Relaciones personales destruidas por falta de dinero (...) un futuro poco prometedor.

Su narración transmite una marcada *topofobia*, una sensación negativa descrita como un agudo rechazo y desapego por el lugar que se habita (Tuan, 2007) con la que deja entrever la inseguridad espacio-territorial.

La topofobia implica también una pérdida de conexión emocional con la comunidad y su cultura. Este desapego puede llevar a un ciclo de desmotivación y desesperanza, afectando no solo su bienestar personal, sino también su capacidad para participar activamente en la vida comunitaria. A medida que las personas se sienten menos vinculadas a su entorno, se hace más difícil encontrar un sentido de pertenencia y seguridad, lo que agrava aún más su deseo de migrar en busca de un lugar donde puedan reconstruir sus vidas y recuperar esa conexión perdida.

Asimismo, Mandarin, una mujer de 43 años, cocinera y comerciante (como dicen en Venezuela “echá pa’lante”), quien fue migrante pendular entre Venezuela y Colombia desde el 2016 hasta que se radicó en esta última en el 2020, describe cómo la devaluación del bolívar (moneda nacional) afectó su negocio. Expresa su falta de esperanza en un buen gobierno que no sea corrupto. Ella habla desde la experiencia de los barrios en los que percibe la inseguridad económica, la alimentaria, así como la incertidumbre de cara al futuro:

¿Por qué razón la gente salió de Venezuela? obviamente por la necesidad, por la escasez tan fuerte. Hubo una hambruna (...) Cuando empezó la escasez de los alimentos, la gente comenzó a viajar (...) La mayoría de la juventud se fue buscando un mejor futuro. ¡Se fue medio barrio!

Pero, en esa época el problema no era sólo la escasez, sino la falta de poder adquisitivo. De manera que, la disponibilidad de alimentos es una condición necesaria para la seguridad, pero no suficiente. Había ocasiones en las que si se encontraban productos básicos pero el dinero no alcanzaba para adquirirlos. Además, los planes del gobierno de distribución de alimentos a través de Los Comités Locales de Abastecimiento y Producción (CLAP) tenían y tienen un efecto limitado. A menos que se enfrenten los problemas del empleo y la seguridad del ingreso, la intervención estatal puede hacer muy poco para remediar la inseguridad alimentaria cuando el problema ya está declarado (PNUD, 1994).

Asimismo, ella señala la inseguridad en general, por ejemplo, en materia educativa, de servicios básicos, jurídica y señala inseguridades específicas como la económica y la política, ya

que “como en todo sistema político autoritario, la corrupción sobre la que se sostiene el Estado se proyecta en todas las relaciones sociales y laborales” (Varela, 2013, p. 44):

Allá no hay clases, no les pagan a los profesores o les pagan una miseria, no hay buena educación. No hay salud. Una escasez de luz, apagones de 8 a 10 horas. Los hospitales llenos de negligencia. La corrupción es lo que gobierna allá. No hay justicia.(...) Y empieza por el gobierno.

En otro orden de ideas, Radel, hombre de 46 años y animador digital *freelance*, señala que bien hubiera podido quedarse en Venezuela y trabajar en línea, pero decidió emigrar a Vietnam en el 2014, aprovechando una oportunidad casual. Él alega que la razón principal de su emigración fue la pérdida de los valores morales, más que factores económicos. Así, menciona un tipo de inseguridad a nivel social y ético:

la verdadera razón por la que yo me fui fue (...) el deterioro social y esa exaltación de lo inmoral (...) Fue la destrucción de la moralidad (...) de los valores morales donde, por ejemplo, el tener conocimiento es valorado; el tener buenas costumbres es valorado; el no ser un maldito ladrón y sólo eso, es valorado... Fue la pérdida y el deterioro de esas vainas lo que me tenían mal y las que me empujaron a salir.

Lo anterior está representado en la pirámide de Maslow como (in)seguridad moral y tendría relación con el establecimiento de límites. La seguridad moral implica la existencia de una ética que permita a las personas vivir en un entorno donde se respetan los valores fundamentales. Cuando estos valores se erosionan, se genera un clima de inseguridad que afecta no solo el bienestar individual, sino también la cohesión social. En este contexto, la búsqueda de un lugar donde se puedan recuperar esos principios se convierte en una necesidad imperante, lo que motiva a muchos a emigrar para encontrar una sociedad más alineada con sus valores y creencias.

Para Anthony, hombre de 48 años, con doble nacionalidad (venezolana y estadounidense), técnico en industrias lácteas y comerciante, lo que motivó su migración de retorno a Estados Unidos, en el 2022, fueron los problemas económicos y políticos en Venezuela y la posibilidad de tener una vida mejor y más segura. No obstante, menciona su deseo de regresar al país en el futuro y analiza cómo la inseguridad política lleva a la inseguridad económica y a la alimentaria: “los problemas políticos causaron problemas económicos y provocaron un sueldo que no ayuda para pagar los servicios, ni para comer o hacer cualquier otra cosa. Ganar un sueldo bueno en Venezuela es demasiado difícil, por eso me vine...”

Particularmente él siente inseguridad a nivel personal porque fue amenazado de secuestro y el hecho de tener nacionalidad estadounidense le ocasionaba problemas con el gobierno, el cual ha clasificado a los estadounidenses como amenazas para el país:

Políticamente, yo no sé si pueda regresar tranquilamente... como Maduro está empeñado en que Estados Unidos es la causa de muchos de los problemas que hay en Venezuela. No sé si eso es cierto, yo estuve viviendo ahí antes de las sanciones y ya estaba todo eso... por ejemplo, la inflación... No creo que específicamente Estados Unidos cause los problemas de Venezuela... Esos problemas empezaron mucho antes.

Ahora bien, Ely, una mujer venezolana de 46 años y psicóloga, residente de Colombia desde 2018, comparte que, a pesar de su deseo de permanecer en su país, ella y su esposo decidieron emigrar tras el nacimiento de su primer hijo. Se marcharon de Venezuela en busca de un futuro mejor, pero consideran la posibilidad de regresar si la situación mejora. Su narración pone de manifiesto las inseguridades políticas, económicas y comunitarias que enfrentaba:

Un declive en todas sus dimensiones, empezando por la política, la social, la económica (...) estas personas que estaban asumiendo el liderazgo de nuestro país no venían por el bien común, no iban realmente a ayudar a la ciudadanía, a ayudar al pueblo (...) empiezan esos pensamientos negativos a instaurarse, desde el miedo, desde ese temor de no voy a poder lograr lo que aspiro, independientemente de que fuesen objetivos materiales académicos, familiares...

Además, rememora la represión que hubo en los años previos a que migrara: “*Recuerdo que fueron esos años en donde hubo muchas protestas, mucha gente murió. Los jóvenes murieron en distintos estados del país y era fuerte escuchar todas esas informaciones*”.

Otro punto es el que comenta Montañez, un hombre de 50 años y profesor universitario que no ha migrado de Venezuela. Como él, algunas personas optan por quedarse en el país por razones personales como la conexión emocional con su entorno y la pena de dejar atrás lo que han construido. Reconoce la magnitud de la migración y atribuye este fenómeno a la falta de oportunidades económicas para los jóvenes, así como a las dificultades que enfrentan las familias que deciden quedarse. Su perspectiva resalta la complejidad de la situación en Venezuela, donde el deseo de permanecer en el país a menudo se enfrenta a la dura realidad de un entorno inestable y desafiante.

la emigración responde a un fenómeno económico, a las dificultades económicas que hicieron que muchísima gente, sobre todo jóvenes, se hayan ido en busca de trabajos mejores para vivir ellos, pero, también y sobre todo, para mantener a la gente que está aquí, que está en una situación económica muy difícil (...) tanta gente esclavizada aquí

Igualmente, señala un tipo de inseguridad que podría ubicarse entre la personal y la política: “*no es únicamente un tema económico, es un tema de derechos humanos; aquí se maltrata gente y yo creo que son más que rumores*”.

Igualmente, una persona que no ha migrado de Venezuela es Atenea, mujer de 46 años, profesora universitaria, quien observa cómo la migración ha afectado la demografía, la

organización familiar y las tradiciones. Para ella, la sensación de insilio surge al sentirse excluida dentro de su propio país y remarca la inseguridad comunitaria y política que se siente debido a un:

(...) cambio muy importante en la estructura tradicional de la familia venezolana y en los distintos ámbitos de convivencia. Y, fue ocurriendo de manera paralela al proceso de deterioro de la democracia que teníamos como elemento, no solo político, sino cultural, habitual, en el que nos desenvolvíamos, sin mucha conciencia, porque justamente había un sistema lo suficientemente estable como para que no conociéramos algo distinto”

Y este cambio lo atribuye a:

una cierta confluencia entre el poder político y el poder militar, se fue tornando antidemocrático. Desde el populismo se fue pasando al autoritarismo y hacia el militarismo, lo que llama este proyecto político “pacto cívico-militar”, y luego fue adquiriendo tintes de dictadura.

Pero, también reconoce que entre las motivaciones para migrar está la inseguridad económica y alimentaria:

una muy marcada crisis económica (...) con unos índices de inflación extremadamente altos que no dejaron nunca de aumentar y que nos llevaron a una respuesta masiva en el año 2014, después de haber vivido durante tres años un progresivo deterioro que nos llevó a todos a pasar hambre y a pasar necesidades muy específicas.

Por último, amplía la noción de insilio que reconoce este trabajo como una forma de *inseguridad espacio-territorial*:

Los que nos quedamos, me incluyo, que hemos tenido la sensación de estar ajenos a nuestro propio país. Es decir, de estar fuera de lo que hemos sentido o de lo que tuvimos durante mucho tiempo como nación. “Fuera” porque específicamente se produjo un manejo desde el poder que nos fue dejando arrinconados, que nos fue dejando “fuera” de los espacios de participación, de los espacios de representación, e inclusive, del reconocimiento de nuestra humanidad. O ya sea, porque los espacios que habitualmente teníamos, los que habitábamos y los que habíamos cultivado fueron progresivamente desapareciendo. Entonces, ya no reconocemos al país que tuvimos, estamos en la misma sensación de haberlo perdido, como la tienen quienes están en el exilio, pero estando acá adentro.

Así como aquellos que abandonan el país, los insiliados experimentan el desarraigo, la pérdida de lazos afectivos y sentido de pertenencia, la ajenidad y el extrañamiento frente a la nueva comunidad que se constituye como autoridad cultural, así como la nostalgia respecto al lugar de origen. Es el mismo sentimiento de los exiliados, pero sin haberse movido del país o incluso de su ciudad, barrio u hogar (Fernández, 2023). El insilio finalmente es una reterritorialización circunscrita a los espacios íntimos y una reducción de las relaciones con el exterior y los círculos sociales causada por la inseguridad de desenvolverse y mostrar la identidad tal cual es.

Luego, está Chavela abogada y antropóloga, mujer de 84 años, quien se encuentra en Venezuela. Ella destaca que la corrupción generalizada y la militarización del país en todas las

instituciones ha afectado el clima de seguridad política, social y económica, por lo que la juventud decide marcharse. Además, ella afirma que la magnitud del éxodo se debe a que:

No hay Estado de derecho que garantice el respeto a la ciudadanía. El Estado fue desmantelado, se desmanteló el aparato productivo de PDVSA (...) Las invasiones a fincas ganaderas productivas (...). La economía se agota (..) La corrupción es total. (...) También se vulneran los derechos sociales y económicos. La violación a los derechos económicos, los bajos salarios, el desabastecimiento...

Alo interesante es que habla de la inseguridad ambiental, producto del Arco Minero del Orinoco (AMO) “el cual es apetecible para muchos, sin importar el daño a la naturaleza y a las comunidades indígenas que habitan en la zona” (Aguilar, 2024, p.26).

Por su parte, Beatriz, mujer de 46 años, comunicadora social, dice que entre el fallecimiento de su madre, la soledad y la ansiedad por la crisis económica —que restringía su movilidad física y social—, decidió mudarse a México junto a su hermana. Y, no deja de hacer referencia al conflicto social que denota la inseguridad política, pero también la comunitaria. Ella afirma que:

El tema migratorio, de alguna manera tiene que ver con lo económico, en mi caso. Pero también con el tema político y el social. Lo que quiero decir es que lo social, tiene que ver con lo político. No solo por la división de las familias, del tema ideológico, mucha gente se ha peleado por ser chavista y otros no

Un aporte clave a esta temática, es el de Garrinzon, hombre de 47 años, quien migró en el 2011 y trabaja con migrantes venezolanos en Perú, el cual es el segundo país receptor con cifras que sobrepasan el millón y medio de personas. Por tanto, su punto de vista está basado en una experiencia cercana a la multiplicidad de sujetos migrantes. Gracias a él se dirigió la mirada hacia el tema de la seguridad porque afirmó:

Básicamente el venezolano migra de Venezuela buscando una seguridad social, más allá de tener casa, más allá de tener algunos bienes, el venezolano está buscando una seguridad social tanto como individuo, como para su familia. Esto se traduce en poder tener algún tipo de trabajo estable, contar con un sistema de salud preventiva y de educación formal, colegios de calidad, poder vivir y moverse tranquilamente, contar con supermercados abastecidos, la seguridad personal al salir de tu casa. Esa es la seguridad que busca el venezolano en los países a los que va. En el tema económico también, obviamente en todo el sentido, en ese nivel es donde el venezolano se maneja y como no la encuentra en el país, se va de su territorio.

Y reitera:

Entonces, sigo insistiendo, para mí el venezolano migra en busca de una seguridad, una seguridad social que se traduce en tener trabajo y poder vivir tranquilamente. Nosotros somos una cultura de seguro de vida, de medicina preventiva...Entonces esa seguridad la busca el venezolano en los países a los que va. También está el tema económico, que es fundamental. Todo el mundo te puede decir que se fue buscando una mejor vida, una estabilidad familiar. Pero, más allá de eso, la cultura del venezolano busca es la seguridad social en todo el sentido... O sea, donde tú te puedas

movilizar tranquilamente... Palabra clave. Es eso, seguridad social, por eso es que el venezolano va saliendo del territorio.

Su narrativa abarca varios tipos de inseguridad: la comunitaria, la económica, la personal, la de salud, la alimentaria, todas las considera contenidas en la inseguridad espacio-territorial que hace que las personas abandonen el país.

En otro orden de ideas, Isabel, mujer de 44 años, videógrafa *freelancer*, quien está dentro de Venezuela, destaca la afectación emocional y social que ha tenido por la falta de alimentos, la pobreza y la polarización política en la sociedad. También menciona la importancia de compartir experiencias para comprender y superar la crisis y señala que el impacto social y psicológico de la situación que sigue subestimando. Ella menciona varios aspectos de la (In)Seguridad Humana. Específicamente se refiere a la inseguridad económica y jurídica, pero hace énfasis en la *inseguridad espacio-territorial* y comunitaria, debido a que:

toda esa normalidad que conocíamos, esa estructura jurídica, del trabajo, de las relaciones sociales normales, se resquebraja hasta un punto de no sentir conexión con nadie. Esa sensación de no tener equipo de trabajo, ni red con los vecinos, de ver que toda la familia se iba, de sentir que no hay conexión, ni lógica, ni respeto, ni tejido social de ningún tipo(...)

En sus palabras, la inseguridad espacio-territorial se relaciona con el aislamiento que ha sufrido en los últimos años, no sólo por las ausencias de tantos que se han marchado, sino por la ausencia de un vínculo común con quienes, como ella, se han quedado en el país a expensas de un vacío social que invade los espacios cotidianos. Además, señala la inseguridad política que percibe al expresar:

Me da, a veces un poco de miedo. Lo confieso. Puede ser paranoide. Yo realmente no siento temor directo en el sentido de que no estoy haciendo denuncias, ni señalando directamente a nadie, pero igual cualquier precaución no está de más, porque cada vez la situación se pone más rarita.

También, menciona la inseguridad de la salud. Y, añade nuevamente la inseguridad espacio-territorial en cuanto a que los espacios públicos se degradaron, como muestra de incivilidad:

Han sido años de verdad de mucho sufrimiento. De mucho sacrificio en muchos sentidos, de ver muertes por estupideces médicas, el impacto doble que hemos sufrido nosotros, la población civil, en general. Desde las guarimbas, todo el desbarajuste que eso significó para esta ciudad. Todas las calles se vinieron a menos, quedó todo demasiado destruido, enrarecido...

Por último, engloba la situación de inseguridad económica, alimentaria, política y comunitaria:

...las condiciones nuestras cotidianas debido a esa guerra: sin servicios básicos continuos, sin acceso al alimento, los costos de las cosas y la especulación del mercado, todo enrarecido por situaciones extremas. También, hay que hablar de la polarización extrema y de lo absurdo que esto ha sido, en ese resquebrajamiento social, de ambos lados por igual (...)

En su caso, Pierina, mujer de 46 años, politóloga y diseñadora, comparte su experiencia migratoria desde Venezuela a Europa, motivada por la crisis política y económica bajo el gobierno de Hugo Chávez (ella migró en el 2006). Describe cómo la situación en su país la obligó a dejar atrás su vida y familia en busca de un futuro mejor. A lo largo de los años, ha observado cambios en las características de los migrantes venezolanos, desde aquellos con educación y recursos hasta personas desesperadas que huyen por necesidad. A pesar de todo, conserva la esperanza de un cambio en su país aunque reconoce que el daño causado por la Revolución Bolivariana es profundo y difícil de revertir. Comparte la vulnerabilidad que sentía y que la llevó a migrar, lo cual denota inseguridad política y comunitaria, al afirmar que:

Mis derechos fueron vulnerados, por funcionarios del Estado, por mi pertenencia a una clase social. La gente como yo ya no tenía derechos. Gracias a la propaganda socialista fuimos declarados culpables de las desigualdades históricas que existían en nuestro país y teníamos que pagar

Ella menciona la inseguridad económica, educativa y alimentaria que percibe de otras personas que migraron después de ella: “*las últimas olas han sido de los realmente desesperados, gente pobre y sin educación que huye de algo tan primitivo como el hambre*”. De igual forma, habla de la inseguridad económica y política de los que se han quedado, como sus padres y uno de sus hermanos:

Los que se han quedado, han debido adaptar sus vidas a la incertidumbre, al desamparo ante un Estado abusador y la lucha por la supervivencia en un país donde cada día las reglas cambian (...) el miedo es lo único constante en la vida del venezolano.

Por otra parte, Betty, mujer de 45 años de edad, maestra, quien nació en Chile, pero fue criada en Venezuela, comenta desde Seúl los problemas sociales y económicos que enfrentó en Venezuela antes de salir, incluyendo escasez de alimentos y el crimen. Ella estuvo involucrada en obras sociales y vio de primera mano el deterioro de hospitales y retenes para adolescentes en Venezuela. Además, presenció el aumento exponencial de precios y la salida masiva de profesionales del país.

En su narrativa menciona la inseguridad económica y alimentaria como aspectos críticos que han afectado su vida cotidiana al relatar que migró “*en el 2015, después de muchos problemas*

sociales y económicos, especialmente problemas de desabastecimiento, innumerables veces tuve que hacer filas para comprar comida o cualquier producto básico”.

También recuerda la inseguridad personal: *“en muchas oportunidades sentí amenazada mi integridad física, ya que me robaron y después de ese acontecimiento quedé muy afectada”.* Y, por último menciona la inseguridad en los servicios de salud:

En los hospitales, recuerdo vívidamente que vi a madres desesperadas en las zonas pediátricas oncológicas porque no había suministros. Había falta de aire acondicionado, falta de medicamentos, falta de limpieza, falta de asistencia médica. En los retenes con adolescentes, ellos estaban privados de libertad, similares características, lugares con poca alimentación, deteriorados(...)

Aun cuando durante el gobierno de Chávez se creó una misión llamada Barrio Adentro, un programa social que ofrecía servicios de salud gratuitos a la población más necesitada, ésta no perduró con eficiencia en el tiempo. La realidad de los hospitales, incluso hoy día, es que no hay insumos y están en pésimas condiciones. Las personas tienen que aportar todos los implementos ya sea para una intervención ambulatoria o, incluso, para operaciones de alto riesgo. Deben llevar hasta el agua porque las instalaciones no cuentan con ese servicio regularmente.

Por otro lado, Ion, hombre de 53 años, fotógrafo, residente de Francia desde el 2015, señala que Venezuela no tenía una cultura migratoria hasta ahora. Él menciona la inseguridad económica, de salud y personal como causantes del éxodo: *“(...) cuando la crisis económica, la inseguridad social, la falta de recursos, los problemas de salud, los medicamentos, las posibilidades económicas, la inflación y la deriva económica del país hicieron que los venezolanos viajaran”.*

En su caso, Román, hombre de 50 años, escritor y profesor universitario, expone que la migración venezolana se debe principalmente a motivos económicos que han afectado a diferentes estratos sociales. Dice que la migración se intensificó con la crisis de 2016, y especialmente en 2018, debido a la hiperinflación y la escasez de alimentos. Menciona la ruina económica y moral y destaca la lucha cotidiana por sobrevivir en un país devastado. Él hace referencia a cómo se fue insertando la inseguridad económica:

Los primeros en migrar fueron los empresarios que, en el primer mandato de Chávez, decidieron sacar sus capitales del país previendo controles de cambio que de hecho ocurrieron y expropiaciones que en efecto se sucedieron. A estos le siguieron profesionales que vieron que en Venezuela se les cerraban las oportunidades o que fueron despedidos masivamente.

También narra acerca de la inseguridad alimentaria que vino después: “(...) *en este caso fue el hambre que hizo salir a millones de personas*”. Y, analiza cómo la inseguridad política se vincula a la inseguridad económica: “(...) *en Venezuela ocurrió una ruina económica progresiva que causó esta crisis migratoria, pero también una debacle moral, ocasionada por un gobierno autoritario que cerró las vías del ascenso socioeconómico a las que estábamos acostumbrados los venezolanos*”.

Entretanto, Toño, hombre de 47 años, diseñador gráfico, residente de Venezuela, ha sido testigo del fenómeno migratorio de amigos y familiares que se han ido del país en busca de mejores oportunidades. Él ha visto cómo su entorno se ha transformado con la partida de seres queridos, lo que ha afectado a las familias y a la comunidad. A pesar de no haber emigrado, ha vivido de cerca las consecuencias de la migración en Venezuela. En su aporte, hace mención a la inseguridad económica y educativa:

Se fueron por razones particulares relacionadas a la cuestión económica, al deterioro de la situación universitaria, como la falta de profesores o carencia de insumos en las universidades. Los profesores también migraron por ausentismo de alumnos y debido a los bajos salarios.

Asimismo, refiere la inseguridad espacio-territorial que se percibe al haber cambiado las prácticas habituales de apropiación y construcción de los espacios comunes:

(...) he visto como se transformó el lugar en algo diferente, nuevo para uno, extraño, un poco extranjero en su ciudad, caras desconocidas, nuevas rutinas. Todas estas migraciones que han sucedido, desde el 2015 para acá, han marcado un hito de separación de las familias y nos queda como una sensación de incertidumbre o de tristeza.

Por su lado, Kenny, hombre de 35 años, comunicador social, quien migró en el 2015 para regresar a Venezuela en el 2020 (migrante retornado) reflexiona sobre la emigración de talento venezolano por la crisis política y económica del país. Considera que la migración de personas educadas afecta negativamente al país, el cual se queda sin gente calificada. A pesar de no ejercer su carrera en el extranjero, valoró su formación en comunicación social al ésta proporcionarle herramientas durante su migración temporal. También, comparte cómo se cuestionó ante la situación de inseguridad económica y política general y por qué decidió migrar, en su momento: “*¿qué voy a hacer yo acá en Venezuela, siendo comunicador social y en plena situación crítica, política, económica? Lo primero que pensé fue: nada, yo me voy*”. Así, se distingue un gran deseo de movilizarse en busca de experiencias novedosas y la necesidad de encontrar seguridad económica y política: “*muchas personas venezolanas que salieron del país por un tema económico y político, en búsqueda de una mejor vida*”.

Por el contrario, José, hombre de 78 años, profesor universitario jubilado, quien reside en Venezuela, especula sobre la estrategia de narrativa utilizada por ciertos grupos para desacreditar a líderes políticos como Chávez y Maduro. Y, afirma que algunos venezolanos desesperados han falsificado documentos para poder solicitar refugio. Sin embargo, reconoce el clima de inseguridad política y social, el cual atribuye a las acciones de sabotaje que la oposición ha esgrimido, parte de su campaña contra el gobierno:

Se descubren formas de tramoyas más elaboradas de mentes perversas. Hay una estrategia política que intenta destruir, sistemáticamente, todo lo que haya hecho, elaborado o destacado el Comandante Chávez para Venezuela o para América Latina y por extensión al Presidente Maduro. Así tenga que “sufrir” el pueblo venezolano, como en efecto ha sido.

De lo anterior se puede interpretar que el sufrimiento al que José se refiere está representado por las precarias condiciones a las que está sometida la población del país, lo que ha llevado al pueblo venezolano a emigrar a costa de lo que sea.

Desde otro punto de vista, Terán, hombre de 51 años con doble nacionalidad (española y venezolana), jardinero y agricultor, residente de España actualmente, narró sus dificultades frente a la crisis económica y la inseguridad en Venezuela ya que se vio afectado por constantes robos en su finca. Él participó en un Consejo comunal hasta que la situación política se volvió cada vez más a excluyente. Finalmente, en 2019, tuvo que ser “rescatado” debido a su precaria situación económica. Habla de cómo la crisis se reflejaba en la lucha diaria por sobrevivir y la escasez de alimentos. Observa cómo las relaciones sociales se resquebrajaron, aunque aparecieron, por otro lado, muestras de solidaridad. Señala que sus expectativas políticas y sociales no se cumplieron, lo que contribuyó con su salida del país. Así, expresa:

(...) después de una nueva generación del Estado, las crisis económicas se acentuaron, convirtiéndose en una situación de bastante desequilibrio, sobre todo con una gran destrucción de derechos primordiales, como por ejemplo: la libertad de expresión, la libertad de poder decir en lo que se piensa y en lo que se cree. También hubo problemas graves con la propiedad privada, yo los considero graves puesto que considero que unos de los principios fundamentales es el poder ser y el poder tener. Con la situación económica también hubo un incremento en la inseguridad y la falta de integridad personal para poder desarrollarse. Aparte de esto, se acrecentó un gran miedo a llevar a cabo proyectos o actividades que no estuvieran acorde con los ideales políticos que primaban en este momento.

Ahí se imbrican varios tipos de inseguridades: política, económica y personal. Además, analiza la inseguridad comunitaria y *espacio-territorial*, destacando cómo esta dimensión crea un ambiente hostil que dificulta la convivencia y el desarrollo personal y profesional:

(...) hubo rechazo y segregación de las personas que no estuvieran totalmente de acuerdo con el Estado, o más que con el Estado, con el movimiento político que gobernaba. Y después, pues poco a poco las personas que no estábamos totalmente de acuerdo con el régimen fuimos desplazados.

Luego, describe detalladamente el clima de inseguridad, sobre todo enfocándose en la alimentaria lo que para Maslow sería estar sometido a la satisfacción de las necesidades fisiológicas:

Entre la búsqueda de las necesidades, las personas estaban enfocadas en gastar toda tu atención en sobrevivir, en conseguir lo que necesitabas para vivir día a día, la comida día a día. No había ningún tipo de previsión (...) la alimentación se convirtió en algo muy precario y difícil de conseguir en condiciones que no se pueden considerar óptimas. La malnutrición se acentuó en todos los aspectos, se acentuó una crisis alimentaria...

Por su lado, Montserrat, mujer venezolana de 46 años, locutora, residente de los Estados Unidos desde el 2018, quien inicialmente estuvo interesada por el cambio revolucionario y su proyecto económico. Trabajó en el sector público, pero se desilusionó por la corrupción. Optó por la empresa privada, donde tuvo éxito, pero la situación del país empeoró, la inflación aumentó, la escasez de productos básicos era crítica y la calidad de vida decayó. La educación de sus hijos se vio afectada y la inseguridad creció, limitando su libertad y seguridad, por lo que decidió migrar a los Estados Unidos. Su narrativa gira en torno a la inseguridad económica, alimentaria y política:

la inflación era tan elevada. La falta de encontrarlos los productos básicos para uno como familia: el arroz, la leche, el azúcar. Lo más mínimo necesario era tan complicado encontrarlo, que ni que tuvieras el dinero lo podías comprar” (...) “Todas esas limitaciones del gobierno tanto de Chávez, como cuando murió Chávez y comenzó el gobierno de Nicolás Maduro... Eso hizo que en lugar de mejorar la calidad de vida de nosotros, fuera peor

Y, agrega otros comentarios en los que se pueden reconocer la inseguridad personal, de vivienda, comunitaria y política:

Dígame la época en que nos quitaban la luz, nos quitaban el agua, el gas... Eso era gratis. No pagaba nada el venezolano, pero no teníamos gas, no teníamos luz, no teníamos internet, no teníamos seguridad (...). Además que la inseguridad se volvió cada vez peor. Había un grupo de colectivos llamados “los Tupamaro” que son masas de delincuentes que el gobierno venezolano fue armando y le fue dando poder a ese grupo de personas para maltratar, dañar y perturbar la tranquilidad del grupo de venezolanos que estaba en contra del gobierno. Entonces, muchas veces nos sentimos cohibidos, controlados, coartados en nuestra libertad de poder ir al supermercado y de comprar lo que quisieras... Hubo mucha decadencia”. (...) Fueron unos años de angustia total, que ni siquiera mostrar tu celular, porque si ibas en tu carro manejando, te podían atracar. Imagínate el nivel de inseguridad. No tener la oportunidad de que mis hijos tuvieran una mejor educación.

Por su parte Manuel, hombre de 46 años, comerciante, residente de Aruba desde el 2010, tiene mucho que contar sobre la situación en Venezuela, incluyendo historias de migrantes que

cruzan el río hacia Estados Unidos y balseiros muertos encontrados en El Caribe. Él explica que las decisiones de migración están impulsadas por la violación de derechos económicos y financieros, y critica la falta de leyes que protejan a los ciudadanos. Comenta sobre las pérdidas económicas sufridas por su familia por extorsiones por parte de funcionarios del Estado, por lo su relato tiene relación con la inseguridad política y económica:

Todo esto hubiese podido evitarse si hubiera en Venezuela, ¡en Latinoamérica!, leyes que protejan los derechos económicos, los derechos financieros. Si la gente entendiese sus derechos financieros, ya en el tercer año de Chávez no hubiese ocurrido... es necesario establecer derechos constitucionales económicos (...) en los que el gobierno no pueda devaluar la moneda, que la inflación no pueda ser más de tanto por ciento, que el desempleo no puede ser de menos tal tasa, si el gobierno lo hace... ¡para fuera y presos por violar los derechos!

Él enfatiza que la migración se debe a la inseguridad económica, pero también menciona la seguridad de salud y la seguridad de poder contar con un vejez digna:

La gente emigra a lugares donde sus derechos económicos son respetados. Por eso la gente migra a Europa, a USA, y nadie emigra a Cuba, a África, o Afganistán. Se migra para buscar respeto, respeto de los derechos económicos. El derecho al trabajo, el derecho a que no te devalúen... el derecho a no sufrir una hiperinflación... el derecho a que no te sobrevaluen la moneda para que no puedas producir... el derecho a trabajar, producir, generar... esa la esencia de la migración... el derecho a un plan de vejez, el derecho a un sistema de salud... todos esos fueron los derechos que le quitaron al venezolano.

En otro orden de ideas, Nico, mujer estadounidense de 49 años, comerciante y agricultora, residente de Venezuela desde 1996, reflexiona sobre la influencia de las modas y las tendencias sobre el proceso migratorio venezolano. Por otra parte, destaca su vínculo emocional con la geografía de Venezuela. A pesar de los desafíos políticos y económicos, siente un fuerte apego por la ciudad y admira la conexión de sus habitantes con el lugar. Ella menciona la inseguridad económica como consecuencia del control de cambio, manejado por CADIVI¹⁰ y la política como factores causales de los flujos migratorios. Asimismo, hace referencia a la inseguridad ambiental:

Desde mi punto de vista, para empezar, mucha de la migración, aunque fue totalmente entendible que se quisieran ir (...) Me parece que afectó mucho lo de CADIVI, pero también la minería (la explotación del Amazonas), la política, por supuesto, tuvo un papel muy grande...

¹⁰ La Comisión Nacional de Administración de Divisas CADIVI, creada en febrero de 2003, fue un organismo adscrito al Ministerio de Finanzas, que estuvo encargado de administrar las divisas y controlar el acceso a la moneda extranjera, hasta su cierre en el 2014. El efecto CADIVI, fue algo que surgió debida a la mala gestión de los recursos a los que el gobierno daba acceso por parte de la gente común, quienes malversaban su cupo realizando un viaje corto a destinos cercanos para que les quedara un remanente de las divisas que luego vendían a otro precio. De igual forma, algunos comerciantes y funcionarios del Estado quienes tenían acceso preferencial a estos recursos se aprovecharon de la situación para hacer negocios con estos fondos, lo cual abrió posibilidades de corrupción y el principio del mercado negro para la compra y venta de dólares y euros.

Por otra parte, Osde, una mujer de 47 años, cocinera, residente de España desde 2019, comparte su experiencia en la que destaca las razones políticas que han impulsado la migración masiva de venezolanos. Añade que la partida de jóvenes productivos es con el fin de apoyar a quienes se quedaron atrás. Asevera que su decisión de migrar fue motivada por la inseguridad política:

Las razones son, para mi punto de vista, son razones políticas (...) la gente se fue huyéndole a la dictadura y que no hay calidad de vida, no hay buenos alimentos, la corrupción está cada vez peor. Entonces, desde mi punto de vista, esas son las razones por la que los venezolanos hemos tenido que emigrar del país.

Adicionalmente, Agnes, mujer venezolana, 46 años, socióloga y maestra de yoga, migró a Ecuador en el 2016, después de ser víctima de varios atentados. Debido a ello, decidió migrar con su esposo e hijo. Ella comenta:

Nosotros decidimos emigrar por la inseguridad. Si bien es cierto, la pasábamos bien fuerte con la escasez de los productos, eso no fue realmente lo primordial por lo cual nosotros emigramos. Una de las cosas era dormir y escuchar tiroteos en una zona que supuestamente era bastante libre de delincuencia, no vivíamos en ninguna barriada...

Para ellos, la mayor fuente de ansiedad era la delincuencia y el crimen violento. Sin embargo, comenta que la migración en general se debe a la inseguridad económica: “*creo que para mucha gente es más una migración de buscarse la economía y las oportunidades de vida. Porque en Venezuela, cuando nosotros nos vimos, no había oportunidades*”.

Por su parte, Silva, hombre de 70 años, médico naturista, residente de Venezuela, comenta que la migración es un fenómeno complejo por lo que aboga por un análisis objetivo y la contrasta con la migración en otras regiones del mundo. Él piensa que la migración ha sido inducida, que es una siembra. Sin embargo, reconoce que la inseguridad política y económica:

(...) el Estado no está bien administrado, nunca lo ha estado ahora menos, hay fallas escandalosas. Por ejemplo, aquí ganamos en bolívares y gastamos en dólares. Esto aunado a la incapacidad y falta de sentido del gobierno, su irresponsabilidad del poder, ha desatado toda una crisis que está más allá de lo cultural, de lo económico, de lo financiero, político-social, y converge en una crisis de conciencia.

También, está el caso de Simón, hombre de 36 años de edad, dirigente político, residente de Colombia desde 2016, quien afirma que abandonó el país por inseguridad política: “*Salí de Venezuela por riesgo de persecución*”. No obstante, entrelaza la inseguridad política con la inseguridad económica:

Notoriamente fue la persecución política, el apresamiento político, lo cual ya puso en duda nuestra seguridad física y nuestra libertad de acción. A esto se le sumó la hiperinflación que había en el

país, el sueldo de un concejal pues no alcanzaba para mucho, no hacía otra cosa sino ser concejal, por lo que me sentía medio acorralado económicamente, aunado a lo de la situación de seguridad personal.

A lo que agrega:

Tenemos que entender que la gran mayoría, el 70% de los venezolanos, no se fueron en condición de migrantes económicos. Quiero definir el término migrante económico: es el migrante que planifica su salida y su estadía en el país receptor. A pesar de que todos no fueron por las mismas condiciones, dentro de esta población migrante no económica, hay una población que salió, el 15%, por persecución política y el 85% salieron por una situación de calidad de vida y oportunidades.

También reconoce la inseguridad alimentaria que se vivía en la época cuando migró: “(...) las personas en Venezuela estaban aguantando hambre (...) el deterioro de la capacidad productiva, el deterioro de la moneda local, el desabastecimiento...”

Por su parte, Mar, mujer de 46 años, artesana, quien se encuentra dentro del país, habla de sus amigos y familiares que han migrado hacia otros países de América Latina por la inseguridad económica:

(...) durante estos últimos años se han ido del país por razones relacionadas a la mejora de su calidad de vida, en el sentido de buscar canales más fluidos del ingreso económico, que les permita cubrir sus necesidades básicas particulares.

Asimismo, hace referencia a la inseguridad alimentaria que la ha afectado directamente: “sí siento el vacío, con cierta frecuencia, relacionado a la posibilidad de sustentar las necesidades nutricionales básicas mías y de mi familia”

Pero, paradójicamente, ella afirma que tiene cierta seguridad dentro de Venezuela, la cual tiene que ver con la seguridad de vivienda, ya que cuenta con casa propia. Además, menciona el costo emocional que implicaría migrar:

(...) acá tengo cierta comodidad. Creo que en cuanto a lo emocional también tengo un poco de tranquilidad, me gusta estar acá. De repente pudiera estar más equilibrada económicamente en otro sitio y tener las necesidades cubiertas, pero emocionalmente no estaría bien. He asumido que hay cierta comodidad de la que no quiero salir, que se me tiene permitido aquí por el hecho de vivir en casa propia, la cual además está alejada de los focos de revueltas.

Mientras tanto, Graciela, mujer de 46 años de edad, analista financiera, residente de España desde el 2002, menciona varios tipos de inseguridades:

Creo que la crisis humanitaria y de recursos socioeconómicos han influido en que mucha gente en Venezuela decidiera emigrar para intentar mantener una cierta calidad de vida. Considero que ha habido una crisis de inseguridad personal, política y económica que, lamentablemente, ha dejado a Venezuela huérfana y ha separado muchas familias”(...) la gente se va de Venezuela por inestabilidad política, económica y social.

Paralelamente, Lucía, mujer de 41 años, psicóloga, migró a Colombia en el 2017 por la situación en general. Tras superar adversidades, consiguió trabajo y estabilidad en Medellín. Desde allí, analiza la cultura venezolana y la historia del país. Opina que los problemas en Venezuela son los efectos de decisiones gubernamentales. Ella deja entrever inseguridad económica y política, pero también una inseguridad moral y comunitaria percibida en la incapacidad de regirse por códigos comunes. Esta última la remarca al decir que:

Una cosa que siempre recuerdo de Venezuela es que la gente estaba todo el tiempo, desde que tengo memoria, tratando de romper las normas. Y, creo que todo es consecuencia de lo mismo. O sea, un grupo de personas que no es capaz de adaptarse a las normas, normas que son para la convivencia entre ellos mismos, termina generando un gobierno nefasto que acaba con todos y que no hay como poner un parado porque nadie respeta la norma. O sea, no hay nadie que pueda decir que las instituciones respetan las normas. A mí me parece que el caos que se termina generando alrededor de la dictadura, no es más que la consecuencia de una cultura que no está dispuesta a adaptarse a las normas mínimas sociales para poder convivir en sociedad.

Además, agrega:

Probablemente la gente se va porque no tolera ser el centro de una agresión tan grande” (...) se va porque deja de tener opciones (...) yo creo que la gente está buscando (...) poder vivir tranquilos (...) una vida con libertades mínimas (...) libertad de poder vivir sin que nadie te joda...

Por otro lado, Abril, mujer de 43 años de edad, licenciada en literatura hispanoamericana y escritora, es de las que se han quedado en Venezuela, pero no deja de analizar cómo la gente migra para ayudar a los que se quedan en medio de la inseguridad política y económica que impera en el país:

Actualmente yo no soy migrante, aunque estuve a punto de serlo, sin embargo mi esposo tomó mi lugar y el de mi hija. De manera que, estoy viviendo la migración desde una posición pasiva. Hemos pasado a formar parte de las estadísticas nacionales, según las cuales algún miembro de las familias venezolanas decide salir del país para buscar oportunidades en el extranjero, en aras de conseguir recursos para aspirar a una mejor vida. Hemos tenido que desmembrarnos para poder sobrevivir en un país secuestrado, vejado, saqueado, corrompido y violentado por un gobierno corrupto que se ha procurado todos los medios para perpetuarse en el poder.

Además, menciona la inseguridad alimentaria, de salud y económica. Y, no deja de remarcar que la juventud migra para apoyar económicamente o llevarse luego a sus familiares:

El tema es que al país se le está yendo la gente, y gente de todo tipo, aunque predomina la gente joven, que acaban por mantener desde el exterior a los más viejos que se quedan, o gente joven que migran primero y después se llevan a los más viejos.

Luego, ella hace referencia al fenómeno del *insilio* que se relaciona con la categoría propuesta de *inseguridad espacio-territorial*:

(...) empecé a aislarme, no solamente en mi montaña, en mi casa, en mi cabaña, sino aislarme realmente de la información de las noticias, me fastidié, me cansé (...) entonces reservamos las fuerzas para (...) protegernos de la inseguridad, para sobrevivir a esta realidad.

Ese sentimiento de inseguridad cotidiano tiene que ver con la desesperanza de que nada va a cambiar en su entorno que percibe cada vez más inseguro y decadente, lo que termina afectando el vínculo comunitario y lleva a los ciudadanos a deslindarse de la realidad. Las personas se refugian dentro de los límites del propio hogar porque utilizan el confinamiento como una estrategia de supervivencia (Gatica y Casola, 2023). Ese aislamiento en el hogar deviene en el vaciamiento de los espacios públicos o en la percepción de que éstos son amenazantes o extraños.

En cuanto a Orweliano, hombre de 59 años, bibliotecario y poeta, menciona la inseguridad económica y personal como detonantes de la migración:

(...) la comprensión de tal "fuga" es obvia: sueldos miserables que sitúan el poder adquisitivo muy por debajo de las expectativas mínimas para gozar de una calidad de vida razonable; graves fallas, recurrentes en los servicios públicos (luz, agua, gas, etc.); evidentes problemas en el suministro de gasolina, con incidencias directas o indirectas en los otros mencionados; el grave problema de la inseguridad (...)

Asimismo, habla de clima de inseguridad política:

También he visto y sido testigo, por mi vinculación a las protestas contra el régimen y cierto activismo de calle, cómo algunos de tales adversarios han tenido que abandonar el país, ya que han sido víctimas de algunas formas de represión comunes como la persecución, prisión, tortura, medidas judiciales, etc. Algunas de tales medidas se han proyectado hacia las familias de estos adversarios al régimen, lo cual ha quedado registrado por ONG'S nacionales dedicadas a la defensa de los Derechos Humanos (DDHH), y también por instituciones internacionales como la Corte Penal Internacional, quedando plasmado en informes y evaluaciones.

En cuanto a Quetzal, una mujer de 44 años y diseñadora gráfica que ha emigrado intermitentemente hacia España y los Estados Unidos, luego a Italia en 2023, desde donde relata su experiencia. Ella enfatiza que la inseguridad económica ha sido el principal impulso para su migración, considerándola la razón más significativa detrás de la emigración de los venezolanos:

Las decisiones que me han impulsado a emigrar de mi país son varias. Entre ellas está el factor económico, el país en decadencia y razones personales. Si voy atrás y rememoro todo este proyecto de vida, comienza con una ola de venezolanos que migran buscando una mejor situación (...) Es lamentable que nos haya tocado salir de nuestro país, porque de tener una mejor situación esto jamás se nos hubiera pasado por la cabeza...

En el caso de Sagrario, mujer de 56 años de edad, residente de Colombia desde el 2022, migró para reunirse con su hija quien había migrado en años anteriores. Ella habla de inseguridad económica y alimentaria:

Del año 2008 en adelante, empezamos a sentir y ver cómo la famosa "quincena" (sueldo) se iba solo en alimentos básicos. Y ya no íbamos a clínicas si no a los CDI (Centros de Diagnóstico Integral). Nuestras raciones de comida pasaron de tres (desayuno, almuerzo y cena) a dos y luego a una. Hubo días que sólo comíamos cambur amarillo y muchos días que el alimento eran lentejas, sin nada. El cambio económico fue muy fuerte y desesperante...

A lo que añade situaciones de inseguridad personal y de salud por las que había que había que "(...) irse de Venezuela para buscar oportunidades de crecimiento en todos los niveles (...): educación, alimentación, salud, arte, trabajo, seguridad... Ya no estábamos viviendo, estábamos sobreviviendo y eso no es vida".

En cuanto a Jenny, una mujer de 49 años de edad, historiadora del arte, escribe para narrarse desde un pueblo de España. Cuenta que la principal razón para emigrar fue el anhelo de trabajar por un mejor futuro para sus hijos. Y no deja de hacer comentarios sobre la crisis económica y social que afectaba su calidad de vida y la de su familia. También, describe las dificultades diarias para conseguir alimentos, gasolina y recursos básicos, todo lo cual hace referencia a la inseguridad económica

Cada vez éramos más pobres, ningún esfuerzo que hiciéramos con nuestras herramientas profesionales y académicas para salir adelante nos daba la posibilidad de superar esa brecha económica que nos iba ahogando (...) Comenzamos a perder peso, cada vez había menos dulce, casi nada de grasa y la proteína en cantidades mínimas.

Asimismo, menciona la inseguridad alimentaria, medida por la oferta diaria de calorías como porcentaje de las necesidades humanas básicas, el índice de producción de alimentos per cápita y el grado de dependencia respecto de la importación de alimentos (PNUD, 1994). Esto puede incluso relacionarse con la inseguridad de salud, debido a la desnutrición. Por último, menciona la precariedad de los servicios básicos que se han incluido en la inseguridad de vivienda:

(...) cada vez era más difícil conseguir la gasolina para subir y bajar la loma donde vivíamos, los carros comenzaban a fallar y comprar un repuesto implicaba descuadrar el capital reservado para los alimentos, conseguir los recursos básicos de la vida se empezaba a volver la vida misma. Las cosas importantes fueron quedando de lado para resolver lo urgente de cada día. Ocho horas en una cola para comprar el gas, 12 a 24 horas para poner gasolina, la electricidad comenzó a fallar cada vez más frecuentemente, los sistemas de agua comenzaron a colapsar por falta de mantenimiento de los organismos competentes.

Y, reitera:

No podíamos soportar la idea de continuar viviendo sólo para sobrevivir al punto de ir perdiendo incluso la dignidad y aceptando el maltrato para conseguir recursos básicos como gas, comida, atención médica o incluso educación para nuestros hijos (...) se volvió una necesidad de salir corriendo antes de que fuese demasiado tarde, porque el empobrecimiento estaba agudizándose.

El caso de Zair, hombre de 50 años, residente de Colombia desde el 2017, quien es un abogado que trabaja con migrantes venezolanos en Bogotá, permite un acercamiento de primera mano con la realidad de quienes migraron a Colombia, el cual es el principal receptor de la migración venezolana. Por tanto, su narración es considerada como un concentrado de experiencias. Él revela que la inseguridad política tiene un peso importante sobre la decisión de dejar Venezuela al afirmar:

El deterioro institucional es una de las causales directas que impulsa a los venezolanos a salir masivamente de Venezuela. Además de los temas de violaciones de Derechos Humanos que pueden ser catalogadas como crímenes de lesa humanidad. Hay una masa importante de la población que migró de manera forzada o que su exilio tiene que ver con derecho civiles y políticos. Personas que son perseguidas, que fueron catalogadas como peligrosas, como mi caso, o el caso de muchísimos de los que están en Colombia. Acá hay mucho exfuncionario público, personas que dentro de su radio de acción institucional en Venezuela, alzaron la voz o hicieron un planteamiento contrario a la política arbitraria del régimen venezolano. En Venezuela, ha habido una política de persecución y encarcelamiento de la disidencia.

También, señala hace mención de la inseguridad comunitaria:

El hecho de considerar que el que piensa distinto es un enemigo político, por ejemplo. Chávez creó ese tema. O sea, antes había una cierta armonía, convivencia política que permitía que los sujetos se involucraran, independientemente de que el otro tuviera un ideario político diferente. Chávez creó los extremos. Decir es conmigo contra mí o el que no está con la revolución está en contra y pasa a ser un enemigo”.

Por último, aporta algo que fue crucial para el enfoque que asumió este trabajo que fue:

“hay muchas razones por las que la gente migra. Muchos se van por razones económicas, otros se van por razones de inseguridad, especialmente por la falta de seguridad para aterrizar un proyecto de vida en Venezuela. Esto es comprensible”.

Esto conlleva a reflexionar sobre las posibilidades que tiene el ser humano en sí mismo para alcanzar su potencial y así proporcionarle un significado a su vida, con responsabilidad individual y plena libertad, lo que Jean-Paul Sartre designó como *proyecto vital*. La sensación de seguridad condiciona el establecimiento de vínculos sociales y la construcción de un plan a futuro.

Lo referido por Zair y por Garrinzon se constituyó como un elemento objetivo aglutinante y clave de lectura para todas las problemáticas anteriormente mencionadas, de manera que conformaron un concepto ampliado de la seguridad.

Y, para concluir el diagnóstico de las experiencias compartidas por los colaboradores, está Loraine, una estudiosa del fenómeno migratorio con doctorado del Colegio de la Frontera Norte (COLEF) de México, quien observa que:

(...) las personas que se van en estos tránsitos irregulares, por ejemplo, son personas que están sumidas en grandes índices de pobreza. Entonces, son personas que constituyen un problema social para el Estado, son personas a quienes el Estado no les brinda ningún tipo de atención, de hecho le reclaman atención, entonces al irse le quitan un problema de encima al Estado, ya sea por términos de pobreza o por términos políticos.

Esta afirmación resalta la complejidad de la migración venezolana, donde las condiciones adversas obligan a muchos a buscar mejores oportunidades en el extranjero. La migración no solo es una respuesta a la precariedad económica, sino también una forma de escapar de un entorno político que ignora las necesidades de sus ciudadanos.

Ella considera que la migración venezolana responde principalmente a la inseguridad política:

En ese sentido, pudieran ser factores económicos, como la pobreza, la miseria, también se mencionan algunos indicadores de corte social, pero que el trasfondo es político, porque los regímenes autocráticos como Venezuela, Cuba, Nicaragua (...) el mercado no tiene tanto peso porque es controlado por el gobierno, por el Estado. Por lo tanto, el Estado (...) se convierte en un eje transversal porque atraviesa todos los escenarios de la vida cotidiana del ciudadano o la ciudadana. Por eso, es preciso o es válido decir que en regímenes autocráticos, dictaduras o sistemas cerrados, como se le quiera llamar, la migración es política porque es generada a partir de un manejo ineficiente de las políticas públicas que se implementan por parte del Estado.

Así pues, son las personas mismas quienes narran cómo la inseguridad ha llevado a la población venezolana a considerar la migración como una opción.

En un entorno tan adverso como el descrito, las personas se ven obligadas a centrar todos sus esfuerzos en satisfacer sus necesidades básicas lo que las lleva a descuidar sus responsabilidades y actividades cotidianas. El hecho de estar enfocadas exclusivamente en la supervivencia afecta su vida laboral y social y limita su participación en actividades de convivencia y esparcimiento. Como señalan Doubront y Doubront (2020), esta situación puede generar un ciclo de deterioro que no solo impacta el bienestar individual, sino que también socava la cohesión social y el desarrollo comunitario.

De igual manera, la baja calidad de la educación, la escasez, una alta tasa de inflación, los bajos ingresos y pocas oportunidades laborales, conducen a que las personas no puedan plantearse un proyecto de vida a largo plazo, por lo que están sometidas a la inmediatez. La discontinuidad de los servicios públicos y la insuficiencia de transporte público por falta de gasolina impactan en las condiciones de vida y vivienda. Aunado a esto, el miedo a ser víctima del crimen, la desatención por parte del Estado sobre estas problemáticas, la ausencia de un Estado de Derecho en el cual las personas se sientan respetadas y las constantes tensiones sociales, es poco probable que se pueda

afianzar el sentido de pertenencia y apego al lugar. El desamparo, el miedo, la desconfianza y la inseguridad, por no hablar de una gama de emociones negativas, se constituyen como factores de expulsión e impulsan a las personas a abandonar su territorio habitual.

Inseguridades diagnosticadas.

Después de aislar las oraciones que hacen referencia a los diferentes tipos de inseguridades, se presentan seguidamente en una tabla donde se muestra su frecuencia y porcentaje en relación con el número total de colaboradores (40). Esta representación permite evidenciar de manera clara la prevalencia de cada tipo de inseguridad diagnosticada.

Tabla 8

Frecuencia de los tipos de inseguridad identificados

Categoría	Frecuencia/40	%
Inseguridad económica	34	85
Inseguridad política	34	85
Inseguridad comunitaria (social)	31	77,5
Inseguridad personal	23	57,5
Inseguridad alimentaria	18	45
Inseguridad de salud	16	40
Inseguridad espacio-territorial	15	37,5
Inseguridad de vivienda	13	32,5
Inseguridad ambiental	4	10

Fuente: realización propia

Las categorías de inseguridad económica e inseguridad política son las más destacadas, con una frecuencia de 34 respuestas cada una, lo que representa un 85% del total. Esto sugiere que la mayoría de los colaboradores perciben la crisis económica y la inestabilidad política como factores críticos que afectan sus vidas y decisiones. La alta coincidencia en estas dos categorías puede indicar que estas inseguridades están interrelacionadas, donde la falta de oportunidades económicas puede estar vinculada a un entorno político inestable.

La inseguridad personal, con un 57.5% (23 respuestas), también es significativa, indicando que muchos colaboradores se sienten amenazados en su cotidianidad por la posibilidad de ser asaltados o víctimas de la delincuencia, de cualquier manera.

La inseguridad alimentaria (45%) y la inseguridad de salud (40%) muestran que las preocupaciones sobre el acceso a alimentos y a los servicios de salud son relevantes, aunque menos

críticas que las inseguridades económicas y políticas. Esto sugiere que, aunque estos aspectos son fundamentales para la calidad de vida, pueden ser percibidos como consecuencias directas de crisis más amplias.

La categoría de inseguridad de vivienda (32,5%) indican que hay una preocupación notable por el entorno físico en el que viven y sobre la continuidad de servicios básicos que reciben. Por ejemplo: el agua, el gas, la electricidad, medios de transporte público y otros rubros que le aporten calidad a su habitar y que fueron traídos a colación en las narrativas remarcablemente.

La inseguridad ambiental es la categoría con menor frecuencia, sólo un 10% (4 respuestas). Esto sugiere que, aunque es un tema importante en el contexto global actual y es la primera causa de las migraciones masivas, no es percibido como una amenaza inmediata por la mayoría de las personas que colaboraron con esta investigación en comparación con otras inseguridades.

Por último, la inseguridad comunitaria (social) ocupa el tercer lugar, con 31 menciones (77,5%). Se ha dejado hasta el final junto a la inseguridad *espacio-territorial* (37,5%) porque ambas resaltan el conflicto en las relaciones interpersonales y la falta de sentido de pertenencia. La inseguridad *espacio-territorial*, además, incluye la pérdida del apego al lugar y las inquietudes sobre la posibilidad que tienen los individuos de participar en el espacio público, la imposibilidad de apropiarse de su territorio habitual y la poca incidencia que tienen en la producción y reproducción de los significantes culturales.

No obstante, el presente trabajo propone que todos los tipos de inseguridades mencionadas están contenidas la *inseguridad espacio-territorial*, ya que la noción de territorio abarca todas las dimensiones de la Seguridad Humana, de manera que sería posible designar una por otra, a manera de sinécdoque. Esto es así puesto que el territorio se pondera a partir de dos polaridades:

El primer polo lo constituye su función material y utilitaria, como cuando se piensa como una mercancía generadora de renta, una fuente de recursos o un medio de subsistencia. Asimismo, cuando implica el ámbito de jurisdicción del poder, un área geopolíticamente estratégica. Pero también cuando se concibe como abrigo y zona de refugio (Giménez, 2005).

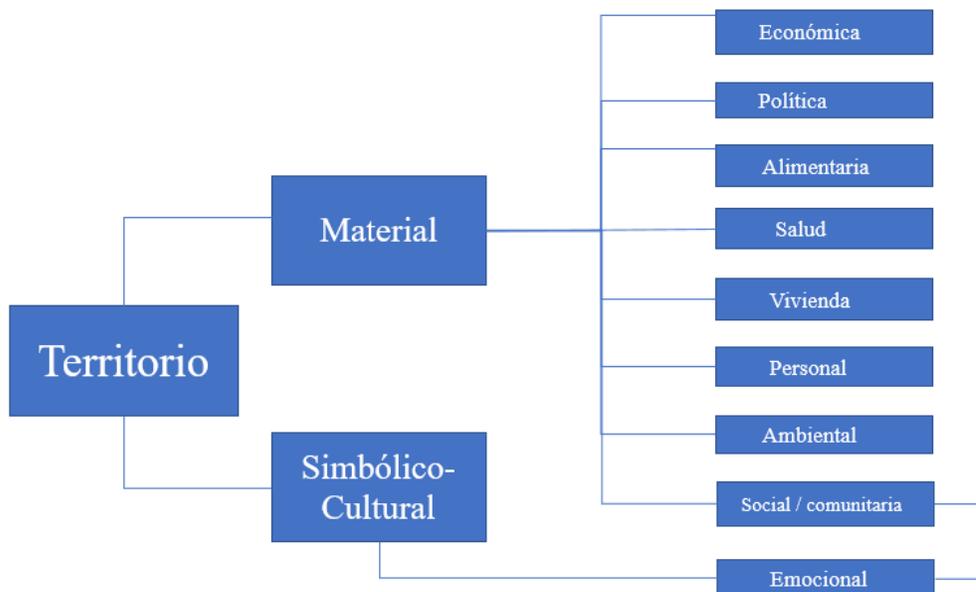
El segundo polo concentra el carácter simbólico-cultural, como cuando se considera un lugar de inscripción de la historia o de la tradición, la tierra de los antepasados o un repertorio de geosímbolos. En fin, como un referente de identidad (Giménez, 2005). Esa carga simbólica da como resultado una identidad específica, la cual crea en los habitantes que residen en él un sentido de pertenencia que sólo ellos perciben, crean y valoran (González, 2011).

No obstante, el enfoque binario de los estudios territoriales ha promovido una perspectiva dicotómica y sesgada que fragmenta la relación entre poder/cultura y entre lo material/subjetivo. Tal consideración puede ser objeto de críticas, pues no existen culturas ni identidades que se encuentren al margen de las relaciones de poder. Asimismo, no existe una dimensión simbólica y cultural que no esté arraigada, de una u otra forma, a la dimensión material del territorio (Quiñones y Imilán, 2018). Y, en lo concerniente a su apropiación, ésta no se refiere únicamente a la dimensión material, sino también a la inmaterial, en la que el nivel simbólico y las significaciones asignadas por los individuos juegan un rol fundamental en la producción de las territorialidades (Giménez, 2001). Tal como lo expresa Joël Bonnemaïson (2002), “es por la existencia de una cultura que se crea un territorio, y es por el [territorio] que se fortalece y se expresa la relación simbólica existente entre la cultura y el espacio” (p. 101-102)

De esta manera, la inseguridad espacio-territorial concentra todos los elementos de la (In)Seguridad Humana y puede ser generada por cualquiera de las dos polaridades, ya sea que se vean amenazados los significantes culturales o que el territorio ya no genere un valor de cambio, por ejemplo. Esta interconexión se ilustra en la figura a continuación.

Figura 6

Polaridades del territorio asociadas a las distintas dimensiones de la (in)seguridad



Fuente: realización propia.

Es de observar que a partir de la polaridad material se despliegan los distintos aspectos de la vida en sociedad que están vinculados con los diversos tipos de (in)seguridad: económica, política, alimentaria, de salud, de vivienda, personal, ambiental. Mientras que la dimensión comunitaria se relaciona con la polaridad simbólico-cultural a través del componente emocional. Es decir que la identidad, el sentido de pertenencia y la vinculación afectiva con el territorio están atravesados por la emotividad en las que están inmersas las relaciones sociales. De igual manera, los sentimientos y las emociones no dejan de estar social y culturalmente modelados (Le Breton, 1999).

Al vincular el aspecto emocional y simbólico con la (in)seguridad espacio-territorial se entiende que la condición espacial representada por el territorio está permeada por las emociones, los sentimientos, los símbolos, las vivencias, los anhelos y los sueños, que son los que hace que el sitio que se habita se convierta en una parte de sí mismos y, en alguna medida, en parte de la identidad personal y social (Castaño-Aguirre *et al.*, 2021). Esa capacidad propia del ser humano de crear sentido y valor, de dar raíces al vínculo social, implica simultáneamente lo individual y lo colectivo, es decir, las maneras singulares con que los individuos se apropian de su cultura. La relación que los individuos establecen con su entorno no es meramente física; es un vínculo cargado de significados que se manifiestan a través de la experiencia cotidiana (Le Breton, 1999).

Según David Le Breton,

Las emociones nacen de una evaluación más o menos lúcida de un acontecimiento por parte de un actor nutrido con una sensibilidad propia; son pensamientos en acto, apoyados en un sistema de sentidos y valores. La cultura afectiva brinda esquemas de experiencia y acción sobre los cuales el individuo borda su conducta según su historia personal, su estilo y, sobre todo, su evaluación de la situación.

Esta perspectiva se complementa con la observación de Émile Durkheim, quien sostenía que “el estado afectivo en que se encuentra un grupo social refleja las circunstancias que atraviesa” (citado por Le Breton, 1999, p. 103). Así, la emoción experimentada por un individuo traduce la significación que este otorga a las condiciones que lo afectan. Los sentimientos, por su parte, forman parte de un sistema de sentidos y valores característicos de un grupo social, lo cual refuerza los principios que organizan el vínculo social (Le Breton, 1999).

Las emociones no son meras respuestas individuales o fisiológicas. Son construcciones sociales profundamente arraigadas en el contexto cultural, en las dinámicas colectivas que moldean la percepción del mundo. Por lo tanto, entender las emociones implica considerar tanto la

subjetividad del individuo como el marco social y cultural en el que se desenvuelve. Las emociones actúan como un puente entre lo individual y lo colectivo, permitiendo una comprensión más rica y matizada de cómo los seres humanos interactúan con su entorno y entre sí (Le Breton, 1999).

En este sentido, la inseguridad espacio-territorial no puede ser entendida sin considerar los aspectos emocionales y simbólicos. La forma en que las personas se relacionan con su entorno está mediada por sus experiencias afectivas, lo que influye en su percepción de seguridad. Este entramado emocional resalta la importancia del territorio como un espacio donde se entrelazan las dimensiones material y simbólica, creando un contexto en el cual las inseguridades sean mitigadas.

La complejidad de las emociones humanas involucra factores como el miedo a lo desconocido, la nostalgia o el apego a la comunidad que pueden influir en la decisión migrar de o permanecer en un lugar. Las relaciones familiares y comunitarias, así como los recuerdos asociados al territorio, pueden crear una resistencia emocional que contrarresta las presiones económicas y sociales para emigrar. Por lo tanto, es esencial reconocer que la migración no es únicamente una respuesta racional a condiciones adversas, es también una decisión profundamente emocional que refleja la intersección entre lo material y lo simbólico. Esta dualidad resalta la necesidad de abordar tanto las inseguridades materiales como las dimensiones emocionales en cualquier análisis sobre el desplazamiento humano.

De lo anterior se deduce que aunque las inseguridades materiales son un motor significativo que impulsa a las personas a desplazarse en busca de mejores condiciones de vida, el aspecto simbólico-cultural permeado por las emociones tiene un peso igual o incluso mayor en muchas ocasiones. Dicho de otra manera, el polo simbólico-cultural puede actuar como un elemento precipitante del proceso migratorio, ya que las emociones vinculadas al sentido de pertenencia, la identidad cultural y el tejido social juegan un papel crucial en la toma de decisiones. Las emociones pueden ser tan intensas que llevan a individuos a optar por permanecer en su lugar de origen, a pesar de enfrentar condiciones materiales precarias.

Algunas de las narrativas de los colaboradores ilustran las situaciones afectivas en torno a la decisión de abandonar o permanecer en el territorio venezolano. Este propósito de enfatizar los aspectos emocionales también fue respaldado por una función del *Atlas.ti 24* llamada: análisis de sentimientos. Esta conlleva un proceso en el cual se examina el contenido emocional de los datos, clasificándolo según el parámetro de positivo, neutral o negativo.

Los párrafos asignados al tono positivo fueron atribuidos a aquellos párrafos donde las personas expresan las razones por las cuales permanecen dentro del territorio venezolano. Las frases neutrales no se tomaron en cuenta, por considerar que no aportaban algo significativo para la investigación. Y, finalmente los párrafos u oraciones calificadas como negativas se relacionaron con los sentimientos y emociones que condujeron a los sujetos a reterritorializarse dentro del país, mediante el insilio, o fuera del mismo, a través de la migración internacional.

Por ejemplo, Andrés comentó:

Yo, anteriormente, no estaba en la posición de dejar mi país. Sin embargo, creo que ahorita es súper necesario y duele, realmente duele, porque es algo que uno no quiere hacer, pero que le toca. Yo no me iba, anteriormente, porque estaba estudiando y no quería abandonar mi carrera. Sentía que había hecho mucho sacrificio e invertido tiempo, dinero y apostaba por mi país, apuesto por mi país, pero de que me sirve apostar por mi país si mi país no está apostando por mí.

A pesar de expresar su dolor por tener que abandonar su hogar, lo que realmente lo impulsa es la desolación de sentir que sus esfuerzos por la construcción del país son ignorados. Esta falta de reconocimiento erosiona su confianza en una relación de reciprocidad con la comunidad, lo que a su vez diluye su vínculo afectivo con aquel lugar que consideraba como su hogar. La sensación de desamparo y la falta de apoyo institucional hacen que su conexión emocional con el territorio venezolano se debilite.

Lily, por su parte, habla sobre:

(...) la devaluación económica y toda la inestabilidad que en ese momento hubo en el país hizo que emocionalmente fueran mellando las condiciones como para soportar y para sobrevivir, porque uno de alguna manera en esos años, cuando lo recuerdo, creo que eso, era una ansiedad constante por saber que iba a pasar al día siguiente, por sobrevivir al día a día, por tener cubiertas las necesidades básicas. Y, bueno, así se fueron normalizando situaciones de agotamiento y estrés que ahora desde la distancia, veo que no eran tan sanas ni saludables.

Ella analiza en retrospectiva que las emociones en las que estaba sumida antes de partir no eran saludables.

Al mismo tiempo, Anthony confiesa: “no creo que al país le importa que yo me fui del país. No creo que les importe si yo regreso al país”. Su comentario refleja tristeza y una sensación de invisibilidad. Se percibe la desazón de un sentimiento de pertenencia frustrado. Ha dejado un país en el cual su presencia es irrelevante.

En el caso de Atenea, ella relata episodios específicos los cuales tienen un impacto emocional significativo en parte de la población venezolana:

En el año 2017, se produjo una repetición de los eventos del 2014, unas protestas masivas que derivaron en unos actos de represión muy marcados, donde hubo muertes, esta vez muy sensibles,

ocasionadas en ámbitos de grupos de jóvenes universitarios que salieron a protestar y que fueron en muchos casos masacrados. Esto dejó una herida simbólica, tanto para los jóvenes mismos, como para los adultos de edad media y adultos mayores. Es decir, la población en general pasó a sentirse presa de un gobierno represivo que en adelante hemos percibido, específicamente, como dictatorial. Y, además, se produjo una herida en el ámbito simbólico de nuestra vida cotidiana, a nuestro presente, el valor de nuestro pasado y a las posibilidades de nuestro futuro. Esto, sobre todo, porque esto se nos ha negado prácticamente nuestra humanidad a los que hemos sido adversos al proyecto político. Hay un cierto insilio que se produce en no sentirnos respetados o representados en el sentido político, nos sentimos fuera de las posibilidades de poder influir en prácticas que, hace muchos años, se volvieron impositivas.

También, expresa el malestar que siente por no sentirse respetada, ni representada por el grupo que detenta el poder. Y, describe una sensación de destierro dentro de la propia nación que la colma de desesperanza.

Beatriz dice:

Lo que quiero decir es que lo social, para mí, tiene que ver con lo político. No solo por la división de las familias, del tema ideológico, que mucha gente se ha peleado por ser chavista y otros no. De hecho, me pasó con mi papá antes que falleciera. También, en mi familia tengo algunas tías chavistas y no se habla de política, para no pelearnos...

Ella se apesadumbra porque las relaciones en todo nivel se han visto afectadas por las tensiones sociales, de manera que el conflicto permea la intimidad, el acontecer cotidiano y los vínculos afectivos.

El relato de Isabel también ilustra lo anterior:

Hay una cosa que yo llamo, muy intuitivamente, “sensibilidad de capataz”, que es lo que siento que opera en el país y es cómo cualquiera de tus compañeros que están ganando la misma infra miseria que tú, pero tiene un carguito en cualquier institución, cree que puede disponer de tu tiempo y que te puede maltratar... y, como están tan interiorizados la esclavitud y el maltrato, infligimos en nombre de ideologías. Y ver cómo puedo ir siendo y viviendo, aun sin sentirme parte de la sociedad, más allá de conseguir el pan y de todo lo demás, esas necesidades que no solamente son comer y tener un techo, sino necesidades sociales, culturales...

En Isabel se siente la indignación por aquéllos que parecieran sacrificar su propia identidad por las ideologías políticas, pues son capaces de ubicar éstas por encima de sus semejantes y hasta de ellos mismos. Para ella, el maltrato se ha normalizado y es un reto vivir en una sociedad donde no se siente identificada.

En otro orden de ideas, Pierina compartió con indignación que “*el discurso socialista sembraba del odio y la división*”. En ella hay un sentimiento de ira, un resentimiento que surge como respuesta ante la discriminación por estereotipos políticos.

Las palabras de Román también expresan resentimiento:

Vengo de un país en ruinas donde nos acostumbramos a vivir entre sombras. (...) En el que flacos adolescentes trancan las avenidas en protesta porque la vida se les ahoga, porque la frustración consume el alma, porque no hay clases en las universidades y los parques son ciudadelas del hampa. (...). Vengo de un país donde la ira es la única estrategia de sobrevivencia que queda. Donde el odio al usurpador es la emoción nacional. Vengo de un país agonizante y demacrado, triste, desolado y trágico, en el que no se sabe de veras sin en algún momento amanecerá.

A través de un despliegue de imágenes, él se atreve a adjudicarle a la nación un entera un sentimiento distintivo: la rabia.

En cambio, Nico comenta las razones por las que ella permanece en Venezuela:

(...) es lo que me pasa con Mérida ahora, siento que es mía, estoy vinculada con este lugar aun cuando esté excluida de la parte social, en insilio, pero me identifico con el lugar. Algunas veces cuando tengo malos días, salgo y la ciudad me habla. Es extraño. Bueno, no sé. Habría que vivir en muchos lugares para saber si te puedes identificar con cada sitio en el que vives.

Ella denota la *topofilia*, “el lazo afectivo entre las personas y el lugar o el ambiente circundante” (Tuan, 2007, p. 13).

En el caso de Abril, ella cuenta:

Entendí el porqué de mi manera de pensar y de expresarme con respecto a toda la situación de mi país, nuestro país, ha cambiado mucho y es justamente por la tristeza, por la decepción, por la pérdida de esperanza que ya uno no le provoca hablar. Y ya uno casi ni se atreve a pensar que esto va a cambiar... La persona que habla ahorita, habla desde la experiencia del momento, pero no ahondo en los detalles, no ahondo, no se me nota, no se me siente esa ira que sentí en algún momento y que todavía la siento, pero que la tengo silenciada.

Por último, Zair menciona la pérdida de una emoción social positiva como lo es el orgullo.

Y también habla del sentimiento de la nostalgia:

Entonces, cuando tú pierdes inclusive el orgullo por la identidad, es un tema gravísimo. (...). Hay una xenofobia endógena. Hay gente que está dentro del país, pero tampoco está dentro del país. Lo extraña más que nosotros mismos. Y además, deben caer en cuenta en algo que ese país no va a volver. No va a volver más nunca, nunca. Y el país cambió definitivamente, porque la gente cambió.

Con su narrativa se pone en el centro la pérdida del sentido de identidad y cómo los cambios en los rasgos culturales afectan contundentemente a la decisión de migrar.

Así, los ejemplos anteriores tienen la intención de evidenciar los múltiples perfiles emocionales involucrados en la migración venezolana del siglo XXI, además de concluir que la de la sensación de inseguridad acarrea como consecuencias directa la disgregación y pérdida del sentido de pertenencia e identidad. Y, aunque ésta última no es una emoción está estrechamente relacionada con aquél. Sin duda, “las emociones constituyen un marco de referencia para la actuación y para configurar los marcos de acción colectiva” (Castillo, 2012, p. 69).

Recapitulación

En este capítulo se presentó un análisis de las narrativas relacionadas con la migración venezolana, basado en un esquema de codificación convencional y dirigido, apoyado por la herramienta de análisis cualitativo *Atlas.ti 24*. A través de este enfoque, se identificaron las principales categorías y temáticas que emergieron de las narrativas de los migrantes, las cuales coinciden con las diferentes dimensiones de la *Seguridad Humana*.

La Seguridad Humana es un concepto multidimensional que abarca la protección de las personas frente a diversas formas de inseguridad que afectan su bienestar físico, así como su estabilidad emocional y social. A diferencia de la noción tradicional de seguridad que se centra en la defensa contra amenazas externas, la Seguridad Humana pone el foco en las necesidades básicas y los derechos fundamentales de los individuos. Esto incluye aspectos como la seguridad económica, alimentaria, política, de salud, de vivienda, comunitaria y personal. En el contexto de la migración venezolana del siglo XXI, el análisis de las narrativas de sus actores evidencia cómo la ausencia de estas garantías ha sido un factor clave en la decisión personal de abandonar su país en busca de condiciones de vida más seguras.

Entre las principales dimensiones de inseguridad que enfrentan los migrantes venezolanos se encuentran: la económica, provocada por la crisis de inflación, la pobreza, el desempleo y la precariedad salarial; la alimentaria, evidenciada en la escasez de alimentos y la desnutrición; la política, marcada por la represión, la falta de estado de derecho y la corrupción; la personal, relacionada con la violencia y el crimen; la comunitaria, que incluye las tensiones sociales y una sensación general de desarraigo y pérdida del sentido de pertenencia; la de vivienda, referida, en este caso, al acceso de servicios públicos y medios de transporte; la de salud: concerniente al estado de salud físico y mental de las personas, el acceso a instalaciones y la atención médica de calidad y la ambiental, correspondiente al temor ante degradación del medio ambiente y sus consecuencias.

Como aporte de este trabajo se ha propuesto la categoría de *inseguridad espacio-territorial* la cual estaría caracterizada por la precarización o pérdida de seguridad dentro de los espacios cotidianos habituales y la limitación o privación de la capacidad de apropiación y construcción de los mismos. En otras palabras, se consideran dentro de esta categoría las amenazas que afectan los medios materiales de subsistencia, así como la construcción y reproducción activa y participativa de los referentes simbólicos que conforman el territorio. Esto último, debido a que la *inseguridad espacio-territorial* aflora el vínculo emocional de los sujetos con su territorio, lo que se puede

apreciar particularmente en las narrativas que hacen referencia al sentido de pertenencia y seguridad comunitaria. Muchas personas expresan una desconexión con su país natal, lo que exagera su necesidad por encontrar seguridad en otros espacios y hacer de éstos su *hogar*; un lugar donde satisfacer las necesidades fisiológicas y materiales, pero también las emocionales.

En ese sentido, Bonnemaison (1981) planteaba que el espacio como tal es aprehensible en tres niveles: a) el espacio estructural u objetivo, que es la adaptación al medio natural (geográfico); b) el espacio vivido, que es el espacio donde se desenvuelve la vida cotidiana, el cual está ligado al comportamiento social; y, c) el espacio cultural, conformado por las sensibilidades y la búsqueda de significaciones. Es a partir de estos niveles que se edifica la relación que une al ser humano con sus territorios. Por lo tanto, una territorialidad auténtica se sustenta sobre estos tres ámbitos (el geográfico, el vivido cotidianamente y el cultural-emocional) que resultan en una seguridad *espacio-territorial*.

Capítulo III. Migración en primera persona

“La caída es, así, la condición en que el fronterizo se encuentra por estricta necesidad, por ananké, sin haberlo elegido ni decidido. Tal caída en la existencia, o caída en el tiempo, daría una determinación implícita a la condición de exilio y éxodo. Pero una vez determinada esa condición necesaria de la existencia fronteriza podría reflexionarse sobre los modos posibles de responder, o co-responder, a esa situación de partida. Ya que el fronterizo tiene la posibilidad de elegir, o de ejercer su libertad, toda vez que se halla apremiado por la sollicitación del límite que a él le inviste”

Eugenio Trías. La razón fronteriza

Este capítulo tiene como objetivo comprender el sentido de la inseguridad espacio-territorial como síntesis causal de la migración venezolana del siglo XXI, mediante una narrativa autoetnográfica. Narrar la propia vida es la forma básica de objetivar la experiencia. Lo que se pretende es sacar a la luz las causas profundas que ocasionaron la migración venezolana, a través de un texto de “una trama simbólica con indudable protagonismo de la autorreferencia” (Arfuch, 2013, p. 13).

Se considera que aportar la propia experiencia es la manera más directa de hacer comprender lo vivido, así como también de rastrear la genealogía del fenómeno. Y, debido a que esta investigación plantea que es la *inseguridad espacio-territorial* el parteaguas de esta migración

se pretende evidenciar las prácticas en torno a ella. De manera que, la narrativa a continuación aspira fundamentar empíricamente la categoría propuesta.

Mujer frontera

Debo empezar diciendo que el lugar a donde migré me ha acogido como si fuera una parte de mi cuerpo que no conocía, una extensión inexplorada de un territorio propio al que me trasladé por tener más nutrientes que el anterior, ya que éste fue deslavado por la acción humana reiterada; explotado hasta dejarlo infértil. Me da la impresión que es algo similar a lo que José Gaos (1996) expresó en su artículo *Confesiones de un transterrado* cuando dijo que nunca se sintió desterrado, sino transterrado. Una coincidencia, no sólo de sensación, sino de destino, por lo que usaré su mismo método de expresión: la confesión.

Hablaré en pasado porque haré énfasis en el contexto de mi salida al aducir la intersección de motivos que finalmente me llevaron a abandonar mi patria —palabra que ha perdido su eficacia simbólica por su obstinado uso—, mismas que acontecen durante las dos primeras décadas de este siglo cuando se gestó el germen del flujo migratorio que sigue arrastrando gente para que se unan a esos pioneros, en distintos lugares del mundo. En este sentido, me ceñiré a mis propias vivencias, por lo que me remitiré a Nietzsche cuando expresó que “no hay hechos, sino interpretaciones”.

Migré a México a comienzos del 2018. Puedo decir que literalmente fui trasplantada, o como me gusta decir: abducida. Unos familiares putativos —aquellos quienes se vuelven familia pese a no tener ningún vínculo parental, ni consanguíneo— se ofrecieron a acoger a mi hijo durante un tiempo en su hogar en Canadá, para darme así la oportunidad de paliar la crisis que atravesábamos, de alguna manera. Ya ellos tenían algunos meses apoyándonos con algo de dinero que transferían con regularidad después de que los noticieros mundiales dieran cuenta de las continuas protestas sociales y los sucesos violentos que acontecían en el país.

Venezuela se había convertido poco a poco en un territorio en disputa, un polvorín tipo Los Balcanes, en el que entraban en guerra tibia (porque no era caliente, ni fría) dos antagonistas: los chavistas y los escuálidos, calificativo con el que Chávez designó a sus opositores en una de sus largas y famosas alocuciones, el cual se convirtió en sinónimo de perdedores, pitiyankis, fascistas, majunches, burgueses y más, por lo que sus seguidores adoptaron tal apodo —con el énfasis peyorativo que su creador le había estampado— para referirse a sus contrincantes.

Fue una época en que la referencia a una posible guerra civil era el pan nuestro de cada día. En medio de esta situación había una buena cantidad de gente que nos considerábamos neutros, los llamados “ni, ni” porque no éramos ni lo uno ni lo otro, sino todo lo contrario, como diría Cantinflas. No participábamos en la pugna por el poder. Sin embargo, perdíamos más que los dos bandos en la lucha por el espacio social pues éramos confundidos por unos y otros como antagonistas. Si bien, la imparcialidad no nos eximía de ser afectados y desfavorecidos por todo lo que a nuestro alrededor ocurría, tampoco nos impedía tener posiciones críticas y opiniones propias que muchas veces no coincidían con ninguno de los polos en confrontación. Podría decirse que ni el oficialismo, ni la oposición conjuntaban gran parte de la población, aunque ambos extremos afirmaran que contaban con el respaldo de la mayoría. Lo anterior es importante de resaltar ya que es mi lugar de enunciación, pero sobre todo porque representa una experiencia que permanece invisibilizada dentro de los relatos dominantes y es denostada por los propios venezolanos. Incluso, y más irritante, por extranjeros que desconocen o menosprecian lo que hemos vivido, negándonos el derecho de narrarnos y de construir una identidad intersticial.

Desde que Chávez emprendió su campaña en 1999, comenzó el debate entre si apoyarlo o no porque —aunque su propuesta hablaba de reivindicaciones para sectores oprimidos—. Sin embargo, la carga de violencia que imprimía en sus discursos me hacía dudar sobre su conveniencia. Esto, a la larga, fue uno de los muchos pesares de aquellos que nos atrevimos a apoyar la Revolución en sus inicios, por tener ideales socialistas que fueron defraudados. Finalmente, el proyecto se tornó en otro populismo más, un “quítate tú pa’ ponerme yo” —como la canción de Johnny— tan típico de nuestros países latinoamericanos. Una especie de vendetta contra las clases poderosas, con un único contenido: el resentimiento. No hubo un cambio político de fondo, sólo de forma, otro caso de desquite por retruque, pero esta vez el odio provenía del clasismo, más que del racismo. Lo que devino en una especie de clasismo racializado.

En este caso, el apartheid era de los negros hacia los blancos. De los *pata en el suelo* contra los ricos. A las personas morenas o negras nos identificaban como chavistas, mientras que a los de piel blanca se les consideraba escuálidos, sea que fueran o no. Esto, en un país considerado el crisol del mestizaje, era sin duda un quiebre con su tradición. Además, traía inconvenientes para los dos polos pues ambos eran maltratados y discriminados dependiendo de los contextos. En las dependencias gubernamentales los blanquitos eran rechazados y encontraban trabas para hacer cualquier gestión. Además, corrían un riesgo mayor en cuanto a su seguridad personal pues se

asumía que eran adinerados, privilegiados, hijos de papá y mamá, lo cual los hacía foco de secuestro y/o robo. Por otro lado los de piel oscura éramos tildados de niches, lambucios, jala bolas, chusma, oportunistas, enchufados o malandros. Todo lo cual pasó a englobarse bajo el término: chavistas.

Fue así como surgieron un sin número de rencores con causa o sin ella, que comenzaron a dividir el país de una manera irreconciliable. Evidentemente, la sociedad venezolana había ido relegando a las clases sociales bajas a las que sólo recurrían en épocas electorales. No se puede negar que los gobiernos anteriores habían ignorado una cantidad de demandas y necesidades de los menos privilegiados. Sin embargo, los diferentes estratos se relacionaban con cierto grado de proximidad, si se compara con sociedades como la colombiana, peruana y mexicana, en las que la división de clase es muy marcada. En Venezuela las fronteras entre las clases no eran infranqueables y mucho menos entre las razas (aunque se sabe que no es la palabra adecuada se quiere distinguir entre los diferentes fenotipos de la raza humana). Este proceso de demarcación entre los sectores sociales fue pernicioso y lamentable, especialmente para la clase media la cual había impulsado a Chávez como líder y a la Revolución Bolivariana como proyecto.

Con llegada de Chávez, “se incrementó el presidencialismo ya que sus atributos carismáticos rápidamente lo convirtieron en el centro del proyecto bolivariano, lo que derivó en una gran concentración de poder y al progresivo desmantelamiento de la institucionalidad estatal” (Caraballo, 2024, p. 87). Y, aunque parezca exagerado la presencia de Chávez en toda esta narrativa esto se debe a que no es posible hablar del proceso político, económico y social acaecido en la Venezuela contemporánea sin hacer referencia a Chávez. Es así que, para algunos militares, colectivos pro-gobierno y venezolanos de a pie hablar de Chávez es hablar de la Patria; son sinónimos (Lecumberri, 2012). Expresiones como “todos somos hijos de Chávez” sigue siendo un lema utilizado a 11 años de su muerte y los responsables del gobierno se escudan con él todavía. Chávez y la Revolución Bolivariana son sinónimos, por ende todo el devenir político de Venezuela es chavista y para hablar del mismo hay que mentar a Chávez. No se trata de individualismo metodológico, sino de cómo se ha vivido en el país su beatificación. Esta centralidad se hace sentir con expresiones como: “con Chávez todo, sin Chávez nada”, “aquí no se habla mal de Chávez”. Sin embargo, luego de las elecciones del 2018, cuando Maduro resultó reelecto, el vínculo emocional que el electorado tenía con Chávez comenzó a diluirse y las acciones del gobierno comenzaron a deslindarse de las propiciadas por él. A partir de entonces, Maduro comienza a ser

realmente la cara del gobierno, lo cual lo obligó a asumir su cuota de responsabilidad y le hizo perder muchos partidarios incondicionales de la revolución.

La relación que se planteó desde 1999 entre el Estado y la ciudadanía se basó en lo que el historiador camerunés Achille Mbembe (2011) llamó *Necropolítica*. Esto es una forma de dominación donde el poder reside en la capacidad de hacer morir y dejar vivir. La aplicación de este poder se caracteriza por un modo de ejercer el derecho de condenar a muerte o a una relación de enemistad a aquellos que se oponen a él, con el pretexto de la guerra, de la resistencia o de la lucha contra algún enemigo. Este antagonismo se evidenciaba de varias maneras, una era la libre accesibilidad al espacio público, donde el segmento oficialista había decidido limitar o impedir el derecho a la ciudad a los segmentos opositores por lo que los chavistas/maduristas pasaron a convertirse en los amos del lugar (Delgado, 1997). Otra, era el borramiento de las bases relacionales con el territorio en tanto espacio que habitábamos, como con nuestros prójimos y con los procesos históricos e identitarios que hasta ahora habíamos construido.

La muerte a la que se condenaba reiteradamente a la disidencia venezolana era una muerte social, quitándoles el derecho a la ciudadanía y a una vida digna. Una muerte por discriminación, por rechazo a pertenecer al colectivo que intentaba refundar a Venezuela sobre nuevas bases de un supuesto “buen vivir”. Se comenzó a circunscribir la ciudadanía a los adeptos a la revolución, deshumanizando a aquellos que no simpatizábamos con sus ideas, lo que se traducía en una pérdida del sentido de la vida, de esperanza y de oportunidades. De ahí que, Louis-Vincent Thomas dijera que “cabe preguntarse si hay muerte más horrible que la que consiste en privar a un pueblo de su cultura, sus raíces y sus valores, negándole por lo tanto el derecho a preservar su identidad” (Thomas, 1991, p. 19). Continuamente quienes se oponían al gobierno eran y son etiquetados con significantes negativos, en una especie de expulsión que a la larga terminó en exilio, el cual en la Antigua Grecia era considerado el peor de los castigos. Y, Walter Benjamín consideraba al exilio como una condena doble, las primera por el ostracismo del derecho a hablar y la segunda por la ventriloquia de los que hablarán por una.

Chávez sin duda fue un gran orador. Sus pláticas y mítines se trasmitían por radio y televisión en cadena infinita, como muestra de la hegemonía del espacio comunicador. En sus programas recitaba poemas, hacía promesas, vilipendiaba y desafiaba a sus enemigos, aupaba a sus seguidores, legislaba, bailaba, contaba anécdotas y más. Sus discursos han sido objeto de varios estudios y análisis. Entre ellos, la disertación de Adrián, T. y Jáimez, R. (2018) titulada:

¿Adversario o enemigo? en la que analizan la violencia en las expresiones discursivas de Hugo Chávez Frías hacia el *otro*. Ahí se demuestra que su léxico tenía rasgos de *hate speech* o discurso de odio.

La Revolución creó un lenguaje propio basado en el vocabulario militar y la resemantización de algunas referencias dando lugar a una neolengua. Entre las tantas expresiones contenidas en los sermones a lo largo de su mandato se encuentran: la moribunda constitución, dar palizas, freír en aceite, cortar cabezas, batalla, victoria de mierda, no volverán, traidor a la patria. O también sentencias como: combatir a los enemigos, prepárense para la guerra, amenazas a la patria, etc. Innumerables enunciados que apostaban por acabar con el sistema normativo e institucional que hasta el momento regía la sociedad venezolana. Su lema principal: ¡Patria, socialismo o muerte! invocaba a esta última para aquellos que no lo siguieran o asintieran a sus proposiciones. ¡Si no están conmigo, están contra mí! ¡Quien no es chavista no es venezolano! No había medias tintas. Por lo que aquellos que no estábamos a favor de ninguna de los polos no existíamos. Sin embargo, nos sentíamos amedrentados.

Por otra parte, la migración se presentó para muchos como una estrategia para resguardar o revitalizar su identidad que se desvanecía. Fue una manera de superar la imposibilidad de realizarse individual y socialmente, lo cual parecía inalcanzable en un clima de rencillas, incertidumbre y falta de oportunidades. Sin embargo, la movilidad no acabó con la enemistad entre las posturas políticas, pues éstas se han llevado consigo o se han reproducido en lo que Avtar Brah (2011) denominó “espacios de diáspora”; lugares habitados no solo por los sujetos que se desplazan, sino también por quienes son construidos y representados como autóctonos.

Por otra parte, la apropiación de los espacios públicos y la manipulación de la memoria histórica fueron unas de las estrategias de las que se hizo la nueva élite para asegurar su dominación, en el sentido de que lograron modificar la relación entre los ciudadanos y su territorio. Un sin número de calles, plazas, monumentos, parques, efemérides y demás referentes culturales del pasado fueron renombrados, alterados o anulados, suplantándolos por nuevos significados. Esto tomó parte de una cartografía simbólica que fue poco a poco definiendo fronteras imperceptibles dentro del espacio habitual cotidiano, además de incidir en el apego, memorias y emociones producidas por ellos. Una nueva concepción del “nosotros” y los “otros” iba tomando forma y el resultado fue lo que llamó Manuel Delgado Ruiz (1997) —en sus apuntes de su texto *Ciudad líquida, ciudad interrumpida*— “una topografía de inclusiones y exclusiones que mostraba

una vez más dos identidades antagónicas” (p. 39). “Las encarnaciones del enemigo social abstracto son mostradas venciendo momentáneamente sobre la normalidad cotidiana y haciéndose con el control del espacio público” (Delgado, 1997, p. 137).

Evidentemente, lo anterior tuvo un efecto en el sentido de pertenencia socio-territorial de la población en general. Los que congeniaban con el proyecto político lo percibieron como una victoria sobre las clases desplazadas, mientras éstas lo asumieron como una pérdida de identidad. Personalmente, a mí me causaba contrariedad visitar lugares en los que crecí y pasé parte de mi infancia y adolescencia, donde había construido memorias y podía mapearme a través de experiencias y afectos, lugares que pasaron a llamarse de una forma distinta y cambiaron su estética con las que ya no me identificaba.

Por el empecinamiento de reinventarnos, el nombre del país fue modificado y adquirió un adjetivo que era innecesario ya que no iba a cambiar el apego o valor que las generaciones pasadas y futuras le tendrían al Libertador. Simón Bolívar era —sin duda alguna— el héroe nacional y, aunque la escuela se limitara a enseñarnos algunos datos biográficos básicos y su retrato en ropa militar, en el seno familiar esta información se ampliaba con algunas de sus hazañas, cartas o discursos —como el delirio sobre el Chimborazo—, su relación con su esclava la Negra Matea quien lo amamantó y sus amoríos con Manuela Saénz, entre otras cosas. Cada persona y rincón de la geografía nacional le rendía homenaje. Al menos, en cada pueblo o ciudad había una plaza central con su estatua para rendirle honores. Pero no solo fungía de topónimo, en el imaginario colectivo no había un ser superior a él. Posiblemente, ésta fuera la maniobra de trasfondo al equipar al presidente Chávez con el padre de la patria.

Durante los primeros años del nuevo gobierno hasta la cara de Bolívar adquirió otros rasgos a partir de lo que Chávez alegó en su programa *Aló presidente* del 5 de marzo de 2006: “Bolívar no era blanco. Nació entre los negros, era más negro que blanco. Bolívar era un zambo como yo”. Luego de haberlo resucitado fervientemente era como si lo hubieran clonado. De ser un elemento de cohesión, pasó a ser un factor de desafiliación. Su nombre se convirtió en epíteto y comenzó a hacerse repugnante. Todo era bolivariano. Y Bolívar era omnisciente, omnipotente y omnipresente. Hasta pasó a ser socialista y, por supuesto, chavista.

El culto a Bolívar no era algo nuevo en Venezuela, ya existían referencias importantes que daban cuenta de ello en la historiografía venezolana, como el libro de Germán Carrera Damas (2013) publicado por primera vez en 1970. Tenía la percepción de que lo estaban deshonorando, lo

estaban prostituyendo. Se había convertido en un ícono comercial y publicitario. Hasta se exhumó su tumba de la cual se dice que Chávez extrajo un anillo para así embestirse de un hálito sacralizado. Se seguían manipulando los afectos con fines que permanecían ocultos, pero que a la larga conseguirían que muchos rechazáramos a los signos tradicionalmente distintivos, como si ya no fuéramos parte de la nación, del pueblo —palabra que quedó para uso y descripción exclusiva de los que estaban de acuerdo con el proceso político—.

Luego, se hizo el cambio del huso horario, lo cual rayaba en el absurdo. Al recapacitar sobre ello, entiendo esa movida como una dislocación del tiempo histórico que hasta ese momento ocupaba un espacio físico y temporal consolidado. Era como si los hechos hasta el momento transcurridos se trasladaran a una realidad paralela que quedaba relegada. Quizás sonará exagerado porque tan sólo era media hora, pero ello tuvo un efecto acumulativo.

A esas pequeñas reformas se le sumaron otras alteraciones a los símbolos patrios y a los discursos que los respaldaban, mismas que chocaba con las representaciones sociales que se tenían hasta el momento, así como con las investigaciones por años realizadas por los miembros de la Academia de Historia de Venezuela quienes no dejaban de oponer resistencia y pronunciarse al respecto. A la bandera se le agregó otra estrella; el caballo del escudo cambió su mirada hacia el otro lado; algunas estatuas fueron sustituidas; el diseño del papel moneda fue cambiado, así como su denominación. Se visibilizaron personajes históricos desconocidos, mientras algunos conocidos se ocultaron. Se abría una brecha —o herida simbólica— en la narrativa nacional que desvinculaba a unos de otros y a éstos con su entorno. El distanciamiento inicial se estaba convirtiendo en un “franco extrañamiento”, para usar una de las frases de Claudio Lomnitz (2022) en su libro *El tejido social rasgado*.

Subsecuentemente, la reescritura de la historia modificaba la cosmovisión que hasta ahora teníamos los venezolanos de nosotros mismos, además de afectar la filiación con los lugares de nuestra memoria. Hablo en plural porque esto no era cosa que sólo yo apreciara. El problema no era que se develaran relatos ignorados u olvidados hasta el momento. La cuestión era que venían a sustituir las leyendas y los cuentos tradicionales rompiendo así, insistentemente, lo que servía de sustrato a la identidad y conciencia colectiva. Muchas veces sentí que era un ataque sin tregua a nuestro pasado, el cual parecía reducirse a la gloriosa época de la Independencia y a la Cuarta República, cuando se firmó en acuerdo de gobernabilidad que se quebrantó al Chávez asumir el poder.

En ese tiempo salió un largometraje basado en hechos reales llamado *Invictus*, adjetivo del que Chávez presumía debido a que no había perdido ninguna de las innumerables elecciones que había convocado. La película trataba sobre un extracto de la vida de Nelson Mandela, durante los años del desmantelamiento del sistema segregacionista, donde muestran que cuando él ganó las elecciones y tomó el poder, las personas que conformaban el gabinete del gobierno saliente pensaron que los iban a despedir, por lo que empacaron sus pertenencias para abandonar los puestos de trabajo que ocupaban. Sin embargo, Mandela entra en escena y les pide que se queden porque el país los iba a necesitar ya que eran ellos quienes —con su *expertise*— podían ser consultores clave de la nueva gestión. Por el contrario en Venezuela gran parte de las nóminas de los gobiernos anteriores fueron execradas, sobre todo las de Petróleos de Venezuela (PDVSA).

Se crearon un sin número de instituciones que reemplazaron paulatinamente las establecidas. Aquellas que prevalecieron fueron adjudicadas, incluso algunas utilizadas como estandarte de los logros bolivarianos. Entre ellas una de las más significativas fue la *Orquesta Sinfónica Simón Bolívar* la cual había sido creada en 1975, bajo el gobierno de Carlos Andrés Pérez, mismo que había sido objeto del golpe de Estado en 1992 por la rebelión militar encabezada por Chávez. Así, muchos espacios culturales fueron desalojados y reapropiados, dejando fuera una vez más a la población que representaba parte del pasado el cual se quería deslastrar pues estaba negativamente signado.

Posteriormente, en el país se comenzó a asentar una cultura con valores diferentes. Por ejemplo, el que derivó de las expropiaciones. Así, muchas personas aprovecharon para hacerse de tierras, propiedades y bienes materiales ajenos. Y, esto no es puro cuento de camino para desprestigiar al gobierno. Mi familia fue víctima de esta política y no éramos terratenientes, ni mucho menos. Mi abuelo paterno, oriundo del oriente venezolano, nos había dado en herencia una tierra en su pueblo natal que fue expropiada por los lugareños, aun cuando él personalmente les había donado un terreno para que construyeran el ambulatorio. Mi papá y yo acudimos a encarar a los ocupantes, pero esto no sirvió de mucho. Nos lo quitaron bajo el lema *¡exprópiese!* tan utilizado por su Comandante.

Fue un período en el que comenzaron a verse casas de cartón o de retazos de láminas de zinc o tablas de madera construidas por doquier para ocupar tierras ociosas por un tiempo lo suficientemente largo con el objetivo de exigirle al gobierno que regulariza sus asentamientos.

Para ello, se había creado el Instituto Nacional de Tierras (INTI), el cual se encargaba de la adjudicación de los casos que al Estado le parecieran pertinentes.

Otra manera de apropiarse de los espacios privados fue lo que les ocurrió a unos vecinos de una comunidad de Los Andes en la que vivía por temporadas. Ellos tenían un abasto en un anexo de su casa, donde vendían productos del campo y otros procesados. Sin embargo, en algún momento les pareció buena idea incluir la mercancía que distribuía *Mercal*, uno de los tantos programas sociales del Estado, llamados *Misiones*. Lo que no consideraron fue que luego les iban a restringir la venta a esos productos exclusivamente, pues así exigía el gobierno. Sin embargo, la escasa variedad de éstos no atendía las necesidades de la comunidad, por lo que a la larga, tuvieron que cerrar la tienda ya que no les era rentable. Este lugar que anteriormente era un punto de reunión de la comunidad dejó así de serlo.

De la misma manera, unos conocidos perdieron una joyería en los alrededores de la Plaza Bolívar de Caracas, cuando un día Chávez expropió varios edificios de los alrededores del Palacio Miraflores, sede de gobierno en la capital. Estaba claro que no había un espacio seguro, no había garantía de la propiedad privada. Pero, las invasiones y expropiaciones no sólo se constituyeron como una forma de hacerse de lo privado sino también de lo público (Aguilar, 2024). La expropiación fue una política de Estado y el Estado estaba encarnado por Chávez. Luis XIV de Francia y él compartían la apócrifa frase: “el Estado soy yo”.

El tema de las invasiones y expropiaciones se convirtió en una tendencia de ocupación de espacios y vendría a constituir el *modus operandi* del momento. Ocupación y expropiación eran un dúo dinámico. Quien ocupaba expropiaba y quien expropiaba ocupaba (Aguilar, 2024). Esto también tuvo efectos en los alquileres de bienes inmuebles, pues las personas que tenían propiedades en renta comenzaron a temer que los inquilinos se las apropiaran. Sobre todo si eran familias con niños o jóvenes menores de edad, pues las leyes los amparaban. Muchos dueños prefirieron dejar las propiedades vacías o con algún familiar que las cuidara. Esto ocasionó a la larga roces pues no todos los *cuidones* quisieron desalojar luego de estar instalados.

En otro contexto, no todo aquel que disenta se mantenía al margen de los beneficios que brindaba el Estado. Un ejemplo de ello fue lo que se generó en torno a la Comisión Nacional de Administración de Divisas (CADIVI) que regulaba el control cambiario implementado por el gobierno de Chávez. El mismo ofrecía una cantidad de cupos preferenciales anuales para solicitar divisas. A partir de ello se comenzaron a hacer negocios ilícitos que consistían en utilizar el cupo

para hacer viajes cortos y vender el dinero sobrante. Ahí fue que muchos venezolanos viajaron por América Latina y El Caribe a destinos cercanos para que les quedara suficientes recursos que negociar a su retorno en el mercado negro. Así la gente conoció Aruba, Panamá, Ecuador, Chile, Perú, Argentina, República Dominicana, Costa Rica y una variedad de destinos. Se ha llegado a pensar que de ahí parte que muchos venezolanos hayan decidido migrar a esos países pues ya les habían tomado la medida, los habían explorado.

Por otra parte, algo que contribuía con el desapego y disociación era la inconsistencia de la realidad que se vivía en el país con la que mostraba el gobierno. Es el caso de la implementada *Misión Robinson*, la cual se encargaba de alfabetizar a través de una metodología cubana mediante videos televisivos. En ese momento, yo trabajaba en una fundación sin fines de lucro que impartía talleres de labores en un barrio de la costa venezolana, parte del cinturón de miseria de la Petroquímica de Venezuela (Pequiven), la cual en su ánimo por asumir responsabilidad social nos había contratado para llevar a cabo un proyecto de desarrollo comunitario. Puedo afirmar que la mayoría de las personas que se inscribieron en los talleres no sabían leer, ni escribir cuando ya el gobierno pregonaba haber erradicado el analfabetismo. Este proyecto, aun cuando tuvo un buen impacto en la comunidad y sus alrededores, fue truncado pues nos negábamos a llevar puestas gorras y camisas rojas distintivas del gobierno para hacerle propaganda, por lo que nos cortaron el presupuesto. Seguimos trabajando unos meses con recursos propios, pero penosamente lo abandonamos. Los espacios comunitarios también pasaron a ser exclusivos de los que se mostraban adeptos al gobierno y quedaron restringidos a aquellas actividades cuyo significado fuera aceptable para la ideología dominante.

De igual manera había una brecha insalvable entre el costo y la calidad de vida. La inseguridad personal había incluido a Venezuela entre los países con más alto índice de homicidios en el mundo. La gente salía a diario con temor a ser asaltado en el autobús o cuando el carro estaba detenido en un semáforo. Si pasaba una moto cerca la paranoia te hacía saltar el corazón y temblar las piernas. Las personas se escondían el celular en lugares inverosímiles “por si acaso” y no se les ocurría atenderlo en lugares públicos. La delincuencia llegó a niveles inéditos. Tanto que los *choros* robaban e incluso mataban por unas bolsas de mercado, como lamentablemente le sucedió al apreciado cantante Evio Di Marzo.

Los robos no solo eran a mano armada. Los comercios se habían acostumbrado a elevar sus precios en la medida en que el sol se iba ocultando. En la mañana las cosas eran más baratas

que al final del día. Esto creaba una tensión constante y un estado de permanente cacería. La gente se acostumbró a pasar el día de donde se conseguían las cosas a mejor precio y ahí corrían los más avisados para comprar antes que se agotaran. El día se iba en conseguir comida; en la caza, la pesca y la recolección. Habíamos vuelto a la época de las cavernas. De hecho, hubo quienes comenzamos a cocinar en leña ante la falta de gas.

El hambre era un agente inflamable. La gente estaba de a toque. El pleitismo se instituyó para quedarse. No era cosa de entrarse a puños en la Asamblea Nacional, exclusivamente. Era la cotidianidad del autobús, de las tiendas, de la calle, de las oficinas, de la vecindad e incluso de los núcleos familiares. El temperamento de la mayoría era explosivo. Cuando la gente siente que está amenazada su seguridad inmediata suele hacerse menos tolerante y afloran sentimientos como la ira y el odio y, la violencia no se hace esperar (PNUD, 1994). El comportamiento cívico se degradó considerablemente y la confianza en el otro poco a poco se fue disolviendo.

Las familias comenzaron a separarse por las confrontaciones y altercados. La mía lamentablemente fue una de ellas. Mi papá históricamente había sido de izquierda, por lo que desde un inicio hasta el presente ha defendido el proceso bolivariano y sobre todo al *Comandante eterno*. Esto causó que fuéramos los apestados dentro de la familia extendida. Por muchos años dejamos de visitar a varios primos y tíos y ellos a nosotros, hasta que muchos abandonaron el país. Las fiestas navideñas ya no congregaban ni al mismo número, ni a la misma gente. Actualmente, mis padres se reúnen con antiguos guerrilleros y retomaron amistad con sus viejos compañeros ñángaras. Sin embargo, después de que la mayoría de las generaciones jóvenes migraron el veto se levantó porque los pocos viejos que quedan en el país se han solidarizado unos con otros a falta de hijos, nietos y sobrinos que los cuiden.

Personalmente, tenía amigos escuálidos y amigos chavistas, por lo que siempre me sentía en entredicho, como traidora para ambos lados o más bien como abogada del diablo. En muchas ocasiones quedaba como chavista por defender la honra de mi papá y por aquello de que no todos los chavistas son corruptos. Mi papá no es un enchufado, ni ladrón, tampoco ha recibido prebendas del gobierno. Todo lo contrario, en dos oportunidades fue despedido por movimientos que el mismo Chávez realizó. Pero por otro lado, mi papá y yo discutíamos porque él pensaba que yo era escuálida ya que no apoyaba lo que despuntaba como totalitarismo. El desacuerdo entre nosotros llegó a tal nivel que tuve que apartarme de su casa por un año entero. En el presente, ambos evadimos el tema en la medida de lo posible. Pero cuando pienso en que mi abuelo, su padre, era

adeco, psiquiatra, senador de la Cuarta República, quien advirtiera sobre las consecuencias de haber elegido a un líder con las características de Chávez, no dejo de recordar el poema Canción mexicana de Octavio Paz:

*Mi abuelo, al tomar el café,
me hablaba de Juárez y de Porfirio,
los zuavos y los plateados.
Y el mantel olía a pólvora.
Mi padre, al tomar la copa,
me hablaba de Zapata y de Villa,
Soto y Gama y los Flores Magón.
Y el mantel olía a pólvora.
Yo me quedo callado:
¿de quién podría hablar?*

Muchas veces me sentí sola, puesto que vivía en Mérida, una ciudad andina lejos de la capital donde viven mis padres. No podía ayudarlos a ellos, ni ellos a mí. Cada quien tenía que sobrevivir por sus propios medios. Había perdido muchos amigos. Algunos se habían ido del país y muchos de los que quedaban estaban lejos, considerando que no había transporte para desplazarse y las distancias no eran caminables. Lo más triste es que había llegado a desconfiar de otros que si tenía cerca, pero apartados. No era una distancia física, sino un abismo existencial que nos separaba pues ya no nos reconocíamos. Era algo como lo que expresaba Georg Simmel (2014) cuando decía que “la unión entre la proximidad y el alejamiento, que se contiene en todas las relaciones humanas, ha tomado aquí una forma que pudiera sintetizarse de este modo: la distancia, dentro de la relación, significa que el próximo está lejano, pero el ser extranjero significa que el lejano está próximo” (p. 597). En algunos casos, se había creado una ruptura por causa de las ideas que consideraba obsoletas (“trasnochadas” como le gustaba decir a un profesor ecuatoriano de mi época universitaria) o debido a los nuevos valores y/o distintas prácticas. Incluso, llegué a tener broncas con algunos “amigos” por dinero, por deudas que se negaban a pagarme.

La transformación de los vínculos emocionales es algo destacable a considerar para la comprensión de lo que estaba ocurriendo. Anteriormente, mi casa había sido un punto de reunión entre amigos. Mi hijo y yo recibíamos visitas a menudo y yo organizaba comidas para juntarnos. En los últimos años ya no invitaba a nadie, ni me gustaba que me cayeran de sorpresa pues el plato que le servía al visitante representaba una ración menos para mi hijo y para mí. Las amistades se restringieron, muchas relaciones se fracturaron y la generosidad se puso en pausa. Hubo una especie de destrucción y reconstrucción de la comunidad a la que estábamos habituados.

Otra cosa que me afectó y decepcionó fue ver la avaricia de muchos amigos que conseguían cargos o diferentes beneficios del gobierno. Veía como se aprovisionaban rápidamente de recursos y bienes. En contraste, en varias ocasiones yo tuve que dejar puestos de trabajo o no quise aceptar algunos por evitar situaciones comprometedoras. Tampoco quise donar parte de mi tiempo y esfuerzo a costa de ideologías que contradecían con hechos sus inflamados e inflados discursos.

En cuanto a las oportunidades laborales, también se volvieron escasas. Trabajaba a destajo para algunas dependencias del Estado, pero poco a poco fui aceptando que no encajaba en el adoctrinamiento y en la visión que querían darles a las instituciones, por lo que preferí buscar trabajo en pequeños emprendimientos que no tuvieran relación con el Estado. Ya no ejercí mi profesión, sino que me dediqué a oficios artesanales. No quería ninguna vinculación con el gobierno, pero tampoco cumplía los requisitos de adhesión para postularme; no me había ni me iba a inscribir en el Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV), ni era miliciana, ni quería el Carnet de la Patria, ni del Buen vivir, no figuraba en ninguna misión, ni era beneficiaria de una de las tantas becas que se ofrecían. Por otro lado, no tenía interés en vincularme con la oposición pues me parecía una pérdida de tiempo y tampoco estaba de acuerdo con, ni confiaba en, muchos de sus movimientos.

En una ocasión en medio de la escasez me anoté para la recepción de una bolsa de despensa, aunque no contaba con las marbetes anteriormente nombrados. Recuerdo que estaba asomada en la ventana porque los vecinos me habían advertido que se hacía una fila larguísima cuando llegaba el camión a repartirlas. Al verlo venir bajé rápidamente y me formé en la cola con taquicardia. Como fui de las primeras, salí rápido después de firmar una lista, lo cual no me agrado mucho ya que las listas eran malversadas. Al subir de nuevo a mi casa me tiré en el piso del ascensor indignada. No volví a ser parte de ello, preferí recortar nuestra dieta. Muchas veces comíamos dos veces al día o nos restringíamos en los alimentos. En esa época, el menú de la cena se limitaba frecuentemente a un trozo de yuca con suero de leche.

Algo peligroso para la convivencia fue el imaginario que Chávez sembró cuando afirmó que el pobre era tal porque históricamente lo habían robado y según ello estaba justificado que el que tenía alguna necesidad robara. Esto inevitablemente me hacía pensar en ese dicho popular: “ladrón que roba a ladrón tiene cien años de perdón”. Lo anterior transformaba a la clase pudiente en victimarios y a los pobres en víctimas. Fue una forma de romantizar la pobreza que fomentó la inconsciencia de clase y creó una bomba de tiempo.

Por si fuera poco, se fue promoviendo una narrativa que justificaba la violencia y delincuencia con un término acuñado por el presidente mismo: *bienadros* el cual venía a sustituir el término *malandros*, quienes terminaron por empoderarse como unos justicieros. Investigaciones realizadas por el Observatorio Venezolano de Prisiones han demostrado como las organizaciones criminales proliferaron durante los gobiernos chavistas bajo la dirección de los *pranes* (término que significa Preso Rematado Asesino Nato, difundido por las bandas de puertorriqueños aprehendidos en cárceles norteamericanas) quienes han tomado el control de los centros penitenciarios, en una especie de cacicazgo.

Aunado a esto, un problema remarcable del Estado venezolano ha sido la temática en torno a la justicia. Esto no sólo es debido a la inexistencia de la división entre los poderes públicos, los cuales parecieron concentrarse en uno solo: el ejecutivo. Sino también deriva del hecho de que la justicia ha sido administrada sin regulación institucional en sus diferentes niveles. Efectivamente, bajo el mandato de Chávez era él quien decidía de manera arbitraria y según su humor del día quien iba preso —dando inicio a la figura del preso político— y señalaba sin ninguna moderación a quien se iba a sancionar, expropiar e investigar. Así, se crearon gradualmente estructuras paralelas encargadas de administrar una justicia de dudosa imparcialidad. Lo anterior terminó de socavar el *Espíritu de las leyes* el cual reside justamente en el equilibrio entre los poderes públicos —bien trabajado por el barón de Montesquieu en su tratado publicado en 1748— y quebrantar el *Contrato social*, según el cual el Estado acuerda defender los derechos y deberes de sus ciudadanos —explicado extensamente por Jean-Jaques Rousseau en obra de 1762—. Esto para citar dos clásicos de la teoría política del Estado.

Dicha administración de la legalidad y criminalización de personas inocentes —entre otras cosas— es lo que ha vinculado al devenir del Estado venezolano con *Los Orígenes del Totalitarismo* comparándolo con regímenes como el Stalinismo y el Nazismo los cuales buscaron eliminar todo tipo de restricciones al Estado, tal como Hanna Arendt documentara en su texto de 1961. Incuestionablemente, el Estado venezolano acude e invoca a la ley para justificar un entramado jurídico cuyo propósito es mantenerse en el poder. Ejemplo de ello, es la mentada Constitución de la República Bolivariana de Venezuela que cargaba Chávez como libro de bolsillo, no obstante no apegaba a ella sus acciones.

Una de las prácticas del Estado bolivariano ha sido utilizar el color rojo como dispositivo de control y demarcación de las fronteras internas que cada vez se hacían más evidentes y se

recrudescían. Los que no queríamos ser identificados con el chavismo nunca lo vestíamos, desapareció de nuestra paleta. En cambio, los amantes del proceso lo asumieron como estandarte. Las zonas y personas se deslindaban con el “rojo rojito”. Los del lado oficialista llevaban ropa y banderas rojas y los de la oposición ropa y banderas blancas. Me hacían pensar en el Orinoco y el Caroní, ríos de la selva venezolana que confluyen pero sus aguas no se mezclan. No era recomendable vestir de rojo en las áreas reclamadas por la oposición por el riesgo a ser agredidos. Y, esto lo puedo ratificar con una anécdota de primera mano. Como lo comentaré a lo largo del relato mis padres son partidarios del gobierno y viven en una zona de Caracas donde muchas familias de los desprestigiados partidos políticos de la Cuarta República siguen residiendo. En ciertas ocasiones su casa ha sido apedreada y mi padre físicamente maltratado. No obstante, el episodio más indignante fue cuando mi padre por estarle haciendo campaña a Nicolás Maduro en la facultad de donde trabajaba como profesor, otro docente lo intentó agredir físicamente en medio de una rueda donde un grupo de estudiantes incitaban la agresión. Por cosas como estas, nunca me declararé opositora. En todo caso, soy opositora de la oposición y del chavismo. Como la hipotenusa para los catetos.

Lo anterior da cuenta de que la violencia en Venezuela no proviene únicamente por parte del gobierno, aunque poco a poco la fue monopolizando. De igual manera, no ha sido competencia exclusiva del ala castrense del Estado, el cual ha contado con un conjunto de colectivos paralelos organizados para la defensa de la Revolución. Estos colectivos han tenido un papel importante en el amedrentamiento de la población que intenta protestar contra el gobierno. Se desplazan en grandes turbas de motorizados como una guerrilla urbana, al mejor estilo del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros de Uruguay, de los años sesenta y setenta. De hecho, llevan el mismo nombre: los Tupamaros.

En una época anterior a la conformación oficial de estos colectivos trabajé en Caracas para una empresa de estudios de mercado. Tenía que ir a levantar datos en el José Félix Rivas, uno de los barrios caraqueños más peligrosos. Estuve visitando casas de los primeros sectores, pues a los superiores no era recomendable acceder. Durante una semana entrevisté a personas que consentían participar en la investigación. Una de ellas me refirió —*off the record*— que junto a las bolsas de comida que el gobierno repartía a través de los Comités Locales de Abastecimiento y Producción (CLAP), les proveían armas a ciertos individuos. Lo cierto es que el chavismo fue ganando implacablemente terreno y legitimando el uso de la violencia. Así, el gobierno fue ratificando

mediante todo tipo de mecanismos y prácticas la posesión del territorio; el ejercicio de la territorialidad desplegado en su máxima expresión.

En otra línea de ideas, la burocracia ha crecido desmedidamente como otro territorio en reclamación. Esto es significativamente remarcable debido a que una de las cosas que Chávez prometió al asumir el poder en 1999 fue la reducción de la misma. No obstante, su gobierno duplicó el número de Ministerios. Los lugares de trabajo dentro del Estado han sido ambicionados por militares y partidarios quienes fueron ocupándolos con la venia o por mandato del mismo Chávez. Los más codiciados eran dentro de la industria nacional Petróleos de Venezuela (PDVSA), en la que había vacantes luego de deshacerse de gran parte de los trabajadores que no mostraban su adhesión al proyecto político. Entre ellos mi padrino y una de mis amigas de infancia. Ya sea porque llevaran el color rojo, porque asistieran a las continuas marchas, porque colocaran las imágenes de Bolívar, el Che o Chávez en algún lugar visible o porque usaran eslóganes izquierdistas o escucharan trova cubana, la licencia de estar y permanecer era concedida. De lo contrario, las personas eran hostigadas hasta hacerlas renunciar. Lo mismo en otras instituciones del Estado, como el caso de un compañero de la universidad al que le hicieron firmar su renuncia tras meses de maltrato y persecución en una de las embajadas venezolanas. Prevalecía y prevalece la idea de que quien está con la revolución queda adentro y quien discrepa se va afuera.

Los peores momentos de la crisis se han vivido bajo el mandato de Nicolás Maduro. Sobre todo en los períodos de las guarimbas, como se les llamó a las protestas donde la oposición tomó algunos sectores de las ciudades y los cercó con alambres de púas, cauchos viejos, piedras, chatarra, láminas de zinc, chapas de madera, cualquier material servía para construir barricadas, las trincheras. Como mi hijo y yo vivíamos justamente en uno de los puntos de reunión de la oposición estábamos en zona caliente. Esto me hacía sentir muy insegura pues mi apartamento era identificado como chavista ya que mi papá había vivido ahí varios años y los vecinos lo conocían.

Cuando se hacían convocatorias a las marchas siempre pasaban por el frente de mi casa. Al principio ponían música a todo volumen si la reunión era pacífica, se transmitían consignas a viva voz una y otra vez. Pero cuando la cosa se puso tensa, en las noches sonaban las cacerolas y detonaban pólvora a la hora que fuera y constantemente golpeaban los postes de luz produciendo un molesto ruido metálico que me despertaba a cada rato en las madrugadas y me mantenía en vilo. Esto último lo hacían para anunciar que venía el gobierno derribando los cercos para tirar

bombas lacrimógenas contra los apartamentos. Cosa que había pasado en varias ocasiones, incluso por error o adrede habían incendiado algunas viviendas.

Las calles estaban cerradas y cercadas. En algunos tramos había pasillos que estaban vigilados por encapuchados quienes supuestamente resguardaban la zona. Vivimos meses encerrados y con miedo tanto al gobierno, como a la oposición. No podía más que pensar en la ocupación israelí en Palestina. No había libertad de expresión. No podías decir que estabas en contra de esa locura porque podían golpearte o, incluso matarte. Como le sucedió a una amiga chavista quien fuera asesinada al intentar levantar las barricadas. Un tiro en la cabeza de un francotirador opositor le quitó la vida cuando movía unos obstáculos para transitar con su vehículo libremente. Es decir, si protestabas contra los guarimberos, te disparaban certeramente. Y si protestabas contra el gobierno podías ir preso, desaparecer o te podía pasar por encima una tanqueta, recibir golpes hasta sangrar o morir. También, ser blanco de un perdigón o bala perdida.

Toda esta situación de encierro, carencias y trasgresiones hacia nuestros derechos más básicos por los que desplegaban su poder y hacía de los espacios públicos su campo de batalla, era la perfecta representación de un cuerpo despolitizado —*el homo sacer*— que, en palabras de Giorgio Agamben (1998) personifica la vida (des)nuda; una vida que difiere de la vida politizada como la forma de existencia circumscripita en la noción de ciudadanía. Me daba la impresión de que poníamos en escena el cuento de Hans Christian Andersen: *El nuevo traje del emperador*. En este caso, el cuerpo social era el despojado, víctima de las mofas. Los contrincantes se burlaban una vez más de aquellos que creían en y querían un sistema más justo. La vanidad de los bandos hostiles podía más que su razonamiento y ética.

La inseguridad alimentaria era un problema real, tanto porque las estanterías en los abastos estaban vacías como porque el poder adquisitivo no estaba acorde con los costos de la vida, los sueldos apenas alcanzaban para cubrir la cesta básica de una semana. Ahí fue cuando empezaron a proliferar las remesas, muchos completábamos el menú gracias a familiares o amistades que se apiadaban de nosotros y nos enviaban un remanente. La situación de precariedad se intensificó año tras año, hasta que se hizo insostenible.

Las escuelas abrían con intermitencia, no había una continuidad en la educación de los hijos. Tampoco había garantía para su seguridad física y salud psicológica. Cada vez que veía a mi hijo irse a la escuela no sabía si iba a poder regresar a casa o tendría que refugiarse con algún amigo. Un día los encerraron en la escuela porque comenzaron las protestas. Lo malo fue que por

querer protegerlos los expusieron a las nubes de gas lacrimógeno, sin atenuantes. En esa época era común que la gente cargara pañuelos y vinagre para contrarrestar los efectos del gas que en el 2009 Chávez había llamado “gas del bueno”.

El hecho de que reprimieran las protestas me contrariaba mucho ya que, cuando estudiaba la licenciatura en Ciencias Políticas en la Universidad de Los Andes, muchos de mis compañeros eran tirapiedras y encapuchados que protestaban contra el gobierno de turno quemando cauchos, saqueando negocios, cerrando las calles, armando revueltas. Algunos de ellos pasaron a formar parte del gabinete de Chávez, incluso de su círculo más cercano, quienes continuaron en el poder en los mandatos de Maduro, rotando por altos cargos y otros detrás de las cámaras. Aparentemente se olvidaron de su pasado contestatario y era su turno de perseguir a la juventud inconforme.

Las marchas eran convocadas con regularidad por ambos bandos. Y ambos bandos reunían multitudes. Las mareas de gente se disputan el pabellón tricolor. Se presentaban como escenificaciones públicas y periódicas para reclamar el derecho a la ciudad (como diría Henry Lefebvre, en 1968) y el derecho al espacio público como colectivo (como lo describe Manuel Delgado, en 1997). Este último asevera, además, que en los sistema políticos democráticos, las instancias de gobierno saben ceder su monopolio administrativo sobre el espacio a otro sectores sociales con el fin de que éstos se expresen libremente. En cambio, “en condiciones no democráticas, el Estado impide cualquier manipulación no consentida del espacio público, en la medida en que se arroga la exclusividad de su control práctico y simbólico e interpreta como una usurpación toda utilización civil no controlada de la ciudad” (p. 142). De ahí se desprende el carácter represivo del gobierno bolivariano frente a las manifestaciones de jóvenes estudiantes que muchas veces encontraron la detención o la muerte en vez de reivindicaciones a sus demandas que no sólo fueron ignoradas sino banalizadas.

Escuchar las noticias a viva voz o en canales internacionales (porque los medios nacionales evidentemente no cubrían ese tipo de información y para el momento habían cerrado las radios y televisoras de oposición) era algo desolador. La indiferencia e irreverencia con la que el gobierno asumió esos crímenes y actos represivos no es algo que se pueda superar. De acuerdo con Paulo Ravecca “la banalización del dolor ajeno nunca será progresista, crítica o de izquierda” (Ravecca, 2022, p. 17). Por otra parte, estos hechos marcaron un antes y un después para la juventud quienes asumieron su vulnerabilidad frente a la represión, encarcelamiento y persecución política, los cuales se instituyeron como factores de expulsión.

El desierto subjetivo y la falta de horizonte fue un motor para la deserción y pronta salida del país en esos años. Las personas no encontraban su lugar. No había seguridad de ningún tipo. No se sabía si habría escuela, si habría transporte, si habría comida en la mesa, si tendríamos luz, si tendríamos agua o gas para cocinar. No se sabía con quién contar a la hora de una emergencia porque todos teníamos limitaciones y dificultades. No se sabía qué nueva ley se iban a inventar o con qué disparate iba a amanecer el presidente entre ceja y ceja. Tampoco se sabía si rebajábamos porque no estábamos comiendo las suficientes calorías o porque hacíamos mucho ejercicio al caminar de un lado a otro. Algunas veces caminábamos porque las calles estaban cerradas, otras porque no había transporte público o gasolina. También pasaba que los autobuseros tenían miedo a que le secuestraran la unidad para quemarla, por lo que no salían a trabajar.

La escasez del combustible, los apagones y las colas se normalizaron. Se formaban largas filas para todo; en el mercado, en el cajero automático para sacar efectivo (montones de él porque la moneda estaba devaluada), en las estaciones de gasolina. Por doquier había gente ordenada en una larga fila según venían llegando. Durante esas esperas interminables esperas la gente comenzó a inventarse estrategias. En una época las colas de la gasolina sirvieron como discoteca, la gente rumbeaba en la calle, con música estridente. Se armaban ruidosas fiestas. Incluso se enamoraban, se emborrachaban, se pelaban, de todo pasaba. Pero luego, cuando la gente comenzó a cansarse, dejaba los carros en el lugar y se turnaban por familia. La cola podía durar días. Se compraban los lugares. La Guardia Nacional se lucraba. Esto también pasaba en los automercados. La gente amanecía y permanecía ahí por días. Las colas eran infames. La gente se acostumbró a eso. Luego, el derecho a comprar era regido por los últimos números de la cédula de identidad. Por mi parte, no compré productos procesados por mucho tiempo. Aprendí a hacer arepas de yuca y plátano verde. Resolvíamos la comida de otras formas gracias a que vivamos en un estado en donde había ganadería y agricultura y se podía conseguir frutas y vegetales sin tanta dificultad. Subía el cerro y compraba legumbres, frutas de temporada, huevos, miel, leche, queso y si tenía mucha suerte algo de carne o pollo criollo.

Los índices de inflación extremadamente altos no dejaron de aumentar y con ello la escasez y la inseguridad alimentaria. La disminución de la calidad de vida, sumada a los problemas de inseguridad a todo nivel, llevaron a que muchas personas tomaran la decisión de marcharse. Este fenómeno fue paulatino, no fue algo que ocurriera de un día para otro. La pulsión de liberación se fue propagando y la migración se presentó por oleadas que comenzaron desde las clases más altas

y así de manera descendiente. Su impacto sólo fue perceptible cuando las ciudades se notaron despobladas y en cada familia había un migrante. La manera de habitar cambió. Los espacios se desalojaban por un lado y llenaban por otro. Ya no había esperanza de que se resolvieran las diferencias, el territorio pasó de ser un lugar de encuentro a uno de desencuentro; una arena para la rivalidad. No existía la opción de una verdadera diversidad cultural, la cual hacía parte de otro discurso embaucado por el gobierno.

La gente debía elegir entre dos ideologías, la de la derecha o al de la izquierda, el histórico maniqueísmo devaluado por tantos años de abusos. La realidad es que gran parte de la población no le compraba las ideas y creencias a ninguna de las dos posturas. Pero, quizás sí las emociones. Como dice la periodista Beatriz Lecumberri (2012), la Revolución Bolivariana es sobre todo una “revolución sentimental” que capitalizó muy bien los sentimientos enquistados de rabia, odio y rencor hacia las viejas élites y clases favorecidas del pasado para crear tensiones entre sus adeptos y opositores. Esa animadversión no sólo influía sobre la elección a la hora votar, sino que impregnaba el paisaje en toda su extensión. Al pasar del tiempo, cuando los errores insalvables y las contradicciones internas comenzaron a dividir a los simpatizantes, muchos de ellos sintieron una especie de vergüenza ideológica, de culpa política que se extiende hasta el presente.

Finalmente, el vaciamiento de la vida como la conocíamos fue lo que terminó por sobrecargar la balanza. La insuficiencia de recursos económicos, la pérdida de los espacios habituales, el deterioro de la convivencia, la decadencia general de las infraestructuras, la parcialización de las instituciones que aun funcionaban, la imposibilidad de realizar actividades cotidianas normales, la inseguridad de poder contar con los servicios básicos, la precariedad de la educación, la decadencia de las relaciones humanas, todo conjugaba una combinación difícil de sobrellevar. Antes de movilizarnos físicamente hacía otros países, ya nos habíamos desarraigado y experimentado una suerte de migración existencial. La movilidad fuera del país apenas ocupó una pequeña fracción de un tiempo que habíamos invertido en desconocer ese territorio que alguna vez fue nuestro. Ese extrañamiento fue la catapulta para muchos, quienes buscamos la seguridad y posibilidades de crecimiento y realización en otros territorios e hizo que otros tantos se replegaran en sus espacios íntimos, en una especie de exilio interior. En lo que respecta a mi persona si no hubiera finalmente migrado continuaría en condición de insilio.

Rememorando

Es posible que al escribir el texto anterior me haya cuidado de exponer en demasía mis emociones en torno al tema. Quizás se deba a la intención de producir un conocimiento depurado de individualismo. Aunado a esto, hablar de sí misma no es tan fácil cuando se quiere ser reflejo de lo colectivo. Sin embargo, creo haber exteriorizado mis emociones lo suficiente, especialmente la soledad y la sensación de inseguridad en medio de una multitud y un entorno que se habían vuelto ajenos. Espero no parecer aséptica.

Al releerlo distingo claramente la manera en que todo lo referido me afectaba, por lo que intenté describir mi posición dentro del campo de las relaciones sociales para facilitar la captación de la experiencia circunstancial de algunos venezolanos ya que, como dice Gilberto Giménez, no todos los repertorios de significados son culturales, sino sólo aquellos que son compartidos y relativamente duraderos. Creo que las coincidencias de lo relatado por quienes colaboraron y mi narración, no son en vano.

Había pensado que el texto sería un experimento terapéutico y puedo decir que así fue. Exponer lo vivido me dio la oportunidad de reconocer que lo que más perturbador no era lo material, sino lo simbólico. La ciudad ya no me hablaba, contrariamente a lo que expresado por una de las colaboradoras. Las personas tampoco hablaban ya mi mismo lenguaje. Incluso cinco años después cuando me atreví a regresar, corroboré esa sensación de extrañamiento. Lo único que todavía sentía mío era el medio ambiente natural, los bosques, los ríos, las montañas... con ellos sí podía comunicarme. Ahora comprendo con claridad que optar por la migración implicaba abandonar ese paisaje natural que sentía como otra piel, pero también era escapar de aquel otro paisaje que se estaba configurando del cual no quería participar, menos ser protagonista. Abandoné el territorio sí, pero me lleve las referencias simbólicas, las memorias y experiencias para resguardarlas. A ellas vuelvo mediante el recuerdo y la nostalgia.

Sobre los afectos no puedo hablar con la misma melancolía. Esa sensación de inseguridad generalizada, de malestar emocional, era producto de la distancia que se había instalado entre mi persona y las que me rodeaban, era parte de la sensación de sentirme ajena y perdida en un lugar que había sido familiar hasta entonces. Bien dicen que “el territorio es el símbolo y mediador de la pertenencia social. Uno se siente ligado y perteneciente a un territorio no en sí mismo sino en cuanto a que en él vive el grupo que es el objeto real de aquel sentimiento” (Gendreau y Giménez, 2002, s/n). Esa supresión del sentimiento de pertenencia facilitó mi trasplante a otras tierras.

Anotaciones finales.

Esta tesis procuró interpretar los motivos que condujeron a la emigración venezolana del siglo XXI. Para aproximarse a este objetivo, se comenzó por conocer el contexto de dicho fenómeno mediante la descripción de los hechos recientes ocurridos en la Venezuela contemporánea. Luego, se analizaron 40 narrativas de actores implicados directa o indirectamente en la migración mediante la categoría de *Seguridad Humana* como rúbrica, para evidenciar la percepción de las subjetividades sobre la limitación o privación del acceso a condiciones favorables para su desarrollo, así como a la satisfacción de sus necesidades materiales y culturales básicas. Y, finalmente, se buscó comprender el sentido del componente espacio-territorial presente en el fenómeno migratorio mediante una narrativa autoetnográfica.

Paradójicamente, en este punto se aclara la inquietud que pudo dar inicio a este trabajo: ¿Cómo afecta el déficit de seguridad el vínculo emocional entre las personas y sus territorios?

La migración venezolana como búsqueda de seguridad.

La migración es un hecho social que contempla elementos territoriales, sociales, culturales y temporales. Aun cuando las aproximaciones conceptuales al fenómeno sean ambiguas, generalmente hacen referencia a un desplazamiento espacial entre dos delimitaciones geográficas lo suficientemente distintas y distantes para que puedan ser reconocidas como un punto de partida y otro de llegada. Además, dicho traslado implicaría un cambio significativo del entorno social lo cual supondría que las costumbres y actividades de la vida cotidiana se encuentren inmersas en un nuevo lugar por lo que los aspectos psicológicos, sociales y culturales se verían afectados considerablemente. Por último, el tiempo de permanencia en el destino ha de ser lo suficientemente prolongado para no ser considerado esporádico.

En la actualidad, el fenómeno migratorio ocupa un lugar importante en el debate sociopolítico a nivel global. Sin embargo, su enfoque se ha centrado en el punto de vista de los llamados países receptores o en las problemáticas que van dejando a su paso quienes buscan mejorar y asegurar sus condiciones de vida. Y, si bien esas temáticas son destacables, no se pueden obviar las motivaciones que impulsan a las personas a abandonar su territorio natal o habitual, sobre todo cuando las movibilidades son de carácter masivo.

En los casos en que las migraciones se dan en magnitudes considerables es posible que éstas sean el resultado de modificaciones en la relaciones sociales en los países de origen, ya que dichos cambios pudieron haber provocado la expulsión de los grupos que son rechazados o no se adaptan a la nueva dinámica del poder. En ese caso, se podría decir que las migraciones no son movi­lidades que desterritorializan, sino desterritorializaciones que movilizan.

Por otro lado, aunque los flujos migratorios se intenten contener —con políticas de securitización de la fronteras, por ejemplo— hay varias razones para esperar que estos movimientos perduren ya que la persistencia de las desigualdades al interior de los países y entre ellos seguirá impulsando a un gran número de personas a desplazarse. Es muy probable que los conflictos políticos o étnicos conduzcan a futuros movimientos a nivel mundial. Las condiciones del tránsito y la llegada al destino pueden ser difíciles para los migrantes, pero a menudo son preferibles a la pobreza, la inseguridad y la falta de oportunidades en el país de origen. De lo contrario, la migración no se produciría (Castles y Miller, 2004).

Actualmente, una de las principales fuentes de migrantes vulnerables del mundo es la República Bolivariana de Venezuela. Aun cuando este país no figuraba como un contexto de expulsión hasta entrado el siglo XXI, para el año 2024 se estima que la cuarta parte de su población ha abandonado el territorio nacional en busca de mejorar sus condiciones de vida.

Durante las dos últimas décadas, en Venezuela se ha venido consolidando un proyecto político llamado la Revolución Bolivariana, el cual se ha caracterizado por una reestructuración del Estado que apunta a lo que se dio a conocer como Estado Comunal. Esto ha estado acompañado de un cambio en el modelo económico, desde uno petrolero hacia uno neoextractivista. Lo anterior se ha dado en un ambiente cargado de ideología, donde la reescritura de la historia, las modificaciones en los referentes simbólicos, la implantación de nuevos imaginarios y representaciones sociales, han tenido repercusiones en el modo de vida y de sustento de una parte de la población del país, pero también sobre su identidad y sentido de pertenencia.

Para los venezolanos, la emigración era un fenómeno que se presentaba de manera muy esporádica ya que éstos consideraban que su nivel de vida y futuro no estaban en riesgo, lo que les permitía cimentar buenas bases económicas pero además un profundo arraigo emocional. Sin embargo, las transformaciones en la dinámica político-social produjeron una severa crisis caracterizada por la falta de oportunidades de empleo bien remuneradas, la inflación, la escasez, la violación de los Derechos Humanos, la represión, el cerco sistemático a la libertad de expresión,

la corrupción, el creciente endeudamiento externo, el deterioro del poder judicial, la crisis de las instituciones de salud pública, el abandono del campo, el agobio de la industria nacional y de la pequeña y mediana empresa, el acelerado y creciente deterioro de la calidad de vida, todo lo cual finalmente produjo un clima de vulnerabilidad, inestabilidad e incertidumbre insostenible.

En un primer momento, las clase altas comenzaron a abandonar el país al resentir los lineamientos sociales, políticos y económicos de la nueva élite en mando. A medida en que la crisis se agudizaba, se fueron sumando las clases medias quienes comenzaron a movilizarse en tanto que sus recursos se lo permitían. Y, finalmente, en el punto más álgido, las clases bajas terminaron de ser expulsadas por situaciones de inseguridad muy específicas, como la alimentaria. La gravedad del proceso se evidencia al ser los países colindantes y vecinos cercanos los principales receptores de estas últimas *oleadas*.

Dentro de la diversidad de aspectos desde donde pueden ser analizadas las migraciones, la presente investigación se propuso vincularlas a la noción de *Seguridad Humana*, ya que esta categoría se consideró como una herramienta útil para evaluar y comprender la multidimensionalidad de factores que promovieron el contexto de expulsión dentro de la República Bolivariana de Venezuela.

De acuerdo con Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) la Seguridad Humana implica la protección de las personas frente a las amenazas a sus derechos, su integridad y su vida, en general. Además, esta noción destaca que para la mayoría de las personas el sentimiento de inseguridad se focaliza en preocupaciones de la vida cotidiana vinculadas con: la seguridad económica, la seguridad alimentaria, la seguridad en materia de salud, la seguridad de vivienda, la seguridad ambiental, la seguridad personal, la seguridad de la comunidad y la seguridad política, por ejemplo.

En consonancia con lo anterior, para Abraham Maslow (1943) la seguridad ocupa el segundo lugar entre la jerarquía de las necesidades básicas del ser humano y se relaciona con la estabilidad, la protección, la ausencia de ansiedad, caos y miedo. Pero, también con la necesidad de una estructura, de un orden, de leyes y de ciertos límites, no sólo para su consecución inmediata sino con una perspectiva de valores futuros. Es decir que, la necesidad de seguridad no es algo que se pueda pasar por alto, ya que su privación no sólo impediría la escalada hacia necesidades de orden superior sino que, además, constreñiría a los individuos a sus impulsos fisiológicos impidiendo su desarrollo.

Entonces, si tanto las necesidades fisiológicas como las de seguridad están bien satisfechas, surgirán las necesidades de estima, autorrealización y sentido de pertenencia. La identidad y el sentido de pertenencia a un grupo social y a un lugar en el mundo también son necesidades humanas básicas, por lo que están en detrimento de la satisfacción de las necesidades de seguridad en todas sus dimensiones. Y es ahí, cuando la migración cobra sentido ya que en el caso de que los individuos no puedan asegurar la satisfacción de sus necesidades básicas dentro de un territorio específico tenderán a movilizarse hacia otros espacios en aras de procurar compensarlas de algún modo. Lo cual quiere decir que el vínculo con el territorio y con el grupo social que habite en él está en estrecha relación con el grado de satisfacción de los impulsos fisiológicos, pero también de las necesidades de seguridad. Por esto y otras razones, se propuso agregar el componente espacio-territorial con sus dos niveles de realidad: el físico y el simbólico. De esta manera, se le sumó una dimensión más a la Seguridad Humana: la *(in)seguridad espacio-territorial*.

La inseguridad espacio-territorial se ha definido como la precarización o pérdida de seguridad dentro de los espacios cotidianos habituales y la limitación o privación de la capacidad de apropiación de los mismos. En particular, se consideran las amenazas que afectan los medios materiales de subsistencia, así como la construcción y reproducción activa y participativa de los referentes simbólicos contenidos en el territorio. Según esto, la seguridad espacio-territorial vendría dada por la óptima satisfacción de las necesidades fisiológicas y de seguridad en su sentido ampliado, lo cual permitiría que el vínculo identitario y emocional de los sujetos con su lugar habitado se fortalezca.

La construcción social de lo que Milton Santos denominaría *territorio usado*, tiene que ver con las actividades productivas que se realizan en el territorio habitado pero también con las emociones que impregnan estas acciones. Es decir que el vínculo emocional con el territorio genera seguridad y sentido de pertenencia, a su vez. En este sentido, es importante destacar que el sentimiento de seguridad como elemento clave para el desarrollo de la sociedad está fuertemente enlazado al concepto de *topofilia*, que involucra un sentido de pertenencia y arraigo al territorio fundamental para promover y fortalecer la confianza, el reconocimiento y entramado de significados colectivos; es decir, “la identidad como elemento del paisaje” (Suárez, 2016, p. 71).

Al respecto, Haesbaert (2013) señala que con la migración humana se evidencian procesos de precarización territorial y desterritorialización que promueven la desidentificación y detrimento de referencias simbólico-territoriales, lo cual refleja una pérdida de control del espacio por parte

de los grupos que ya no tienen control ni poder sobre el territorio. “Por lo tanto, para construir un nuevo territorio hay que salir del territorio en que se está, o construir allí mismo otro distinto” (Haesbaert, 2013, p. 13).

La construcción de un nuevo territorio sin un cambio de coordenadas geográficas, en una suerte de reacomodo espacial dentro del territorio habitual, es un fenómeno que han puntualizado escritores latinoamericanos y al que han denominado: *insilio*. Este neologismo se ha definido como una condición de reterritorialización hacia adentro de los espacios íntimos más elementales, como el de la casa habitación. El mismo se caracteriza por la reducción de la capacidad de apropiación de los espacios a los que anteriormente se estaba acostumbrado y la limitación de las relaciones sociales y funciones ciudadanas; es decir, es un fenómeno que se asemeja a una migración existencial, a una especie de exilio interior.

Según esto, los venezolanos al reterritorializarse, al migrar —de manera física o existencial— lo que buscan es un espacio seguro donde poder desplegar sus capacidades y resignificarse. En ese lugar habitable lo ideal sería obtener un salario acorde al esfuerzo que aplican, el cual les permita sustentarse a sí mismos y a sus familiares, la posibilidad de contar con una seguridad social, personal y alimentaria, educación de calidad para sus hijos, infraestructura y servicios básicos estables, que haya respeto por sus derechos y por su libertad de expresión, donde poder recrearse y cimentar una comunidad en la que no rija la confrontación.

El conflicto social se desarrolla con mayor claridad en el momento en que un grupo se apropia del territorio (o los territorios) y despoja a los demás grupos. Esta dinámica de apropiación/desposesión es un mecanismo en movimiento permanente que afecta el significado cultural y emocional asociado al territorio, lo que intensifica la confrontación y complica las relaciones sociales. Así, el territorio no es solo un espacio geográfico; es un campo de batalla donde se entrelazan intereses económicos, identidades culturales y luchas por el reconocimiento social (Olea, 2018).

Lo precedente parece indicar que lo que ha ocurrido en Venezuela es consecuencia de un ejercicio de territorialidad el cual puede ser activado de forma material y/o simbólica, con el fin de imprimir sobre el territorio una forma de representación particular que termina por acentuar la otredad y reconocer a una identidad con potestad sobre otras que quedan relegadas y en disputa. Así pues, la lucha por el espacio social resulta en que ciertos sectores sean discriminados y alguno se erija como hegemónico. En todo esto hay un componente político que entra en juego. La

migración o el insilio tienen lugar cuando por una desterritorialización forzada los sujetos se ven compelidos a reterritorializarse como una manera de resistir y luchar por un espacio mínimo cotidiano y una seguridad en él (Castaño-Aguirre *et al.*, 2021).

Y, aunque inicialmente se hable de desarraigo, desapego y desterritorialización como las causas de la migración internacional se ha comprobado que los migrantes tienden a reproducir y recrear su cultura original en los lugares de destino, por lo que más allá de estos procesos se cree que dentro de la estructura causal de la movilidad están la defensa y protección de las condiciones y los valores culturales. Es así que, el insilio y la migración internacional se han presentado como estrategias de sobrevivencia, como un recurso para preservar la identidad, pero sobre todo como la búsqueda de un entorno seguro. Bajo esa perspectiva, se reconoce que estos fenómenos — migración e insilio— son producto de un déficit de seguridad.

En conclusión, existen muchas perspectivas para explicar la migración en general. Algunos lo hacen a partir de razones económicas, otras políticas o religiosas. Lo cierto es que las migraciones como la venezolana, en la que una masa de personas abandona su lugar de origen, sólo puede ser estudiada de manera holística. Esto es debido a que, por lo general, los fenómenos sociales no tienen una causa unívoca, sino que es la confluencia de varios factores lo que le aporta el sentido. Haber construido una categoría como la de *inseguridad espacio-territorial* ha sido un verdadero logro de esta investigación, ya que la misma engloba todos los aspectos que atañen a la vida en sociedad, incluso el territorio y la cultura.

La disemiNación

Finalmente, el título de la investigación adquirió otra connotación dada por el capítulo VIII: DisemiNación. El tiempo, el relato y los márgenes de la nación moderna de Hommi Bhabha, el cual está incluido en su libro: *El lugar de la cultura* (2002). Dicho autor expone que el término *diseminación* fue un préstamo que él hizo del ensayo de Jacques Derrida donde analiza la estructura de las palabras para desplegar las diversas posibilidades de su definición. Con relación a esto, Bhabha aplica la noción al concepto moderno de “nación” para visibilizar la existencia liminar a la que son condenadas las diásporas en las naciones donde pretenden insertarse.

En ese sentido, Bhabha habla de la dispersión de un pueblo que se reúne en otros tiempos, en otros lugares, en las naciones de los otros. Estas reuniones en el borde de culturas extranjeras congregan las soledades de exiliados y refugiados que reconstruyen su mundo, cargado de

nostalgia. De manera que llenan el vacío del desarraigo y transfieren el sentido del hogar y la pertenencia a una forma de afiliación más compleja: la diáspora.

Sin embargo, lo pertinente de su ensayo para esta investigación, es lo que el autor quiere develar al impugnar el uso de la nación (y la nacionalidad) como estrategia narrativa de una autoridad cultural que se considera unívoca. Por tanto, su explicación se bifurca sobre cómo el relato de lo nacional puede volverse un espacio para posiciones antagónicas o para el surgimiento de una alteridad a partir de la cual se creen nuevas formas de vivir, de convivir. Y, esto es lo este trabajo rescata para aplicarlo al caso venezolano donde un “hablar patriótico” delimitó el espacio-nación y reclamó para sí la potestad de definir la cultura. De acuerdo con lo expuesto por Bhabha (2002), esa territorialidad moderna de la nación es “una temporalidad arcaica y atávica” (p. 185), mientras que la contemporaneidad propone “la diseminación transnacional de la cultura” (p. 207).

Así, los pueblos ya no pueden sostenerse sobre el reclamo supremacista o nacionalista del dominio cultural, pues la posición de control narrativo de la nación termina por alienar la diferencia por considerarla una amenaza. El esfuerzo por construir una totalidad homogénea y hegemónica quedó en el pasado. La apropiación de la “cultura del pueblo” es una práctica que reprime las fronteras móviles de la cultura y destruye la diferencia cultural. Esta diferencia cultural y social es una gama de conocimientos y prácticas que coexisten, que existen una junto a la otra, contrariamente a lo impuesto por el intento de volver al punto de partida de un “genuino” pasado nacional o a la consecución esencialista de la nacionalidad (Bhabha, 2002, p. 189).

Una verdadera redefinición de la nación debe abrir un espacio para la emergencia de la formas culturales híbridas y, en todo caso, ser un “repositorio de conocimiento cultural en el cual confluya el proceso de identidad constituido por la sedimentación histórica y la pérdida de identidad en el proceso significativo de la identificación cultural”, tal como propone Julia Kristeva (citada en Bhabha, 2002, p. 189-190). Esa sería la estructura ideal que conforme la narrativa de la nación contemporánea. La fuerza de la diferencia cultural radica en la renegociación de los tiempos, los términos y las tradiciones, en negar la totalidad homogeneizadora, en producir “espacios de significación subalterna” (Bhabha, 2002, p. 199) y en permitir que coincidan formas de identidad que son a la vez propias y ajenas, como diría Levy Strauss (citado en Bhabha, 2002, p. 199).

Según Bhabha, el problema es el extrañamiento del pueblo en cuanto a su voluntad unitaria. No obstante, la unidad no es lo mismo que la uniformidad. En la producción de la nación como

narración, el narrador (el Estado representado por el gobierno) es quien administra la convivencia. Es por ello que las acciones que de él se deriven deberían garantizar la diversidad, así como fomentar el respeto a la diferencia, creando mecanismos de tolerancia y relajando las tensiones entre la unidad y la pluralidad para propiciar la coexistencia de colectividades heterogéneas, lo que Rita Segato llamó en su obra *La Nación y sus otros*: “diversidad horizontal”. Desgraciadamente, todo lo que no forma parte del “nosotros” legitimado por la Revolución Bolivariana es expulsado, de manera que se anula el acto diseminatorio de la narrativa nacional y se obstaculiza la diversificación de las identidades y la posibilidad de que “otros” puedan tener voz y voto. Y esto, evidentemente, incluye las distintas posturas ideológicas y grados de politicidad.

El plebiscito cotidiano

El pasado domingo 28 de julio del 2024, se llevaron a cabo las pautadas elecciones presidenciales en Venezuela. El Consejo Nacional Electoral (CNE) órgano rector de las mismas —el cual está abiertamente parcializado por el oficialismo— dio como ganador y reelecto por segunda vez consecutiva a Nicolás Maduro Moros con 5.150.092 votos, el 51,20% del total. Este resultado no contó con la suficiente transparencia. Las actas emitidas por los centros electorales a lo largo del país no fueron presentadas por el gobierno públicamente, como está estipulado en la ley. Pero, éstas fueron presentadas por una maniobra de la oposición y las mismas dan como ganador al contendor: Edmundo González Urrutia.

Así, el triunfo de Maduro no fue reconocida por la oposición ni por las miles de personas que desean una alternabilidad del poder. De igual manera, varios países y organismos internacionales tampoco avalaron dicha victoria. En los días consecutivos se produjeron distintas manifestaciones de descontento contra el gobierno quien no tardó en reprimirlas, ni en multiplicar el número de heridos, perseguidos y presos políticos.

Por otra parte, el espacio cívico se ha reducido aún más por lo que parte de la población que decide por alguna u otra razón permanecer en el país vuelve a asumir el insilio como mecanismo defensivo. En este contexto, se prevé el aumento y reconfiguración del flujo migratorio hacia la región latinoamericana, pero también con miras a países de otras latitudes. La población ha perdido la esperanza de que haya un cambio y un mejor panorama a futuro. De acuerdo con el escritor Eduardo Dávila Lynch: “la búsqueda de un lugar más seguro y estable está marcando una tendencia creciente en las intenciones migratorias de los venezolanos” (Dávila, 2024, s/n).

Prospectiva

Queda como tarea y objetivo posteriores al cierre de esta investigación posicionarme desde una mirada interseccional, conocer a profundidad y asumir al feminismo como marco para explorar la dinámica de las identidades presentes y coexistentes en la migración venezolana, tales como: la raza, la clase, el género y la posición política, de la manera como plantean bell hooks, Patricia Hills Collins y, primeramente, Kimberlé Crenshaw.

En ese sentido, sería interesante ampliar la metodología a través de los *Relief Maps* — mapas de relieve de las experiencias—. Esta metodología surge en el marco de la investigación doctoral en geografías feministas de María Rodó de Zárate y son una herramienta metodológica pensada para estudiar las desigualdades sociales con una perspectiva interseccional que relaciona tres dimensiones: la social (posiciones o identidades de género, clase social, etnicidad, edad, etc.), la geográfica (lugares de la vida cotidiana) y la psicológica (efectos sobre las emociones). Estos tres elementos están presentes en esta investigación aunque habría que ahondar en su relación y repercusiones, ya que:

Las emociones son una de las características definitorias de ser humano, pero su presencia en los mapas y los datos espaciales no son comunes. Estas han sido históricamente despreciadas en el estudio sobre las desigualdades sociales, pero existen muchas formas de discriminación que solo pueden identificarse a partir de esta dimensión: la humillación, el miedo o la percepción de exclusión sirven como indicadores fundamentales de desigualdades. En relación con los lugares, la perspectiva geográfica tampoco suele estar presente en los debates sobre interseccionalidad, pero es justamente el lugar el que actúa como motor de las dinámicas interseccionales y lo que ayuda a comprenderlas de forma más fluida y cambiante (Valdés, 2020, p. 2).

También, queda latente la posibilidad de explorar de la mano de Verónica Gago y su obra: *La potencia feminista. O el deseo de cambiarlo todo* (2019) la idea-fuerza de cuerpo-territorio con la que explica cómo se estructura la explotación de los territorios bajo el discurso independentista y revolucionario que los gobiernos progresistas de la región latinoamericana intentan presentar como antiimperialista en medio del auge *neextractivista*. Comparto su interpretación sobre el extractivismo como un régimen político que tiene consecuencias en la vida cotidiana a través del despojo, la desposesión y la explotación de los bienes naturales comunes, así como una manera de violentar el cuerpo colectivo mediante una repartición ideológica del territorio. De esto se desprende la imposibilidad de “recortar y aislar el cuerpo individual del cuerpo colectivo, y el cuerpo humano del territorio y del paisaje” (Gago, 2019, p. 91).

Las narrativas que se incluyen en esta investigación son voces que expresan frustración, ira y rencor porque justamente las han dejado fuera del paisaje. Los cuerpos migrantes, como superficie extensa de afectos, trayectorias y memorias se pronuncian ante la desterritorialización/reterritorialización a la que han sido forzados. Pero eso ya será material para futuras discusiones.

A la interpelación sobre ¿qué se puede derivar de mi caso particular sobre la migración general de Venezuela? respondería que me ayudó a concientizar las muchas veces que la cultura disfrazaba la violencia estructural. Una vez reterritorializada pude analizar en retrospectiva —así como varias de las personas colaboradoras hicieron— las situaciones en las que nos vimos sumergidas y que mediante el humor dicharachero y la capacidad de “resolver” camuflageamos e introyectamos. Eso es a lo que Johan Galtung (1990) llamó violencia cultural. Esa capacidad de adaptación de los seres humanos, inclusive, a las condiciones más nefastas me deja perpleja.

Y, a la pregunta de ¿qué se puede derivar del caso venezolano sobre la migración de otros países? Diría que las crisis migratorias no siempre están ocasionadas por conflictos armados o por algún tipo de violencia directa. En muchas ocasiones, son el resultado de inestabilidad política, pérdida de la institucionalidad, pobreza extrema, inseguridad alimentaria o desastres naturales, todas ellas identificables como situaciones de violencia estructural y contextos de inseguridad crónica o emergente que dejan a la población del país afectado vulnerable y ultrajada.

Como dice el Informe sobre Desarrollo Humano del PNUD (1994) “es más fácil velar por la Seguridad Humana mediante la prevención temprana que con la intervención posterior. Es menos costoso hacer frente a esas amenazas aguas arriba que aguas abajo”. Lejos de asumir esta investigación como una panacea, aquí se han presentado algunos indicadores útiles para alarmar sobre situaciones de Inseguridad Humana. De no atender el origen de esas contingencias la inseguridad espacio-territorial terminará por forzar a muchos a abandonar el territorio afectado. El caso de Haití es emblemático. Por otro lado, una vez iniciado el éxodo, muy difícilmente se contendrá. Los países receptores en vez de deportar o securitizar sus fronteras podrían destinar esos recursos y esfuerzos en intervenciones contundentes y concertadas internacionalmente en el país de origen o empatizar con los inmigrantes y refugiados promoviendo programas de sensibilización y convivencia.

En cuanto a las sensibilidades, ésta y otras investigaciones pudieran apoyarse en la psicología social, la antropología o la sociología de las emociones para abrir un campo en el que

las migraciones sean estudiadas a partir de las emociones que las impulsan. Por ejemplo: la inseguridad, el miedo, la ira, la indignación o el odio; pero también, por el contrario, el deseo y el amor.

Sobre último, presencié una ponencia sobre la tesis doctoral de Lauanda Meirielle Dos Santos, titulada: *Amores, desamores e migrações: Brasileiras migrantes na Colômbia* en la 9ª Conferencia Latinoamericana y Caribeña de Ciencias Sociales llevada a cabo en las instalaciones de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), en el año 2022. Y, a partir de ella, conocí el trabajo de Carolina Wendolyne Cázares Treto: *O amor nos tempos da Globalização: O caso das mexicanas que migram por amor para Portugal* (2012).

Sin embargo, la migración a la que ellas se refieren está relacionada con las movilidades que se suscitan por relaciones amorosas, matrimonios y pasiones románticas. La que se quiere señalar aquí es aquella en la que la migración se entienda como un acto amoroso en cuanto a una acción de cuidado personal y colectivo. En este sentido, el “huir y moverse por el espacio geográfico son actos que buscan salvaguardar, preservar y cuidar lo que es a la vez personal y colectivo”; una estrategia de rebelión contra la violencia, el “desahucio institucionalizado” y la imposición de un futuro marcado por la exclusión y la discriminación (Heidbrink citado en Rosen *et al.*, 2023, p. 251). Quizás debido a ello, las migraciones han tomado un rostro infantil y femenino.

Mi apuesta con la investigación fue objetivar mi experiencia personal para poder comprender la colectiva. Conócete a ti mismo y encontrarás la verdad del universo. En este caso, el universo lo conforman ese subconjunto de la población venezolana a la que pertenezco. Contrariamente lo que se piensa, hablar de sí misma no es siempre un ejercicio egocéntrico sino más bien una oportunidad de tomar distancia de las situaciones por las que se atraviesa. La introspección puede ser una manera de desandar el camino de nuestras afecciones para así comprenderlas como síntomas de una enfermedad que desuela al cuerpo social.

La movilidad cobra sentido cuando es un medio, no un fin. En este caso, una método para buscar y conseguir seguridad. Este texto, lejos de pretender victimizar al venezolano que migra, es la exaltación de su capacidad de agencia como sujeto móvil que asume la migración como un acto volitivo en busca de seguridad.

Fuentes narrativas

Antes de finalizar este texto se hace necesario volver a destacar la importancia de recuperar las voces de las personas que se dispusieron a narrar sus vivencias, además de reforzar y remarcar la pertinencia de la investigación narrativa y el aporte de este enfoque teórico-metodológico en términos de la construcción de conocimiento dentro de la metodología cualitativa. Para ello, se parte de la pregunta Ernesto Laclau en el prefacio del libro de Leonor Arfuch: *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea: ¿Qué es lo que determina la centralidad del relato, de la narrativa?* (Arfuch, 2013, p. 11).

En primer lugar, se debe definir la narrativa como “una serie de actos verbales, simbólicos o conductuales con el propósito de contarle a alguien que ha sucedido algo” (Herrenstein-Smith en McEwan y Egan, 1995, p 52). Según recientes investigaciones, la narrativa es fundamental para el propósito de comunicar quiénes somos, qué hacemos, cómo nos sentimos y por qué seguimos un curso de acción y no otro. Como señala David Lodge, “la narrativa es una de las operaciones fundamentales de construcción de sentido que posee la mente” (citado en McEwan y Egan, 1995, p. 10).

La narrativa —y particularmente esa forma narrativa que llamamos relato—, trata sobre los hechos, las ideas, las teorías, las sueños, los temores y las esperanzas desde la perspectiva de la vida y dentro del contexto emocional de alguien. En cualquiera de los temas que versen las narrativas nunca están exentas de los sentimientos humanos (McEwan y Egan, 1995). Por tanto,

La narrativa nos permite entrar empáticamente en la vida de otro y empezar a sumarnos en una conversación viviente. En ese sentido, la narrativa invita al lector, oyente, escritor o narrador a unirse, como compañero al viaje de otro. En el proceso puede suceder que nos descubramos más sabios, más receptivos, más comprensivos, más nutridos, y a veces hasta curados. Los relatos nos permiten imaginar y sentir la experiencia del otro (Witherell, 1995, p. 72).

La narrativa es “una *descripción densa* en el sentido en que usa la frase Clifford Geertz” (McEwan y Egan, 1995, p. 15). Y, según Paul Ricoeur, “no hay manera de acceder a los dramas temporales de la existencia por fuera de las historias contadas a ese respecto por otros o por nosotros mismos” (citado en Arfuch, 2013, p. 87).

Así, la narrativa es un modo de mirar que requiere ser narrado y que escapa a cualquier determinación teórica directa, más bien es a partir de ella que se induce a la mostración de la interioridad, afectividad y la experiencia cotidiana de los sujetos en su escala individual, pero también social y cultural. Es una indagación de lo privado y lo público. Es un espacio para la

autorreflexión sobre las vivencias (Arfuch, 2013). De esta manera, la vivencia adquiere un estatus epistemológico, por cuanto pasa a designar la unidad mínima de significado (Arfuch, 2002).

Los hechos de la vida de alguien reclaman una historicidad de lo vivido, operando al mismo tiempo como testimonio, documento, archivo, tanto para la historia individual como para la colectiva. La narración es la forma por excelencia de la estructuración de la vida y, por ende, de la identidad (Arfuch, 2013). “No hay otro testimonio objetivo de la identidad de un sujeto que el que así da él mismo sobre sí mismo” (Benveniste, 1977, p. 183 en Arfuch, 2013, p. 95).

Según Connelly y Clandinin (1990), la investigación narrativa estudia las formas en que los humanos experimentan el mundo por lo que su materia prima (las narrativas) son a la vez fenómeno y método. Mediante ellas se describen las maneras de actuar y de dar sentido al mundo de las personas y sus comunidades. Como afirman otros especialistas en investigación narrativa: “los relatos son artefactos sociales que nos hablan tanto de una sociedad y una cultura como lo hacen de una persona o un grupo” (Kohler, 2008, p. 105 citada en Blanco, 2011, p. 140). Entonces, la investigación narrativa es un método de descubrimiento y análisis que utiliza como evidencia las narrativas para la interpretación. Bien dice la académica Christine Delory-Momberger:

Es el relato, en tanto género del discurso, no solo el medio sino el lugar: la vida tiene lugar en el relato y ella tiene lugar en tanto historia. Lo que da forma a la vivencia y experiencia de los hombres son los relatos que éstos hacen de ellas. Lo narrativo no es entonces sólo el sistema simbólico en el cual los hombres encuentran cómo expresar el sentimiento de su existencia: lo narrativo es el lugar donde la existencia humana toma forma, donde se elabora y se experimenta bajo la forma de una historia (Delory-Momberger, 2017, pp. 269-270).

Por lo tanto, para construir conocimiento sobre las subjetividades y de las colectividades se debe pensar en que son ellas quienes pueden dar cuenta de sus realidades y quienes pueden proveer la auténtica clave para leerlas. La expresión “nada sobre nosotros sin nosotros” (en latín: *Nihil de nobis, sine nobis*) destaca la importancia del hecho de no poder decidir (ni interpretar) sin contar con la participación de los miembros del grupo afectado. Por lo que en primera instancia hay que conocer cómo las personas ven, viven y reconstruyen sus propias experiencias mediante un proceso reflexivo que se expresa en el relato, mismo que a su vez le otorga una identidad a quien narra. Son las personas quienes deciden qué se omite y qué se comparte.

Al incluir fragmentos de todas las colaboraciones, lejos pretender ganar validez con la cantidad y acumulación de las mismas, se consideró que cada vivencia es relevante en sí y enriquece de una manera singular la investigación. Por parecidas que fueran las temáticas, siempre

hay distintas maneras de mirar y describir, diferentes formas de pensar y sentir. Esta ha sido una oportunidad de “narrar la vida a varias voces” (Arfuch, 2013, p. 24)

Otra razón de incluir las narrativas de todas las personas es el compromiso ético que surge una vez que alguien decide narrarse, pues esto no tiene otro fin que ser leído y/o escuchado. Es una responsabilidad hacer algo con el mensaje transmitido, sobre todo si es “una puesta en sentido de una vida a través de la narración bajo solicitud académica” (Arfuch, 2013, p. 25), por lo que no puede quedar ignorado. Es conveniente recordar que todo el conocimiento generado durante la investigación ha sido obtenido en el contexto de la vida de alguien (McEwan y Egan, 1995).

Además, el hecho de atreverse a narrar las vivencias por las que se atraviesa puede tener varias intenciones. Por un lado, es una manera de ordenar los hechos —tanto individuales, como colectivos— en la medida en que se hilvanan mediante la narración. Por otro lado, puede fungir como un recurso terapéutico para aliviar el sufrimiento y sanar las heridas que afloran con las historias. Pero también, es factible que sirva para empoderar a quien lee/escucha e incentivar a otras personas narrarse a sí mismas.

En el caso de esta investigación y de la investigación narrativa en general, el dato no es preconcebido antes de ser narrado, sino que se construye en el proceso investigativo mediante el diálogo entre las narrativas y quien investiga. La narrativa se convierte así en el vehículo más adecuado tanto para captar la manera en que las personas se identifican a sí mismas como para solicitarles que transmitan su sentido personal sobre los hechos, organizando su experiencia a lo largo de una dimensión temporal o secuencial (Huberman, 1995, p. 187). Así, la narrativa —según Polkinghorne— recrea la historia que conduce el relato y extrae de ella los factores significantes que causan el evento final (Polkinghorne en Huberman, 1995, p. 202).

Para finalizar, según Catherine Kohler Riessman: “el análisis narrativo toma como su objeto de investigación el relato como tal” (Riessman, 1993, p. 1). Por ello y aun cuando ya se ha aportado esta información en una tabla que recoge algunas características de la muestra, se procede a enlistar las fuentes narrativas alfabéticamente como se hace con las referencias bibliográficas, otorgándoles el papel primordial que cumplen en esta investigación como fuente primaria de información.

Abril, comunicación mantenida el 25 de junio de 2023, mensajes de texto de WhatsApp.

Agnes, comunicación mantenida el 19 de septiembre de 2023, video conferencia por Google Meet.

Andrés, comunicación mantenida el 30 de junio de 2023, mensajes de audio de WhatsApp.

Anthony, comunicación mantenida el 15 de junio de 2023, mensajes de audio de WhatsApp.

Atenea, comunicación mantenida el 22 de junio de 2023, video conferencia por Zoom.

Beatriz, comunicación mantenida el 17 de junio de 2023, mensajes de audio de WhatsApp.

Betty, comunicación mantenida el 27 de junio de 2023, mensajes de audio de WhatsApp.

Capo, comunicación mantenida el 26 de junio de 2023, mensaje escrito vía correo Gmail.

Carlos, comunicación mantenida el 25 de septiembre de 2023, mensajes de audio de WhatsApp.

Chavela, comunicación mantenida el 26 de abril de 2023, escrito por correo Gmail.

Ely, comunicación mantenida el 22 de junio de 2023, mensajes de audios de Telegram.

Garrinzon, comunicación mantenida el 20 de septiembre de 2023, video conferencia Google Meet.

Graciela, comunicación mantenida el 16 de junio de 2023, mensajes de audio de WhatsApp.

Ion, comunicación mantenida el 19 de junio de 2023, mensajes de audio de WhatsApp.

Isabel, comunicación mantenida el 15 de junio de 2023, mensajes de audio de WhatsApp.

Jenny, comunicación mantenida el día 27 de julio de 2023, escrito vía correo Gmail.

José, comunicación mantenida el día 10 de junio de 2023, mensaje escrito de WhatsApp.

Kenny, comunicación mantenida el día 30 de junio de 2023, mensajes de audio de WhatsApp.

Lily, comunicación mantenida el día 28 de junio de 2023, vía mensajes de audio de WhatsApp.

Loraine, comunicación mantenida el 30 de junio de 2023, mensajes de audio de WhatsApp.

Lucía, comunicación mantenida el 19 de junio de 2023, video conferencia por Zoom.

Mandarina, comunicación mantenida el 25 de junio de 2023, mensajes de audio de WhatsApp.

Manuel, comunicación mantenida el 16 de junio de 2023, mensajes de texto de WhatsApp.

Mar, comunicación mantenida el 27 de junio de 2023, mensajes de texto de WhatsApp.

María Carolina, comunicación mantenida el 29 de junio de 2023, mensaje escrito vía correo Gmail.

Montañez, comunicación mantenida el 15 de junio de 2023, mensajes de audio de WhatsApp.

Montserrat, comunicación mantenida el 26 de junio de 2023, mensajes de audio de WhatsApp.

Nico, comunicación mantenida el día 30 de junio de 2023, mensajes de audio de WhatsApp.

Osde, comunicación mantenida el día 23 de junio de 2023, mensajes de audio de WhatsApp.

Orweliano, comunicación mantenida el 29 de junio de 2023, mensaje de texto de WhatsApp.

Pierina, comunicación mantenida el 15 de julio de 2023, escrito por correo de Gmail.

Quetzal, comunicación mantenida el 19 de julio de 2023, mensajes de audio de WhatsApp.

Radel, comunicación mantenida el 26 de junio de 2023, mensajes de audio de Telegram.

Román, comunicación mantenida el 30 de junio de 2023, escrito correo Gmail.

Sagrario, comunicación mantenida el 1 de julio de 2023, mensajes escritos de WhatsApp.

Silva, comunicación mantenida el 16 de junio de 2023, mensajes de audio de WhatsApp.

Simón, comunicación mantenida el 20 de junio de 2023, video conferencia por Google Meet.

Terán, comunicación mantenida el 25 de junio de 2023, video conferencia por Google Meet.

Toño, comunicación mantenida el día 15 de junio de 2023, mensajes escritos de WhatsApp.

Zair, comunicación mantenida el día 15 de mayo de 2023, entrevista personal.

Referencias bibliográficas

- Abad, G. (2020). El déficit de seguridad humana como causa de los flujos migratorios: el diseño de una respuesta precisa. *Revista de Estudios en Seguridad Internacional*, Vol. 6, No. 1, pp. 19-36. Disponible [en línea] en: <http://dx.doi.org/10.18847/1.11.3>
- Acosta, D., Blouin, C. y Freier, L. (2019). La emigración venezolana: respuestas latinoamericanas. *Fundación Carolina, Documentos de Trabajo 3/2019*. Disponible [en línea] en: <https://acortar.link/XprUex>
- Acosta, S. (2020). Postings from the venezuelan diaspora. Venezuelan Migrants Forced to Return Home Amid the Pandemic Due to Their Vulnerability in Colombia, Ecuador and Peru. Disponible [en línea] en: <https://cmsny.org/venezuela-forced-migrants-covid/>
- Adrián, T. y Jáimez, R. (2018). ¿Adversario o enemigo? La expresión discursiva de la violencia hacia el otro en el discurso de Hugo Chávez Frías. Una aproximación diacrónico-contextual. *Discurso & Sociedad*, ISSN-e 1887-4606, Vol. 12, N°. Extra 2. Págs. 255-296.
- Agamben, G. (1998). *Homo Sacer I. El poder soberano y la nuda vida*. Madrid: Pretextos.
- Aguilar, V. (2024). Lógicas extractivistas territoriales, de poder y déficit de la política en Venezuela. Desvaríos de una construcción *democrática*. Grupo de Trabajo sobre Asuntos Indígenas (GTAI). Universidad de Los Andes (ULA). Mérida.
- Al-Ali, N., & Koser, K. (2002). *New Approaches to Migration? Transnational Communities and the Transformation of Home* (1st ed.). Routledge. Disponible [en línea] en: <https://doi.org/10.4324/9780203167144>
- Aliaga, F. (2021). Causas de la migración forzada de Venezuela a Colombia. *AULA Revista de Humanidades y Ciencias Sociales*, 67 (2), 67-77. Disponible [en línea] en: <https://doi.org/10.33413/aulahcs.2021.67i2.180>
- Álvarez, R. (2006). “Evolución histórica de las migraciones en Venezuela. Breve recuento”. En: *Aldea Mundo: Revista sobre fronteras e integración*, 11, (22), pp. 89-93. Disponible [en línea] en: <https://www.redalyc.org/pdf/543/54302209.pdf>
- Álvarez, A. y Dietz, G. (2014). *Etnografías colaborativas. Coordinadas de un proyecto en curso (intersaberes)*. En: *Periferias, fronteras y diálogos. Actas del XIII Congreso de Antropología de la Federación de Asociaciones de Antropología del Estado Español*. Tarragona, Universitat Rovira i Virgil. p. 3447-3471

- Álvarez, A.; Arribas, A y Dietz, G. (2020). *Investigaciones en movimiento. Etnografías colaborativas, feministas y decoloniales*. Buenos Aires: CLACSO.
- Álvarez, J. Arena, M.; Brousseau, A.; Faruquee, H.; Fernández, E.; Guajardo, J.; Peraza, G. & Yépez, J. (2022). *Regional Spillovers from the Venezuelan Crisis Migration Flows and Their Impact on Latin America and the Caribbean*. International Money Fund. Western hemisphere department. Washington.
- Anderson, B. (2006). *Imagined Communities*. Londres: Verso.
- Arango, J. (2003). La Explicación teórica de las migraciones: Luz y sombra. *Migración y Desarrollo*, (1).
- Arango, J. (1985) Las «Leyes de las Migraciones» de E.G. Ravenstein, cien años después. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 32: 7–26.
- Arconada, S., Arévalo, K., Biardeau, J., Boron, A., Ceceña, A. E., Iturriza, R., Katz, C., Korol, C., Lander, E., Mazzeo, M., Monedero, J. C., Ouriques, N., Rauber, I., Svampa, M., Teruggi, M., Vergel, Z., & Zibechi, R. (2017). Venezuela: lecturas urgentes desde el Sur (D. Chavez, H. Ouviaña, & M. T. Rey, Eds.). CLACSO. <https://doi.org/10.2307/j.ctvtwx3dn>
- Arellano, A. (coord.) (2018). *Florecer lejos de casa. Testimonios de la diáspora venezolana*. Fundación Konrad Adenauer y la plataforma Diálogo Político. Uruguay.
- Arfuch, L. (2002). El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica (FCE).
- Arfuch, L. (2013). *Memoria y autobiografía: exploraciones en los límites*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica (FCE)
- Astorga, O. y Kohn, C. (coord.) (2023). La migración vista desde la experiencia venezolana. Memorias del Coloquio Internacional. *Centro de divulgación del Conocimiento Económico (CEDICE)*: Caracas.
- Augé, M. (1993). *Los “no lugares” espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Gedisa: Barcelona.
- Ávila, K. (2018) ¿Un éxodo venezolano? *Nueva sociedad*. (S/N).
- Barreda, M. (2011). La calidad de la democracia: Un análisis comparado de América Latina. *Política y gobierno*, 18(2), 265-295.
- Bassols, A. (1986). *La lucha por el espacio social*. Instituto de Investigaciones Económicas, Universidad Nacional Autónoma de México.

- Bermúdez, L. (2024). Los avatares de nuestro tiempo | El Democracy Index de The Economist y el mito de la objetividad. *El Sol de Tlaxcala*. Disponible [en línea] en: <https://acortar.link/LJIykb>
- Bermúdez, Y.; Mazuera-Arias, R.; Albornoz-Arias, N. y Morffe, M. (2018). Informe sobre la movilidad humana venezolana. Realidades y perspectivas de quienes emigran [9 de abril al 6 de mayo de 2018]. San Cristóbal: Servicio Jesuita a Refugiados (SJR).
- Bhabha, H. (1994). *El lugar de la cultura*. Manantial: Buenos Aires.
- Biondini, V.; Domenech, E.; Hinojosa, A y Peñaranda, R. (2023). Movimientos de migración y políticas de movilidad en el espacio sudamericano La producción de Bolivia como “zona precaria de tránsito”. En: *Migrar en el siglo XXI. Conflictos, políticas y derechos*. CLACSO. Buenos Aires. Disponible [en línea] en: <https://acortar.link/AQyJZ1>
- Blanco, C. (2000). *Las migraciones contemporáneas*. Ciencias Sociales, Alianza editorial. Madrid.
- Blanco, M. (2011) Investigación narrativa: una forma de generación de conocimientos. *Argumentos*, año 24, núm. 67, México.
- Blanco, M. (2012a). Autobiografía o autoetnografía? *Desacatos*, núm. 38, enero-abril, pp. 169-178.
- Blanco, Mercedes. (2012b). Autoetnografía: una forma narrativa de generación de conocimientos. *Andamios*, 9(19), 49-74.
- Blanco, M. (2017). Investigación Narrativa y Autoetnografía: Semejanzas y Diferencias. *Investigación Cualitativa*, 2 (1) pp. 66-80.
- Blouin, C. (Coord.). (2019). *Después de la llegada: migración (forzada) de personas venezolanas*. Pontificia Universidad Católica del Perú Instituto de Democracia y Derechos Humanos (IDEHPUCP). Thémis.
- Bonnemaison, J. (1981). "Voyage autour du territoire". L 'Espace Géographique, tomo X, n° 4, 1981, pp. 249-62.
- Bokser, J. (2017). América Latina en el siglo XXI: Transiciones, malestares y retos. *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales*, 62(229), 7-16.
- Bonilla-Molina, L. (2021). *Orquídeas al viento: las nuevas generaciones de venezolanos y venezolanas en los procesos migratorios 2014-2020* / Luis Bonilla-Molina. - 1a ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO.

- Botia, A. (2019). The Venezuelan Diaspora: Toward a New Understanding of Forced Migration. *Vanderbilt University Institutional Repository*. Disponible [en línea] en: <https://etd.library.vanderbilt.edu/etd-08172019-142431>
- Brah, A. (2011). *Cartografías de la diáspora: identidades en cuestión*. Madrid: Traficantes de Sueños [297 pp.].
- Briceño, J. (2003). *Mi casa de los Dioses. Ensayos 1962-2002*. Talleres Gráficos de Editorial Venezolana, C.A.
- Bruzzone, M. (s/f). Understanding Migration: Why “Push Factors” and “Pull Factors” Do Not Explain Very Much. Disponible [en línea] en: <https://acortar.link/xdVPwu>
- Calva, S. (2019). Autoetnografía. Una metodología cualitativa. Universidad Autónoma de Aguas Calientes. El Colegio de San Luis, A. C.: México.
- Cameron, W. & McCormick, T. (1954). Concepts of Security and Insecurity. *American Journal of Sociology*, 59(6), 556–564. Disponible [en línea] en: <http://www.jstor.org/stable/2772598>
- Camilleri, M. J. y Hampson, F. (2019): Hermanos en la frontera. Responsabilidad colectiva y la respuesta regional a la crisis migratoria venezolana. Centre for International Governance *Innovation*-El Diálogo para las Américas, febrero de 2019.
- Cañizalez, A. (2018a). ¿Es una diáspora la emigración masiva de venezolanos? (Is the massive migration of Venezuelans a diaspora? *Prodavinci.com*. Disponible [en línea] en: <https://acortar.link/L3jy0b>
- Cañizalez, A. (2018b). Diáspora: La transformación migratoria de Venezuela en el siglo XXI. Vol. 6 No. 1-2. Disponible [en línea] en: <https://acortar.link/irY2cW>
- Caraballo, P. (2024). Entre la nación y el des/arraigo. Notas sobre lo imaginario nacional en las narrativas de migrantes venezolanos en México. En Aliaga Sáez, F., Diz Casal, J., Pérez Cosgaya, T. (Editores). *Imaginarios y representaciones en torno a las migraciones. Interconexiones a partir de México y Colombia*. (pp. 86-104). Puebla, México: Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla. Cali, Colombia: Editorial Universidad Santiago de Cali.
- Carmo, V. (2007). Itinerários teóricos sobre a relação entre território e identidade. Em Alvez, A. C., Goncalves, C. U., Rodrigues do Nascimento, F. y Arrais, T. A. (Eds.). *Itinerários Geográficos* (pp. 13-55). Niterói-Rio de Janeiro: Ed. UFF.

- Carretero, A. (1969). Causa, motivo y fin del acto administrativo. *Revista de administración pública*. Núm. CEPC - Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. Disponible [en línea] en: <https://acortar.link/C5H54X>
- Carreño, V. (2013). Apuntes para una narrativa de la diáspora venezolana: enfoques, tendencias y problemas. *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 77. 6(9). Disponible [en línea] en: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol11/iss77/9>
- Carreño, V. (2020). Narrativa de la emigración venezolana en el siglo XXI: Emergencia e Invisibilización. *Revista de Estudios Hispánicos*, 54(2), 371–393.
- Carrera, G. (2013). *El culto a Bolívar: esbozo para un estudio de la historia de las ideas en Venezuela*. 7. ed. Caracas: Editorial Alfa.
- Castaño-Aguirre, C.; Baracaldo-Silva, P.; Bravo- Arcos, A.; Arbeláez-Caro, J.; Ocampo-Fernández, J.; Pineda-López, O. (2021). Territorio y territorialización: una mirada al vínculo emocional con el lugar habitado a través de las cartografías sociales. *Revista Guillermo de Ockham*, 19(2), pp. 201-217. Disponible [en línea] en: <https://doi.org/10.21500/22563202.5296>
- Castillo, A. (2012). La razón de las emociones formación social, política y cultural de las emociones. *Revista Eleuthera*, 6, 65-81.
- Castillo, T., y Reguant, M. (2017). Percepciones sobre la migración venezolana: causas, España como destino, expectativas de retorno, *Migraciones*, 41, 133-163.
- Castles, S. (2000). Migración internacional a comienzos del siglo XXI: tendencias y problemas mundiales. *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 52, 3 / 165, p. 269-281.
- Castles, S. y Miller, M. (2004) *La era de la migración. Movimientos internacionales de población en el mundo moderno*. Universidad Autónoma de Zacatecas. Miguel Ángel Porrúa Librero-Editor, México.
- Ceja, I; Álvarez, S. y Berg, U. (2021). *Migración*. CLACSO. México.
- Checa, F. (ed.). (2002). *Las migraciones a debate. De las teorías a las prácticas sociales*. Icaria editorial: Barcelona.
- Chikanda, A. and J. Crush. (2014). *Diasporas of the South. In A New Perspective on Human Mobility in the South*. International Organization for Migration, Geneva.

- Cho, L. (2007). The Turn to Diaspora. *Topia: The Canadian Journal of Cultural Studies*.
DOI: 10.3138/topia.17.11
- Cisneros, L. (2017). Venezuela tiene 7 ciudades entre las 50 más peligrosas del mundo.
Noviembre, 14. *Efecto Cocuyo*. Disponible [en línea] en: <https://acortar.link/YrhkZ9>
- Cohen, R. (1997). *Global diasporas: An Introduction*. London: UCL Press
- Cohen, R. (2015) Seeds, roots, rhizomes and epiphytes: botany and diaspora. En: Sigona,
N. *et al.* (2015). *Diasporas Reimagined: Spaces, Practices and Belonging*. Oxford:
Oxford Diasporas Programme, *Oxford University*, pp. 231.
- Comisión de Derechos Humanos de la Ciudad de México (CDHDF México) (2015),
Seguridad humana, una apuesta imprescindible. R.A. Ortega Soriano, A.K.
Ascencio Aguirre y J.R. Robles Zamarripa (coord.). México: Comisión de Derechos
Humanos del Distrito Federal. Disponible [en línea]. <https://acortar.link/iWDBjy>
- Comisión Económica Para América Latina (CEPAL). (2018) Estudio Económico de América
Latina y el Caribe 2018. Evolución de la inversión en América Latina y el Caribe:
hechos estilizados, determinantes y desafíos de política. Disponible [en línea] en:
<https://acortar.link/IRkrx>
- Comisión Económica Para América Latina (CEPAL). (2019). *Balance Preliminar de las
Economías de América Latina y el Caribe*. Disponible [en línea] en:
<https://repositorio.cepal.org/home>
- Comisión Económica Para América Latina (CEPAL). (2023). *Guía de Investigación sobre
el tema de la Migración, sus componentes internacional e interna, temas relacionados
como seguridad social, pobreza, derechos humanos, entre otros*. Disponible [en línea]
en: <https://biblioguias.cepal.org/migracion>
- Connelly, F. M., & Clandinin, D. J. (1990). Stories of Experience and Narrative Inquiry.
Educational Researcher, 19(5), 2–14. Disponible [en línea] en:
<https://doi.org/10.2307/1176100>
- Cruz, L.(2020). *Alcances y desafíos para la consolidación de la democracia participativa
en América Latina según sus perspectivas políticas. Casos: Venezuela y Colombia*. Tesis
doctoral. Universidad Autónoma de San Luis Potosí (UASLP).

- Dávila, E. (2024). ¿Hacia dónde van?: migración venezolana, la gran consecuencia de las elecciones en Venezuela. (27/08/2024). *Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP)*. Disponible [en línea] en: <https://acortar.link/atUYXk>
- De la Vega, I. (2003). Emigración intelectual en Venezuela: el caso de la ciencia y la tecnología. *Interciencia*, 28(5),259-267. Disponible [en línea] en: <https://acortar.link/hQv3aQ>
- De la Vega, I. (2005). *Mundos en Movimientos. El caso de la movilidad y emigración de los científicos y tecnólogos venezolanos. Fundación Polar. Caracas. Venezuela.* 217 pp.
- De la Vega, I. (2008). Capítulo I: Venezuela un país de contrastes. En: De la Vega (Ed.). *La diáspora del conocimiento. Talento venezolano en el mundo.* pp.21-78. Venezuela. Academia de Ciencias Físicas y matemáticas.
- De la Vega, I. (2014). Tráfico pesado de venezolanos cualificados hacía múltiples destinos. En: Peralta, R, Lares, C y Vegas, K (Eds.). *Diáspora del talento migración y educación en Venezuela: análisis y propuestas*, pp. 57-88. *FUNDACELAC*. Caracas-Venezuela.
- De la Vega, I. y Vargas, C. (2014). Emigración intelectual y general en Venezuela: una mirada desde dos fuentes de información. *Revista Bitácora*, Número 001, pp. 66-96.
- De la Vega y Vargas (2017). La intención de emigración de estudiantes universitarios. Estudio comparado en cuatro universidades venezolanas. *Interciencia*, vol. 42, núm. 12, pp. 798-804.
- Delgado, M. (1997). *Ciudad líquida, ciudad interrumpida. Apuntes para el seminario en la Biblioteca Pública Piloto, organizada por el Posgrado de Estética de la Universidad Nacional de Colombia, Medellín, 4-6 de agosto.*
- Delory-Momberg, C. (2017). Sentido y narratividad en la sociedad biográfica. *Virajes*, 19(2), 265-281.
- Delumeau, J. (1991). *El miedo en Occidente*. Taurus: Madrid.
- Denzin, N & Lincoln, Y. (2018). *The Sage Handbook of Qualitative Research*. Sage: California.
- D'Hers, M. (2023). Tiempos de crisis, resistencias e infrapolítica en la migración inmóvil venezolana. *Horiz. antropol.*, Porto Alegre, ano 29, n. 65, e650407, jan./abr.

- Domínguez, F. y Franceschi, N. (2010) *Historia general de Venezuela*. (s/e). Disponible [en línea] en: <https://acortar.link/RFSnNn>
- Doubront, M y Duobron, L. (2020). La pirámide de Maslow en el contexto sociopolítico del docente universitario en Venezuela. *Dissertare. Revista De Ciencias Sociales y Humanidades*, 5(2), julio-diciembre. Pp. 1-15.
- Encuesta Nacional de Condiciones de Vida (ENCONVI). Disponible [en línea] en: <https://www.proyectoencovi.com/>
- Fernandes, B. (2017). Territorios y soberanía alimentaria. *Revista Latinoamericana de Estudios Rurales (RELAER)*. P 22-38
- Fernández, G. (2023). Sentirme exiliado dentro de mi propio país. Experiencias de militantes políticos que migraron al sur argentino a finales de la dictadura. *Revista Páginas*, 15(38). Disponible [en línea] en: <https://doi.org/10.35305/rp.v15i38.766>
- Firenze, A. (2020). *El zoon politikon y las aporías de la virtud en la Política de Aristóteles*. Universitat Pompeu Fabra de Barcelona. España.
- Freier, L. (2018): Understanding the Venezuelan Displacement Crisis. *E-International Relations*. Disponible [en línea] en: <https://acortar.link/nk7BYt>
- Freites, Y. (2008). Un nuevo producto venezolano de exportación: El capital humano (1998-2008). En: De la Vega (Ed.). *La diáspora del conocimiento. Talento venezolano en el mundo*, pp.79-100. *Academia de Ciencias Físicas y matemáticas*. Venezuela.
- Freitez, A. (2011a). Venezuela 1981-2011. Tránsito de un país de inmigración a otro de emigración. En A. Freitez (editora), *La población venezolana 200 años después. Coedición AVEPO-UCAB*. Caracas, pp. 147-180.
- Freitez, A. (2011b). La emigración desde Venezuela durante la última década. *Temas de Coyuntura* (63), pp. 11-38.
- Freitez, A. (2018). La emigración venezolana en tiempos de crisis. En: A. Freitez (coordinadora). *Espejo de la crisis humanitaria venezolana. Encuesta Nacional de Condiciones de Vida 2017 (ENCOVI)*, Caracas: abediciones-UCAB, pp. 219-239.
- Freitez, A. (2019). Crisis humanitaria y migración forzada desde Venezuela. en Gandini, L., Lozano, F. y Prieto, V. (coordinadores). *Crisis y migración de población venezolana. Entre la desprotección y la seguridad jurídica en Latinoamérica. Universidad Nacional Autónoma de México*, pp. 33-58.

- Freitez, A. (2023). Éxodo y retorno de migrantes venezolanos. Realidades y paradojas. En: Hernández, A. y Campos-Delgado, A. (Coord.). (2023). *Migración y movilidad en las Américas*. CLACSO. Siglo XXI.
- Freitez, A. y Osorio, E. (2009). Venezuela. Cambios en la migración internacional, en Fundación Konrad Adenauer, *Migración y Políticas Sociales en América Latina*. Proyecto SOPLA, Río de Janeiro-Brasil, pp. 303-328.
- Freitez, A; Lauriño, L. y Delgado, M. (2020). Sistematización de la investigación sobre la migración venezolana desde el contexto de origen. *Equilibrium CenDE en alianza con el IIES-UCAB*. Caracas.
- Gago, V. (2019). La potencia feminista. O el deseo de cambiarlo todo. Tinta Limón y Traficantes de sueños. España
- Galtung, J. (1990). Cultural violence. *Journal of Peace Research*, Vol. 27, No. 3. pp. 291-305
- Gandini, L; Lozano-Ascencio, F. y Prieto, V. (2019). *Crisis y migración de población venezolana. Entre la desprotección y la seguridad jurídica en Latinoamérica*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Gandini, L. (2020). Caravanas migrantes: de respuestas institucionales diferenciadas a la reorientación de la política migratoria. REMHU 28(60).
- Gandini, L. (2024). Dinámicas migratorias. Movimientos humanos en México y América: un repaso necesario. En: Universidad Autónoma de México (UNAM). (2024). *Migraciones*. Número 7 / septiembre-octubre.
- Gaos, J. (1996). Confesiones de transterrado. *Obras completas VIII*. México: UNAM.
- García, R. (2003). Un estado de la cuestión de las teorías de las migraciones. *Historia Contemporánea*, 26.
- García, M. y Restrepo P., J. (2019). Aproximación al proceso migratorio venezolano en el siglo XXI. *Hallazgos*, 16(32),1-20. ISSN: 1794-3841. Disponible [en línea] en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=413859265004>
- Gaspar, D. y Sinatti, G. (2016). Una investigación sobre migración en el marco de la seguridad humana. *Migración y desarrollo*, 14(27), 19-63.

- Gasper, D. (2011), "International Migration, Well-Being and Transnational Ethics", in Truong & Gasper (eds.) (2011), *Transnational Migration and Human Security*, Heidelberg, Springer, pp. 259-272.
- Gatica, M. y Casola, N. (2023). Movilidades y agencia: ¿Cómo sortear el insilio? *Revista digital de la Escuela de Historia*. Universidad Nacional de Rosario. Año 15. N° 38 Mayo-Agosto/ ISSN 1851-992X/ 2023.
- Gendreau, M. y Giménez, G. (2002). La migración internacional desde una perspectiva sociocultural: estudio en comunidades tradicionales del centro de México. *Migraciones Internacionales*, 1(2).
- Ghosh, B. (2018). *Refugee and Mixed Migration Flows Managing a Looming Humanitarian and Economic Crisis*. Palgrave, Macmillan. Génève.
- Giménez, G. (1996). Territorio y cultura. Estudios sobre las Culturas Contemporáneas. *Época*. Vol. II. Núm. 4, Colima, diciembre, pp. 9-30.
- Giménez, G. (2001). Cultura, territorio y migraciones. Aproximaciones teóricas. *Alteridades*, (22), p. 5–14.
- Giménez, G. (2005). Territorio e identidad. Breve introducción a la geografía cultural. *Trayectorias*. Vol. VII, núm. 17, enero-abril, pp. 8-24.
- González, A. (2011). Nuevas percepciones del territorio, Espacio social y el Tiempo. Un estudio desde los conceptos tradicionales (o clásicos) hasta su concepción en el siglo XXI” (Facultad de Humanidades, Artes y Ciencias Sociales. VI Jornadas de Jóvenes Investigadores. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- González, S., y Ruiz, E. (2022). Conformación de la venezolanidad en la migración: Una aproximación vivencial. *Espacio Abierto. Cuaderno Venezolano de Sociología*, 31(3), 212-230. Epub 08 de diciembre de 2022. Disponible [en línea] en: <https://acortar.link/rcHr9g>
- Granado, V. (2012). ¿Derecho de fuga? Derecho de migración y nacionalidad cosmopolita. *Arbor*, 188 (755).
- Grisales, A. (2012). Poética y hermenéutica del territorio. Universidad de Caldas- Departamento de filosofía. *Conferencia presentada en el ciclo de conferencias: Memoria, espacio y sociedad*. 8 de Noviembre.

- Grupo Articulador Regional del Plan de Acción Brasil (GARPAB). (2018). *Plan de Acción de Brasil: Evaluación del Grupo Articulador Regional del Plan de Acción de Brasil 2014 – 2017*. Disponible [en línea] en: <https://acortar.link/IDJXM1>
- Guardia, I. (2007). Fuga de venezolanos durante la Revolución Bolivariana (1998-2007). *Investigaciones geográficas*, (44), 187-198. ISSN: 0213-4691. Disponible [en línea] en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=17612761003>
- Gutiérrez, J. (2005). *Cartografías literarias del exilio. Tres Poéticas Hispanoamericanas*. Lewiston, NY: The Edwin Mellen Press.
- Gutiérrez, I. (2011). El debate científico sobre Migración Internacional y Desarrollo. *Centro de Estudios de Migraciones Internacionales (CEMI)*. La Habana.
- Gutiérrez, J., Romero, B., J., Arias, S. y Briones, X. (2020). Migración: Contexto, impacto y desafío. Una reflexión teórica. *Revista de Ciencias Sociales*. Universidad del Zulia, vol. XXVI, núm. 2, pp. 299-313.
- Haesbaert, R. (2013). Del mito de la desterritorialización a la multiterritorialidad. *Revista Cultura y Representaciones sociales*, 8(15), 9-42.
- Hage, G. (2005). A not so multi-sited ethnography of a not so imagined community. *Anthropological Theory*. # 5. P. 463-475.
- Hage, G. (2009). Waiting Out the Crisis: On Stuckedness and Governmentality. Chapter in: *Waiting*. Disponible [en línea] en: <https://acortar.link/DBMpxG>
- Hagood, M. J., & Ducoff, L. J. (1946). Some Measurement and Research Problems Arising from Sociological Aspects of a Full Employment Policy. *American Sociological Review*, 11(5), 560–567. Disponible [en línea] en: <https://doi.org/10.2307/2087263>
- Haraway, D. (1991). *Simians, Cyborgs, and Women: The Reinvention of Nature*: New York: Routledge.
- Heredia, J. y Battistessa, D. (2018). Nueva realidad migratoria venezolana. REIB: *Revista Electrónica Iberoamericana*, ISSN-e 1988-0618, Vol. 12, N°. 1, págs. 15-46
- Hernández, A. y Campos-Delgado, A. (coords). (2023). *Migración y movilidad en las Américas*. CLACSO. Siglo XXI Editores. Buenos Aires.
- Hernández, S. (2023). El destierro como categoría para pensar la migración venezolana. págs. 99-111. En: Astorga, O. y Kohn, C. (coord.) (2023). *La migración vista desde la*

- experiencia venezolana. Memorias del Coloquio Internacional. Caracas: *Centro de divulgación del Conocimiento Económico (CEDICE)*.
- Herrera, R. (2006). *La perspectiva teórica en el estudio de las migraciones*. Siglo XXI: México.
- Herrera, G. (2021). Migraciones en pandemia: nuevas y viejas formas de desigualdad. *Nueva Sociedad*. 293. Mayo-junio. Disponible [en línea] en: <https://acortar.link/z7S565>
- Huberman, M. (1995). Trabajando con narrativas autobiográficas. En: MacEwan, H y Egan, K. *La narrativa en la enseñanza, el aprendizaje y la investigación*. Buenos aires: Amorrortu.
- Hunter, A. (1978). Symbols of incivility: social disorder and fear of crime in urban neighborhoods. Department of Justice, National Criminal Justice Reference Service. Disponible [en línea] en: <https://www.ncjrs.gov/pdffiles1/nij/82421.pdf>
- Illanes, D. (2006). Exilio e insilio. Una mirada sobre San Juan, su universidad y las herencias del proceso. en *Revista La Universidad, San Juan, Facultad de Ciencias Sociales de la UNSJ*, año III, N°19, abril.
- Ilie, P. (1980). *Literature and Inner Exile*. The Johns Hopkins University Press. Baltimore.
- Ingenschay, D (2010): “Exilio, insilio y diáspora. La literatura cubana en la época de las literaturas sin residencia fija”. *Ángulo Recto. Revista de estudios sobre la ciudad como espacio plural*, vol. 2, núm. 1. ISSN: 1989-4015.
- Instituto Colombo-Alemán para la Paz – CAPAZ. ¿Qué es el insilio? Disponible [en línea] en: <https://acortar.link/2rFJ4V>
- Iosifides, T. (2016). *Qualitative Methods in Migration Studies A Critical Realist Perspective*. Routledge.
- Izcara, S. (2013). Aproximación teórica al estudio de los procesos migratorios permanentes. *Estudios sociales*. 21(42), 27-54.
- Juliao, C. (2021). El relato autobiográfico: narrar la experiencia como ejercicio de escritura de sí mismo y construcción social de la realidad. *Revista de Filosofía*. Volumen 78, p. 79-95.
- Kerdel, F. (2000): Diáspora del Talento. Programa Talven. *IESALC-UNESCO*. Caracas.
- Koehlin, J. y Eguren, J. (Eds.). (2018). El éxodo venezolano: entre el exilio y la emigración. Observatorio Iberoamericano sobre Movilidad Humana, Migraciones y Desarrollo (OBIMID). Madrid. Disponible [en línea] en: <https://acortar.link/ExTgxY>
- Kohler, C. (1993). *Narrative Analysis*. London: Sage.
- Kohler, C. (2008). *Narrative methods for the human sciences*. Thousand Oaks, CA: Sage.

- Lander, E., (2004). La Insurrección de los gerentes: PDVSA y el gobierno de Chávez. *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, 10(2), 13-32.
- Lecoquierre, B. et Steck, B. (1999). “Pays émergents, paroisses recomposées”. *Géographie et Cultures*, núm. 30, L’Harmattan, París, pp. 47-69.
- Le Breton, D. (1999). *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones*. Buenos Aires : Ediciones Nueva Visión.
- Lecumberri, B. (2012). *La revolución sentimental*. Ediciones Punto Cero: Caracas
- Lefebvre, H. (1968). *El derecho a la ciudad*. Capitán Swing Libros, S.L. Madrid.
- Levy, S. (2018). Venezuela: la imperiosa necesidad de reglas de juego adecuadas, 02 / *Documento del Observatorio Económico Legislativo de Cedice, CIPE*, Caracas.
- Lie, J. (1995). International Migration to Transnational Diaspora. *Contemporary Sociology*, Vol. 24, No. 4, pp. 303-306.
- Llamas, V. (2016) Seguridad humana y movilidad humana. Trabajo académico final del XXXIII Curso Interdisciplinario de Derechos Humanos. *Revista IIDH*. Vol. 63. San José de Costa Rica, pp. 147-185.
- Lomnitz, C. (2022). *El tejido social rasgado*. Ediciones Era. Ciudad de México.
- Long, N. (2007). Sociología del desarrollo: una perspectiva centrada en el actor. México COLSAN/CIESAS.
- López, M. (2005) Protesta y cultura en Venezuela. Los marcos de acción colectiva para 1999. *Colección de CLACSO*. Disponible [en línea] en: <https://acortar.link/hg2DAa>
- López, M. (2013). *El Estado Descomunal. Conversaciones con Margarita López Maya*. Los Libros de El Nacional. Caracas: Editorial CEC, S.A.
- Lozano-Ascencio, F. y Gandini, L. (2010). Migrantes calificados de América Latina y el Caribe: ¿Capacidades desaprovechadas? México: CRIM-UNAM. Disponible [en línea] en: <https://acortar.link/rizUuN>
- Lugo, M. (2021). *Las migraciones forzadas en la literatura infantil y juvenil: una propuesta de enseñanza para la humanización*. Universidade Do Tocantins. Araguaína.
- MacEwan, H. y Egan, K. La narrativa en la enseñanza, el aprendizaje y la investigación. Buenos aires: Amorrortu.

- Mainhold, Günther. (2007). *Venezuela en retrospectiva. Los pasos hacia el régimen chavista. Publicaciones del Instituto Ibero-Americano*. Vervuert. Vol. 118.
- Mancera, A. (2016). Concepto de diáspora. *Cooperación para la Investigación, A.C.* Disponible [en línea] en: <https://acortar.link/5biL2L>
- Mansilla, P. y Imilán, W. (2018). Reterritorializaciones migrantes a través del cuerpo y su expresividad. *Estudios atacameños*, (60), 241-256. Disponible [en línea] en: <https://acortar.link/SW1Vhh>
- Mape, F., & Avendaño, J. (2017). Topofobias e imaginarios del miedo sobre el espacio urbano de la localidad de Fontibón, Bogotá, Colombia. *Perspectiva Geográfica*, 22(1). Disponible [en línea] en: <https://doi.org/10.19053/01233769.6115>
- Martínez, M. (2008). Golpes de Estado en Venezuela durante el período 1989-2004: Evolución Del Conflicto Y Contexto Sociopolítico. *Análisis Político*, 21(64), 3-21.
- Maslow, A. (1943). A theory of human motivation. *Psychological Review*, 50, 370-396.
- Maslow, A. (1991). *Motivación y personalidad*. Madrid: Díaz de Santos.
- Massey, D. & España, F. (1987). The Social Process of International Migration. *Science*, 237(4816), 733–738. Disponible [en línea] en: <http://www.jstor.org/stable/1699201>.
- Massey, D., R. Alarcón, G. Hugo, A. Kouaouci, A. Pellegrino y J. E. Taylor. (1993). Theories of International Migration: a Review and Appraisal. *Population and Development Review*. 19, 3: 431–466.
- Mateo, C. y Ledezma, T. (2006). Los venezolanos como emigrantes. Estudio exploratorio en España. *Revista Venezolana de Análisis de Coyuntura*, 12(2), 245-267.
- Mbembe, A. (2011). *Necropolítica seguido de Sobre el gobierno privado indirecto*. España: Editorial Melusina, S.L.
- Mezzadra, S. (2005). *Derecho de fuga*. Migraciones, ciudadanía y globalización. Traficantes de Sueños.
- Micolta, A (2005). Teorías y conceptos asociados al estudio de las migraciones. *Revista del Departamento de Trabajo Social*, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia. No. 7, (2005) páginas 59-76.
- Moraes, N. (2008). “Uruguay como país de partida, España como destino”: análisis de cambios y continuidades en la migración uruguaya. *Scripta Nova. Revista Electrónica de*

- Geografía y Ciencias sociales*. Barcelona: Universidad de Barcelona, 15 de diciembre de 2008, vol. XII, núm. 279. Disponible [en línea] en: <https://acortar.link/L8AVov>
- Nail, T. (2015). *The figure of the migrant*. Stanford University Press.
- Navas, L. (2020). *Algunas hipótesis sobre los factores que inciden en la emigración venezolana. Sures, estudio y defensa de Derechos Humanos*. Consejo Científico Tecnológico de la Gobernación del estado Miranda.
- Nicolescu, B. (1996). *La transdisciplinariedad. Manifiesto*. Multiversidad Mundo Real Edgar Morin, A.C. México.
- Ojeda, A. (2020). *Vidas migrantes, vidas precarias: una reflexión sobre la migración venezolana y su tránsito hacia la vida nuda en medio de la des-protección estatal (Tesis)*. Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá. Colombia.
- Olea, J. (2018). Espacios, territorios y conflictos. *Territorio Histórico* N°1. ISSN: 2452-4506.
- Olivieri, C. (2017). Antropología de las ausencias. Las migraciones como herramienta de control político en China. *Actas XIV Congreso Antropología*, 2274–2286.
- ONU-Hábitat. (2020). *Componentes del Derecho a la ciudad*. Disponible [en línea] en: <https://acortar.link/d8gVzG>
- Organización Internacional para las Migraciones (OIM). (2006) *Glosario sobre migración*. N#7. Ginebra.
- Organización Internacional para las Migraciones (OIM). (2019). *Tendencias Migratorias en las Américas. República Bolivariana de Venezuela*. Disponible [en línea] en: <https://acortar.link/ilRZWf>
- Organización Internacional para las Migraciones (OIM). (2023). *Tendencias migratorias en las Américas*. Disponible [en línea] en: <https://acortar.link/mg1WSt>
- Osorio, E. (2014). La emigración venezolana internacional reciente (1999-2011). En: Carosio, A; Banko, C. y Prigorian, N. (coord.), *América Latina y el Caribe: un continente, múltiples miradas* (pp. 231-245). Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: CLACSO; CELARG.
- Osorio, E. y Phélan, M. (2019). Venezuela: de la bonanza económica a la crisis humanitaria. La opacidad de la migración venezolana 1999-2019. *FERMENTUM*, Revista Venezolana de Sociología y Antropología, Vol. 29, N° 85, pp.239-266.

- Osorio, E. y Phélan, M. (2020). Migración venezolana. Retorno en tiempos de Pandemia (COVID 19). *Espacio Abierto*, 29(4), 118-138.
- Osorio, E. y Phélan, M. (2022). Aproximación al estudio de la violencia estructural, la emigración forzada y el modelo político venezolano. *TraHs* Números especiales N°8: *Movilidad humana*. Disponible [en línea] en: <https://www.unilim.fr/trahs>
- Osorio, E., Phélan, M. y Viso, C. (2021). Venezuela 1936 – 2021: Movilidad Internacional, Institucionalidad y Renta Petrolera en tres contextos. *Revista Brasileira de História & Ciências Sociais – RBHCS*. Vol. 13 N° 26, Janeiro – Junho.
- Pachecho, V. (2021). El derecho a la ciudad como derecho humano. *Revista de la Facultad de Derecho de México*. Tomo LXXI, Número 279, Enero-Abril. Disponible [en línea] en: <http://10.22201/fder.24488933e.2021.279-2.78998>
- Padilla, B. y López, M. (2021). Venezolanos en Argentina, Estados Unidos y Portugal: una diáspora en construcción. *REMHU - Revista Interdisciplinar da Mobilidade Humana*, 29(62),15-30.
- Páez, T. (coord.). (2015). *La voz de la diáspora venezolana*. Editorial Los libros de la Catarata, Madrid, 367 pp.
- Páez, T. (2019). El papel de la diáspora venezolana en la reconstrucción de Venezuela. En: *Venezuela: Consensos para la Reconstrucción*. *Revista de Occidente*, julio- agosto, 458–459, 35–50.
- Páez, T. y Vivas, L. (2017). *The Venezuelan Diaspora. Another Impending Crisis?* Freedom House.
- Palatz, J. (2022). ¿Hacia una gobernanza regional migratoria? Desarrollos ante la diáspora venezolana en Latinoamérica (2015-2021). *Universidad Andina Simón Bolívar. Sede Ecuador*. Área de Estudios Sociales y Globales. Quito.
- Paniagua, A.; Maza, F.; Borunda, J y Camargo, I. (coord.). (2022). La migración en Latinoamérica. Estado actual, oportunidades y retos. *El Colegio de Chihuahua*. México.
- París, M. (2022). Externalización de las fronteras y bloqueo de los solicitantes de asilo en el norte de México. *REMHU: Revista Interdisciplinar Da Mobilidade Humana*, 30(64), 101–116. Disponible [en línea] en: <https://doi.org/10.1590/1980-85852503880006407>

- Parra, S. (2017). Voces venezolanas en la diáspora: reconstrucción del discurso de representaciones transnacionales en notas periodísticas de blogs digitales (Tesis de pregrado). *Colegio de Comunicación y Artes Contemporáneas*, Quito, Ecuador.
- Passeggi, M. (2020). Reflexividad narrativa: vida, experiencia vivida y ciencia. *Márgenes. Revista de educación de la Universidad de Málaga*. 1 (3), 91-109.
- Pedone, C. e Hinojosa, A. (2022). *Vidas en movimiento. Migración en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.
- Peeler, J. (2007). Elementos estructurales de la desestabilización de una democracia consolidada: la desconsolidación en Venezuela. En: Maihold, G. (ed.). (2007). *Venezuela en retrospectiva. Los pasos hacia el régimen chavista Iberoamericana*. Vervuert. Madrid.
- Peñafiel, L. (2020) ¿Migración venezolana un problema para Latinoamérica? Un análisis a través de la historia y sus determinantes? *Cuestiones económicas*. Volumen 30, Número 1. Banco Central del Ecuador. e-ISSN: 2697-3367
- Petersen, W. (1958). A General Typology of Migration. *American Sociological Review*, 23(3), 256-266. Disponible [en línea] en: <https://acortar.link/ex7bGJ>
- Pettit, H. & Ruijtenberg, W. (2019) Migration as hope and depression: existential im/mobilities in and beyond Egypt, *Mobilities*, 14:5, 730-744.
- Phélan, M. y Osorio, E. (2020). Migración y refugio en Venezuela 1998 – 2020. Dos miradas de una tragedia. *TraHs Números especiales* N°6: Desafíos migratorios contemporáneos.
- Phélan, M y Osorio, E. (2022). Movilización internacional venezolana: testimonios, cambios y perspectivas. Cuadernos del *CENDES*. Año 39. N° 111. Tercera época. Septiembre-Diciembre. Caracas. Venezuela.
- Pineda, G., y Ávila, K. (2019). Aproximaciones a la migración colombovenezolana: desigualdad, prejuicio y vulnerabilidad. *Revista Misión Jurídica*, 12, (16), 59 -78.
- Portes, A. (1996). Contemporary immigration: theoretical perspectives on its determinants and modes of incorporation. In: Cohen, R. (1996). *Theories of migration*. The international library of studies on migration. Elgar Reference Collection: Brookfield, USA.

- Pradel, P. (2020). El Proceso de Quito: Una Respuesta Regional a la Crisis Migratoria y Humanitaria Venezolana. Análisis y perspectivas. N#30. Fundación Konrad Adenauer.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). (1994). Informe sobre Desarrollo Humano 1994. Fondo de Cultura Económica (FCE): México.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). (2011). *El enfoque de la seguridad humana desde tres estudios de caso* / Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). San José, Costa Rica. IIDH, PNUD.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). (2012). *Guía metodológica para la aplicación del enfoque de Seguridad Humana*. PNUD; Instituto Interamericano de derechos humanos. – San José, C.R. : IIDH.
- Quiñones, P. y Imilán, W. (2018). Reterritorializaciones migrantes a través del cuerpo y su expresividad: Migrant reterritorializations through body and its expressions. Estudios Atacameños, 60, 241–256. Disponible [en línea] en: <https://www.jstor.org/stable/26777948>
- Ramírez, E. (1992). Demografía general. Teoría, métodos y comportamientos. Venezuela: Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad de los Andes.
- Ramírez, L. (2020). Migración, regímenes y democracia: los retos de una alianza conflictiva. Noticias Electorales. Disponible [en línea] en: <https://acortar.link/HeO2cS>
- Ramírez, R. (2023) A manera de introducción. La emigración forzada. pág 17-30. En: Astorga, O. y Kohn, C, (coord.) (2023). *La migración vista desde la experiencia venezolana. Memorias del Coloquio Internacional*. Centro de divulgación del Conocimiento Económico (CEDICE): Caracas.
- Ravecca, P. (2022). Investigar: de la fortaleza a la intimidación. Crítica Contemporánea. *Revista de Teoría Política*, n.11, pp. 7-48.
- Ravenstein, E. G. (1889). The Laws of Migration. *Journal of the Royal Statistical Society*, 52(2), 241–305. <https://doi.org/10.2307/2979333>
- Requena, J. y Caputo, C. (2016). Pérdida de talento en Venezuela: migración de sus investigadores. *Interciencia*, 41(7), 444-453.

- Rivas, L. (2011). *¿Irse o quedarse? La migración venezolana en la narrativa del siglo XXI*. Trabajo presentado en las Jornadas de Investigación Humanística y Educativa, San Cristóbal, Venezuela, abril. Disponible [en línea] en: <https://doi.org/10.6018/riite/2018/3351>
- Rodó-de-Zárate, M. (2014) “Developing geographies of intersectionality with Relief Maps: reflections from youth research in Manresa, Catalonia”. *Gender, Place & Culture*, 2014, Vol.21, (8), p.925-944.
- Rodríguez, J. (2005). La noción de seguridad humana: sus virtudes y sus peligros, *Polis*. Disponible [en línea] en: <http://journals.openedition.org/polis/5805>
- Rojas, J. (2018). La apropiación simbólica del territorio. Una aproximación actualizada desde la nueva geografía cultural. *Revista geográfica venezolana*. Volumen 59 (2), julio-diciembre. Pp. 434-447.
- Rojas, F. y Álvarez, A. (2012). Seguridad Humana. Un estado del arte. En: Rojas, F. (ed.). (2012). *Seguridad Humana: nuevos enfoques*. San José: FLACSO.
- Rojas, N. y Ángel, S. (2023). El años de la propaganda oficial: “Venezuela se arregló” y las galerías de las paradojas. *Revista de ciencia política (Santiago)*, 43(2), 403-431. Disponible [en línea] en: <https://dx.doi.org/10.4067/s0718-090x2023005000117>
- Rosen, R., Chase, E., Crafter, S., Glockner, V., Mitra, S., & Gutiérrez, A. F. (2023). Introducción: ¿Crisis para quién? Regímenes fronterizos globales, «minorización», (in)movilidad y cuidado. In R. Rosen, E. Chase, S. Crafter, V. Glockner, & S. Mitra (Eds.), *Crisis for Whom?: Critical global perspectives on childhood, care, and migration* (pp. 241–259). UCL Press. Disponible [en línea] en: <https://doi.org/10.2307/j.ctv2m2fvdp.36>
- Salazar, C. (2015) *Cambio y orden social en Venezuela, durante el Chavismo*. Universidad Complutense de Madrid. Disponible [en línea] en: <https://acortar.link/6dRsBD>
- Sánchez, M. (2011), “Violencia-Inseguridad y la emigración de venezolanos”, *DEBATES IESA*, Volumen XVI, N°3, pp. 20-24. Disponible [en línea] en: <https://acortar.link/5xn71N>
- Sánchez, M. y Massey, D. (2014). Migración de talento y profesionales cualificados: El caso reciente de inmigrantes venezolanos a EE.UU. En Peralta, R., Lares, C y Vegas, K.(Eds.). *Díspora del talento migración y educación en Venezuela: análisis y propuestas*, pp. 31-56. Venezuela-FUNDACELAC.

- Santos, M. (1994). «O Retorno do Território», en Milton Santos, Maria Adélia A. de Souza y María Laura Silveira, coords., *Território: Globalização e Fragmentação*, pp.15- 20, São Paulo, Hucitec-ANPUR.
- Santos, M. (1996). *La metamorfosis del espacio habitado*. Barcelona: Oikos-tau
- Sayad, A. (2010). *La doble ausencia. De las ilusiones del emigrado a los padecimientos del inmigrado*. Barcelona: Anthropos Editorial.
- Schettini, P. y Cortazzo, I. (2015). *Análisis de datos cualitativos en la investigación social. Procedimientos y herramientas para la interpretación de información cualitativa*. Universidad Nacional de la Plata, La Plata, Argentina. Ediciones UNP.
- Segovia, Yanett. (2023). Seminario de Conciencia Metódica. *Universidad de Los Andes. Mérida*. Venezuela.
- Segovia, Y.; Escobar, D.; Sánchez-Maldonado, J, y Rosillo, C. (2021) *Etnografías irreverentes y comprometidas. Pensando otras formas de investigación y escritura antropológica*. VALEC. Universidad de Los Andes. Mérida.
- Simmons, A. (1991). Explicando la migración: la teoría en la encrucijada. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 6(1), 5–31. Disponible [en línea] en: <https://doi.org/10.24201/edu.v6i1.801>
- Sheffer, G. (2013). ¿Quién les teme a las diásporas y por qué? *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*. Universidad Nacional Autónoma de México, *Nueva Época*, Año LVIII, núm. 219. Septiembre-diciembre de 2013. pp. 225-240.
- Simmel, G. (2014). *Sociología: estudios sobre las formas de socialización*. Fondo de Cultura Económica. México.
- Suárez, M. (2016). *Competencias y acciones ambientales y territoriales de las organizaciones comunitarias. El caso del municipio Rangel, Estado Mérida*. Tesis de maestría. Universidad de Los Andes.
- Tedlock, D. (1987) Preguntas concernientes a la antropología dialógica. En: Geertz, C; y Clifford, J. (1991). *El surgimiento de la antropología posmoderna*. Gedisa. España.
- The Democracy Index Report (2022). *The Economist*. Disponible [en línea] en: <https://acortar.link/9mQ55Z>
- Thomas, L. (1991). *La muerte una lectura cultural*. Páidos. México

- Thomas, W. & Znanieckiz, F. (1918). *The Polish Peasant in Europe and America. Monograph o an immigrant group*. The Gorham Press. Boston.
- Tölölyan, K. (1991). *The Nation-State and Its Others: In Lieu of a Preface. Diaspora: A Journal of Transnational Studies*, 1(1), 3–7. doi:10.1353/dsp.1991.0008
- Torre, E. (2020). ¿Coyotes o defensores de migrantes? Criminalización del activismo promigrante en tiempos de caravanas. *REMHU: Revista Interdisciplinar Da Mobilidade Humana*, 28(58), 51–67.
- Trak, J. (2011). Reseña de "La rebelión de los naufragos" de Mirtha Rivero. *América Latina Hoy, Universidad de Salamanca*. vol. 59, diciembre, 2011, pp. 128-129.
- Trejo, Alberto. (2013). El plebiscito de todos los días: la idea de nación en Ernest Renan. *Política y cultura*, (39), 7-25.
- Trías, E. (1999). *La razón fronteriza*. Destino: Madrid.
- Tuan, Yi-Fu. (2007). *Topofilia*. Editorial Melusina. Santa Cruz de Tenerife. España. 351p.
- Tudela-Fournet, M. (2020). «Insilio»: formas y significados contemporáneos del exilio. *Pensamiento. Revista De Investigación E Información Filosófica*, 76(288), 75-87.
- Valdés, K. (2020). SITUA : Aplicació per estudiar les desigualtats socials amb una perspectiva interseccional. (Ferrero Beato, Ignacio, dir). (1373 Màster Universitari en Geoinformació). Disponible [en línea] en: <https://acortar.link/Ozx3vt>
- Varela, A. (2013). *Por el derecho a permanecer y pertenecer*. Traficantes de sueños.
- Varela, A. (2019). Capitalismo caníbal: migraciones, violencia y necropolítica en Mesoamérica. En: Cordero, B.; Mezzadra, S. y Varela, A. *América Latina en movimiento. Migraciones, límites a la movilidad y sus desbordamientos*. UACM. Traficantes de sueños. Tinta Limón. México.
- Vargas, C. (2018). La migración en Venezuela como dimensión de la crisis. *Pensamiento Propio*, 23(47): pp. 91-128.
- Vargas, G.; Muñoz, E.; Gómez, S.; Cárdenas, C. y Giral, B. (Eds.) (2019). *Aproximación a una fenomenología de la migración*. Editorial Aula de Humanidades SAS. Bogotá.
- Vegas, F. (2014). *La nostalgia esférica*. Caracas: Ediciones Puntocero.
- Velasco, H. y Díaz, Á. (2006). *La lógica de la investigación etnográfica. Un modelo de trabajo para etnógrafos de la escuela*. Madrid: Ed. Trotta.

- Vigh, H. La muerte social y las violentas oportunidades de vida. *Encartes*, vol. 4, núm 7, marzo-agosto. Pp. 229-264.
- Witherell, C. (1995). Los paisajes narrativos y la imaginación moral. Tomar la narrativa en serio. En: MacEwan, H y Egan, K. *La narrativa en la enseñanza, el aprendizaje y la investigación*. Buenos aires: Amorrortu.
- Wright, C. (1959). *La imaginación sociológica*. Trivillus. Lectulandia.
- Wright, E. (2010). *Comprender la clase. Hacia un planteamiento analítico integrado*. Disponible [en línea] en: <https://acortar.link/kXyvw2>
- Zavala, M y Prieto, V. (s. f.). *El papel de las migraciones en la población latinoamericana*. Disponible [en línea] en: <https://archivos.juridicas.unam.mx/www/bjv/libros/8/3828/8.pdf>
- Zolberg, A.; Suhrke, A. and Aguayo, S. (1989). *Escape from Violence. Conflict and the Refugee Crisis in the Developing World*. Oxford University Press. London.



INSILIO: UNA FORMA EXISTENCIAL DE MIGRAR

Mgs. Sc. Eleonora Pérez Gavidia

Doctorado en Estudios Latinoamericanos en Territorio, Sociedad y Cultura
Universidad Autónoma de San Luis Potosí
México.

A337738@alumnos.uaslp.mx

Dr. José Domingo Carrillo Padilla

Profesor e Investigador
Coordinador del Programa Educativo en Historia
Universidad Autónoma de San Luis Potosí
México

jose.carrillo@uaslp.mx

Sinóptico / Resumen:

En los últimos años, la nación venezolana ha estado sumida en una profunda crisis política, económica y social que ha coincidido con el establecimiento y consolidación del proyecto de Gobierno Bolivariano. Esta situación ha generado diversas formas de conflicto y ha tenido como consecuencia que una parte importante de la población se sienta o sea excluida. De esta manera, al no reconocerse o ser reconocidas dentro de su territorio habitual, las personas optan por cruzar las fronteras nacionales o, en su defecto, se retraen en una forma de exilio interior, a lo que se conoce como *insilio*. El presente trabajo busca precisar la noción de *insilio* –su significado y procedencia– a través de una revisión documental. Luego, mediante tres narrativas en primera persona, se quiere dar cuenta del fenómeno de manera empírica debido a que surgió como término, pero también como condición, durante unas entrevistas abiertas realizadas dentro una investigación cualitativa más amplia sobre la emigración venezolana del siglo XXI.

Palabras clave: Venezuela, Exilio, Insilio, Migración Existencial, Narrativas.



Insilio: An Existential Form of Migrating

Abstract / Summary:

In recent years, the Venezuelan nation has been plunged into a deep political, economic, and social crisis, which has coincided with the establishment and consolidation of the Bolivarian government project. This situation has generated various forms of conflict and has resulted in a significant portion of the population feeling or being excluded. As a result, unable to recognize themselves or be recognized within their usual territory, people choose to cross national borders or, alternatively, retreat into a form of internal exile, known as *insilio*. This paper seeks to clarify the concept of *insilio* its meaning and origin through a documentary review. Then, through three first-person narratives, the paper aims to empirically address the phenomenon, as it emerged both as a term and as a condition during open interviews conducted as part of a broader qualitative research project on 21st-century Venezuelan emigration.

Keywords: Venezuela, Exile, *Insilio*, Existential Migration, Narratives.



Introducción

Desde inicios del siglo XXI, Venezuela ha estado sumida en una crisis política, económica y social que ha configurado al país como un contexto de expulsión de población. Esto ha generado distintas formas de migrar, de modo que sus flujos han sido caracterizados como “mixtos”. Para el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), una “migración mixta” es aquella donde se evidencian movimientos en los que se desplazan juntos —por las mismas rutas y/o usando los mismos facilitadores—, personas con distintos perfiles socioeconómicos, académicos, ocupacionales, políticos y religiosos que comparten la misma condición de vulnerabilidad debido a la situación que motivó la salida de su país de origen (Ghosh, 2018).

Sin embargo, existe una forma de migrar que no implica el abandono del territorio nacional y que es descrita en relación con un estado anímico, emocional y psicológico que hace sentir a quienes lo viven como si estuvieran afuera/adentro; es decir, en una especie de exilio interior. En estos casos, las personas que lo padecen son excluidas coercitivamente o, por el contrario, se sustraen voluntariamente de la dinámica social por lo que experimentan una forma de migración existencial. En tanto, el “insilio” es reportado y reconocido como una manera de permanecer en el país, pero sin ejercer la ciudadanía.

Definición y recuento

El mundo entero ha sido escenario del despliegue de sistemas políticos de corte totalitario que han causado movimientos migratorios importantes, de manera que emergen fenómenos como el exilio y el destierro, los cuales implican el abandono del territorio nacional y, a su vez, condiciones adversas para los que se quedan dentro del país, como el insilio y la clandestinidad.

En este sentido, América Latina no ha sido una excepción. Durante el siglo XX y en lo que va del siglo XXI, un número importante de países, tales como: Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Ecuador, Paraguay, Perú, República Dominicana, Uruguay, Nicaragua, Cuba y Venezuela han sido escenario de regímenes autoritarios que someten a sus ciudadanos a contextos desfavorables, especialmente a los detractores quienes tienden a esconderse o confinarse. Por esto último han optado muchos artistas e intelectuales que lejos de sentirse libres, se sienten oprimidos en aquellos espacios que consideraban suyos (Ingenschay, 2010, s/p).

El “exilio interior” es quizás el antecedente más cercano al término “insilio” y fue utilizado por primera vez por el periodista, traductor y escritor español Miguel Salabert Criado, quien en un artículo para el semanario L’ Express (que fue publicado en 1958 y reeditado en 1988) hablaba sobre la dictadura de Franco, en España.

El “exilio” es una palabra de origen latino compuesta por el prefijo *ex* (fuera) y por el verbo *s/īo* (saltar), por lo que el *insilio* —palabra que también existe en latín— significa “saltar sobre”, si se atiende al prefijo *in*. La diferencia entre ambos sería su desplazamiento físico, ya que el exilio implica un cambio de coordenadas espaciales, mientras que el insilio no. Por su parte, autores como Weber, Marcuse, Arendt,

Horkheimer, Lyotard, Barber, Mongardini, Tudoras y Jameson detectan en el mundo contemporáneo una propensión al insilio, el que sustancialmente está definido por las mismas sensaciones y los mismos sentimientos que produce el exilio. De ahí que Miguel Tudela-Fournet relacione al insilio con la soledad del ser humano en el contexto del liberalismo, describiéndolo como un desierto existencial que se erige como piedra angular de la cosmovisión y organización social capitalista (Tudela-Fournet, 2020).

Específicamente, en el contexto latinoamericano el insilio es un neologismo acuñado por escritores y poetas para referirse a una condición experimentada bajo regímenes dictatoriales en la que las personas que la padecen, pese a atravesar situaciones desfavorables en sus países de origen o residencia, permanecen en ellos absteniéndose de participar en la vida pública, ya que ésta se ve mediada por la censura, el retraimiento, el miedo, la apatía o la abulia social. Por tanto, el insilio es una estrategia para resguardarse, la cual no siempre garantiza evadir la depresión y el cuestionamiento existencial (Lugo, 2021).

Para María Lugo, la elección de insiliarse, aunque aparenta ser voluntaria, se encuentra motivada por la práctica de aquellos mecanismos de control que despliegan los regímenes autoritarios y otros estados de excepción, en los cuales los derechos humanos —entre ellos la libertad de expresión— se ven amenazados. Sin embargo, es posible que se elija permanecer bajo esa situación para no renunciar a los afectos (Lugo, 2021).

Entonces, un insiliado es aquel que ha querido quedarse o alguien que no ha podido marcharse de ese espacio restrictivo en el que se ha convertido su nación, el cual constriñe a los individuos a recluirse para protegerse de las amenazas externas que le dificultan o prohíben ejercer libremente sus funciones ciudadanas (Gutiérrez, 2005 en Lugo, 2021).

De esto nos hablan autores como la escritora argentina María Teresa Andruetto en su libro *Lengua madre*, del 2010 (Lugo, 2021), el poeta cubano Reinaldo Arenas en su autobiografía *Antes que anochezca*, publicada en 1992 (Expósito-Barea *et al.*, 2023) y el puertorriqueño Eduardo Lalo en su obra *Donde*, del 2005 (Gutiérrez, 2020). Ellos abordan el insilio en un intento de evidenciar las situaciones descritas anteriormente mediante el relato de sus propias experiencias u otras ficcionadas.

Según Andruetto, una de las condiciones principales del insilio es el silencio, un silencio que va más allá del no hablar y del ser mandado a callar. De este modo, “un insiliado es un silenciado”, no sólo porque no puede hablar, sino porque no quiere, ni debe hacerlo. También es un invisibilizado, porque no debe ser visto. Por tanto, tiene que permanecer oculto, aun cuando no esté escondido (citada en Pubill, 2009, p. 147).

Además, el insilio aparece representado en la literatura infantil y juvenil. Un ejemplo de esto es el libro *Otroso*, de Graciela Montes (2006), en donde un grupo de adolescentes construye un refugio subterráneo para salvaguardarse de una fuerza siniestra —el régimen militar vivenciado en Argentina en la década de los setenta— que pone en peligro su integridad y libertad (Lugo, 2021).



De la misma manera, la poesía chilena producida dentro y fuera del país, durante los años setenta, buscó retratar las subjetividades escindidas entre el exilio y el insilio. Algunos de sus autores representaron directamente su coyuntura histórica, mientras que otros utilizaron un lenguaje ambiguo que intentaba transmitir un mensaje político mediante una comunicación encriptada (Nómez, 2010).

La escritora argentina Marisa Martínez Pérsico (2010) postula la noción de insilio como categoría para analizar los fenómenos de “exclusión y pertenencia simultánea” que imprimen la producción literaria ecuatoriana durante el siglo XX (p. 166). Dicha autora, adjetiva y divide el término en tres acepciones: insilio territorial, insilio existencial e insilio estético. Y parafrasea a Paul Ilie en su obra *Literatura y exilio interior* (1981), cuando comenta que quienes permanecen en la cárcel interior cargan con sentimientos angustia y soledad considerados por muchos como vivencias más dolorosas que las que soportan aquellos que sufren la separación territorial (Martínez, 2010).

Por otro lado, el escritor puertorriqueño Eduardo Lalo relaciona el insilio con la figura del “quedado”, para quien el exilio no es una opción por lo que vive su “donde” con la heroicidad del derrotado. Además, lo propone como nuevo protagonista, sustituyendo la figura del exiliado que ha sido tan abordada, tradicionalmente. Entonces, “el quedado” es aquel que no puede (o no quiere) ir a ninguna parte. Lalo apuesta por estos seres que asumen con “heroísmo” su encierro domiciliario (Lalo, 2005, p. 95, citado en Gutiérrez, 2020, p. 129).

Para comprender lo que Lalo entiende y deja entrever por el estado de insilio, habría que situarlo en un *donde* que no sea exclusivamente físico, porque ese *donde* también describe otra posibilidad de desplazamiento, un viaje inmóvil que no produce ningún cambio de posición geográfica, pero que transforma las maneras de relacionarse con el espacio desde la no pertenencia (Gutiérrez, 2020).

En otro orden de ideas, el académico Ghassan Hage ha encontrado en sus investigaciones sobre la migración que los escenarios de crisis pueden llegar a generar una sensación de estancamiento (*stuckness*). De manera que, muchas veces quienes migran lo hacen porque están buscando sentir que van hacia algún lado y no a ninguna parte (Hage, 2009). Y, aunque el insilio se muestre como una inmovilidad —debido a que no hay un cambio de lugar— pone en marcha una reterritorialización existencial que les permite a las personas sentir que se desplazan fuera del alcance del poder que las asedia.

Decía el periodista argentino Daniel “Chango” Illánñez que el insilio se trata de aquel “estar sin ser” dentro de la propia patria que a uno se le presenta enajenada. Esta enajenación no es sólo en el plano socioeconómico y político sino en lo “destinal”, en el sentido de a dónde va todo (Illánñez, 2006, s/p).

El investigador español José Ismael Gutiérrez, en su trabajo *Cartografías literarias del exilio: Tres poéticas hispanoamericanas* (2005), comenta que el insilio es una variante del desarraigo representada por un sector de la población que es marginado

pero que decide conservar su residencia “incluso sin beneficiarse de los frutos de la ortodoxia establecida” (p. 3). Para Gutiérrez, desde la perspectiva del insilio, “la nación constituye un espacio carcelario en el que germina la urgente necesidad de respirar libremente” (p. 33). De lo anterior se desprende que reconozca al insilio como parte de los fenómenos originados por las dictaduras, que refiere concretamente a la situación de quienes están sometidos a la violación permanente de sus derechos humanos y todo tipo de represalias contra las libertades de pensamiento y de expresión (Gutiérrez, 2005).

Asimismo, Gutiérrez distingue dos niveles de exilio, el exilio interior y el exterior (territorial). De esas dos dimensiones, quizás una vida lejos del terruño sea preferible al silencio y la asfixia impuestos por el poder. Gutiérrez habla específicamente del caso de Cuba, donde las autoridades y los intelectuales, “para normalizar la situación, vienen hablando en los últimos años de emigración, justificando así la incesante diáspora de ciudadanos de una isla diezmada por tantos años de estrecheces económicas y de mensajes devaluados, sin eficacia en el presente” (Gutiérrez, 2005, p. 120).

Como se puede observar, son varios los aspectos desde donde se puede abordar el insilio, pero todos están relacionados al ejercicio de poder político. Por ejemplo, dentro del panorama cultural se puede ver a los que son aclamados y reconocidos por las instituciones oficiales y a quienes se dejan por fuera mediante un silenciamiento hostil que lleva a que los artistas se vuelquen al escenario internacional, siendo las instituciones de esos países quienes los proyectan o impulsan. Es el caso del Programa de Estudios Abiertos del Instituto de Iberoamérica Universidad de Salamanca, un curso impartido en el 2016 titulado “Exilio e insilio en la Cuba de hoy: voces poéticas olvidadas”, en el que se rescatan a creadores cubanos que han sido invisibilizados.

Insilio en Venezuela

Así, la palabra insilio ha sido utilizada en contextos donde los sistemas políticos represivos han hecho estragos y su uso ha quedado registrado por pintores, fotógrafos, poetas y escritores quienes han descrito —a través de su arte— esa forma de sentir de quienes sufren los embates del sistema (Andrade, 2019).

En ese sentido, algunos escritores venezolanos han plasmado al insilio en sus obras, a pesar de que no lo nombren explícitamente. Por ejemplo, Federico Vegas (2014) en *La nostalgia esférica* refiere que: “(...) para sufrir por algo que se ha tenido o vivido y que ahora no se tiene ni se vive, no hace falta recorrer ni un metro de terreno (Vegas, 2014, p.12).

Por su parte, Manuel D’Hers en su artículo “Tiempos de crisis, resistencias e infrapolítica en la migración inmóvil venezolana” (2023), se aproxima al insilio a través del concepto de “migración inmóvil” con el que describe justamente el contexto que experimentan aquellos venezolanos que no se han movilizad de sus lugares de origen pero que se sienten migrantes.

La migración inmóvil, el exilio interior y el insilio son sinónimos de un concepto que hay que ampliar de modo que no sea utilizado exclusivamente para designar a



una minoría intelectual, sino también a personas de distintas condiciones que en su cotidianidad experimentan la derrota y el intento de escapar de la condena a la que ha sido sometida su identidad cultural (Gómez, 2009).

Por tanto, a continuación, se presentan fragmentos de algunas entrevistas llevadas a cabo como parte del trabajo de campo de una investigación cualitativa más extensa sobre la migración venezolana del siglo XXI, donde las personas expresan cómo han encarnado el fenómeno en cuestión.

Fragmento de entrevista 1

Justamente, el insilio ha surgido entre algunos sectores de la población venezolana que, ya sea porque no pudieron, o no quisieron, se quedaron en el país. Entonces, se ha producido una distinción entre los que están en el exilio, los que se fueron, tomando esa decisión de manera consciente o de manera improvisada, como sea que haya sido, pero que en efecto están afuera; y los que nos quedamos (me incluyo), hemos tenido la sensación de estar ajenos a nuestro propio país. Es decir, de estar fuera de lo que hemos sentido o de lo que tuvimos durante mucho tiempo como nación. “Fuera”, porque específicamente se produjo un manejo desde el poder que nos fue dejando arrinconados, que nos fue dejando “fuera” de los espacios de participación, de los espacios de representación, y, como lo dije anteriormente, inclusive del reconocimiento de nuestra humanidad. O ya sea porque los espacios que habitualmente teníamos, los que habitábamos y los que habíamos cultivado fueron progresivamente desapareciendo. Entonces, ya no reconocemos al país que tuvimos, estamos como en la misma sensación de haberlo perdido, como la tienen quienes están en el exilio, pero estando acá adentro. Es una sensación extraña y es la manera como se ha utilizado este término exactamente, estar fuera-adentro; porque miramos alrededor y ya no encontramos lo que tuvimos, ya no encontramos inclusive las posibilidades de rescatarlo, ya no encontramos a las personas con las que compartíamos nuestra cotidianidad, ya no encontramos ni siquiera el optimismo de regresar a lo pasado, en la manera en la que eso es posible para cualquier sociedad, pero tampoco de reconstruirlo. Y la sensación que se ha producido, justamente, es la de extrañamiento, la de separación y la de ser ajeno a unas nuevas formas de la cultura de la nación, de la sociedad, de la política, a unas nuevas prácticas, inclusive a unos nuevos lenguajes, a unos nuevos símbolos en los que simplemente no nos reconocemos.¹

En este primer caso, la persona menciona el término espontáneamente ya que lo conoce y lo ha encarnado, por lo que lo explica y ejemplifica con conocimiento de causa.

1. Fragmento de entrevista a una mujer venezolana de 46 años, profesora universitaria, de nacionalidad venezolana y residente de Venezuela, actualmente.

Fragmento de entrevista 2

Durante todos estos años, que han sido tan duros, he ido rumiando ciertas ideas en torno al golpe afectivo-emocional de la situación del país, que nos ha llevado a una depresión profunda... algo que este término del insilio me ha puesto en perspectiva, de manera sumamente clarificante y terapéutica... porque toda esa normalidad que conocíamos, esa estructura jurídica, del trabajo, de las relaciones sociales normales, se resquebraja hasta un punto de no sentir conexión con nadie... Esa sensación de no tener equipo de trabajo, ni red con los vecinos, de ver que toda la familia se iba, de sentir que no había conexión jurídica, ni lógica, ni de respeto, ni de tejido social con nadie (...) lo que verdaderamente garantiza mi sobrevivencia es entender esta realidad y ver cómo puedo ir siendo y viviendo, aun sin sentirme parte de la sociedad, más allá de conseguir el pan y de todo lo demás, esas necesidades que no solamente son comer y tener un techo, sino necesidades sociales, culturales. Ha sido muy fuerte, de verdad. (...) Nadie... no conseguir ese eslabón... ¿podemos con esto de alguna manera? No, bueno, nada, ¡échar pa' lante!... Obviando una cantidad de sutilezas que emocionalmente te quiebran... Más allá del golpe económico que ha sido esta situación (...) el golpe psicosocial ha sido, verdaderamente, devastador.. También hay que hablar de la polarización extrema y de lo absurdo que esto ha sido, en ese resquebrajamiento social (...) parece importantísimo revisar ese tipo de cosas, porque, más allá de que te sientas del lado correcto de la historia, han sido años de familias divididas, amigos alejados, grupos de trabajo disueltos, incluso en la universidad misma. Se han ido haciendo islas de un lado y del otro, impidiendo la normalidad de cualquier sociedad, que es el diálogo. Entonces, este dolor no es solo mío, ¿me entiendes?²

En el segundo caso, la persona al aproximarse al término lo relaciona inmediatamente con el aislamiento (impuesto y voluntario) que ha sufrido en los últimos años, no sólo por las ausencias de tantos que se han marchado, sino por la ausencia de un vínculo común con los que, como ella, se han quedado en el país a expensas de un vacío social que invade el espacio cotidiano.

Fragmento de entrevista 3

Entendí el porqué de mi manera de pensar y de expresarme con respecto a toda la situación de mi país. Nuestro país ha cambiado mucho y es justamente por la tristeza, por la decepción, por la pérdida de esperanza, que ya uno no le provoca hablar. Y ya uno casi ni se atreve a pensar que esto va a cambiar. Entonces, yo dejé de informarme políticamente; dejé de ver noticias; empecé a rechazar videos e información que me mandaban y comencé a aislarme, no solamente en mi montaña, en mi

2. Fragmento de entrevista a una mujer venezolana de 44 años de edad, freelancer, artesana, videógrafa, de nacionalidad venezolana y residente de Venezuela, actualmente.



casa, en mi cabaña, sino aislarme realmente de la información de las noticias. Me fastidié, me cansé... Esa persona que, en algún momento, habló, defendió su postura (...) Esa persona ya no está. Está dormida; la tengo silenciada. La persona que habla ahorita, habla desde la experiencia del momento, pero no ahonda en los detalles, no ahondo, no se me nota, no se me siente esa ira que sentí en algún momento y que todavía la siento, pero que la tengo silenciada. Entonces, nada, pues... ya yo no hablo de política, no converso de política con nadie, ni con mi familia, ni con mi esposo, ni con mi hija... Si alguien me llega a decir algo, lo toreo, lo evado y le cambio la conversación (...) como me afectaba tanto decidí evitar radicalmente eso que me estaba afectando o que podía empeorar mi situación. Lo que me está pasando a mí, le está pasando a muchos venezolanos... Y es que se nos ha quitado la voluntad de pelear, de luchar en contra de esta vaina... hay una fuerza que nos jode... Entonces reservamos las fuerzas para autocurarnos los problemas de salud, para protegernos de la inseguridad, para conseguir comida... en resumen, para sobrevivir a esta realidad... Estamos reenfocando nuestras fuerzas... Y no se trata de “si no puedes con el enemigo, únetele”... se trata de si no puedes con el enemigo, sobrevive a él...”³

Por último, en el tercer caso, la persona describe detalladamente la condición, pero es ajena a la existencia de un término que la defina.

3. Fragmento de entrevista a una mujer venezolana de 43 años, escritora y poeta, de nacionalidad venezolana y residente de Venezuela, actualmente.

Conclusiones

Las experiencias anteriores permiten aproximarse a la realidad que viven las personas en calidad de insilio dentro de la Venezuela contemporánea. El insilio se presenta como una forma de migrar para los que no pueden o no quieren expatriarse, pero que terminan apartándose voluntariamente o siendo apartados compulsoriamente de un entorno social que ya no reconocen como propio.

Esta condición no está marcada por el abandono de un territorio geográfico, pero representa el desalojo simbólico de un espacio que anteriormente era familiar y que en lo sucesivo se halla habitado por un modo de ser que no encuentra sustrato, un “sinsentido de pertenencia” (Norandi, 2020), un “donde” (Lalo, 2005) que ha perdido sus coordenadas, ante lo cual, el insilio se muestra como una forma existencial de migrar.



Referencias

- Andrade, Francia (2019). Insilio e inxilio, otras formas de vivir en Venezuela. *Democrazia e Sicurezza – Democracy and Security Review*. Anno IX, n. 1.
- Andruetto, María (2010). *Lengua madre*. Buenos Aires: Mondadori.
- Arenas, Reinaldo (1992). *Antes que anochezca*. Barcelona: Maxi-Tusquets.
- D’Hers, Manuel (2023). Tiempos de crisis, resistencias e infrapolítica en la migración inmóvil venezolana. *Horizonte antropológico*. Porto Alegre, año 29, n. 65, e650407, jan./abr. Consultado: 25 / 01 /2024.
- Expósito-Barea, Milagros, Gómez-Pérez, Francisco, y Pérez-Rufí, José (2023). Reinaldo Arenas o el insilio de la homosexualidad en Cuba. *Revista Prisma Social*, (41), 212–234.
- Gómez, Gutamaro (2009). El exilio interior. Cárcel y represión en la España Franquista (1939-1950). en: <https://n9.cl/krcckb>. Consultado: 25 / 01 /2024.
- Ghosh, Bimal (2018). *Refugee and Mixed Migration Flows Managing a Looming Humanitarian and Economic Crisis*. Palgrave, Macmillan. Geneve.
- Gutiérrez, José (2005). *Cartografías literarias del exilio. Tres poéticas hispanoamericanas*. Lewiston, NY: The Edwin Mellen Press.
- Gutiérrez, Cristina (2020). *El lenguaje siamés. Fotografía y literatura en Eduardo Lalo y Edgardo Rodríguez Juliá*. Universidade Federal do Rio de Janeiro. Tese (Doutorado em Ciência da Literatura – Literatura Comparada), Rio de Janeiro: Faculdade de Letras, Universidade Federal do Rio de Janeiro,
- Hage, Ghassan (2009). Waiting Out the Crisis: On Stuckedness and Governmentality. Capítulo de: Hage, Ghassan (Editor). *Waiting*. Carlton, Vic.: Melbourne University Press, 97-106. Consultado en línea en: <https://acortar.link/DBMpxG>. Consultado: 25 / 01 /2024.
- Ilie, Paul (1981). *Literatura y exilio interior*. Madrid: Editorial Fundamentos.
- Illanés, Daniel (2006). Exilio e insilio. Una mirada sobre San Juan, su universidad y las herencias del proceso. En: *Revista La Universidad*, San Juan, Facultad de Ciencias Sociales de la UNSJ, año III, nº19, Abril.
- Ingenschay, Dieter. (2010). Exilio, insilio y diáspora. La literatura cubana en la época de las literaturas sin residencia fija. *Ángulo Recto. Revista de estudios sobre la ciudad como espacio plural*, vol. 2, núm. 1. ISSN: 1989-4015.
- Lalo, Eduardo (2005). *Donde*. San Juan: Editorial Tal Cual.
- Lugo, María (2021). *Dissertação apresentada ao Programa de Pós-Graduação em Letras*. Foi avaliada para obtenção do título de Mestre em Letras: Ensino de Língua e Literatura.
- Martínez, Marisa (2010). *Tres formas del insilio en la poesía ecuatoriana del siglo XX*. Madrid: Bubok Publishing S.L.
- Montes, Graciela (2013). *Otroso: últimas noticias del mundo subterráneo*. Buenos Aires: Alfaguara.
- Nómez, Naín (2010). Exilio e insilio: representaciones políticas y sujetos escindidos en la poesía chilena de los setenta. *Revista Chilena de Literatura*, (76), 105-127.
- Norandi, Mariana (2020). Habitando entre los pliegues de lo extraño: los hijos no retornados del exilio uruguayo en España. En: Coraza de los Santos, E. y Lastra, S. (comps.). *Miradas a las migraciones, las fronteras y los exilios*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

- Programa de Estudios Abiertos Instituto de Iberoamérica Universidad de Salamanca (2016). *Exilio e insilio en la Cuba de hoy: voces poéticas olvidadas*. en: <https://acortar.link/NMbXV9>. Consultado: 25 / 01 /2024.
- Pubill, Corinne (2009). María Teresa Andruetto. Entrevista. *Hispanoamérica*. Año 38, No. 114. Diciembre.
- Salabert, Miguel (1958). *El exilio interior*. Consultado en línea en: <https://acortar.link/IVVzrH>. Consultado: 25 / 01 /2024.
- Tudela-Fournet, M. (2020). «Insilio»: formas y significados contemporáneos del exilio. *Pensamiento. Revista de Investigación e Información Filosófica*, 76(288), 75-87.
- Vegas, Federico (2014). *La nostalgia esférica*. Caracas: Ediciones Puntocero.



Eleonora Pérez Gavidia (Venezuela):

Candidata al Doctorado de Estudios Latinoamericanos en Territorio, Sociedad y Cultura de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, México. Magister Scientiae en Etnología, mención Etnohistoria y Politóloga por la Universidad de Los Andes, Mérida-Venezuela. ORCID: 0009-0009-6295-1710

José Domingo Carrillo Padilla (México):

Doctor en Historia por la Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa. Profesor investigador de tiempo completo en la Facultad de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, México. Actualmente es coordinador del Programa Educativo en Historia. Integrante del Sistema Nacional de Investigadores Nivel I, desde 2010. ORCID: 0000-0003-2940-8862

Recibido: 1 de Octubre de 2024.
Aprobado: 24 de Noviembre de 2024.

